

MARCOS NIETO
PALLARÉS

LA
SOMBRA
DE
KAT
GUINEE

Solo importa una
cuestión.
¿Quién mató a Kat
Guinee?



LA SOMBRA DE KAT GUINEE

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: La sombra de Kat Guinee

© Marcos Nieto Pallarés

«Había oído que en ciertas civilizaciones antiguas se comían los corazones de la gente que asesinaban. Al comerse los corazones, poseían a los muertos. Les daba poder, el poder de dos, el espíritu de dos. Dave se sentía de ese modo. No, no se había comido el corazón de nadie. No estaba tan loco. No obstante, había sentido la gloria del depredador. Había matado».

Mystic River, Dennis Lehane

La expresión «en serie» significa que uno siempre pasa al siguiente. Ya se trate de amante o de víctima de asesinato, uno pasa al siguiente y punto.

El asesino de la carretera, James Ellroy

«Belano, le dije, el meollo de la cuestión es saber si el mal (o el delito o el crimen o como usted quiera llamarle) es casual o causal. Si es causal, podemos luchar contra él, es difícil de derrotar pero hay una posibilidad, más o menos como dos boxeadores del mismo peso. Si es casual, por el contrario, estamos jodidos. Que Dios, si existe, nos pille confesados. Y a eso se resume todo».

Los detectives salvajes, Roberto Bolaño

Un día encontré a alguien que me entendía.

¿Qué más puedo pedir?

Esta novela es para ella, para la mujer a la que amo:

Marta Martín Girón

ÍNDICE

[EN PARALELO](#)
[ALAN GUINEE](#)
[EL PESO DE LAS ESTRELLAS](#)
[VOLUNTARIO](#)
[EN TIERRA DE NADIE](#)
[SENTIMENTAL](#)
[EL BUCLE INFINITO](#)
[RANDALL](#)
[DIME QUÉ QUIERES](#)
[EL PRIMER SOSPECHOSO](#)
[QUÉ OJOS TAN BONITOS](#)
[EL SEGUNDO GEMELO](#)
[OVER THE RAINBOW](#)
[VOLVERÁ LA FELICIDAD](#)
[DECEPCIÓN TRAS DECEPCIÓN](#)
[ANTES DE RENDIRME](#)
[#JUSTICIAPARAKAT](#)
[PRESIÓN MEDIÁTICA](#)
[CERCA DE MÍ](#)
[TRUE CRIME](#)
[CON TU PERMISO](#)
[QUE SUBA](#)
[NI SE SIENTE](#)
[EL CUARTO EXPERTO](#)
[EL INFORME](#)
[COINCIDENTES](#)
[LA SECRETARIA](#)
[CURADOS DE ESPANTO](#)
[TIEMPO DE PERSUASIÓN](#)
[WILL GREER](#)
[ANTES DEL CRIMEN](#)
[CERCA DEL PRECIPICIO](#)
[CHAT OCULTO](#)
[DESHACER](#)
[ABSURDO, PERO REAL](#)
[ERROR GARRAFAL](#)
[SOLO ES UN ESCRITOR](#)
[SIN TIEMPO PARA PERDER](#)
[COMO UNA SERPIENTE](#)
[KORDA](#)
[MALA HIERBA](#)
[EL RESTO](#)
[PRONTO ACABARÁ TODO](#)

[AL ESTIRAR MI MANO](#)
[ME HA DICHO QUE OS DIGA](#)
[REC](#)
[ANTES DEL CIERRE](#)
[DÉJALO CORRER](#)
[CASO CERRADO](#)
[«DULCE» NAVIDAD](#)
[SIEGEL Y JACOBS](#)

No era la muerte lo que temía, sino morir antes de obtener respuestas. Le preocupaba que el miedo a las consecuencias amedrentara al inquilino del 3B. Tenía miedo del miedo de otro.

No encendió la luz del pasillo.

Hizo girar las ruedas de su silla con un nudo en la garganta que asfixiaba sus pensamientos, sobre un gres plumizo y entre paredes beige, entretanto la vaporosa luz que arrojaba un muro con ladrillos de vidrio decorativo iluminaba sus «pasos».

«No saldré de aquí hasta saber la verdad».

Golpeó la puerta con los nudillos, rompiendo el silencio que lo abrazaba todo.

Y esperó.

No advirtió movimiento alguno.

Tocó el timbre.

El «*ding, dong...*» resonó por el pasillo como un corto y desentonado solo de guitarra eléctrica.

Entonces oyó ruido dentro.

—¿Quién es?

La voz se apreció recelosa: lo esperado por quien esperaba.

El arrendatario del 3B no obtuvo respuesta, lo que le condujo a mirar a través de la mirilla. Aun reconociendo a quien aguardaba al otro lado, aun intuyendo sus intenciones, abrió tras exhalar un suspiro que a oídos de otro hubiera revelado resignación, pero que en realidad encerraba más alivio que otra cosa.

—Supongo que buscas respuestas —profirió nada más abrir, mirando a los ojos del hombre en silla de ruedas.

—Es hora de confesar.

El discapacitado le mostró la culata del revólver que ocultaba debajo de su abrigo.

—No necesitas intimidarme. Sé que no tengo derecho a pedirte nada, sin embargo, te pido que me ayudes a cerrar el ciclo iniciado con la muerte de Kat. Si accedes, conocerás lo ocurrido durante aquella tormentosa tarde que cambió el rumbo de nuestras vidas. Crees saber lo ocurrido, pero ni siquiera has rascado la superficie.

El ‘asesino’ invitó a entrar al minusválido con un ademán de su mano.

«Que empiece el juego psicológico», pensó el tullido mientras hacía rodar su silla.

5 años antes

Jorge Villamil entrevió una sombra en la pared. Fugazmente, como un relámpago que ilumina un cielo nocturno. Miró hacia el muro opuesto para contemplar nieve a través de la ventana. Frunció el ceño y pensó que una bandada de pájaros había causado aquel súbito cambio de tonalidad. No le dio la importancia que merecía. Subió la velocidad de la cinta de correr y siguió sudando mientras esperaba a que su mujer volviera del trabajo. Boliviano de nacimiento, alto y fibroso, solía ir al gimnasio. Sin embargo, aquel día tuvo que conformarse con hacer deporte en casa. Era domingo y un frío que quemaba recorría las arterias de la Gran Manzana, quitándole las ganas a cualquiera de ejercitarse al aire libre.

La inquilina del cuarto, Gina Gillard, no estaba en su piso cuando Jorge vio oscurecerse la pared durante una décima de segundo. Pero el tercero sí estaba ocupado. La señora Medel escuchaba la radio en la cocina mientras preparaba bocadillos de pan de molde para sus nietos, que correteaban por los pasillos riendo como hienas hambrientas. Verónica no vio caer a la chica, ni siquiera su sombra. No obstante, uno de sus nietos sí advirtió algo, como si el vecino de arriba hubiese lanzado un saco de cemento por la ventana. El niño no le hizo el menor caso; a Pablo solo le importaba seguir jugando con su hermana al pilla-pilla.

En el segundo piso, Susan Hauptman y Martín Sosa se preparaban un baño armonizado con velas e incienso. Así que, al igual que la señora Medel, no vieron ni a la sombra ni a su dueña.

Marité Miller, de veintiséis años, de madre peruana y padre estadounidense, abandonaba el primer piso rumbo a una cafetería cercana. Ataviada con un abrigo, guantes, gorro y bufanda rojos, descendió los veinte escalones que la separaban del portal y contempló la nieve a través de la cristalera que enmarcaba la puerta de entrada. Miró su reloj de pulsera. «Las cuatro y cinco», pensó, y abandonó el edificio. Apenas tuvo tiempo de sentir el frío que despejaba las calles de Queens. Un cuerpo pasó rozando el suyo, y su cara se tiñó del color de su abrigo. Percibió el sabor de la sangre de quien había estado a punto de llevársela consigo al otro barrio, y luego gritó horrorizada.

Jorge Villamil dio un respingo. «¿Qué ha sido eso?», se dijo. Bajó de la cinta de correr en cuanto dejó de girar y jadeante y a pecho descubierto anduvo hacia la ventana. La abrió de prisa y puso medio cuerpo a merced de la nevada. Miró abajo para descubrir el cuerpo de una mujer resaltando sobre la nieve. «Era ella. Era su sombra». Vio sangre expandiéndose alrededor de su figura, coloreando la acera, y a una joven petrificada a su lado.

No sintió frío, sino sofoco.

Corrió en busca del teléfono del salón y marcó el 911.

—Novecientos once, ¿cuál es la emergencia?

—Una chica acaba de lanzarse desde la azotea de mi edificio.

La señora Medel no se acercó a ninguna ventana ni tampoco sus nietos. Como un silenciador un disparo a quemarropa, la campana extractora y la radio aplacaron todo sonido perturbador. Oyó un golpe seco y distante, pero no era la primera vez que uno de sus vecinos causaba un ruido similar: las paredes eran de papel. Los niños sí oyeron el grito, pero no por ello dejaron de jugar al pilla-pilla.

Susan Hauptman y Martín Pérez se desnudaban en el segundo piso cuando la mujer murió en

el acto. Poco después, Gina Gillard, la inquilina del cuarto, entraba en el suyo.

La nieve acumulada sobre la acera absorbía sangre cuando un grupo de niños jugaban a tirarse bolas de nieve no demasiado lejos, hacían ángeles sobre los copos caídos moviendo brazos y piernas, se lanzaban por pendientes con sus trineos... La sombra de Kat Guinee se proyectó pasajeraamente sobre la fachada de un edificio mientras las de aquellos niños disfrutaban de un día de nieve.

PRIMERA PARTE

Dakota y Randall

EN PARALELO

Nueva York

La Pequeña Italia, los barrios latinos, la zona de las Indias Occidentales o el famoso Barrio Chino de Manhattan, eran algunos de los asentamientos de inmigrantes que convertían a la Gran Manzana en algo más que una simple ciudad. A Randall Jacobs le gustaba llamarla «la caja multicultural». Situado a lo largo de la línea 7 de metro, el barrio Corona, en el distrito de Queens, no era una excepción. Con mayoría de latinos, aunque marcadamente multicultural, atesoraba cuantiosos lugares de interés: el Zoológico de Queens, hogar de lobos marinos, pumas, osos andinos, bisontes...; el New York Hall of Science, centro de ciencia y tecnología donde se podía disfrutar de exhibiciones interactivas; el Queens Museum, que exponía una gran colección de arte, una enorme maqueta de la ciudad de Nueva York y una impresionante colección de vidrio de Tiffany; el Louis Armstrong House Museum, donde la leyenda del jazz y su esposa vivieron durante casi 30 años; el USTA Billie Jean King National Tennis Center, famoso por acoger los campeonatos de tenis US Open cada verano... Sin embargo, aun pudiendo presumir de historia —personajes de la talla de Louis Armstrong, Ella Fitzgerald o Malcolm X crecieron allí—, la realidad era que llegar a fin de mes significaba una descarnada lucha diaria para la mayoría de sus habitantes. Las rentas eran altas, hasta el punto de que dos, incluso tres familias tenían que convivir en pisos pequeños. Y como es sabido, la miseria trae crímenes. Digamos que no era la primera vez que Randall Jacobs circulaba por las calles de Corona. Le gustaba el barrio, no obstante, callejear entre personas de distintas nacionalidades mientras escuchaba música tropical saliendo de sus tiendas y comercios; pasarse por Mama's y comerse uno de sus famosos sándwiches; disfrutar de un postre en la panadería colombiana El Hornero Bakery o, en verano, entrar en Lemon Ice King y tomarse un helado italiano elaborado a base de fruta. Pero su predilección por Corona acababa ahí; no le cautivaba tanto como para mudarse a la zona.

Las temperaturas bajo cero que hacían tiritar a la ciudad predisponían unas calles poco transitadas. Aquel día, Corona no irradiaba vida como de costumbre. Randall odiaba el frío desde que tenía uso de razón, y tras cada tormenta invernal acumulaba rencor. Detestaba ir abrigado hasta las cejas, andar por aceras tapizadas de hielo, ver el vaho saliendo de su boca como de un tubo de escape. Le fastidiaba que se le enfriaran los pies y moquear como si tuviera en la cara un grifo mal cerrado. Randall Jacobs perdía estoicismo y ganaba insolencia cada año, y los inviernos de Nueva York no le ayudaban a revertir el proceso.

Notó vibrar su móvil cuando conducía por las inmediaciones del parque Flushing Meadows-Corona.

Atendió malhumorado a la llamada.

—¿Qué pasa ahora, Dakota?

—Te va a encantar.

—No me jodas. Estoy llegando a la oficina.

Mintió; aún le quedaba bastante para llegar a Manhattan. Pero intuyó que le iban a endosar un muerto e hizo lo posible para evitarlo.

—Pues vas a tener que hacer una paradita más. Un supuesto suicidio en Corona. Una chica se ha lanzado desde la azotea de un edificio. El jefe quiere que compruebes que se trata de eso, de un mero suicidio.

—Supongo que habrán encontrado indicios de homicidio, ¿no?

—La víctima ha caído bocarriba y en paralelo a la fachada.

—La postura no cuadra.

—No.

—¿Y no puede ir otro?

—Si no fueras tan tocapelotas, a lo mejor. Pero resulta que eres un tocapelotas de primera, así que no. —Randall esbozó una sonrisa maliciosa—. El jefe ha insistido en que vayas tú. Es más, ha dicho literalmente: «Que se acerque el tocapelotas de tu compañero». Como ves, ni siquiera le apetece pronunciar tu nombre. Además, sabe que estás cerca porque se lo he dicho yo.

—Pues gracias, mujer. Se nota el cariño que me tienes...

—Ha preguntado. ¿Qué querías que le dijera? Yo estoy aquí calentita, con un café humeante entre las manos... Estando tú a cinco minutillos... Porque estás cerca, ¿no?

—Dame la dirección y deja de marear la perdiz. Por cierto, ¿cuánto tiempo ha pasado? Espero no encontrarme a los vecinos hurgando en la muerta. No sería la primera vez; y hoy no tengo el cuerpo para apartar mirones.

—Has de dirigirte al número 100 de la Calle 99. Varios agentes se han desplazado al lugar de los hechos, así que debería estar debidamente protegido.

—Bien. Tú sigue redactando informes. Ya me encargo yo de las cosas importantes.

—Que te den.

—No caerá esa breva.

Randall colgó y suspiró resignado.

«En fin. Al lío».

Giró por la Avenida 52 rumbo a la Calle 99.

«Si me limitara a investigar no me enviarían a suicidios de mierda. Esto me pasa por hablar más de la cuenta».

Los pequeños cristales de hielo se estrellaban contra la luna. Todos parecían iguales, pero todos eran diferentes. «Como las personas —pensó Randall mientras observaba cómo desaparecían a golpe de limpiaparabrisas—. Nos parecemos a otros, pero somos únicos. Como esos malditos copos de nieve».

La nevada parecía amainar. Si bien, al detective seguía sin apetecerle andar por calles resbaladizas. Arrastraba un día duro. Necesitaba sentarse a su mesa y disfrutar de la calefacción de la oficina mientras se tomaba un café junto a su compañera.

Era de los que cundía más bajo techo que a la intemperie.

Aparcó en doble fila cuando avistó los primeros coches patrulla. Puso los cuatro intermitentes, se colgó la placa del cuello y se apeó del vehículo. Ni su gorro de lana ni sus guantes de cuero ni su abrigo cruzado, evitaron que su nariz empezara a moquear nada más pisar la acera, su piel a enrojecerse y sus labios a researse.

«No estoy hecho para el frío».

Desde allí podía ver el edificio desde el que supuestamente se había arrojado una joven. Hacía esquina. La siguiente calle a la izquierda estaba parcialmente cortada. «LÍNEA POLICIAL, NO CRUZAR»: había leído tantas veces aquellas cuatro palabras que ya no las veía.

Anduvo resignado por la acera hasta llegar a los curiosos y las cintas policiales, colocadas a

escasos quince metros de la fachada. «El perímetro es insuficiente. Ni que nos cobraran por metro de cinta». Vio la furgoneta del equipo forense, aparcadas también en doble fila.

—Déjenme pasar, por favor. —Avanzó entre los vecinos, que cuchichearon a su paso, y se plantó ante uno de los agentes que custodiaba el perímetro—. Randall Jacobs, homicidios.

El uniformado asintió y el detective pasó por debajo de la cinta amarilla. No pudo ver a la muerta: varias mamparas velaban por su intimidad. «Bien. Que se jodan los morbosos». Un miembro de la policía científica, enfundado en su habitual mono blanco, peinaba un trecho de acera.

«Ese no estaría ahí si no tuvieran dudas. Seguro que el teniente sabe que no se trata de un suicidio. Cabrón rencoroso de los... ¿Estamos hasta arriba de trabajo y me envía a investigar un crimen del montón? En fin. Estando aquí, no me queda otra que dar lo mejor de mí».

Randall miró hacia arriba: un bloque como cualquier otro, de fachada de ladrillo visto y dos ventanas por planta.

«Un, dos, tres, cuatro, cinco pisos. Menuda caída. Y la azotea tiene barandilla».

—Amplíen el cordón —le ordenó al agente que custodiaba el perímetro—. Al menos diez metros más en todas las direcciones.

—Ahora mismo, señor.

—Gracias.

El oficial de policía empezó a desempeñar su cometido: «Apártense, por favor. Aquí no hay nada que ver. Vuelvan a sus casas...».

El detective anduvo sin colocarse protección alguna; no tenía intención de interactuar con el cadáver. Superó las mamparas y encontró a la muerta como esperaba, sobre un charco de sangre, bocarriba y en paralelo al escalón que precedía a la entrada del bloque. Reconoció al forense, que dándole la espalda la examinaba de cuclillas mientras tomaba apuntes en su tableta. Scott Temple, un viejo conocido. El médico llevaba un traje de protección, gorro, cobertor de zapatos, guantes de látex y mascarilla, y a medio metro de su cuerpo estaba su maletín. Dos agentes ataviados con chubasqueros protegían a la fallecida de la débil nevada con sendos paraguas, llevando asimismo protectores en los zapatos. La escena le recordó a épocas pasadas, cuando los esclavos tenían a su cargo agitar grandes abanicos para el bienestar de sus amos.

«Es una suerte que la tormenta haya perdido fuerza».

El detective se fijó en los adhesivos con forma de flecha pegados a la fachada. Obra de los agentes de la policía científica, señalaban hacia salpicaduras de sangre.

«Parece que llevan un buen rato tomando muestras».

—Mal día para determinar una muerte, ¿eh, Temple?

El forense se giró hacia el recién llegado.

—Podrían haber enviado a un detective competente, leches.

—Eso mismo digo yo.

Ambos se sonrieron.

—¿Qué tal, Randall?

—Pues ya ves, aguantando el temporal. ¿Qué tenemos?

—Toma. —El forense sacó una mascarilla y unos cobertores de zapatos de su maletín y se los entregó al detective, que se los puso sin rechistar—. Y no toques nada sin ponerte unos guantes.

—¿Tengo cara de novato o qué?

—No, pero como si lo fueras. Te adelanto que la escena podría estar contaminada. Según el primer agente en llegar, varios vecinos estaban agolpados alrededor del cuerpo. Han asegurado

no haber tocado nada, pero... En fin. La chica se ha precipitado desde la azotea, como supondrás. El bloque no tiene ascensor y un piso por planta. Hay dos testigos, un moreno que vive en el quinto y la chica a la que por poco le aplasta el cuerpo, que reside en el primero. Ella lo vio en primera fila; el del quinto se asomó por la ventana segundos después. Ambos aseguran que cayó tal cual la ves, bocarriba y en paralelo a la fachada. Las causas de la muerte son evidentes. La posición del cadáver no es la habitual en un suicidio por salto al vacío, pero cosas más raras he visto. Tiene los bolsillos vacíos y no ha aparecido su bolso. Ningún residente del bloque la conocía, o eso tengo entendido. Ni siquiera de vista. ¿Puedes creerlo? ¿Por qué desplazarse hasta aquí para suicidarse? No tiene ningún sentido. La puerta de la azotea solía estar cerrada con llave, pero desde hacía un tiempo tenía rota la cerradura. Sospechoso, ¿no crees? —Randall asintió con la cabeza—. Aún es pronto, pero has de admitir que es un suceso de lo más desconcertante.

«Al final va a acabar siendo un asesinato, ya verás».

Randall se fijó en el cuerpo de la joven, tumbado en un claro de la acera. Habían apartado la nieve sobre la que se hizo añicos; parecía estar protegida por una baja muralla rosada. Le calculó unos treinta años. Ligeramente de lado, con los brazos extendidos, vestía un abrigo beige sobre un suéter marfil y un pantalón de pinzas gris. Randall se fijó en que no llevaba anillo de compromiso. La parte trasera de su cráneo se apreciaba machacada. Su pelo rubio se mojaba con la sangre. Sus ojos estaban amoratados, como si hubieran estado secretando petróleo, y de los orificios de su nariz, boca y orejas, nacían estrechos riachuelos oscuros.

«Shock hemorrágico, traumatismo craneoencefálico severo con fractura de la base del cráneo». Randall auguró las causas de la muerte. Había leído los suficientes informes forenses como para creerse un entendido en la materia.

—Pues sí que sabes cosas para ser medio lerdo —dijo el detective ante la sorprendente dosis de datos que acababa de suministrarle el médico.

—Me informo, anormal. —Los agentes que sujetaban los paraguas esbozaron dos sonrisas contenidas—. El primer poli en llegar ha hecho bien su trabajo. Llevo aquí más de media hora, y él bastante más. Y por ahí sigue, el tío, recabando información como el mejor sabueso.

—¿Está dentro del bloque?

—¿Quién?

—Tu prima Rita. ¿Quién va a ser? El agente sabueso.

—Sí. Ese chaval tiene madera de detective, te lo digo yo.

—Supongo que los testigos estarán en sus pisos, ¿no? Y la víctima, ¿llevaba algún tipo de identificación?

—A la primera pregunta, obviamente sí. Hay agentes apostados en sus puertas. La del primero aún está en shock, así que ve con calma. Dos paramédicos le han suministrado algo para la ansiedad, pero... La ambulancia ha llegado bastante tarde, por cierto. La nieve está ralentizando media Nueva York, y no me extraña. Tú lo has dicho antes: mal día para determinar una muerte.

»A la segunda pregunta, no. No llevaba ningún tipo de identificación. He revisado sus bolsillos y están vacíos. Me falta mirar si el pantalón tiene bolsillos traseros. Por detrás está empapada de sangre, así que...

Randall se sacó unos guantes de látex del bolsillo de su pantalón y se los puso; siempre llevaba un par encima y otro en la guantera.

—Podría haberte dado unos.

—Los míos son más buenos.

—Eso ya lo sé.

El sarcasmo de forense y detective apuntaba maneras.

—Pues habrá que comprobar si el pantalón tiene bolsillos traseros, ¿no?

—Pensaba hacerlo en la sala de autopsias, pero si te vas a quedar más tranquilo...

—¿Y tus auxiliares?

—En la morgue. Es largo de explicar. La cuestión es que hoy tengo que apañármelas solo. Ni siquiera me asiste un perito. No hay más casos sin resolver porque Dios no quiere. De todos modos, esto no requiere agudizar demasiado el ingenio. No hay signos aparentes de lucha ni heridas de defensa. Le he revisado el cuerpo superficialmente y no he observado lesiones de armas. Estoy deseando llevármela para limpiarla centímetro a centímetro y entregarles sus prendas a los peritos de Criminalística. Trabajar como es debido, joder, y no en estas condiciones.

—El sistema es una bazofia, pero es el que hay. —Randall se acucilló al lado de la víctima procurando no pisar su sangre. Aun con la mascarilla, le llegó un aroma que no le gustó—. Inclínala hacia delante. —El forense la colocó de lado—. Tiene dos bolsillos pequeños. Un momento.

Tras separar su espalda, sobre la acera quedó lo que parecía una silueta pintada con miel roja. El detective introdujo sus dedos índice y corazón en el bolsillo trasero izquierdo y lo registró. Vacío. Los sacó llenos de sangre, como si hubiera estado hurgando en una herida abierta. Procedió del mismo modo con el derecho. Esta vez notó algo entre sus dedos. A modo de pinza, sacó un papelito teñido de sangre.

—Parece una entrada de cine, pero no puedo distinguir lo que pone.

—Métela aquí.

Temple abrió una bolsa de pruebas y Randall, con sumo esmero, resguardó el papelito.

—Es una entrada de cine, sí —observó el forense—. Pero como dices, no se distingue una mierda. Esto es cometido de la científica. Ellos la limpiarán y buscarán huellas. Puede acabar siendo una pista importante. Luego se las paso.

—Bien.

—¿Cuántas personas tenían llave de la azotea?

—¿Y yo qué sé? Lo mío es determinar la causa de la muerte y lo tuyo descubrir quién la mató. No pretendas que haga el trabajo de los dos.

—Pues no estaría mal. —El detective se frotó las manos y les arrojaba vaho—. ¿Me das tu opinión profesional antes de que entre en el bloque?

—Creo que ha quedado clara, pero de acuerdo. Apostaría a que algún zumbado la metió dentro del edificio por la fuerza. El tema debió irsele de las manos y... Puede que pensara que la había matado. Se puso nervioso, la subió a la azotea y la arrojó al vacío. Esto no es obra de una mente criminal. Va bien vestida, así que lo lógico es pensar que llevaba bolso. El hecho de que no haya aparecido... Supongo que su asesino pretendía retrasar su identificación, aunque me parece absurdo. ¿Te llevas su bolso pero la matas de la forma más sospechosa posible? No sé. A lo mejor acaba siendo un suicidio de los raros. —Temple señaló la puerta del edificio—. Y que los que viven ahí dentro digan que no la habían visto en sus vidas, ya es de traca.

—Yo puedo pregonar por ahí que soy el más guapo de la ciudad.

—Ya. Piensa que todos mienten y tarde o temprano encontrarás al mentiroso, ¿no?

—Exacto.

«Por qué no fingir un suicidio —pensó el detective—. O al menos intentarlo. Si la chica yaciera en perpendicular al edificio, es más que probable que yo no estuviera aquí. De todas maneras, el simple hecho de que se precipitara desde una azotea con la puerta casualmente rota y en un edificio en el que no residía, que no aparezca su bolso... Joder, hay que ser lerdo para no ver indicios de asesinato».

—Necesitamos identificarla.

—En cuanto la tenga en una mesa de autopsias me pongo con ello. Les pasaré las huellas a los de papiloscopia. Que las cotejen. Es la forma más rápida. Si no hay suerte, probaré con un examen dental. Y si no, con el ADN. Espero no tener que llegar tan lejos. En cualquier caso, tarde o temprano alguien denunciará su desaparición.

—Si la han matado, ha tenido que ser uno de los residentes. —Randall se dirigió a uno de los agentes que sujetaban los paraguas—. Comprueba si hay otras salidas e indaga si alguien ha abandonado el edificio desde el suceso.

El policía afirmó con la cabeza y le cedió el paraguas a su compañero, que sujetó los dos en alto protegiendo al cadáver de la nevada.

«Está dejando de nevar. Buen momento para subir a la azotea».

—Voy a llamar al juez de guardia —dijo el forense—. Está avisado, pero no da señales de vida. Por mi parte, aquí está todo hecho. Estaremos en contacto, Randall. Te doy un toque cuando tenga los informes toxicológicos y sepa si hubo violencia sexual. De todos modos, intentaré tener el informe preliminar lo antes posible.

—Gracias, Scott. Dale prioridad a la identificación.

—Claro.

Randall se apartó del cadáver y de las mamparas y se acercó al miembro de la policía científica que investigaba sobre la misma acera donde se había estrellado la víctima.

—Randall Jacobs, homicidios —se presentó mientras el criminalista metía algo en una bolsa de pruebas—. ¿Qué es?

—Una colilla.

—¿Hay alguien buscando en la azotea?

—Por supuesto, detective.

—Bien.

—¿Han tomado fotografías del cadáver?

—Antes de que usted llegara, hemos tomado fotografías, grabado un vídeo y realizado las mediciones pertinentes. No se ofenda, pero sabemos hacer nuestro trabajo.

—Claro. —Randall alzó las manos en son de paz, le dio la espalda al especialista y volvió al lado del forense, que encontró de pie tras las mamparas.

—Qué susceptibles se han vuelto los de la científica, ¿no?

—Con esta mierda de tiempo... En fin. Una cosa. Como entenderás, el origen de la muerte es discutible. Lo que es indiscutible es que se trata de una muerte violenta. Que quede entre nosotros: es probable que catalogue el origen de la muerte de indeterminado, pero matizaré la posición del cuerpo y los aspectos, digamos, sospechosos. O lo que es lo mismo: mi conclusión final no apuntará hacia el suicidio, aunque no pueda asegurar que es un asesinato. No sé si me explico.

—Te explicas perfectamente.

—El juez de guardia, aun a la vista de los indicios de criminalidad, me ha delegado el levantamiento del cadáver, así que voy a proceder. Se me están helando los huevos. Me largo a

trabajar bajo techo.

—Qué suerte tienen algunos. Yo voy a echarle un vistazo a la azotea.

—Que lo disfrutes.

El oficial que sujetaba el paraguas se mantenía firme y en silencio, actuando como si aquello no fuera con él. Y en parte así era. Randall se fijó en sus facciones enjutas y en su gesto severo; parecía deberle dinero a medio mundo.

«Es duro ser un agentillo de a pie, pero es mejor que pasarse la vida viendo a personas asesinadas y a familias destrozadas».

Randall entró en el edificio tras soltarle al oficial un brusco «alegra esa cara, joder». En cuanto estuvo bajo techo, se quitó la mascarilla y la guardó en un bolsillo de su abrigo. Agradeció no mojarse, aunque el placer fuera a durarle poco.

Notó que iba chapoteando. Miró atrás para comprobar que dejaba incompletas huellas rojas. «Joder». Resopló. Se sentó en el primer escalón, se quitó las protecciones para los zapatos y luego se las guardó junto a la mascarilla. Se hallaba en un portal que había soportado muchas primaveras y visto a infinidad de personas saliendo y entrando. El gres estaba sucio y las paredes desconchadas. Empotrados en el muro de su izquierda destacaban cinco buzones. Leyó para sí mismo lo que rezaban los pequeños rótulos adheridos a sus puertas: «1º Marité Miller; 2º Susan Hauptman y Martín Sosa; 3º Verónica Medel; 4º Gina Gillard; 5º Jorge Villamil y Teresa Aguirre».

Subió las escaleras pensativo y se detuvo en la primera planta al localizar al agente apostado en la puerta del piso de Marité Miller, la única testigo ocular.

—Buenas tardes, agente.

Randall no necesitó presentarse: el uniformado estudió sin reparos la placa que colgaba de su cuello.

—Hola, señor.

—Esto está muy tranquilo, ¿no?

—Los residentes tienen orden de permanecer en sus pisos.

—Perfecto. Hágame el favor de no moverse de aquí hasta que vuelva.

—Por supuesto.

El detective siguió ascendiendo hasta pararse en el rellano del segundo piso. Sacó su móvil, que había preservado de las inclemencias del tiempo en un bolsillo interno de su abrigo, y llamó a su compañera. Dakota descolgó enseguida.

—Dime que es un suicidio.

—No puedo. Solo he hablado con el forense, pero la cosa pinta regular. La posición... El hecho de que la víctima no residiera en el edificio, que no haya aparecido su bolso, que la puerta de la azotea estuviera casualmente rota, que los vecinos aseguren no conocerla de nada...

—Vale, vale... Me ha quedado claro. Pues si se trata de un asesinato, el jefe va a dárnoslo. Ha sido tajante al respecto.

—Eso era obvio. Si no, ¿qué diantres hago yo aquí?

—Ya. Pero a cambio va a transferirle el Caso Robson a Drucker y a Robles.

—¡No! —El grito de Randall resonó por el hueco de las escaleras—. Llevamos meses trabajando en ese caso. No puede hacernos eso.

—Sí puede. La próxima vez que tengas una brillante idea, comunícasela antes a tu compañera. Igual ella consigue refrenar tus impulsos de retrasado mental, y de paso, que no la arrastres contigo.

—Te lo prometo. —A Randall le gustaba darle la razón; era consciente de que eso la enervaba—. Te necesito aquí. Hay que entrevistar a los vecinos. Y hemos tenido suerte: solo son cinco pisos. Lo lógico, de no tratarse de un suicidio, claro, es que el asesino sea uno de ellos. Con un poco de suerte resolveremos el caso en un pispás. Mientras llegas, hablaré con los de la científica que buscan en la azotea y con el primer agente que llegó a la escena, que tengo entendido que sigue hablando con los vecinos. Vete a saber, igual da con el culpable y nos ahorra el mal trago.

Dakota conocía bien a su compañero y la poca confianza que le transmitían los «agentillos de a pie», como él los llamaba despectivamente.

—Salgo ahora mismo hacia Corona. Tardaré unos quince minutos.

—Aquí te espero. Coge la 278 hasta la 495, es el modo más rápido. —Randall era consciente de que su compañera se conocía cada recodo de Nueva York—. Y oye, tráeme un cafecito de la oficina, anda.

—Eres un imbécil, ¿lo sabes?

Dakota colgó mientras su compañero se reía por lo bajini. Luego, Randall oyó el chirrido de una puerta. Dirigió la mirada hacia el sonido y vio entreabierta la del 2B.

«No salgan del piso hasta que alguien se lo diga», percibió del interior del domicilio.

—Con usted quería hablar yo —dijo Randall al ver salir al primer agente en llegar al lugar de los hechos—. ¿Es usted...?

—Oficial Samuel MacLean. A su servicio. —El agente, rubio, alto y delgado y de ojos intensamente azules, llevaba el uniforme reluciente. «Qué educadito, el muchacho». Se acercó y, como el oficial del piso de abajo, Samuel observó la placa que colgaba del cuello de Randall—. Detective. —Asintió y le ofreció su mano. Se la estrecharon—. Nadie parece saber nada. Ni siquiera conocen a la chica. O, al menos, eso aseguran.

—¿Cuánto tiempo pasó desde la muerte de la joven y su llegada?

—Patrullaba por la Avenida Lewis cuando recibí el aviso. Lo hacía con mi compañero Wayne, el que vigila la puerta de la única testigo presencial. Tardamos unos cinco minutos en llegar, pero la muerta ya estaba rodeada de mirones.

—¿Les ha preguntado a los vecinos sobre la llave de la puerta de la azotea?

—Sí. Los residentes de los cinco pisos tienen acceso a la azotea, obviamente, pero cualquiera con un poco de picardía puede entrar en el edificio. Ya sabe: con hacerse pasar por un repartidor... En fin. Por desgracia, la puerta de la azotea estaba abierta. Su cerradura se rompió hace una semana y pico y ya sabe cómo funcionan las comunidades de vecinos: entre unos y otros la casa sin barrer. Dicen que apenas subía nadie. La señora del tercero colgaba la ropa a secar de vez en cuando, pero poco más. Ella fue quien se dio cuenta de que la cerradura estaba rota. Si como dicen nadie la conocía, ¿entró engañada? Es lo único que se me ocurre. No es lógico que alguien ataque a una mujer y se meta en un edificio cualquiera para lanzarla desde la azotea. De no haberse roto la cerradura, el asaltante se habría topado con la puerta de la azotea cerrada. Lo lógico es que fuera alguien de dentro, alguien que supiera que la cerradura estaba rota.

—Es raro, sí. ¿Ha hablado con todos?

—Me he pasado por los cinco pisos, sí.

—¿Alguno de los hombres es corpulento? Hace falta bastante fuerza para coger a una chica de metro setenta en brazos y lanzarla por encima de la barandilla. Es la única posibilidad que me cuadra ahora mismo.

—El del quinto es un hombretón, de los que parecen pasarse el día en el gimnasio. En el bloque solo residen dos varones. Pero el del segundo... Espere un momento. —Samuel sacó un bloc de notas del bolsillo derecho de su pantalón. Pasó cinco páginas y habló de nuevo—. Aquí. El del quinto se llama Jorge Villamil, el alto y robusto. Vive con su mujer, sin hijos. Ella no estaba en casa en el momento de la defunción. El del segundo se llama Martín Sosa, pero es bajito y rechoncho. En el cuarto vive una tal Gina Gillard, que estaba sola cuando la chica se precipitó desde la azotea. Dice no haber visto nada. Nadie vio nada, en realidad. Bueno, el tal Villamil, el del quinto, dice haber visto una sombra pasando por una pared o algo por el estilo. Luego se asomó por la ventana tras escuchar un grito y se encontró con el desastre. Él llamó a Emergencias. En el tercero vive una señora mayor, Verónica Medel. Demasiado débil para lanzar nada. En el momento de la muerte estaba cuidando de sus dos nietos. En el segundo vive una pareja, también sin hijos, Susan Hauptman y Martín Sosa, el bajito y rechoncho. En el primero, como ya sabe, la única testigo ocular, Marité Miller, a quien he encontrado salpicada de sangre y con un ataque de ansiedad.

—A partir de ahora nos encargamos nosotros. Ha hecho usted un trabajo excelente. Pregúntele a los de la científica y al forense si necesitan ayuda. Si no, vigile que nadie entre ni salga del edificio. Que su compañero siga haciendo guardia en la puerta de la testigo.

—Eso está hecho.

Samuel empezó a bajar escaleras mientras Randall subía rumbo a la azotea. Superó la tercera, cuarta y quinta planta, siniestramente vacías y silenciosas, y siguió subiendo hasta toparse con la puerta abierta de la azotea. Justo cuando se disponía a comprobar si la cerradura estaba dañada, salía el agente que envió a corroborar si existían otras salidas.

—Hay una escalera de incendios en la parte trasera del edificio —explicó yendo directo al grano.

—Bien.

—Cualquiera pudo abandonarlo en cualquier momento. No obstante, según el oficial MacLean, los residentes aseguran no haberlo hecho desde el incidente.

—Buen trabajo. Puede volver a patrullar las calles.

El oficial asintió y bajó por las escaleras.

Con su mano enguantada, Randall probó el funcionamiento del picaporte: el pestillo no se movía.

«El supuesto asesino ha de vivir en uno de los pisos. Por fuerza sabía que esta puerta estaba abierta. Es ilógico pensar que alguien abordó a la chica en plena calle y la metió en el edificio sin más pretensión que robarla o violarla. Alguien hubiera visto algo u oído sus gritos. De lo que no me cabe la menor duda, es de que todos los residentes negarán haber subido hoy a la azotea por la cuenta que les trae, sean o no culpables».

De pronto, al detective le vino a la cabeza una posibilidad que le extrañó no haber deducido antes.

«Pasaba cerca de la puerta y un drogata con el mono por las nubes la metió dentro para robarla. No sería la primera vez que un yonqui pasado de vueltas atraca a alguien a plena luz del día. Con la nevada, las calles están más despejadas que de costumbre. Debió írsele de las manos. Puede que la chica perdiera el conocimiento y creyera habérsela cargado. He investigado casos similares. La cuestión es que se puso nervioso, subió las escaleras con ella en brazos pretendiendo ocultarla y se encontró con la puerta de la azotea abierta, y entonces tuvo la brillante idea de fingir un suicidio».

Randall salió a la intemperie. Lo primero que vio fueron nubes grises opacando el cielo. Sin edificios que cortaran el viento, sintió que toda la aversión que sentía hacia el invierno se le acumulaba en la cara.

Vio a los miembros de la científica buscando sobre la nieve, cada uno en un extremo de la azotea. Ellos también advirtieron su presencia; desviaron sus miradas del suelo para centrarlas en el detective. La placa que colgaba de su cuello, como a los dos oficiales que encontró mientras subía, les hizo deducir a los especialistas que el recién llegado tenía permiso para estar en la zona. Aparte de multitud de antenas y salidas de humos, Randall descubrió nieve sobre un tejado plano. Los copos flotaban como gráciles plumas, describiendo sinuosos movimientos en torno a su cuerpo. Al detective le dio un escalofrío mientras se asomaba por la barandilla, y por un segundo se imaginó dándose una ducha caliente.

«Apenas hay espacio entre la barandilla y la cornisa. Aunque se hubiera agarrado de espaldas y dejado caer, habría acabado en perpendicular a la fachada».

Anduvo, calándose el bajo de los pantalones, hasta asomarse por la parte trasera del edificio.

«Ahí está la jodida escalera de incendios».

Randall la estudió. Apenas lo separaban tres metros del último tramo. A su izquierda descubrió una cañería que atravesaba la parte posterior del bloque.

«Pudo descolgarse por la cañería, incluso saltar directamente al primer tramo de escaleras. El presunto asesino sabía demasiadas cosas de este edificio. O había estado aquí antes, o es el tipo con más suerte del mundo».

Anduvo por el borde hasta colocarse al lado del agente que rastreaba la zona izquierda, que en ese momento escarbaba sobre un montón de nieve.

—Homicidios. ¿Tiene algo que pueda servirme para identificar a la fallecida?

—No. Un par de colillas, una botella de plástico, tres pinzas de colgar la ropa... No creo que demos con nada relevante, pero no descansaremos hasta peinar la azotea por completo.

—Bien.

Randall se asomó de nuevo por la barandilla y vio a su compañera avanzando entre los curiosos, que eran bastantes más que a su llegada. Una reportera de la CBS cubría el suceso pegada a las cintas policiales.

—¡Aquí!

Dakota echó la vista arriba para descubrir a su compañero moviendo los brazos como un auténtico zumbado. Y sintió vergüenza ajena como tantas otras veces.

«La madre que lo parió —pensó mientras se acercaba a uno de los agentes que custodiaban el perímetro—. Cómo le gusta hacerme sentir ridícula».

Randall se escondió antes de que las cámaras consiguieran grabarle. Aquella estupidez hizo sonreír al miembro de la policía científica.

—A mi compañera le gusta que haga el ridículo. Y yo intento darle el gusto siempre que puedo. —El criminalista volvió a sonreír—. En fin. Si encuentran algo háganmelo saber de inmediato. Me temo que mi compañera y yo estamos a cargo del caso.

Randall se había resignado: del caso Robson, en estado avanzado, pasarían a ocuparse de uno en pañales.

—Claro.

Salió de la azotea y enseguida oyó un «¡señor!».

Volvió a salir al raso.

—¡Aquí!

Miró hacia su derecha para ver al miembro de la policía científica sujetando por sus asas un bolso marrón. Anduvo a paso ligero y tuvo un traspié que a punto estuvo de mandarlo al suelo. El agente abrió el bolso y miró dentro cuando ya tenía a Randall delante. «*Voilà*», dijo, y metió la mano dentro con sumo cuidado. Sacó un monedero. Se lo entregó al detective, que lo abrió, dando con un carné de conducir expedido en Nueva Jersey. Estudió la fotografía: coincidía con el rostro de la chica muerta. Leyó para sí mismo: «Kat Guinee Beeman. 125 North State Street. Trenton». Comprobó su edad: 32 años.

«¿Qué hacías tan lejos de casa, Kat?».

El monedero no contenía ni un mísero céntimo.

«¿Fuiste víctima de un robo con resultado de muerte?».

—Deme una bolsa de pruebas, por favor.

—Enseguida.

Randall protegió la prueba.

—Esto me lo quedo yo. —Agitó el carné de conducir—. Déjeme el bolso un momento. — Echó un vistazo dentro: un paquete de pañuelos, un pintalabios, unas pinzas de depilar, un manojo de llaves, un paquete de chicles, un bolígrafo... «No está su teléfono móvil. Mierda»—. Revísenlo. Quiero un informe con cada objeto por separado. Necesitaremos el manojo de llaves para acceder a su domicilio y a su coche, así que empiecen por ahí.

El especialista asintió.

Randall abandonó la azotea por segunda vez y descendió en busca de la puerta de salida del edificio.

«Kat Guinee...».

Al llegar a la calle vio al forense precintando la bolsa para cadáveres donde había metido a la recién identifica. Le ayudaba un miembro de la policía científica. A su lado estaba Dakota, esperando a que acabara. Los tres vieron salir a Randall del bloque; por su gesto, parecía traer buenas noticias.

—Kat Guinee Beeman, 26 años, residente en Trenton. Los de la azotea han encontrado su bolso bajo un montón de nieve. No llevaba teléfono móvil o se lo sustrajeron. Apostaría por esto último. La verdad es que todo es raro de cojones.

—¿Cómo has dicho? —preguntó el forense mientras iba en busca de su maletín, colocado al lado de la bolsa para cadáveres.

—¿El qué?

—El nombre de la fallecida.

—Kat Guinee Beeman.

Temple abrió su maletín y extrajo su tableta, y deslizó su dedo índice sobre su pantalla táctil. Tecleó mientras susurraba «Kat Guinee Beeman...».

—Aquí está. Residía en Trenton, pero nació en Albany. En teoría, su familia sigue viviendo allí. Nunca ha estado casada.

—Ya que estás —dijo Dakota—, busca el teléfono del actual sheriff de Albany.

—Claro. A ver... Apuntad. —Dakota tomó nota por escrito mientras Randall marcaba el número en su teléfono móvil—. Voy a por la camilla y me la llevo a la morgue.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó ella.

—Me apaño con los criminalistas.

Randall pulsó el botón de llamada.

Un tono... Dos tonos...

—Sheriff Keegan. Dígame.

—Buenas tardes, Sheriff. Soy el detective de homicidios Randall Jacobs, del Departamento de Policía de Nueva York. Tengo malas noticias. Una chica de su ciudad se ha precipitado desde la azotea de un edificio en el barrio Corona, en Queens, y nos preguntábamos si podría notificarles la defunción a sus padres.

—Faltaría más. No es plato de buen gusto, pero forma parte de mi trabajo.

—Dígales que pasaremos mañana o pasado a hacerles unas preguntas. Acabamos de identificarla. Es más, le llamo desde el lugar de los hechos.

—Y el nombre de la fallecida es...

—Sí, disculpe: Kat Guinee Beeman.

Hubo un silencio. Se alargó tanto, que el detective creyó que se había cortado la transmisión.

—¿Sheriff?

—Es... Era la hija de mi predecesor. Un buen hombre y un buen amigo. Murió hace cinco años en acto de servicio y yo ocupé su lugar. Antes de que muriera en mis brazos le prometí que cuidaría de su familia, así que puede imaginarse cómo me siento ahora mismo.

—Lo siento. No tenía ni idea. ¿Sabe si tenía pareja, dado que es usted amigo de la familia?

Dakota miraba a su compañero con una ceja arqueada.

—No sabría decirle. Pero lo averiguaré.

—Gracias.

—Gracias a usted por avisar. Si alguien la ha matado, quiero formar parte de la investigación.

—Se lo agradezco, sheriff. Y tranquilo, le mantendremos informado. Aún es pronto para hablar de asesinato, pero... En fin. En unos días nos pasaremos por Albany a hacerle una visita. De confirmarse el crimen, toda ayuda será bienvenida.

—Hasta pronto, entonces.

—Sí, hasta pronto.

Ambos colgaron.

Randall le hizo un gesto a Dakota, que esta interpretó como «acompañame al interior del edificio». Aunque habitualmente se llevaran como el perro y el gato, se entendían mejor de lo que ellos pensaban.

—No me has traído el café —dijo él en cuanto estuvieron dentro.

—¿Crees que soy tu chacha o qué?

—Para nada. Pero un detallito con tu compañero de vez en cuando tampoco iba a hacerte daño, ¿no crees? —Dakota contestó con un suspiro cargado de resignación—. En fin. Saca tu bloc de notas y apunta ahora que tengo los datos frescos.

Dakota volvió a echar mano de su bloc de notas y de su bolígrafo.

Randall se sentó en el inicio de las escaleras mientras su compañera esperaba con el bloc abierto y la punta del bolígrafo apuntando hacia su primera hoja en blanco. El detective observó el rostro estrecho y alargado de su compañera, a juego con su tabique nasal. Miró sus ojos azul turquesa, sus labios finos y su pelo rubio y ondulado. A algunos les parecía atractiva. Él era incapaz de verla como a algo más que una compañera.

—Ilústrame.

—He estado en la azotea y tengo serias dudas de que se trate de un suicidio. Tiene una barandilla al borde de la cornisa, muy al borde. Como ya sabes, una testigo asegura que la víctima cayó en paralelo al edificio y bocarriba. Es improbable. No es imposible, claro, pero es una posición sospechosamente rara. Si se agarró de espaldas a la barandilla y se dejó caer... No

obstante, me parece una forma absurda de suicidarse, y más cuando está cayendo la del pulpo. Tuvo que arrojarla alguien, presuntamente agarrándola en brazos mientras ella estaba inconsciente, y luego huir por una escalera de incendios que hay en la parte trasera del edificio. De todos los residentes, solo uno coincide con las supuestas medidas del posible asesino. Pero cualquiera pudo haberla engañado para entrar en el edificio, darle un golpe en la cabeza, subirla hasta la azotea, lanzarla y huir por la citada escalera de incendios. Si lo que pretendía su asesino era desconcertarnos, lo ha conseguido. O es una mente criminal sofisticada o tuvo mucha suerte. Demasiada suerte para mi gusto. ¿Encontró la puerta de la azotea casualmente abierta y luego la opción de huir por la escalera de incendios? No me lo trago. El asesino conocía este edificio. Y digo ‘asesino’, y no ‘supuesto asesino’, porque me parece evidente que aquí hay gato encerrado. Alguien de dentro sabe más de lo que asegura. La chica es de Trenton y dicen no conocerla. Tampoco me lo creo. Hay que averiguar qué hacía en Nueva York. Seguro que durmió en la ciudad. El tiempo no alienta a viajar. En uno de sus bolsillos hemos encontrado una entrada de cine. Si la científica consigue limpiarla y pertenece a una sesión reciente, tal vez averigüemos con quién viajó a la ciudad o con quién se reunió aquí. Pocas mujeres van solas al cine. De momento es todo. Ahora cuéntame qué pasa con el caso Robson.

—Que el teniente va a pasárselo a Drucker y a Robles.

—Hablaré con él.

—Pues que Dios te pille confesado.

—Lo máximo que puede pasarme es que me mande a la mierda.

—O que nos pasemos el resto de nuestras vidas investigando casos de mierda.

—No creo. Somos demasiado buenos.

—Yo soy buena; tú eres un tocapelotas.

—Pero yo tengo un inigualable don de gentes.

—Sí, claro, por eso estamos hoy aquí, por tu don de gentes. Lo que tú tienes es un don innato para cabrear a los demás. En fin. Habrá que empezar con las entrevistas, ¿no? Hoy se nos va a hacer tarde. Otra vez.

—Empecemos por la testigo presencial.

Primera planta: Marité Miller

—Buen trabajo —le dijo Randall al oficial de policía que custodiaba la puerta—. Gracias. Puede marcharse.

—Un placer.

El agente descendió las pocas escaleras que le separaban de la calle y abandonó el edificio.

Marité Miller tardó en abrir, y lo hizo en bata, pijama y pantuflas, con el pelo recogido en una larga cola de caballo. Morena, delgada, de ojos marrones y en torno al metro setenta, parecía arrastrar un cansancio extremo.

«Los sucesos traumáticos le dejan a uno para el arrastre», caviló Dakota.

—Hola. —Su voz carecía de fuerza y sus ojos no podían estar más hinchados—. ¿Son los detectives? Me han dicho que vendrían a hacerme unas preguntas. Le he contado todo lo que sé al oficial de policía que...

—Será solo un momento —dijo Randall, interrumpiéndola de forma delicada.

—De acuerdo. Pasen.

Marité los guio arrastrando los pies, como si le hubieran succionado las ganas de hacer cualquier cosa.

«A veces, los asesinatos castigan a quienes ni siquiera conocen a la víctima —pensó Dakota mientras observaba sus pausados movimientos—. Que nos lo digan a nosotros».

Entraron en el salón. Marité se sentó en una de las cuatro sillas que abrazaban una mesa rectangular. Con un gesto de su mano les invitó a hacer lo mismo al otro lado del tablero color haya. Una vez sentados los tres, Randall estudió la mesa de centro situada a unos metros de la espalda de la joven, entre un sofá viejo y un pequeño televisor de pantalla plana: estaba repleta de pañuelos de papel hechos gurruchos.

«Se ha pasado la tarde llorando. Pobre muchacha».

Los muebles anticuados y la decoración austera condujo a los detectives a pensar que el sueldo de Marité no daba para demasiados lujos.

—Se han llevado mi ropa —explicó atribulada—. Estaba salpicada de sangre. —Suspiró—. He estado un buen rato con la cara manchada, ¿saben?, hasta que los criminalistas me han dejado limpiármela. O criminólogos. No recuerdo cómo se han presentado.

Su mirada se perdía entre sus manos entrelazadas.

—Lo sabemos —dijo Randall—. Sentimos que haya tenido que pasar por una situación tan traumática.

—Ya.

—¿Puede contarnos qué pasó?

—Salí a la calle y estubo a punto de aplastarme. Un segundo más tarde y... En fin. Ya le he dicho al otro policía que no vi nada aparte de a la chica destrozada sobre la acera y al del quinto asomándose por la ventana. Me quedé en shock. Ni siquiera me fijé en la azotea. Lo siento. Volví a casa empapada de sangre y llamé a Emergencias. Luego vino el oficial a hablar conmigo. Y ahora están ustedes aquí.

—¿Está segura de que cayó de espaldas y en paralelo al edificio?

—Completamente. El señor que se asomó por la ventana del quinto piso, no sé su nombre, podrá confirmárselos.

Randall se frotó el mentón como si tuviera sarna.

—¿Vive sola?

—Sí.

—Puede decirnos la hora aproximada en la que murió Kat Guinee.

Randall dejó caer el nombre y el primer apellido de la finada con la esperanza de que tal vez le sonara de algo.

—Kat Guinee... —susurró Marité con la mirada perdida—. Así que ese es su nombre. —Alzó la vista como si hubiera reunido fuerzas para hablar alto y claro—. Kat Guinee murió a las cuatro y cinco minutos.

—¿Aproximadamente? —preguntó Dakota sorprendida por la exactitud.

—No. Miré mi reloj de pulsera justo antes de salir del edificio. Hoy he visto morir a una mujer de un modo horrible y he estado a punto de morir aplastada. Es una hora que llevaré grabada en la mente de por vida.

«Saber la hora exacta es un paso adelante», pensó Randall.

—Pues es todo —dijo el detective—. Si necesitamos volver a hablar con usted, la avisaremos. Gracias por atendernos.

—Gracias a ustedes.

Dakota y Randall abandonaron la vivienda rumbo al piso de arriba.

Segunda planta: Susan Hauptman y Martín Sosa

Dakota llamó al timbre. Quien abrió mostró una cara muy diferente a la de Marité Miller. Martín Sosa atendió a los detectives enérgico y distendido.

—Hola. ¿Puedo ayudarles en algo?

—Dakota Siegel y Randall Jacobs, detectives de homicidios. Nos gustaría hacerle unas preguntas.

Como le había comentado el oficial Samuel MacLean a Randall, Martín Sosa era un hombre que superaba por poco el metro sesenta, regordete, de tez morena, ojos marrones y pelo oscuro.

—Ah, sí, claro. Nos han dicho que vendrían. Ahora me fijo en su placa. Disculpe. Menuda desgracia, ¿eh? Pasen, pasen... ¡Cielo, son los detectives! —Ella le respondió con un «¡me pongo algo presentable y salgo!»—. Se estaba depilando las piernas —explicó mientras los guiaba hasta la sala de estar—. Siéntense en el sofá. ¿Les sirvo alguna bebida? ¿Un café, tal vez? ¿Un refresco?

—Un vaso de agua, por favor —pidió Dakota.

—Otro para mí, si no es molestia.

—Claro que no.

Los detectives se sentaron en un cheslón de piel beige, quedando ante ellos una mesa de centro y un televisor de al menos sesenta pulgadas colgado de la pared. Aunque la distribución de los pisos fuera la misma, el de abajo palidecía ante aquel despliegue de modernidad. Marité Miller pisaba un suelo de gres y Susan Hauptman y Martín Sosa uno de parquet: un «simple» detalle que colocaba a las dos viviendas en categorías distintas. Los marcos de fotos austeros y los cuadros cutres que predominaban en el piso de abajo dieron paso a armaduras de plata y cuadros abstractos, y los adornos baratos a una decoración que combinaba el blanco y el negro con exquisito gusto, y que no parecía haberse comprado en una tienda de todo a un dólar. Tanto a Randall como a Dakota les llamó la atención que en un mismo bloque coexistieran viviendas tan desiguales.

Martín entró en el salón con dos vasos de agua y los dejó sobre la mesa de centro. Poco después lo hizo su mujer, Susan, vistiendo unos tejanos apretados que realzaban sus curvas y un suéter de amplio escote que realzaba sus pechos. Superaba en altura a su marido. A Randall le pareció una latina de buen ver; a Dakota una «fresca».

Ambos se sentaron en una butaca próxima al sofá, ella sobre los muslos de él. A los detectives les pareció una actitud inapropiada, pero no creyeron oportuno llamarles la atención; al fin y al cabo, estaban en su casa.

—Entonces, ¿creen que la asesinaron? —preguntó ella—. Solo de pensarlo se me pone el vello de punta.

—Cuéntenos qué estaban haciendo cuando la chica se precipitó desde la azotea —preguntó Randall obviando la pregunta de la ‘latina de buen ver’.

Randall cogió el vaso y dio un largo trago; tenía la boca seca. Al poco, Dakota carraspeó e hizo lo mismo. Tras dejar los recipientes sobre la mesa de centro, la detective sacó su bloc de notas para apuntar las respuestas de la pareja.

—Dándonos un baño —dijo Martín—. No nos enteramos de nada. Nos hemos asomado por

la ventana al oír ajetreo y hemos visto a la policía colocando las cintas. Ni siquiera me he fijado en la fallecida. No me considero un morbosos; al contrario: intento no meterme donde no me llaman ni ver cosas que puedan alterar mi sueño. Soy psicólogo, ¿saben? —Dakota y Randall asintieron, y este último tuvo un fugaz pensamiento: «Por eso tu mujer es más alta y guapa que tú. Un bolsillo repleto de billetes le hace a uno más atractivo»—. Luego ha venido un agente a hacernos la misma pregunta que nos están haciendo ustedes, y antes de irse nos ha dicho que no nos moviéramos del piso. Y eso hemos hecho.

—¿Conocen a esta mujer?

—¿Es la chica? —preguntó ella.

—Limítense a contestar, por favor.

Randall les enseñó el carné de conducir. Ambos observaron su fotografía durante unos segundos. «No la había visto en mi vida», dijo Martín. Susan se limitó a negar con la cabeza.

—Pues de momento es todo.

Martín le dio una palmadita a su mujer en el trasero y esta se levantó. Él hizo lo mismo, andando hacia el mueble que presidía el comedor. Cogió su cartera, la abrió y extrajo una tarjeta de visita, entregándosela a Dakota.

—Es la tarjeta de visita de mi consulta. Para cualquier cosa, pueden llamar a mi secretaria y les atenderé encantado. Por la parte de atrás lleva mi número de teléfono móvil, pero no lo cojo cuando estoy trabajando.

Los detectives asintieron y abandonaron el piso tras un «adiós» formulado al unísono.

Tercera planta: Verónica Medel

—En este piso no hace falta ni entrar —dijo Randall—. Según el primer oficial en llegar, es una señora mayor que estaba cuidando de sus nietos en el momento de la muerte, así que con confirmarlo creo que será más que suficiente.

—Vale.

Dakota pulsó el timbre.

—¡Voy! —se oyó desde adentro.

La puerta se entreabrió, asomando el rostro de una mujer que rondaba los setenta años. Observó la placa que colgaba del cuello de Randall y abrió del todo. Llevaba un delantal blanco encima de una falda gris y un suéter negro.

—Buenas tardes, agentes. ¿Vienen a hacerme más preguntas? Hoy está siendo un día de lo más surrealista.

—Hola, señora, así es. Pero tranquila, que seremos breves —prometió Randall—. ¿Dónde estaba cuando la chica se precipitó desde la azotea?

Le mostró el carné de Kat Guinee. La anciana lo miró con detenimiento.

—¿No quieren pasar? Puedo prepararles un café, si quieren.

—No es necesario. Pero gracias por el ofrecimiento. Solo estamos confirmando dónde estaba cada vecino en el momento de la muerte.

—Como quieran.

»En fin. Pobre chica.

Pues, estaba haciéndoles unos bocadillos de pan de molde a mis nietos. O eso creo. No me he

enterado de la desgracias hasta que ha llegado la policía. No sé en qué momento exacto se ha lanzado la chica.

«Puede que la hayan lanzado», pensó Dakota.

—¿Había visto antes a la mujer del carné?

—Nunca.

—¿Dónde están sus nietos?

—Viendo la televisión.

—¿Podemos hablar con ellos un momento?

Verónica frunció el ceño y se volvió hacia el interior del piso.

—¡Niños, venid! —Poco después, los pequeños aparecieron al fondo del pasillo—. Acercaos. Este señor y esta señora quieren haceros unas preguntas.

Los nietos de Verónica Medel se mostraron reticentes, pero tras mirarse a los ojos anduvieron hacia su abuela y los detectives. De una altura similar, ambos eran morenos y de ojos oscuros, y llevaban pijamas idénticos.

—Ella se llama Emilia y él Pablo.

—Hola, Emilia y Pablo —dijo Randall sonriente, encorvando la espalda—. Yo me llamo Randall y ella se llama Dakota. ¿Podéis decirme qué habéis hecho esta tarde?

—Jugar —contestó Emilia.

Su hermano asintió con seguridad.

—¿La abuela ha estado con vosotros todo el rato?

Verónica no pudo evitar echarles una mirada inquisidora a los detectives.

—Sí —respondieron a coro.

—Perfecto. —El detective esbozó una exagerada sonrisa—. Os habéis portado muy bien. Podéis volver al salón.

Los niños se dieron la vuelta y corrieron hasta desaparecer de sus vistas.

—Gracias, señora. Es todo.

—Un placer.

Verónica cerró la puerta.

Cuarta planta: Gina Gillard

Gina abrió en chándal y sudadera.

«Menudo marimacho», pensó Dakota nada más verla.

Como con los residentes anteriores, se presentaron y la informaron de que tenían que hacerle unas preguntas. «De rigor», matizó Randall.

—Me habían dicho que pasarían —dijo Gillard circunspecta, con una voz extrañamente grave—, pero no les esperaba tan pronto.

—¿Por? —preguntó Randall.

—No sé. He supuesto que tendrían cosas más importantes que hacer.

—Mal supuesto.

De ojos color avellana, nariz chata y labios y mandíbula estrechos, Gina Gillard, que lucía un corte de pelo estilo marine e inexistente maquillaje —ni siquiera llevaba puestos unos pendientes—, podría haber pasado por un chico sin demasiados retoques.

—Pueden sentarse donde quieran —dijo tras conducirlos hasta la sala de estar.

El mobiliario y la decoración casaban con el piso de Marité Miller. Les sorprendió que en las estanterías solo pudieran verse lomos de libros y las paredes estuvieran desnudas; ni rastro de cuadros o fotos.

«Me da que a esta no le van las sensiblerías», pensó el detective.

Se sentaron a una mesa vengué. Gina, como su vecina del primero, en frente de ellos. Parecía deseosa de quitárselos de encima.

—¿Conoce a esta mujer?

El detective le mostró el carné.

—No.

—¿Nunca la había visto?

—Nunca.

—¿Dónde estaba sobre las cuatro y cinco de la tarde?

—En mi cuarto, conectada a internet con los cascos puestos.

—Podemos comprobarlo, ¿sabes? —intimidó Dakota tuteándola.

—¿El qué?

—Averiguaremos si navegaste mientras la chica moría. Que el ordenador estuviera conectado a la red y en tu cuarto no te exime de nada.

—Es lo que hice, así que me suda los cojones lo que investiguen. Subí a Facebook varias fotos de la nevada tomadas desde ahí mismo. —Señaló la ventana con el mentón—. Pueden comprobarlo.

El detective echó una fugaz mirada a la ventana, e inconscientemente imaginó a Kat Guinee rumbo a destrozarse el cráneo contra la acera. Mientras tanto, Dakota pensaba indignada: «Los cojones, dice. No me sorprendería nada que le colgara algo entre las piernas». Desde un principio no le gustaron las formas de Gillard.

La detective suspiró enfáticamente, mostrándole a conciencia su frustración tanto a Gillard como a su compañero.

A Randall le chocaron los esfuerzos de la entrevistada por parecer varonil. Sus gestos recios, su forzada voz grave, su lengua afilada y su mirada penetrante, que no encajaban en absoluto con sus hechuras finas, le hicieron deducir al detective que Gillard trataba de esconder su feminidad. No obstante, al detective le importaba un bledo cómo se moviera Gillard, cómo hablara o cómo vistiera. Únicamente le importaba averiguar si guardaba relación con la muerte de Kat Guinee. Y aunque su compañera parecía dudar de Gillard, él empezaba a tener claro que en los primeros cuatro pisos no residía ningún asesino.

—¿Vive sola? —le preguntó.

—Sí.

—¿Y de qué trabaja?

—Soy diseñadora gráfica. Trabajo desde casa.

El detective se levantó de su silla convencido de que Gillard no era capaz de matar a una mosca por brabucona que se mostrara. Dakota hizo lo mismo, pero menos convencida.

—Comprobaremos que navegó por Internet durante el incidente. Gracias por contestar a nuestras preguntas.

Abandonaron el piso. Gina ni siquiera se dignó a acompañarlos hasta la puerta.

—Tiene coartada —dijo Randall en el rellano, a sabiendas de que su compañera iba a recriminarle no haber insistido—. Si no cuadra, volveremos con más preguntas y menos suavidad.

—Por una vez tienes razón —dijo ella con un evidente gesto de frustración—. Mejor andarnos con pies de plomo.

Aunque supiera que se había excedido, Dakota estaba cansada de ir siempre a rebufo de su compañero.

«Tenemos el mismo rango —pensó mientras subía peldaños tras las anchas espaldas de su compañero—. Deja de ir por el mundo como si fueras mi superior».

Quinta planta: Jorge Villamil

—Vi algo en esa pared —aseguró Jorge sentado en una silla, señalando el muro con el dedo índice. En efecto, era un hombre alto y fornido—. Pero no entendí lo que había visto. Joder, la chica pasó justo por delante de esa ventana y su sombra se proyectó en la pared de enfrente. Durante una puta milésima de segundo. —Aun habiendo pasado más de hora y media del «descenso», Jorge seguía afectado. O eso les pareció a los detectives—. Luego oí el golpe y el grito, abrí la ventana, vi a la chica destrozada sobre la acera y a la inquilina del primer piso a su lado, y fui corriendo a llamar a Emergencias. Creo la chica del primero se llama María, o Marta, no estoy seguro. Tal vez me viera asomado.

—Se llama Marité —ilustró Dakota, que cogió las riendas de la, en principio, última entrevista del día—. Y sí, lo vio. Por cierto, ¿dónde está su mujer?

—Con su madre. Después de llamar a Emergencias la telefoneé para que no viniera a casa. Su padre se suicidó hace cinco años y no me apetecía que volviera a revivir todo aquello. Supongo que lo entenderán. En cuanto me dejen salir de aquí iré a buscarla.

—Cuando termine esta entrevista podrá hacer lo que quiera.

—Es un alivio.

—Tenemos firmes sospechas de que alguien la arrojó al vacío y usted es el único residente que cuadra con las primeras hipótesis que manejamos.

«La madre que te parió. —Randall no podía creer los cuestionables modos de su compañera—. No tienes ni una miserable prueba en su contra».

El gesto de Villamil dio un vuelco, pasando de la impresión que aún le causaba recordar a Kat Guinne, a la rabia que le provocaba verse señalado.

—¿Qué? No. Llamé desde el fijo de este piso a Emergencias segundos después de que la chica se estampase contra el suelo. Ni Usain Bolt hubiera bajado tan rápido desde la azotea. Comprueben los tiempos y verán que yo no pude empujarla. Es literalmente imposible. ¡No me jodan, hostia! ¿Quieren cargarle el muerto al morenito de turno?

«Ya tardaba en salir el tema del racismo».

Randall suspiró.

—Usted...

Randall le propinó una patada a Dakota por debajo de la mesa, provocando que esta se quedara con la palabra en la boca. Jorge frunció el ceño.

—Es todo —dijo Randall incorporándose con ligereza—. Le llamaremos si necesitamos entrevistarle de nuevo.

Esta vez, Dakota no se levantó inmediatamente tras hacerlo su compañero como poco antes en el piso de abajo. Con la mandíbula apretada, la detective destinó una mirada desafiante a su compañero mientras pensaba «puto arrogante de mierda». Se incorporó sin esconder su enfado y

le estrechó la mano al entrevistado con una fingida sonrisa en el rostro.

Ya en el descansillo, Dakota pilló por banda a su compañero.

—Como vuelvas a darme una patadita o me llesves la contraria durante una entrevista, te pego una patada en los huevos que te los pongo de corbata, gilipollas arrogante prepotente de mierda.

—¿Gilipollas arrogante prepotente de mierda? —preguntó Randall sonriente, asintiendo como quien está altamente conmovido—. Impresionante. En serio. Pero tienes razón. Te pido disculpas. Me ha dado un espasmo a causa de tu..., espontaneidad desmedida. Pero insisto: no he debido cortarte de ese modo. Aunque has de admitir, que a veces te adelantas bastante a los acontecimientos.

—¿Ah, sí? ¿Qué hay de malo en apretarle un poco las tuercas a un sospechoso?

—Jorge Villamil y Gina Gillard nos han dado coartadas. ¿No es más lógico comprobarlas primero y atacarles después?

Dakota entendió —otra vez— que su compañero tenía razón; y dársela le dolía más que depilarse las ingles.

—En fin —dijo seria, obviando cualquier comentario en referencia a su nuevo desliz—. Enséñame la azotea y volvamos a la oficina.

La azotea estaba desierta. No nevaba, pero el frío seguía augurando una noche cruda, provocando temblores aquí y allá, amenazando con helar tuberías. Como los neoyorquinos por las arterias de la ciudad, el agua debía fluir por las cañerías para no quedarse tiesa.

—Los informes esclarecerán algunos hechos, o eso espero —reflexionó Randall mientras ambos se asomaban por la barandilla. Abajo no vieron ni al forense ni a ningún criminalista, únicamente a dos uniformados protegiendo el perímetro—. Tenemos la entrada de cine. Averiguaremos si tenía pareja y hablaremos con sus familiares y amigos, tanto de Trenton como de Albany. Lo de siempre, vamos. El sheriff Keegan nos ha ofrecido ayuda y no vamos a rechazarla. Comprobaremos las coartadas de Gillard y Villamil, registraremos la vivienda de Kat Guinee y les haremos unas cuantas preguntas a sus vecinos.

—Keegan puede encargarse de las entrevistas de Albany.

—Eso había pensado. Tenemos mucho curro por delante.

—Sí.

Dakota suspiró sonoramente y recordó que ya no estaban a cargo del caso Robson. Miró de soslayo a su compañero y sintió una mezcla de desprecio y apego.

«Si no fueras tan soberbio, hasta serías buen compañero».

—A falta de comprobar las coartadas... —meditó Randall mientras se frotaba el mentón y se apartaba de la barandilla para desplazarse a la parte trasera del edificio—. Si tuviera que apostar mis ahorros, diría que ninguno de los residentes mató a Kat Guinee. Tengo esa corazonada. Alguien la engañó para entrar en el edificio a sabiendas de que la puerta de la azotea estaba abierta, la dejó inconsciente y la lanzó al vacío intentado fingir un suicidio. Luego huyó por aquí. —Randall señaló la escalera de incendios mientras Dakota la inspeccionaba—. La cuestión es por qué lo hizo.

—Si las coartadas son consistentes, yo tampoco apostaría a que el culpable vive en este edificio.

ALAN GUINEE

Meses antes

Albany

Oyó un chirrido tumbado en la cama. Dejó de leer para comprobar que alguien entreabría la puerta. Kat observó a su hermano como si fuera una voyeur, sonriente y deseosa; un tercio de su rostro fue suficiente para que su hermano la reconociera.

—¡Hermanita! —Kat abrió del todo mientras el pequeño de los Guinee dejaba sobre la mesita de noche el libro que había estado leyendo—. ¡No te esperábamos!

—En eso consistía, en que fuera una sorpresa. ¡Sorpresa!

—¡Te quedas a cenar!

—Me quedo todo el fin de semana.

—¡Wow!

Alan se tiró a los brazos de su hermana como si llevara años sin verla. Pecho contra pecho, la besó en la mejilla al menos de diez veces. Tras separarse, Kat frunció el ceño y se acercó a la estantería colgada sobre la única cama del dormitorio.

—¿Esta foto es nueva?

—Sí. Buscando una carpeta para guardar un trabajo del *insti* me topé con los álbumes familiares y pensé que ya era hora de renovar las fotografías de mi habitación. No ojeaba esos álbumes desde la muerte de papá, ¿sabes? ¿Te acuerdas de ese día? Yo vagamente.

La instantánea mostraba a Kat, a Alan y a su padre, sheriff de Albany por aquel entonces, sonrientes ante su mesa de despacho. Cuando se tomó, Alan solo tenía seis años.

—Lo recuerdo. Pero se me había olvidado. —A Kat se le hizo un nudo en la garganta—. Fue la primera vez que visitaste la oficina de papá. Se nos ve tan felices...

—Lo echo tanto de menos...

—Y yo.

Kat devolvió la fotografía a su lugar y se sentó al borde de la cama.

Alan suspiró melancólico y se acomodó a su lado.

—Nunca se lo he contado a nadie, pero la reacción que tuvo papá cuando le conté que era gay, fue... Si te soy sincero, no sé cómo catalogarla. ¿Espontáneamente rara y bonita al mismo tiempo? —Kat sonrió mientras observaba a su hermano con los ojos vidriosos—. En fin. El tema es que conservo ese recuerdo como oro en paño. Aquel día estaba tan nervioso, que no me salían las palabras. Tú y mamá ya lo sabíais y...

—Lo recuerdo como si fuera ayer. Estabas *cagadito* de miedo, y eso que papá era un hombre de lo más tolerante.

Alan asintió con la cabeza.

—Hice de tripas corazón y se lo solté como quien lee una octavilla. Se me quedó mirando fijamente y dijo algo así como: «Nunca ha habido un Guinee homosexual». Alan imitó la voz grave y autoritaria de su padre. «Y ya era hora. Chico-chica, chica-chico. Por fin un chico-chico. Ahora nos falta una chica-chica. Igual tu hermana es lesbiana y hacemos pleno».

Kat rio junto al ser que más quería del mundo.

—¿En serio? Me parto. El jodido iba de duro por la vida, pero era más tierno que un oso amoroso. Papá sabía cómo hacerte sentir especial, ¿verdad? Siento no haberle dado el gusto de ser lesbiana.

—En fin. Cambiando de tema... ¿Qué tal van las exposiciones? ¿Vendes mucho?

Kat pensó en la importante exposición que tendría que afrontar en poco tiempo —en su mente se había programado una cuenta atrás—, pero no le comentó nada a su hermano.

—Solo he tenido una desde que me fui y solo exponía un cuadro, así que... Menos de lo que esperaba. Pinto demasiado lento, y eso que me paso los días metida en casa sin hacer otra cosa. No socializo ni una pizca.

—¿No te has agenciado ningún amiguito de esos con derecho a roce...? —preguntó Alan con gesto lascivo, levantando las cejas repetidamente.

—Créetelo o no, pero aparte de con mi marchante, no he hablado más de veinte segundos con nadie. Y me refiero a la cajera del supermercado o el señor mayor que vive en el piso de al lado.

—Pues mira que me sorprende. Pero oye, te largaste para triunfar como pintora, así que... ¡Pinta, diantres!

Kat sonrió un tanto tristona: su carrera no acababa de despegar; lo cierto es que ni siquiera había empezado a acelerar sobre la pista de despegue. De ahí la importancia de su siguiente exposición.

—Dejemos de hablar de mí, anda. ¿Qué tal te va con Marvin?

—Aún no se atreve a decírselo a sus padres, y ya me cansa andar a escondidas.

—Dale tiempo. Ya sabes que están chapados a la antigua.

—Lo sé. Oye, esta tarde hemos quedado para ir al cine, ¿te vienes con nosotros?

—He quedado con Melisa.

—Ah, vale. Podemos ir mañana los dos solos, como en los viejos tiempos.

—¿Cómo que como en los viejos tiempos? ¡Si solo llevo un mes viviendo en Trenton!

—¡Era un decir, mujer! —exclamó Alan guasón, imitando el tono de su hermana.

Catherine asomó la cabeza por la puerta.

—Tortolitos, ¿qué os preparo para cenar?

—Lo que quieras, mamá —contestó Kat sonriente.

—¿Y si os pedís unas pizzas? No me apetece cocinar.

—Pizza me parece estupendo —aprobó Kat mientras Alan asentía con la cabeza.

—Pues arreglado.

La madre volvió al salón, donde había dejado una serie de HBO a medias.

Alan miró a su hermana y se sintió en paz. Aunque Kat ya no viviera con ellos, seguía presente en sus vidas. Hablaban a menudo por teléfono o por videoconferencia, y si Alan necesitaba un hombro sobre el que llorar, fueran las doce del mediodía o las tres de la madrugada, ella se lo ofrecía.

Kat jamás le mostró a su hermano una chispa de indiferencia.

3 meses después

—Se lo agradezco, sheriff. Y tranquilo, le mantendremos informado. Aún es pronto para hablar de asesinato, pero... En fin. En unos días nos pasaremos por Albany a hacerle una visita.

De confirmarse el crimen, toda ayuda será bienvenida.

—Hasta pronto, entonces.

—Sí, hasta pronto.

El sheriff de Albany colgó meditabundo y como un acto reflejo agachó la cabeza en busca de su placa; siempre adherida a su uniforme, la percibió como un marcapasos.

«¿Y ahora cómo se lo digo a tu mujer y a tu hijo? —pensó recordando al padre de la fallecida—. A ti se te daban mejor estas cosas. Yo no tengo ni tendré tu carisma».

Se levantó de su silla de piel negra y no pudo eludir un recuerdo: cuando Jerry MacFadyen —nunca olvidaría ese nombre—, un tipo cualquiera con quien no guardaban rencillas, abrió fuego contra ellos en un bar cualquiera. Había pasado mucho tiempo desde aquel día, pero Keegan recordaba el cuerpo ensangrentado de Rick Guinee sobre su regazo como si en ese preciso instante lo tuviera encima.

«Por decirle que no armara follón. Si la llamada nos hubiera pillado en la oficina..., pero no, teníamos que estar cerca del maldito bar».

Recordó la voz del dueño: «Está ahuyentando a la clientela. O vienen ustedes a ponerle firme o lo echo yo a patadas». También el «iba bebido. No quise hacerlo. Lo siento de corazón», que pronunció el homicida con gesto de arrepentimiento buscando —bien aleccionado por su abogado— la clemencia del juez.

Antes de abandonar su despacho rumbo al de su jefe adjunto, Keegan sintió la misma rabia que entonces.

—Salgo un momento, John —dijo asomándose por la puerta—. Tengo que comunicar una defunción.

Evans despegó la mirada del documento que estaba leyendo.

—¿Una defunción? Envía a Connor y que se espabile. Tiene un empane que no es normal.

Keegan sonrió cariacontecido.

—Esta vez no.

John frunció el ceño.

—¿Por? ¿Quién ha muerto?

—Te lo explico cuando vuelva.

—Como quieras.

Keegan cerró la puerta del despacho de su jefe adjunto y anduvo taciturno hacia la salida de la oficina. Sus ayudantes trabajaban alrededor mientras caminaba absorto en el suelo, oyendo dispares saludos como ecos distantes. Keegan no estaba en su oficina en ese momento; su mente se había trasladado a la casa de la familia Guinee.

«Estoy a punto de hundirles en la miseria».

Sintió la imperiosa necesidad de cerciorarse de que habían asesinado a Kat, y recordó lo que le dijo el detective de homicidios de Nueva York: «Aún es pronto para hablar de homicidio o asesinato, pero... En fin. En unos días nos pasaremos por Albany a hacerle una visita. De confirmarse el crimen, toda ayuda será bienvenida».

«Si la han matado, Rick... —Keegan apretó los puños cuando enfilaba la puerta de salida—. Te juro que encontraré al culpable».

Anduvo hacia el coche patrulla y recordó a Kat correteando por los pasillos durante una de las cuantiosas cenas que disfrutó en casa de los Guinee. Abrió la puerta rotulada de su Dodge y se acomodó en el asiento sintiéndose más incómodo que nunca. Giró la llave en el contacto con la mente ofuscada, pisó el acelerador en punto muerto para calentar las entrañas del vehículo, tan

gélidas como las suyas tras la llamada de Randall Jacobs, y agarró el volante como si fuese el pescuezo de Jerry MacFadyen.

—A veces no entiendo cómo manejas este mundo —susurró pensando en Dios.

Abandonó el aparcamiento rumbo a la antigua casa de su antiguo jefe.

«Estoy en el peor aprieto de mi carrera».

Aparcó y observó la vivienda a través de la ventanilla. Quince peldaños grises conducían a un porche donde el blanco de las barandas contrastaba con la pintura color canela que cubría la fachada. Sobre una elevación de tierra que se vestía de verde, la casa de los Guinee se alzaba junto a otras por encima de las líneas que perfilaban las aceras.

El sheriff se imaginó en aquel porche con una copa de brandy y la compañía de su amigo Rick, mientras su hijo Alan les incordiaba con sus típicas preguntas: «¿Hoy habéis pillado a algún malo?».

Sonrió alicaído.

«Lo que faltaba».

Se puso a llover.

Escuchó el sonido de las gotas golpeando la carrocería. La lluvia consiguió evadirle un momento de sus obligaciones. Pero la casa que se desdibujaba al otro lado del cristal, se encargó de recordarle por qué había conducido hasta allí.

«En fin. Vamos allá».

Se apeó y anduvo bajo el aguacero. Subió las escaleras que ascendían la «colina» que hacía de pedestal a las viviendas.

Notó las piernas más pesadas que de costumbre.

«La mente castiga al cuerpo», pensó.

Percibió un sutil olor a tierra mojada.

«Sin lluvia no habría arco iris», se dijo mientras miraba hacia el cielo.

Suspiró al abrigo del porche y contempló la puerta de la casa como si al otro lado le esperara un castigo eterno.

«Entrar, soltarlo y largarme, como si fueran una familia cualquiera». Sin embargo, sabía que no conseguiría aparcar sus sentimientos tan fácilmente.

Cogió una larga bocanada de aire y la expulsó lentamente por la nariz como si con ello fuera a aplacar sus nervios. Pulsó el timbre: un *ding-dong* que pareció anunciar la tormenta que rompería la calma de los Guinee.

Abrió Catherine, que frunció el ceño durante un segundo y de inmediato le mostró una sonrisa.

—Hola, Keegan —saludó risueña la mujer de su exjefe—. Ya era hora de que te dejaras caer por aquí. Llevábamos mucho sin verte el pelo.

—Cada vez tengo menos, por eso no me lo ves tanto —bromeó Keegan mientras Catherine agrandaba su sonrisa—. ¿Puedo pasar?

El sheriff se fijó en la piel tersa de su amiga, en sus ojos marrones, en su pelo castaño...

«Tiene diez años más que yo y ni una sola arruga, ni una sola cana».

—No tienes que pedir permiso. Esta siempre será tu casa.

—Gracias. —El sheriff conocía el camino hasta el salón, así que anduvo por el pasillo sin —

como le había requerido Catherine— pedir permiso—. ¿Está Alan en casa?

Catherine se detuvo en el umbral de la puerta de la sala de estar; aquella pregunta le suscitó dudas. «¿Para qué has venido, Keegan?», pensó recelosa.

—¿Necesitas hablar con Alan?

—Con los dos.

—Está en su habitación.

—Dile que venga, por favor.

La madre se ausentó. Quiso preguntarle al sheriff cuál era el verdadero motivo de su visita, pero un extraño miedo la hizo desistir. Algo le dijo que no solo estaba allí para comprobar cómo les iba, como en sus anteriores visitas.

Keegan aprovechó la espera para apartar una silla de la mesa a la que se había sentado decenas de veces inmerso en un ambiente festivo, y colocarla delante del sofá.

Se sentó mientras emitía un quejido gutural.

«Esto es una soberana mierda».

—Hola, Keegan —saludó Alan al entrar, sonriente como acostumbraba.

—Hola, chaval.

—¿Qué pasa?

—Sentaos.

El sheriff señaló el sofá con un leve movimiento de cabeza.

Catherine y Alan obedecieron mientras sospechaban que el sheriff no traía buenas noticias. Solo tenían que fijarse en su tono de voz, en su mirada y en su forma inapetente de gesticular. Sin embargo, ni por un instante pensaron que las noticias guardaban relación con Kat. A la madre se le pasó por la cabeza que le habían vuelto a robar el coche; Alan ni siquiera tuvo tiempo de conjeturar.

—Kat ha muerto.

El sheriff se arrepintió el resto de su vida de haberles sacudido de aquella forma tan directa.

Alan se quedó en shock, manifestando una alarmante inexpresividad. «‘Kat ha muerto’, pensó. Keegan jamás diría algo así de no tenerlo claro». A Catherine parecían estar removiéndole los sesos con una cuchara de palo. Como dos estrellas agonizantes, el brillo de sus ojos fue extinguiéndose ante la triste mirada del sheriff.

Imperó un silencio incómodo y después, como uñas arañando pizarras, aparecieron los inevitables y desgarradores llantos. Catherine estalló primero, contagiando a su hijo. Keegan no pudo contener varias lágrimas saturadas de recuerdos.

—¿¡Cómo!? —gritó Catherine.

—Se ha caído de la azotea de un edificio. Ha pasado hace poco. Dos detectives están investigando el suceso. Supongo que os llamaran para identificar el cadáver. Intentaré que sea por medio de fotografías, para ahorraros el viaje. Si no, yo mismo os acercaré a Nueva York.

Con «os acercaré», Keegan se refería a conducir durante más de tres horas.

—¿Nueva York? —preguntó Alan en voz baja. Parecía no tener fuerzas más que para susurrar—. ¿Y qué hacía Kat en Nueva York? Hablaba con ella tres o cuatro veces por semana y no me comentó nada de viajar a Nueva York. La han matado, ¿verdad?

—Aún no lo sabemos. —Keegan prefirió omitir detalles hasta tener claro lo sucedido. Mientras contemplaba a madre e hijo consumiéndose de dolor, barajó la posibilidad de llamar a un psicólogo para que les prescribiera algún tipo de ansiolítico. Pero Keegan no deseaba para los demás lo que no quería para sí mismo. «El dolor no ha de aplacarse artificialmente. El tiempo es

el único remedio»—. Por cierto, ¿sabéis si Kat tenía pareja?

—No estaba con nadie —contestó Alan haciendo grandes esfuerzos por pronunciar—. Hablaba con ella casi cada día. Y no, no tenía novio.

—Bien. En fin. ¿Quieres que vuelva más tarde? —le preguntó Keegan a la madre, deseando alejarse de los Guinee. Durante muchos años se avergonzó de aquel deseo—. Le puedo decir a Melora que se pase a hacerte compañía. Si quieres, claro.

—No. Vete. Déjanos.

Aquellas tres palabras chafaron al sheriff como una prensa un coche declarado ‘sinistro total’.

Keegan se levantó comprensivo, colocó su mano sobre el hombro de Catherine y susurró «os acompaño en el sentimiento. Volveré mañana».

Anduvo pesaroso con la sensación de estar dejando atrás asuntos pendientes, de alejarse de los llantos como un cobarde.

Observó una foto enmarcada sobre el mueble recibidor: padre, madre, hermano y hermana, alegres en un paraje boscoso.

«Tal vez no sepa dar malas noticias, Rick —pensó mientras a su paso acariciaba el frío marco de plata—, pero llegaré al fondo de este asunto».

El sheriff empujó la puerta y se topó con la lluvia al otro lado del porche. Percibiendo de nuevo olor a tierra mojada, renegó contra Dios sin miedo a que este le castigara. «Maldito. Estoy harto de tu falta de criterio». Se enjugó una lágrima con el dorso de la mano y algo más sobrepuesto introdujo la mano en el bolsillo izquierdo de su uniforme. El porche aún le otorgaba cobijo cuando marcó el número de teléfono de Randall Jacobs.

—Dígame, sheriff.

—¿Usted qué opina?

—¿Cómo?

—Antes ha dicho que aún están investigando si se trata de un homicidio.

—Así es.

—Si tuviera que dar un veredicto del que dependiera su vida, ¿cuál sería?

Hubo un largo silencio que el sheriff no interrumpió consciente de que al otro lado del aparato el detective meditaba con calma su respuesta.

—Es pronto para etiquetar los hechos, así que no voy a mojarme. No cuadra con un suicidio, pero tampoco podemos asegurar que no lo fuera. Dejemos que el forense y la científica hagan su trabajo, tal vez ellos nos saquen de dudas.

—Con eso me basta.

—¿Sabe qué? Creo que adelantaremos la reunión que tenemos pendiente.

—Me parece una idea estupenda. Avísenme media hora antes de llegar. Ah, y cualquier cosa que necesiten de los Guinee, háganmela saber. La familia no está para viajar ahora mismo, así que les rogaría que procedieran para realizar una identificación del cadáver a distancia.

—Lo entiendo. Hablaré con el forense y le pediré que le mande escaneados a su correo electrónico las fotos y los documentos pertinentes.

—Gracias. Por cierto, según su hermano, con quien mantenía una relación estrecha, Kat no tenía novio.

—Es bueno saberlo. En fin. Hasta pronto, sheriff. Y gracias por la información.

—Un placer.

Ambos colgaron con pocos segundos de diferencia.

Catherine y Alan seguían llorando dentro de la casa cuando el sheriff caminaba bajo la lluvia. Estuvieron haciéndolo durante horas, hasta que decidieron irse en busca de un sueño profundo que los aislara de la realidad. Un bálsamo pasajero, no obstante, pues al despertar, la realidad volvería a golpearles como un mazo blandido por un forzado.

Catherine se quedó dormida de puro cansancio.

Alan no consiguió pegar ojo, y nunca volvería a dormir a pierna suelta. Pasó las horas gimoteando mientras contemplaba la fotografía donde aparecía sonriente junto a su hermana y su padre.

La tormenta pilló a los Guinee a la intemperie y sin abrigo. El sol se puso aquella tarde para reaparecer a la mañana siguiente cubierto por nubes negras. Nunca escampó del todo. La pérdida cayó sobre sus hombros como una sombra imperecedera, y el mundo pasó de acopiar colores vivos a verse en blanco y negro. En lo que dura un chasquido, un «Kat ha muerto» pronunciado por el sheriff de Albany, pasaron de ser felices a unos desgraciados. Intentaron recuperar la sonrisa durante largo tiempo, pero la sombra de Kat seguía apareciéndoseles de improviso.

EL PESO DE LAS ESTRELLAS

«Hoy es el día de los malos tragos —pensó Keegan antes de meter la llave en la cerradura—. Pero no puedo escapar de mis obligaciones. Hay jornadas en las que uno desearía no haber nacido. No solo he de enfrentarme a la muerte de Kat, sino a la carga de una promesa incumplida».

Entró mientras recordaba a Rick Guinee desangrándose sobre su regazo y notaba como nunca el peso de la estrella, pero también el alivio que experimentaba siempre al llegar a casa tras una dura jornada de trabajo.

Encontró a su esposa en la cocina, que no se sorprendió al verle; el sonido de la puerta, el tintineo de las llaves al dejarlas sobre el mueble recibidor y sus pasos acercándose la advirtieron de que su marido ya estaba en casa.

A Melora no le gustaba andarse con rodeos ni que los demás lo hicieran, así que el sheriff decidió proceder con ella como con los Guinee: sin demasiado tacto.

—Hola, cielo.

—Hola, amor.

Se abrazaron y besaron al calor de los fogones.

—Kat ha muerto.

—¿Qué? —Melora se apartó de su marido como si tuviera sarna—. ¿Nuestra Kat? ¿Kat Guinee?

—La misma. Te aseguro que hoy ha sido el peor día de mi vida.

Melora se dejó caer sobre una de las sillas que rodeaban la mesa de la cocina y apoyó sus manos sobre su frente como si la cabeza le pendiera de un hilo. Su largo cabello cubrió su rostro, y el sheriff vio caer lágrimas sobre la mesa a la que acostumbraba a sentarse a comer con su mujer y su hijo.

—¿Y qué diantres le ha pasado? —Keegan volvió a deleitarse con las bellas facciones de su esposa, ahora enturbiadas por rímel corrido, mientras ella pensaba en las causas más probables: un accidente o una repentina enfermedad.

—Se ha precipitado desde una azotea. —Keegan obvió entrar en detalles; le apetecía lo mismo que tirarse por un barranco—. Dos detectives de homicidios están investigando el suceso.

—¿Creen que puede tratarse de un homicidio?

—Lo están investigando. No me hagas repetir las cosas dos veces.

El mal día del sheriff estaba pasándole factura a su habitual buen humor.

—Me voy con Catherine. Hoy me necesita más que nunca.

—No. Quiere que la dejemos sola. Tal vez mañana.

—¿Te lo ha dicho ella?

—Prácticamente me ha enviado al cuerno.

—No se lo tengas en cuenta.

—Por supuesto que no.

—En fin. Sé que has tenido un día horrible, pero...

—¿Pero qué?

—Ben está en su habitación. Leyendo, se supone. Alguien tendrá que decírselo, y tú eres el flamante sheriff de Albany.

Melora pronunció «flamante sheriff de Albany» con quizá demasiado retintín.

—Ya. Cuando te interesa soy el flamante sheriff de Albany, y cuando no soy un chupatintas. ¿No me dejas llevar los pantalones en esta casa y ahora me vienes con esas? —El sheriff sonrió alicaído, tratando de distender el ambiente que había traído consigo. Nunca hablaba de temas desagradables en casa, pero la muerte de Kat Guinee era un asunto familiar—. En fin. Voy a hablar con él.

—Sé delicado.

—Soy la delicadeza personificada. Deberías saberlo mejor que nadie.

El sheriff obtuvo una triste sonrisa de su esposa antes de abandonar la cocina.

Entreabrió la puerta y vio a su hijo tumbado sobre la cama, mirando embobado la pantalla de su teléfono móvil.

—¿Tú no estabas leyendo?

No le gustaba verle enchufado a Internet. Ben tenía veintiséis años, la misma edad que Kat, pero a él le estaba costando más madurar que a ella. Antes de fallecer, Kat se había independizado y trasladado a Trenton para triunfar como pintora; en cambio, Ben trabajaba en un Starbucks y seguía chupando del frasco, y no parecía tener intención de emanciparse a corto plazo.

—Estaba dándome un respiro.

—Eres el rey de los respiros, macho.

Ben se incorporó y se sentó al borde de la cama ignorando el comentario de su padre, entretanto el sheriff observaba las robustas piernas de su vástago, sus ojos negros como un mar nocturno, su rostro afilado y su pelo castaño oscuro.

Keegan se acomodó al lado de su único hijo. Acostumbraba a cambiarse de ropa nada más llegar, pero aquel día, tal vez porque consideraba que aún estaba de servicio, habló con el uniforme puesto.

—Te contaré algo. —Apoyó la mano sobre los fornidos muslos de su hijo—. De pequeño tuve un amigo musulmán. Nació en Arabia Saudí, pero a los pocos meses sus padres se mudaron a nuestro país por temas de trabajo.

»Éramos uña y carne. El tema es que cuando tendríamos unos diez años, otra vez por temas laborales, sus padres volvieron a mudarse, esta vez a Phoenix. Y fue un palo para los dos. Al principio nos carteábamos y esas cosas, pero con el tiempo dejamos de hacerlo. Y pasaron los años, y me olvidé de Shahid. Y entonces cayeron las Torres Gemelas. Un mes después me enteré de que lo habían apuñalado en un callejón y que le habían grabado a cuchillo en la frente: «Terrorista de mierda». Desde aquel día no ha pasado uno en el que no pensara en Shahid. Hoy mismo he pensado en él varias veces. Incluso tengo una pesadilla recurrente en la que me persigue gritándome «¡me olvidaste!». ¿Y sabes qué? —Ben negó con la cabeza—. Creo que esos sueños quieren decirme algo.

—¿El qué?

Ben parecía intrigado.

—Hoy he tenido un día horrible, así que no te sorprendas si desvarío un poco. Creo que quieren decirme que el olvido es traición, que no debemos olvidar ni a los vivos ni a los muertos. Por mucho tiempo que haya pasado, algo se retuerce en tus tripas cuando se van, y de pronto

vuelves a sentir lo mismo que cuando eras un niño, que cuando jugabas con él, que cuando te desternillabas a su lado por cualquier chorrada.

—¿Y por qué me cuentas esto ahora?

—Porque voy a darte una noticia que te hará sentir lo mismo que yo sentí cuando supe que unos xenófobos habían matado a mi amigo.

VOLUNTARIO

Alan Guinee

El sheriff volvió a la mañana siguiente con una carpeta debajo del brazo.

Mi madre se había enclaustrado en su cuarto; sus llantos corrían por los pasillos como un viento glacial. Por eso me ofrecí «voluntario»; para ahorrarle dolor, porque ella no podía soportar ni una gota de sufrimiento más.

Keegan me mostró varias fotografías de Kat, que observé extasiado. Su cuerpo estaba aseado y sin aparentes signos de violencia, como si nunca se hubiera destrozado contra una acera. Estaba muerta, pero me costaba asimilarlo aun viéndola tras un número de referencia. Su piel de gallina, sus labios secos y sus ojos blancos, me hicieron pensar estúpidamente que estaba pasando frío.

La vi de cuerpo entero y de cerca; incluso me mostró una fotografía de su bolso. Estaba vestida, pero mi mente se empeñó en desnudarla, en abrirle la tripa y la tapa de los sesos.

—Ya sabes que es ella —dije afligido.

—Firma aquí y aquí y te dejaré tranquilo.

«Nadie puede dejarme tranquilo».

Firmé donde el sheriff señalaba e identifiqué a mi hermana asesinada. No tenía la menor duda de que alguien le había arrebatado la vida, y con ello las ganas de vivir a mi madre y a mí.

—Kat era la persona más generosa que conocía. —El sheriff afirmó con la cabeza—. Kat jamás se habría suicidado. Eso no admite discusión. Así que póngase manos a la obra y averigüe quién la ha matado.

Keegan me miró con intensidad, haciendo patente la sorpresa que le había causado mi contundencia.

Para mi desengaño, percibí inseguridad en sus ojos.

EN TIERRA DE NADIE

Día anterior

20:36

Randall Jacobs entró en la oficina con un único objetivo en mente: limar asperezas con el teniente Demian Falco.

Anduvo entre cubículos con Dakota a su derecha, por la línea divisoria que partía la oficina en dos. Los angostos espacios de trabajo se alargaban por sus lados pareciendo cordilleras cubiertas de enseres, albergando informes, pósitos, calendarios marcados con círculos rojos, pizarras blancas con apuntes azules, tabletas, móviles, ordenadores, y, cómo no, cafés humeantes.

—Yo me quedo aquí —indicó Dakota ante su mesa de despacho—. Suerte.

Randall asintió entretanto sus compañeros andaban tras la pista de criminales, percibiendo el mismo ambiente que disfrutó el día anterior y que disfrutaría al día siguiente.

Enfiló el despacho de paredes cristalinas y experimentó un potente aletargamiento, como si el cansancio que arrastraba se hubiera propuesto echarle el cierre a sus ojos.

«Necesito un descanso urgente».

A través de una de las paredes de cristal, Falco lo observó con gesto adusto.

«Ahí viene, dispuesto a amargarme la noche», pensó el teniente.

«Yo también me alegro de verle», pensó Randall.

El detective golpeó la puerta con los nudillos.

«Pasa», escuchó.

—Borra esa sonrisa de la cara —ordenó Falco cuando tuvo a Randall al otro lado de su mesa de despacho—. Sé por qué estás aquí, y la respuesta es «no».

Randall hizo ademán de sentarse en una de las sillas colocadas ante la mesa de cristal tras la que Falco le miraba sin ocultar su aversión.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Sentarme.

—De eso nada. De pie.

Randall alzó las manos en son de paz.

—Como quiera.

«Pues sí que está cabreado, sí, el *mamonazo*».

Randall sonrió para sus adentros; si algo le gustaba era fastidiar a Demian Falco. Llevaba años soportando sus broncas y había aprendido a disfrutarlas.

—Es un homicidio, ¿no? —preguntó el mandamás haciendo referencia al crimen que Randall había estado investigando aquella misma tarde.

—No estamos seguros, pero promete serlo.

—Bien. ¿La habéis identificado?

—Sí. Kat Guinee Beeman, residente en Trenton. Hasta hace poco vivía con su hermano y su madre en Albany. Su padre fue Sheriff del Condado. Falleció en acto de servicio hace unos años.

—¿Rick Guinee? —Randall asintió—. Vaya. Trabajamos conjuntamente hace como una década. Un tipo amable y competente. Me enteré de que había muerto, sí. Una pena. En fin. Así es la vida: un día estás aquí sentado y al siguiente dentro de una caja de pino. Seguid indagando, y si llegáis a la conclusión de que se trata de un suicidio, volveremos a hablar; si no, tenéis un crimen que resolver.

«Si necesita un suicidio para dejarme en paz, le daré un suicidio. Por eso no se preocupe». Aunque pensara aquello debido a su enfado, Randall era incapaz de negarle una investigación a Kat Guinee.

—Nos ha dado este caso para mantenernos ocupados mientras piensa cómo jodernos la vida un poco más.

—Correcto.

Mientras se hacía a la idea de que estaban definitivamente fuera del Caso Robson, Randall se fijó en una fotografía alojada en un estante del mueble situado a la espalda del teniente, en la que aparecía con sus dos hijos.

«Espero que hayáis salido a vuestra madre».

—Ahora, largo.

—Es un castigo de mierda —protestó el detective en un tono que rozaba la conducta inapropiada—. ¿Desaprovecha a dos buenos detectives con un caso que podría llevar cualquiera? ¿El Departamento está lleno de papanatas que no dan una, y nos sanciona a nosotros por intentar desatascar un caso?

—Ten cuidado con ese tono, Jacobs. Estás a una palabra de una sanción de un mes de empleo y sueldo. Hablaste con un periodista a mis espaldas y ahora los de arriba no hacen más que hacerme preguntas. Me echaste a los leones y eso tiene un precio. Tenéis suerte de que solo os haya quitado el Caso Robson. La más perjudicada es Dakota, que solo ha pecado de tener un compañero que solo piensa en sí mismo.

Randall tragó saliva; el teniente no acostumbraba a amenazar en vano.

—Pensé que la ayuda ciudadana nos vendría bien.

—¿La ayuda ciudadana? —Falco apretó los dientes y estuvo a punto de golpear la mesa con las palmas de sus manos—. Lo que tú buscabas era la medallita de turno. Salir en los periódicos, que te gusta mucho. No me vengas con cuentos chinos. Largo. Y no vuelvas a entrar en este despacho a no ser que tengas claro que fue un suicidio.

—A esa chica la han matado, joder —sentenció Randall, cansado de estar siempre en tierra de nadie—. El forense y la policía científica pueden cantar misa.

—Entonces, tenéis caso. Si te portas bien, puede que más adelante te asigne uno de los que te gustan.

«¿Portarme bien? Qué más quisiera usted».

Randall sonrió para sus adentros.

—Llegaremos al fondo del asunto, señor.

—Ah, y quiero un informe detallado sobre mi mesa mañana a primera hora.

Randall abandonó el despacho ignorando la petición de su superior —aun sabiendo que debía cumplirla— y anduvo hacia la mesa de su compañera, contigua a la suya.

La observó, sentada de espaldas, «encajonada» en su cubículo, apuntando algo en el calendario que colgaba de la pared a su derecha.

—Toma. —Tras verle, Dakota le entregó una hoja con una fotografía enganchada con un clip—. Los datos de la muerta. La foto es reciente. No tiene antecedentes.

Randall observó a la joven que aparecía en la instantánea, de pelo ondulado y ojos azules. «Hermosa», pensó. Después leyó para sí mismo.

—Era pintora.

—Pintora, sí.

—Habrá que entrevistar a su marchante, o representante..., lo que sea que tienen los pintores. Si es que tenía uno.

—Espera. —Dakota buscó «Kat Guinee» en el buscador de Google—. Obtuvo cuantiosos resultados relacionados con su faceta de pintora—. Parece que sí. Expuso hace poco en Trenton, ¿ves?

—Lo veo.

Dakota buscó «cuadros de Kat Guinee» y clicó en «IMÁGENES» mientras su compañero apoyaba el trasero contra su mesa.

—Era una *artistaza* —susurró Randall tras contemplar algunos de sus paisajes urbanos pintados al óleo.

—Era buena, sí. Es triste ver cómo de la noche a la mañana pueden romperse todas las ilusiones de alguien. En fin. Esta noche indagaré más a fondo y anotaré los nombres que considere oportunos.

—Bien. Debemos exprimir todas las vías de investigación.

—Por cierto, ¿qué te ha dicho el jefe?

—Que nos centremos en Guinee.

—¿Sabes? La mataron, y merece toda nuestra atención. Que le den al Caso Robson. Qué más dará el apellido de la víctima. Una muerte es una muerte.

Dakota intentaba autoconvencerse por ambos.

—Tienes razón. Mañana nos desplazaremos a Albany para hablar con el sheriff y de paso con la madre y el hermano de la víctima.

—Sí. Haremos una lista con los nombres que nos den y empezaremos a entrevistarlos mientras el forense y la policía científica acaban sus informes. A ver si hay suerte y averiguan a qué cine y sesión pertenece la entrada. Si fuera uno de Nueva York, con un poco de suerte sabremos con quién estuvo ese mismo día o los previos a su muerte. Estaba de visita por trabajo o por placer, eso seguro. Si el cine tuviera cámaras de seguridad... —Dakota se frotó las sienes—. En fin. La chica ha muerto hoy mismo. Es estúpido lanzar conjeturas al aire cuando ni siquiera hemos hablado con sus familiares. Si hubiera tenido novio o marido... Ya sabes: más de la mitad de las mujeres asesinadas son víctimas de sus parejas o personas cercanas.

—Piensa lo siguiente: si solo su asesino sabía que estaba en Nueva York, es lógico que nadie la echara en falta, al menos de inmediato. De haberla matado su novio habría denunciado su desaparición, ¿no crees? Aunque solo fuera para despistarnos. Ahora mismo, es lo que pienso: alguien la llevó engañada al bloque con la intención de matarla, de ahí que nadie la reconociera. Es un plan inteligente: buscas un edificio donde nadie la conozca, ni a ella ni a ti, le cuentas una milonga, como que vives en uno de los últimos pisos, le dices en el descansillo que la azotea tiene unas vistas increíbles, la conduces hasta allí con promesas falsas y cuando se asoma por la barandilla la empujas al vacío. La nieve hace el resto, como cubrir tus huellas y despejar las escaleras del bloque. La gente no sale de casa cuando hay tormenta ni se fija en los demás; bastante tienen con no darse de bruces contra el suelo. Todo el mundo va abrigado hasta las cejas, dejando a la vista poco más que sus ojos. Kat Guinee cayó de mala manera al toparse con la barandilla y quedó como la hemos visto, bocarriba y en paralelo a la fachada. ¿Los motivos?

Tal vez se trate de una simple venganza. Vete a saber.

—Buenas deducciones.

Solían hacer aquello, formar opiniones basadas en indicios inciertos. Soltaban lo primero que se les pasaba por la cabeza, contradiciéndose incluso. Les gustaba jugar, aunque nunca lo hubieran convenido, a ‘a ver quién de los dos se acercará más a la verdad’.

—Nos centraremos en buscar conexiones como hacemos siempre. Tú lo has dicho: casi siempre es alguien cercano a la víctima. El sheriff podrá echarnos un cable. —Randall se miró el reloj de pulsera—. Creo que por hoy ya es más que suficiente.

El móvil de Dakota vibró sobre su mesa.

Contestó.

—Sí, la misma. —Hubo un largo silencio durante el que la detective se limitó a asentir y a fruncir el ceño—. Pues... Si no puedo hacer nada para evitarlo... En una semana tendrá el piso libre. —Dakota colgó con gesto resignado—. Lo que me faltaba.

—¿Qué pasa?

—El hijo del señor que me arrenda el piso quiere independizarse. Resumiendo: tras finalizar el contrato de arrendamiento, no se prorrogará. Y eso es dentro de quince días.

—Vente a vivir conmigo mientras buscas uno decente —propuso Randall mientras separaba su trasero de la mesa—. Me basta con que te encargues de mantener la nevera llena. Odio hacer la compra.

Dakota se quedó sin palabras. Consideraba a Randall un hombre de pésimo tacto, pero también un hombre generoso. Por proposiciones como aquella seguía siendo su compañera.

—¿No tendrías que comentárselo antes a Jessica?

—Jessica me dejó hace un par de días. Dijo que no era feliz conmigo y se largó dando un portazo. Ni siquiera sé si volverá a por sus demás cosas.

Randall mostró dolor a través de sus ojos.

—¿Y se puede saber cuándo pensabas decírmelo?

—Te lo estoy diciendo ahora, ¿no?

—Ya.

Dakota gesticuló como quien está ante quien no tiene remedio.

—Puedes cenar en la cama, como si estuvieras en un piso de estudiantes. A lo que me refiero, es a que no tenemos que vernos más de lo estrictamente necesario. Sé que a veces soy una nefasta compañía. —Aquella frase despertó pena en la detective—. Bastante nos vemos ya en el trabajo, ¿no?

—Un piso de estudiantes, ¿eh? —Dakota, sonriente, negó con la cabeza—. ¿Sabes qué? De acuerdo. Hasta que encuentre algo decente.

—Te echaré una mano con la mudanza.

—Gracias.

—Para eso estamos los compañeros, ¿no?

—Supongo que sí.

Randall se sacudía los remordimientos como un perro las pulgas: por su culpa, su compañera estaba fuera de un caso importante y necesitaba compensarla. Necesitaba que a la hora de dormir, su conciencia estuviera lo más limpia posible. Bastante se castigaba ya por haber perdido a Jessica. Cada vez que intentaba conciliar el sueño, su frase de despedida, «no soy feliz a tu lado», y el portazo que dio antes de irse, retumbaban en su cabeza. No podía permitirse añadir más ruidos a su mala conciencia.

—Bien. Quedamos así, entonces —dijo Randall—. Mañana a primera hora iremos a hablar con el sheriff. Que nos cuente lo que sabe, que será poco, y que después nos acompañe a la casa de los Guinee. Según lo que nos digan, procederemos de un modo u otro. Por la tarde le echaremos un vistazo al piso de la fallecida. Habrá que desplazarse a Trenton. Nos espera un día ajetreado, pero es mejor quitarnos del medio ciertos trámites. Nos llevaremos su ordenador y, quién sabe, a lo mejor escribía un diario en el que habla de su asesino.

—No caerá esa breva. En fin. Estaba pensando que...

—¿Qué?

—¿Y si fueron más de un asesino? Acabo de caer en la cuenta: si la cogieron por los pies y los brazos, la balancearon y la lanzaron al vacío, la posición del cadáver coincidiría.

—No podemos descartar ninguna posibilidad, y esa es una factible.

—Lo primero que haremos será hablar con un experto en telecomunicaciones para que verifique las coartadas de Jorge Villamil y Gina Gillarg. ¿Te parece? —El detective asintió con un leve movimiento de cabeza—. Si la llamada a Emergencias del primero confirma que no pudo ser él y la segunda navegaba desde su habitación cuando murió Guinee... Es una suerte saber la hora exacta de la defunción.

—Ahí hemos tenido potra. Ahora tengo la sensación de que las coartadas serán verídicas. No se hubieran arriesgado a mentirnos a sabiendas de que íbamos a comprobarlas. —Randall volvió a echarle un vistazo a su reloj de pulsera—. Me largo. Ahora sí. El mamón de Falco quiere un informe a primera hora de la mañana y no me apetece redactarlo en mi mesa.

—Que te sea leve.

SENTIMENTAL

La pared de ladrillo le daba al salón un toque industrial, así como las tres lámparas con cubierta en forma de jaula que colgaban sobre el sofá beige, la amplia mesa de centro marrón y el televisor de cincuenta pulgadas. Una mezcla de materiales, colores y texturas que no seguían pauta alguna. Parecía evidente que a Randall Jacobs no le gustaban las normas. Quizá por eso colgó cuadros con marco al lado de lienzos sin enmarcar y juntó muebles modernos con antiguos, combinando el blanco y el negro, el verde y el marrón, el naranja y el rosa palo. Sin darse cuenta, se inclinó por un estilo de decoración acorde con su personalidad.

—Pronto tendrás una nueva inquilina —le anunció a su piso. Se sentía emocionado ante la nueva aventura—. Va a ser divertido. Ya verás.

Sonrió, cogió su portátil de encima de la mesa de centro y se dejó caer sobre el sofá. Encendió el televisor por el mero hecho de oír algo de fondo: le hacía sentir menos solo. Sufría una suave y constante pesadumbre, más molesta que cualquier daño intenso y pasajero. Ni siquiera su trabajo —gran ladrón de tiempo— conseguía mitigar su falta de apetencia. Se había acostumbrado al peso de sus cicatrices. Investigaba crímenes para hacerle un bien al mundo, sí, pero también para evadirse de su pasado.

«No consigo que funcione ni una sola de mis relaciones, ni profesionales ni sentimentales», se dijo mientras encendía su ordenador portátil.

Suspiró mientras recordaba a su madre llamándole a gritos desde la ventana de la cocina de la casa donde se crio junto a su hermano. «¡Randall, Lewis, a comer!». Se vio jugando al escondite con su hermano gemelo, y se sumió en un doloroso estado de melancolía.

«¿Volverá algún día aquella felicidad? —se preguntó. No tardó en contestarse a sí mismo—. Lo dudo».

Introdujo su contraseña, dispuesto a redactar el informe, y se quedó absorto en la pantalla.

«¿Con quién estará? ¿Con sus padres? ¿Con una amiga? ¿Se habrá echado un maromo?».

No pudo evitar posponer el trabajo para buscar a Jessica en sus redes sociales. Abrió Facebook y entró en la cuenta de su expareja.

«Has perdido el culo para cambiar tu situación sentimental, ¿eh, traidora? Seguro que me ponías los cuernos».

El detective editó su situación sentimental y la dejó igual que la de su exnovia: «No hay información sobre relaciones que mostrar».

«Aunque volvieras arrepentida... Se acabó. No eres la mujer adecuada, aunque me duela admitirlo. Mi media naranja no hubiera dado un portazo al salir».

El timbre de su teléfono móvil apartó al detective de sus lucubraciones. Se lo sacó del bolsillo y en su brillante pantalla leyó «mamá». Descolgó mientras esbozaba una sonrisa cargada de melancolía.

—Hola, mamá.

—Hola, hijo. ¿Qué tal vas?

—Tirando.

—Pues no tires demasiado o te quedarás sin nada.

—Solo tiro lo que me sobra.

—Más de la cuenta, hijo, te lo digo yo.

—No tengo el cuerpo para sermones, que te veo el ángulo. Llámame mañana a la misma hora, que seguro que estaré menos ocupado y menos cansado.

—Te llamaré cuando me dé la gana. Saliste de mi chichi, ¿recuerdas? Eres mío, mi tesooooorooo...

A Randall le sorprendió que su madre conociera *El señor de los anillos*, pero sobre todo le asombró su decente imitación de Gollum.

—Tengo algo borroso el día que me sacaste de tu chichi, mamá, pero no puedo negar que ese día supuso un antes y un después en mi vida. Gracias por fabricarme, en serio.

—De nada. La verdad es que hacerte no estuvo nada mal. Tu padre era una bestia parda que...

—¡Basta! —Randall cortó a su madre antes de que consiguiera sonrojarle—. Deja de hacerte la graciosa y ve al grano, anda, que tú siempre llamas por algo.

—¿Puedes pasarme con Jessica?

—Pues no. Le dolía la cabeza y se ha acostado.

—¿Ah, sí? ¿Y sabes por qué no me coge el teléfono? ¿Y por qué pone en su Facebook que ya nos sois pareja? No mientas a tu madre, mal hijo.

—¿Te metes a cotillear las redes sociales de los demás? —En ese momento, el cinismo de Randall alcanzó cotas muy altas—. ¿No tienes nada mejor que hacer?

—Soy una viuda de setenta años que vive en las afueras de un poblacho de Oklahoma. ¿Qué voy a tener mejor que hacer que fisgonear en la vida de mis hijos? ¿Montar en monopatín?

Randall era incapaz de no sonreír ante las paridas de su madre.

—Ya sé qué regalarte por Navidad.

—¿El qué?

—Pues un monopatín.

—Déjate de bobadas. Te ha mandado al cuerno, ¿verdad?

—Sí, mamá. —El detective se frotó las sienes. No le cabía la menor duda de que a su confesión le seguiría una de las habituales reprimendas de su madre—. Se largó sin dar demasiadas explicaciones. Y ya que nos ponemos a sacar trapos sucios... Hoy mismo me han echado del Caso Robson. A mí y a Dakota, claro.

—Estás que te sales, macho.

—Hago lo que puedo.

—En fin. Al menos sabes que tu madre siempre te querrá.

—Eso ha sonado tirando a regular, ¿sabes?

—Puede que un poco, pero es la pura verdad. Lo único que puedo decirte, es que eres un buen hombre. Un poco imbécil, pero un buen hombre al fin y al cabo. —Randall ya estaba acostumbrado a la doliente sinceridad de su progenitora—. Algún día encontrarás a la mujer adecuada. Que le den a la flacucha esa de la Jessica.

—¿Alguna vez te has parado a pensar que nadie me soporta porque soy igual que tú?

—Precisamente por eso sé que acabarás encontrando a alguien a tu medida, como yo encontré al santo de tu padre.

«Dios te oiga».

—Te dejo, mamá. Te llamo mañana, ¿vale? Quiero redactar el maldito informe e irme a descansar.

—Oye, ¿has telefoneado a tu hermano últimamente?

—Sí, mamá. Hace una semana o así estuvimos hablando largo y tendido.

—Bien. La familia ha de estar siempre unida. Hasta mañana, hijo.

—Hasta mañana, mamá.

Colgaron.

Randall no le contó a su madre que en breve compartiría piso con Dakota. No tenía el cuerpo para consejos ni reproches, ni siquiera para alabanzas. Solo quería acabar el informe sobre lo sucedido aquella misma tarde en el barrio Corona y descansar la mente de cara a la ajetreada jornada que les esperaba al día siguiente.

«De casta le viene al galgo —pensó en alusión a las dotes detectivescas de su progenitora—. Es difícil ocultarle la verdad a la jodida. Como a mí».

Empezó a rellenar el informe, recordando por fuerza a Kat Guinee.

«Si te asesinaron, descubriremos quién lo hizo».

EL BUCLE INFINITO

Dakota miraba el blanco paisaje a través de la ventanilla mientras meditaba en su inminente mudanza; Randall conducía pensando en la muerte de Kat Guinee. Apenas habían recorrido treinta de los doscientos cincuenta kilómetros que separaban Nueva York de Albany. En paralelo al río Hudson, transitaban por la Interestatal 87 dispuestos a desentrañar los misterios que escondía la muerte de la hija del predecesor del sheriff Keegan.

Antes de emprender el viaje, subrogaron tareas con el permiso del teniente Falco. Hablaron con Peter González, experto en telecomunicaciones, y le encargaron que investigara la llamada a Emergencias de Villamil y la franja horaria en la que Gillard estuvo supuestamente interactuando en Internet, además de que listara las llamadas realizadas por la víctima desde el fijo de su vivienda y desde su móvil —aunque este aún no hubiera aparecido— los días previos a su defunción. Pronto sabrían si Jorge y Gina estaban dentro o fuera de la ecuación y con quién había hablado Guinee los días previos a su muerte. También enviaron a cinco agentes al lugar de los hechos con la tarea de entrevistar a los residentes de las viviendas próximas. Pasaron asimismo por la mesa de Araya Pal y le encomendaron localizar a Kat Guinee mediante cámaras de seguridad y de vigilancia. El Departamento de Policía vigilaba las calles de Nueva York con cientos de cámaras estratégicamente instaladas, empleando tecnología de reconocimiento facial, y Guinee y su hipotético acompañante tal vez aparecieran en una de las grabaciones. Por último, pero no por ello menos importante, se acercaron al cubículo de Connie Ironside para pedirle amablemente que investigara a los residentes del bloque en busca de vínculos con la víctima. A todos les matizaron que el Departamento de Policía de Trenton estaba al tanto de la investigación, y que podían pedirles ayuda en caso de necesitarla. Quedaba mucho por hacer, pero de un plumazo se habían ahorrado cientos de horas de trabajo ante el ordenador. Restaba investigar posibles pagos con tarjeta y rastrear su huella digital; esto último pretendían hacerlo con el ordenador de la propia víctima, que esperaban encontrar en su vivienda. Y urgía entrevistar a mucha gente, tanto en Trenton como en Albany. El sheriff Keegan se había ofrecido a entrevistar a los familiares, conocidos y amigos de la víctima en su ciudad natal. No obstante, los detectives hablarían aquella misma tarde con la madre y el hermano, demasiado importantes como para subrogárselos a nadie.

Empezaron temprano a unir las piezas del puzzle. «El bucle infinito», lo llamaba Dakota. «Un crimen, una investigación y el nombre de un criminal. Y vuelta a empezar».

En su imponente fachada de tonos claros destacaban seis columnas encajadas en medio de ventanas de marcos negros. Dos banderas de los Estados Unidos ondeaban en sendos mástiles a los extremos de las anchas escaleras que recorrían de lado a lado la parte exterior del edificio.

Randall aparcó entre dos coches cualesquiera.

Dakota agarraba la manilla de su puerta cuando este la frenó.

—Espera. Voy a llamar a Temple. Pregunta tú por la entrada de cine. Los de la científica deberían poder darnos algo. Ya sabes: si no llamas se ponen a redactar los informes y... En fin.

No nos vendrán mal un par de adelantos.

—Claro.

Ambos sacaron sus teléfonos móviles.

—¿Qué pasa, Jacobs? —contestó el forense en tono distendido—. ¿Ya estás dándome prisas para no perder la costumbre?

—Uno tiene que mantener su reputación de cagaprisas. Como tú la de ‘el más lento del Departamento’.

—En los brazos y las piernas no queda un hueso intacto —explicó el forense, ignorando el comentario del detective—, pero no hay señales de heridas anteriores, ni superficiales ni internas. A falta del estudio toxicológico, corazón, estómago e hígado no muestran nada anómalo. Una chica de lo más sana. Todo encaja con una muerte por fuerte impacto posterior.

—¿Y algo que no sepamos?

—Estaba embarazada de unas tres semanas. Iba a llamarte, pero me he liado y...

—No jodas.

—Pues sí. De todos modos, eso no cambia nada respecto a las circunstancias de la muerte. Estamos en la misma tesitura que ayer. Sigue sin cuadrar la posición y que nadie la conociera, y, oye, que una chica se paseara sola por Corona, con la que estaba cayendo, en busca de una azotea desde la que suicidarse... Es absurdo, un sinsentido, y más cuando ni siquiera residía en la ciudad. Y así constará en las conclusiones de mi informe.

—Gracias, Temple. Avísame cuando tengas los resultados toxicológicos.

—Lo haré.

Randall dejó caer con desgana el móvil sobre el salpicadero y se quedó absorto en el volante.

«¿Un doble crimen? ¿El embarazo fue un factor causal o el desencadenante de la muerte? ¿Hablamos de un femicidio al uso o...».

—¿Qué pasa? —preguntó Dakota tras colgar a la policía científica—. Te has quedado pálido de pronto.

—Kat Guinee estaba embarazada.

—¿Qué?

—Lo que has oído.

—Dios santo. El tema se pone escabroso.

—Ni que lo digas. Y a ti, ¿te han dado buenas noticias?

—Para mejorar las tuyas no hay que esmerarse mucho... En fin. Cines Capitolio. La entrada corresponde a la sesión de las seis menos cuarto de hace diez días, o sea, nueve antes de la muerte. No han encontrado huellas aparte de las de la víctima. Habrá que hablar con Araya Pal y que investigue si el cine tiene cámaras de seguridad, que supongo que sí.

—Si el padre de la criatura es neoyorkino, no sería descabellado pensar que fueran juntos al cine. A lo mejor Kat le comunicó ese mismo día que estaba embarazada. Puede que por eso la familia no supiera nada al respecto, porque la chica se sentía avergonzada. Tal vez hablemos de un hombre casado y Guinee lo amenazara con contárselo a su mujer, y el *hijoputa* se puso nervioso y pensó que el mejor modo de borrar su desliz era cargándose a su amante y a su hijo nonato. No sería la primera vez que pasa algo así.

Ambos se frotaron el mentón, y durante unos largos segundos reinó el silencio. No hubo palabras, pero sí cruces de miradas. Tras un «vamos allá» pronunciado por Dakota, ambos se apearon del coche y caminaron hacia la oficina del sheriff con un claro propósito en mente: encontrar el nombre de un asesino.

La puerta vaivén se abrió cuando Dakota se disponía a empujarla. Tuvieron que echarse a un lado para dejar pasar a un agente que conducía a un hombre esposado. «Disculpen», se excusó el ayudante del sheriff. Pasó de largo y azuzó al detenido con un «vamos, que es para hoy».

Entraron y se identificaron ante el recepcionista, un agente que a todas luces acariciaba la jubilación. Tras indicarles este dónde se encontraba el despacho del sheriff, los detectives se dirigieron al lugar señalado después de darle las gracias. A ambos les sorprendió que Keegan no saliera a recibirles, pero al mismo tiempo agradecieron campar a sus anchas por las oficinas.

Las placas asidas a sus cinturones propiciaron que los ayudantes los descubrieran como a policías, y sus ropas de trabajo, dos trajes impecables, a deducir que estaban ante detectives de homicidios. A Randall le gustaban ciertos ambientes, y aquel no le desagradaba en absoluto. Disfrutaba caminando hacia cintas amarillas, hacia luces rojas y azules que marcaban las inmediaciones de una escena del crimen, avanzando por oficinas como aquella, repletas de mesas, pizarras de corcho rebosantes de documentos clavados con chinchetas, o viendo a agentes conduciendo a hombres esposados. No eran encuadres para todos los gustos, pero a Randall le hacían sentir parte de un todo, la pieza de un engranaje.

El sheriff les vio a través de la cristalera de su despacho.

Dakota golpeó la puerta con los nudillos.

Entraron tras escuchar un «¡adelante!».

El sheriff los recibió de pie y les estrechó la mano. Luego les ofreció asiento en las sillas situadas ante su mesa de despacho, entretanto él lo hacía en la suya, más robusta y de piel negra. Una vez acomodados los tres, habló con gesto serio.

—Pónganme al tanto de la situación.

—Hay varios detalles que debe saber —dijo Dakota sin, como Keegan, andarse por las ramas—. La posición del cuerpo no era la habitual en un suicidio con salto al vacío. No sabemos por qué estaba en Nueva York con un tiempo tan adverso. En el bloque de pisos nadie la conocía, o eso aseguran los inquilinos; pronto sabremos si los residentes de los cinco pisos tienen coartadas fiables. La puerta de la azotea tenía la cerradura rota desde hacía un par de semanas, casualmente. Su teléfono móvil no ha aparecido. Lo cierto es que no tenemos evidencias rotundas, pero creemos que la mataron. No obstante, las incoherencias del suceso son una evidencia en sí misma. Estaríamos hablando del suicidio más estrambótico de la historia. Nuestro superior nos ha ordenado llegar al fondo del asunto, y así lo haremos. Más, sabiendo que Kat estaba embarazada.

—¿Embarazada?

Al sheriff parecían haberle arrancado el sonrosado de su cara.

—¿No lo sabía? Como dijo que conocía a la familia...

—Mi mujer y Catherine son íntimas. Como ya saben, ayer estuve hablando con ellos, y en ningún momento se lamentaron de más pérdida que la de su hija. Esta misma mañana, Alan ha identificado el cadáver de su hermana mediante fotografías y no ha hecho alusión a ningún embarazo. Les aseguro que los Guinee no tienen ni idea de que su hija estaba encinta cuando falleció. Eso va a destrozarles del todo. —El sheriff resopló—. Joder. Yo mismo me siento roto.

—Todo lo referente al crimen es... —Randall no acabó la frase.

El sheriff se levantó de su silla antes de lo esperado por los detectives.

—Envíenme toda la documentación que vayan recabando y yo haré lo mismo. Acabaremos esclareciendo lo sucedido. Si les parece, los acompaño ya a la casa de Catherine Guinee. Están avisados, así que Alan estará con ella.

Los detectives asintieron con la cabeza y se levantaron también. Ambos notaron en los gestos y en los ojos del sheriff que necesitaba un respiro urgente.

RANDALL

La madre hablaba de su hija como si en vida hubiera sido una santa y el hermano como si hubiera sido un ángel de la guarda. Resultaba evidente que Kat había dejado un buen recuerdo.

Durante el transcurso de nuestras carreras habíamos investigado muertes de todo tipo: de maltratadores, de ladrones violentos, de pederastas..., incluso de asesinos. Investigábamos cada crimen con el mismo empeño, pero no lamentábamos las muertes de los indeseables. La de Kat Guinee me apenaba más de lo acostumbrado. Cada vez más tras cada descubrimiento; y la chica había fallecido no hacía ni veinticuatro horas.

El momento álgido de la entrevista llegó cuando Dakota les comunicó que su hija había muerto encinta, añadiéndoles dolor donde pensaban que no les cabía más.

No sacamos nada en claro aparte de que Kat tenía una amiga íntima en Albany, Melisa Pitt, que no tenía pareja formal ni enemigos y que nunca se habría suicidado. «Jamás», matizó Alan. Se les veía tan seguros que costaba no creerles.

«Hoy no tendremos tiempo de ir a Trenton».

Aquel pensamiento me condujo hasta un detalle que, si bien tarde o temprano hubiéramos caído en él, se nos había escapado hasta el momento: «¿Viajó con su coche o la llevaron? Si su vehículo aparece en Trenton sabremos que viajó acompañada. Pudo hacerlo en transporte público, pero lo dudo. Si aparece en Nueva York, el hecho de que nadie denunciara su desaparición delataría a su acompañante».

Tomé nota mentalmente: «Localizar su transporte».

Me sentí agobiado ante la cantidad de trabajo que nos quedaba por delante.

Abandonamos la vivienda, pero antes hicimos promesas que no debimos.

—Si la mataron, averiguaremos quién lo hizo —prometió Dakota.

—La mataron —garantizó Alan.

—Claro que la mataron —secundó Catherine.

—Entonces no descansaremos hasta dar con el culpable —prometí yo.

Alan nos acompañó hasta la puerta y, desde el umbral, nos dio las gracias taciturno. Antes de cerrar, dejó caer un «espero tener pronto noticias tuyas», que a mí me sonó como una súplica en toda regla.

Nos quedamos aturullados en el porche. Por suerte, no tuvimos tiempo de darle al asunto más vueltas de las aconsejadas: a nuestra espalda volvió a chirriar la puerta.

Nos giramos.

—Esperen. Hay algo que me gustaría decirles antes de que se marchen.

Nos acercamos al hermano de la víctima.

—Creo que deben saber una cosa. —El joven Alan se quedó mirando al sheriff Keegan—. Nos disculpa, sheriff. Me gustaría hablar en privado con los detectives.

Keegan frunció el ceño, pero no se opuso a la petición del hijo de su predecesor en el cargo; entendió que no era momento de desaprobarnos nada. Se apartó lo suficiente como para no oírnos y se mantuvo a la espera.

—Mi hermana no tenía pareja, pero siempre estaba con alguien. No sé si me explico.

—¿Puedes concretar un poco más? —rogó Dakota.

—Que le gustaba ir de flor en flor, que no le hacía feos a un chico guapo. No es raro que acabara quedándose embarazada. ¿Me entienden ahora?

Entendimos por qué Alan había preferido contarnos aquello en privado. En resumidas cuentas, aunque uno pudiera hacer con su cuerpo lo que quisiera, tildaba a su hermana de «chica fácil».

—Entiendo —susurré.

—Sí —dijo Dakota.

—Manténganos informados de los avances de la investigación, por favor.

Ambos asentimos con la cabeza antes de que Alan volviera a cerrar la puerta.

Bajamos las escaleras que separaban el porche de la acera en busca del sheriff, que se había ido separando de nosotros mientras conversábamos con Alan.

No hizo preguntas capciosas cuando nos tuvo delante.

«Parece un hombre honesto —pensé tras fijarme en sus ojos marrones—. Respeta a los demás, y eso ya es decir mucho».

—Ya que estamos aquí, ¿qué te parece si hablamos con Melisa Pitt? —le pregunté a Dakota.

—Claro. Sheriff, ¿nos conduce hasta su domicilio?

—Faltaría más.

Melisa Pitt

Melisa nos atendió cordialmente a los tres.

Sus ojos hinchados denotaban haber llorado la muerte de su amiga.

Lo primero que nos preguntó fue si la habían matado, respondiéndole Dakota con una de nuestras frases estándar: «Aún lo estamos investigando».

Sentados en el sofá del salón de un piso limpio y ordenado, de mobiliario y decoración de corte moderno, escuchamos frases como: «La conocía desde que íbamos en tacatá. Es como si me hubieran arrancado medio corazón»; «sé que tenía aventuras, pero durante el último mes no me habló de ninguna, y menos de un embarazo»; «que yo sepa, no tenía problemas con nadie»; «Kat jamás se habría suicidado. Jamás de los jamases. Era feliz. No tenía motivos para quitarse la vida. Estaba centrada en su carrera de pintora».

En resumidas cuentas, volvimos a escuchar las mismas afirmaciones que durante la entrevista a los Guinee. No obstante, cuando nos disponíamos a dar por zanjada la ronda de preguntas de rigor, Melisa escupió una frase que nos hizo arrugar la frente:

—Y pensar que hace solo diez días estuvimos juntas en Nueva York... Solíamos hacerlo: alquilábamos una noche de hotel y pasábamos el día juntas.

—¿Hace diez días? —cuestionó Dakota, adelantándose a mi inevitable pregunta.

—Sí.

—Y fueron al cine.

—Sí. ¿Por?

—¿Cines Capitolio, sesión de las seis menos cuarto?

—En efecto. —Dakota y yo nos miramos decepcionados. Acabábamos de desechar una pista prometedora—. ¿Pasa algo, agentes?

—Encontramos una entrada de cine en el bolsillo trasero de su pantalón —le expliqué—, y nos preguntábamos si había ido sola o acompañada a ver la película. Ahora ya lo sabemos

—Kat jamás habría andado sola por Nueva York, y menos bajo una intensa nevada. La conocía como si la hubiera parido. Alguien la engañó, probablemente, quien la dejó preñada, para que subiera a esa maldita azotea. A mi amiga la asesinaron. No lo duden.

Empezaba a cansarme de la cantinela «a mi hermana la asesinaron, a mi hija la asesinaron, a mi amiga la asesinaron...».

—Si la asesinaron, daremos con el culpable —aseguré antes de levantarme.

De nuevo, hicimos promesas que no sabíamos si podríamos cumplir.

Abandonamos el piso de Melisa Pitt.

Conduje rumbo a Manhattan tras prometerle a Keegan que le mantendríamos informado. «Yo mañana mismo empezaré a entrevistar a los amigos y conocidos que considere oportuno», se comprometió mientras nos dábamos la mano.

No quedaba tiempo para registrar la vivienda de Kat Guinee, pero sí para pasarnos por las mesas de los agentes a los que habíamos subrogado tareas antes de partir hacia Albany.

Al día siguiente enterraron a Kat Guinee. No asistimos al funeral, pero sí lo hizo Keegan, que tomó nota de quienes se acercaron a dar su último adiós.

Tal vez su asesino fuera uno de los asistentes.

Lo cierto era que a esas alturas cualquiera podía serlo.

Peter González

Nada más entrar en la oficina fuimos directos a la mesa de nuestro habitual experto en telecomunicaciones. «Mi chamaco preferido», lo llamaba yo cariñosamente.

Lo sorprendimos de espaldas, mordiendo la tapa de un bolígrafo.

Peter González era moreno, de ojos oscuros y de baja estatura, y tenía la nariz aguileña y el pelo negro, siempre engominado hacia atrás. Pronunciaba la palabra *chingar* a menudo y su medida del tiempo era, digamos, relajada. Si coincidías con él en el parking del departamento oías salir de su coche canciones del tipo «*cucurrucucú...*, *paloomaaa...*». Desde mi punto de vista, era más feo que masturbarse en misa, de ahí que me sorprendiera que alardeara con frecuencia de sus conquistas. «Dime de qué presumes y te diré de qué careces», pensaba yo cuando se «venía arriba».

—¿Ya estás holgazaneando? —le pregunté—. Dakota sonrió mientras nos colocábamos delante de su *mesacubículo*—. ¿Has investigado la llamada a Emergencias de Villamil y la franja horaria en la que Gillard estuvo supuestamente interactuando en Internet, o has estado mordiendo tapas de bolígrafos todo el puto día?

—He hecho otras cosas, pinche cabrón. Y al lío, que esta noche ceno con una morena despampanante que ya quisieras tú *pa* ti. —«Ya empezamos», pensé sonriente—. Basándome en la hora que me habéis dado, ambas coartadas serían fiables. Desde la llamada de Villamil a la muerte de la chica pasaron diez segundos, así que el hombre no pudo lanzarla desde la azotea, bajar a su piso, asomarse por la ventana y luego llamar. Uno menos del que preocuparse. La otra, Gillard, estuvo subiendo fotos de la nevada en Facebook segundos antes de que Villamil llamara a Emergencias. Tras conseguir su dirección IP he obtenido la fecha y la hora de la conexión y

desconexión del servicio de acceso a Internet. Eso sí, y es importante que lo entendáis: puedo confirmar que alguien navegaba por la red desde su portátil y desde su piso cuando la chica murió, pero no que fuera ella quien manipulaba el ordenador. Es obvio, pero como sois bastante cortitos...

Ambos ignoramos su «cariñoso» comentario.

—¿Y las llamadas? —preguntó Dakota.

—Me ha dado tiempo de revisar las del fijo. Aquí tenéis la lista de las últimas dos semanas. Si queréis más, pedidlas, pero hasta mañana no contéis conmigo.

Me dio una hoja con apenas diez llamadas listadas; una de ellas estaba subrayada con rotulador rojo.

—Solo esto.

—Hoy en día nadie usa el fijo, chingue paleta.

—Paleto tu puta madre.

González soltó una risotada.

—Todas las llamadas, menos una, las realizó a la casa de sus padres. Eran tan pocas que me he tomado la molestia de comprobarlas. Al lado de la subrayada, os he puesto el nombre y la dirección del sujeto. Para que luego digáis que soy un *malhora*.

—Gracias. Buen trabajo.

—Y tanto —me secundó Dakota—. Hoy te has portado.

—Os aviso cuando tenga la lista de llamadas de su móvil. Ahora largaos, ¡que esta noche cena Pancho!

Ya le había escuchado aquella expresión, algo así como «¡esta noche mojo!».

—Que lo disfrutes, mi chamaco preferido —dije a modo de despedida.

Dakota se limitó a hacer un gesto con la mano.

—Hasta otra, huevones.

Araya Pal, Connie Ironside y el teniente Falco

Araya Pal no había dado palo al agua, al menos en lo referente a buscar a Kat Guinee —o más bien a su supuesto o supuesta acompañante— a través de las cámaras de vigilancia y seguridad próximas al lugar de los hechos. «¿Os creéis el culo del mundo? —nos preguntó retórica y malhumorada—. Mañana por la tarde, si acabo mis tareas pendientes, empezaré con lo vuestro». Dado que Araya parecía tener un mal día y siendo conscientes de que apenas le habíamos dado tiempo para investigar, nos limitamos a darle el nombre del cine y de la sesión para que nos confirmara lo que horas antes había asegurado Melisa Pitt.

Connie Ironside sí había empezado los trabajos que le habíamos encomendado, pero ni de lejos los había terminado. Llevaba poco más de una hora investigando a los residentes del bloque en busca de vínculos con la víctima, y como era de esperar, no había dado con ninguna conexión.

Solo restaba hablar con el teniente Falco, algo que no me apetecía lo más mínimo. Sin embargo, la visita fue mejor de lo esperado.

—Aún no tenemos el informe de la científica ni los resultados toxicológicos —reflexionó el teniente en voz alta—, pero por lo que contáis, parece evidente que a la chica la asesinaron. Hablad con...

—Se llamaba Kat Guinee —matizó Dakota, cortando al mandamás. A mí tampoco me

gustaban los apelativos del tipo «la chica» o «la muerta». Falco le remitió una mirada inquisidora a mi compañera antes de proseguir—. Hablad con el tipo al que llamó desde el fijo de su casa. Falta revisar las cámaras de seguridad, entrevistar a sus vecinos en Trenton, a sus amigos y conocidos en Albany, registrar su piso y su coche... ¿Sabéis qué? Mañana a primera hora enviaré un grupo de la científica a su domicilio. El chico al que llamó es de Trenton. Localizadle e investigad su conexión con los hechos. Cuando acabéis con él, pasad por el piso de Kat Guinee, la científica aún estará allí. —Ambos asentimos—. Podéis iros.

Nada más salir del despacho, sorprendí a Dakota con una proposición «indecente».

—Te invito a una copa.

—¿En un bar?

—No, en mi piso. Así te enseño dónde vas a vivir dentro de poco. Luego puedo hacer unas pizzas y cenamos, si te parece.

Dakota arrugó la frente mientras miraba fijamente mis ojos, supuse que buscando el motivo de aquella inesperada invitación.

—Vale.

Nunca, aparte de café, habíamos tomado nada juntos.

DIME QUÉ QUIERES

Dakota

—Y para finalizar el *tour*, aquí tienes el que dentro de poco será tu cuarto —dijo tras abrir la puerta.

Debo admitir que me quedé gratamente sorprendida. Mi habitación era más amplia de lo esperado, así como el comedor y la cocina, decorados con un gusto exquisito; su piso superaba al mío en todos los sentidos. «Y lo he amueblado y decorado yo solo», matizó cuando alabé la gracia del «interiorista».

—¿Te gusta, entonces?

—Me encanta.

Sonreí realmente entusiasmada.

La cama era de matrimonio y las mesitas, el armario y la cómoda, sobre la que descansaba un televisor de pantalla plana, del color de la miel. El suelo era de parqué de roble, que sumado al mobiliario y a las paredes de un tono tostado, lograban que aquel cuarto destilara sosiego, como si al otro lado de su ventana siempre sucediera un atardecer de matices pardos.

«Jamás hubiera pensado que un hombre tan rudo para ciertas cosas pudiera tener tan buen gusto para la decoración».

—Volvamos al salón —rogó cuando consideró que había terminado de estudiar mi futuro dormitorio—. Quiero hablarte de un tema importante y... En fin. Mejor cómodos, ¿no crees?

Tragué saliva. Randall no advirtió mi incomodidad, pero con aquel par de frases consiguió ponerme tensa.

Se sentó en el sofá, y al verme titubear sobre dónde acomodar mis posaderas señaló con la cabeza el respaldo que quedaba a su izquierda.

Siéntate, anda, que no muerdo.

—Me estás acojonando.

—Solo quiero hablar sobre nuestra futura convivencia.

—De acuerdo.

Acoplé mi trasero al lado del suyo.

—Espera. —Se incorporó—. ¿Una copa de vino?

—¿Intentas emborracharme?

—Puedo traerte agua, si quieres.

—No, hombre, era broma. Vino está bien.

Randall se ausentó para volver a los pocos minutos con lo prometido.

—¿Qué cambiarías de mi forma de ser, Dakota? —preguntó antes de dejar las copas sobre la mesa de centro y sentarse de nuevo a mi lado.

La pregunta, aun con los «preliminares», me pilló con la guardia baja.

—¿A santo de qué viene esa pregunta?

—Porque no quiero que te mudes este fin de semana y luego te marches cuando encuentres

un piso decente. Quiero que te sientas tan a gusto que no quieras irte a ninguna parte. Quiero que vivas aquí, conmigo, como amigos, y sé que te chirrían demasiadas cosas de mi forma de ser.

Noté cómo mi cuerpo se estremecía. Observé sus ojos y entendí que hablaba en serio.

—¿Te han cambiado por otro mientras estabas en la cocina?

Randall soltó una estridente carcajada.

—No, mujer. Solo pretendo ser un buen compañero de piso y de trabajo. Puede que me haya cansado de estar solo, ¿entiendes?

—Te entiendo perfectamente. —Nos sonreímos—. En fin. Lo cierto es que solo cambiaría una cosa de tu forma de ser. Una, no obstante, que echa por tierra todo lo bueno que tienes.

—Dime.

—A veces te comportas como un gilipollas arrogante prepotente de mierda. —Randall se echó a reír de nuevo; por poco escupe el vino que acababa de echarse a la boca. Esperé a que dejara de desternillarse y, seria, seguí desarrollando mis quejas—. Lo único que te pido es que me trates como a tu igual. Tenemos el mismo rango y tengo el mismo derecho que tú a opinar y tomar decisiones, sean acertadas o equivocadas. ¿O es que crees que tú das siempre en el clavo? Puedo recordarte un par de cagadas importantes del gran Randall Jacobs, si quieres.

—No hace falta.

Randall estaba tomándose las críticas con un inusitado buen talante.

—Estoy abierta a sugerencias, incluso a reprimendas si las merezco, pero en privado y con cariño. Somos compañeros y nos cubrimos las espaldas en todos los aspectos. O así es como creo que debería ser. Ofreciéndome tu piso has demostrado ser un buen amigo, pero te falta ser un buen compañero. No puedes ordenarme ni contradecirme delante de un interrogado, por ejemplo. Me haces daño.

Randall percibió que su pregunta me había traído a la memoria momentos en los que su despotismo logró sacarme de quicio, y que dichas reviviscencias acababan de lograr malhumorarme en pocos segundos.

Sorbió de su copa y habló serió en el semblante:

—No puedo estar más de acuerdo contigo, compañera. No volveré a darte órdenes ni a contradecirte en público. Lo que tengamos que decirnos, lo haremos tomando una copa de vino.

Randall me guiñó el ojo picarón y colocó suavemente su mano sobre mi muslo durante apenas tres segundos, que fueron suficientes para que me estremeciera como una quinceañera con su primer novio.

Conseguí disimular mis emociones, que ni yo misma entendía.

EL PRIMER SOSPECHOSO

Randall Jacobs

Kat lo llamó por teléfono días antes de morir. Por eso estábamos en Trenton, para hablar con Reid Clements, el primer sospechoso oficial del caso.

Que una prueba no tuviera valor ante un jurado no significaba que no demostrara algo, y teníamos muchas que señalaban hacia el asesinato como un testigo ocular a un delincuente sentado en el banco de los acusados.

Kat Guinee no guardaba el perfil de una suicida.

A Kat Guinee le esperaba un futuro prometedor como pintora.

Kat Guinee no dejó nota de suicidio.

Kat Guinee estaba embarazada.

No obstante, aun estando seguros del carácter del delito, intuíamos que Falco nos endosaría un nuevo caso si no encontrábamos un hilo del que tirar; desde mi punto de vista, teníamos unos tres meses para apuntar en la dirección correcta. Si nos obligaban a mirar hacia otro lado, el caso acabaría arrinconado. Lo habíamos visto otras veces. Y ni Dakota ni yo queríamos que eso sucediera.

Reid Clements trabajaba en una cafetería; sabíamos dónde y a qué hora encontrarle sirviendo cafés.

Aparqué a poco más de veinte metros del establecimiento. Pasaban cinco minutos de las diez de la mañana. El escenario se apreciaba frío y blanquecino al otro lado de la luna delantera de mi coche: como lo odiaba profundamente. El termómetro del salpicadero marcaba cuatro inapetentes grados bajo cero. Al menos, no estaba nevando. Lo cierto es que no había vuelto a ver caer un copo de nieve desde el día que murió Kat. El cielo se despejó horas después de que abandonara Corona. Aquella misma noche, mientras ella yacía en la cámara frigorífica de una morgue, las estrellas resplandecieron sobre los rascacielos de Manhattan. La calma tras la tormenta. Si bien, para Catherine y Alan Guinee, el final de la tormenta supuso el inicio de una peor y más duradera. Nunca llueve a gusto de todos.

Tiré del freno de mano y observé a través de la ventanilla las ramas heladas de un árbol. Me estremecí de tan solo mirar la nieve que blanquecía las zonas sombrías de Trenton.

El lugar era tranquilo, cercano al Río Delaware, alejado del centro de la ciudad y sus mundanales ruidos. Delante de la cafetería encontramos un amplio aparcamiento gratuito, donde estacioné mi Ford. Al otro lado de la calle, a la izquierda del local, se alargaban casas unifamiliares con pequeñas parcelas sin vallar.

—Vamos.

Dakota ardía en deseos de hablar con Reid Clements. Lo notaba en su mirada. Intuía que aquel joven de ojos azules estaba metido en el ajo, y no le faltaban razones para sospecharlo.

Estudiamos sus datos durante el trayecto. Un chico normal, con un trabajo común y una familia corriente. De buen ver, eso sí; y según Alan Guinee, Kat «no le hacía feos a un chico

guapo».

Reid Clementes prometía enfilar la investigación. Suponíamos que tuvo un *affaire* con la víctima, y que por un motivo u otro, esta no les contó nada a sus dos mejores confidentes: Melisa Pitt y su hermano Alan.

«Todo apunta a que es el padre del hijo que esperaba»: un pensamiento que nos rondó la cabeza a los dos.

Cruzamos la calle a paso ligero. Los gritos de dos niños que caminaban sobre la acera de la mano de su madre consiguieron incomodarme. «No estoy hecho para el frío, pero menos para soportar a renacuajos». El aire gélido martilleaba mi frente, mis orejas, mi nariz... «Tendría que haberme puesto el gorro y la bufanda». Miré de soslayo los hermosos ojos azules de Dakota, velados por su liso flequillo rubio. «Es más lista que el hambre», pensé tiernamente. Sonreí sin que ella se diera cuenta e imaginé su cuerpo desnudo bajo su abrigo, su bufanda, su gorro y sus guantes rojos. Me sorprendí con aquellas libidinosas imaginaciones, sobre todo porque mi cuerpo estaba más frío que el saludo de una suegra. Cerré los ojos y, como un perro las pulgas, sacudí la cabeza intentando borrar de mi mente la imagen desnuda de mi compañera.

La fachada estaba forrada de madera, y tenía una cristallera mate que solo dejaba ver parte de lo que sucedía dentro.

Dakota abrió y un soplo de aire caliente salió a recibirnos. El placentero cambio de temperatura distendió el agarrotamiento de mis extremidades y mi tensión psicológica. Tanto fue así, que por un momento me olvidé de por qué estábamos allí.

Hasta que vi a Clements detrás de la barra.

—Buenos días —nos saludó sonriente.

Conté tres clientes, un hombre grueso sentado a la barra y dos chicas jóvenes en una de las mesas del fondo.

Una camarera dejó de limpiar las mesas arrimadas a la pared de la izquierda para también saludarnos.

—Pueden sentarse en esta mesa si quieren.

—Gracias —dijimos al unísono.

Una vez acomodados, tomó nota de nuestras consumiciones: un café solo para mí y uno con leche para Dakota.

Eché un rápido vistazo detrás de la barra: Reid se metía en la trastienda.

El local era agradable a la vista, con una larga barra en forma de «S» de tonos grises y mostrador de madera de pino, tras la que permanecía una larga mesa de trabajo donde los camareros guardaban las servilletas, los portavasos, las pajitas..., y donde también estaban un exprimidor de naranjas, el tirador de cerveza y la caja registradora. Sobre la barra colgaban seis lámparas metálicas de color ocre, que le daban al local un aire industrial. Las paredes estaban decoradas con cuadros con dibujos de tebeos antiguos que me recordaron al estilo *warholiano*, otorgándole genuinidad a la cafetería. A mí, que me gustaba la decoración ‘sin orden ni concierto’, me pareció un local de lo más distinguido.

—Ah —dije llamando la atención de la camarera cuando se retiraba a por nuestras bebidas—. Dígale a Reid Clements que necesitamos hablarle de un asunto oficial.

—Claro.

—¿Oficial? —me preguntó Dakota cuando estuvimos a solas.

—No queremos que se asuste, ¿no? Afuera hace demasiado frío como para andar detrás de nadie.

Dakota susurró: «La verdad es que aquí se está en la gloria».

El mismo Reid Clements nos sirvió los cafés. «Café solo por aquí y con leche por allá», dijo sonriendo mientras los depositaba sobre la mesa.

—¿Me ha dicho mi compañera que quieren hablar conmigo?

—Así es —contestó Dakota mientras le mostraba su placa, que Reid observó con el ceño fruncido—. ¿Podemos hablar con usted en la trastienda?

—¿De qué se trata?

—Queremos hacerle unas preguntas sobre la muerte de Kat Guinee —expliqué en un susurro. Aún no teníamos nada contra él, y no quería meterle en líos de índole laboral.

—¿Kat ha muerto? —Se apoyó en la meza, como si de pronto le hubieran empezado a fallar las fuerzas—. ¿Cuándo? ¿Qué ha pasado?

—Hace un par de días.

—Dios santo. Y siendo ustedes detectives de homicidios... Entonces, ¿la han...?

—Aún no lo sabemos. Por eso necesitamos hablar contigo, para esclarecer los hechos.

—Contestaré a sus preguntas, claro, detectives, pero me temo que no podré serles de ayuda. ¿Me permiten?

Señaló la silla a mi derecha.

—Adelante.

Se sentó a mi lado y en frente de Dakota.

—En la trastienda hace un frío de cojones. No tengo nada que esconder, así que pueden disparar cuando quieran.

Miré a Dakota y asentí, otorgándole las riendas de la entrevista.

—¿Cuándo la vio por última vez?

—El primer día que la vi... —Se quedó absorto en el tablero de la mesa, recordando los momentos que compartió con Kat Guinee—. Por lo visto fue el último. —Suspiró y alzó la vista con gesto resignado—. Salí del trabajo y decidí volver a casa dando un paseo. Suelo coger el bus, pero aquel día me apetecía tomar un poco el aire. Cuando no estaba demasiado lejos de mi casa, me topé con una exposición de cuadros y me detuve a observarlos por la cristalera de la fachada. Entonces, me habló mientras yo contemplaba ensimismado una de sus obras. Una cosa llevó a la otra y acabamos en un bar cercano.

—¿Tuvieron relaciones sexuales?

—Sí. En el baño de mujeres de ese mismo bar.

—¿Nombre del bar?

—Martin's. Está a unos cien metros de donde exponía.

—¿El hijo que esperaba era suyo?

Reid se echó hacia atrás, como si acabaran de colocarle ante las narices un montón de mierda.

—¿Qué? No. Ni siquiera sabía que estaba embarazada. Como les digo, no volví a verla.

—Pero ella te llamó por teléfono, ¿no es así? —Dakota empezó a tutearle. Entendí que, aun con sus claras insinuaciones de por medio, intentaba lograr una charla más amigable, que Reid se soltara—. Entonces, su hijo podría haber sido tuyo, ¿no?

—No. Me puse condón. Y me llamó porque quería volver a quedar. Pero no acepté. No me gustó cómo... —Se detuvo, como si le diera vergüenza contarnos lo que le llevó a rechazarla—. En fin. Creo que ya somos mayorcitos como para andarnos con remilgues, ¿no creen? Quería decir que no me gustó cómo se movía. Que era una sosaina follando, vamos.

Me sorprendió que hablara con tanto desprecio de una recién fallecida.

—El preservativo protege de enfermedades de transmisión sexual —explicó Dakota—, pero previniendo embarazos no es ni mucho menos fiable, sobre todo si se usa con prisas y a lo loco. —El tono de Dakota empezaba a no gustarme—. Entonces, resumiendo, ¿pretendes hacernos creer que en ningún momento te dije que se había quedado embarazada? A ver si lo entiendo: ¿se quedó preñada de otro tío, pero pretendía volver a quedar contigo? No es un poco ilógico.

—A lo mejor no sabía que estaba embarazada. —Aquellas seis palabras nos dejaron atónitos. Aunque pareciera increíble, no habíamos reparado en esa posibilidad. Según Temple, Kate estaba embarazada de solo tres semanas. ¿Y si no estaba al tanto de su estado?—. Lo único que puedo asegurarles a ciencia cierta es que no tenía ni idea de que estaba preñada. A lo mejor suena un poco cruel, pero para mí Kat era agua pasada, un *rollete* de una noche que no salió bien.

—¿Dónde estuvo el día 12 de este mes?

«La pregunta del millón», cavilé atento a sus gestos; o era un hombre con nervios de acero o un hombre inocente.

—En Boston, con un amigo. Pueden comprobarlo. Tomen nota: Will Greer Arnold, calle Myrtle 116.

Dakota sacó su bloc de notas.

—Puede repetirlo.

—Por supuesto: Will Greer Arnold, calle Myrtle 116, Boston. Como les digo, no tengo nada que ocultar. Pedí dos días de permiso. También pueden corroborarlo con mi jefe. Salí de Trenton el día 12 a las siete de la mañana y volví el 13 sobre la medianoche.

—Lo comprobaremos —aseguró mi compañera—. ¿Tomó algún peaje?

—Por la costa se evitan los peajes, y aunque se tarda un poco más, las vistas son más bonitas.

—Ya. Pues..., creo que es todo.

Cuando Dakota hacía ademán de levantarse, hablé autoritario frenando sus intenciones:

—De ser necesario, ¿nos permitiría obtener una prueba de su ADN? Para descartar que el hijo fuera suyo, simplemente. Supongo que le interesará saber si ha estado a punto de ser padre.

—Prefiero no saberlo. Y por cierto, no me gustan los tonos que gastan ustedes. Yo no he matado a nadie, pero me miran como si fuera un perro sarnoso. Precisamente por eso, porque se pasan la presunción de inocencia por el forro, es por lo que no voy a darles nada a no ser que vengan con una orden. Y ahora, si me disculpan, tengo que trabajar; no me pagan por darle a la sin hueso. Les he dado una coartada. Compruébenla y déjenme en paz. No me fuercen a contratar a un abogado. No tengo ganas ni dinero ni motivos, pero si me obligan...

«Acaba de salir a la luz la auténtica naturaleza de Reid Clements».

Se levantó, provocando un desagradable sonido con su silla. Sin despedirse, anduvo hasta detrás de la barra, donde, tras hablar con su compañera, prosiguió con sus tareas haciendo como si no estuviéramos.

Nos terminamos nuestras bebidas y salimos del local. Nosotros sí nos despedimos, yo con un «hasta otra» y Dakota con un «nos vemos pronto», que sonaron como pretendíamos: a amenazas.

—Este tío no es trigo limpio —formuló mi compañera nada más pisar la gélida acera—. Si fuera inocente, ¿por qué no dejarnos obtener una prueba de ADN y de ese modo borrar nuestras sospechas?

—Habrà que investigarlo a fondo.

Dakota Siegel

De camino a casa sucedió algo inesperado: nos topamos con una calle cortada cuando transitábamos por las inmediaciones de mi piso con fecha de caducidad. Un oficial de policía, haciendo uso de una barra luminosa, nos desvió por una vía adyacente. No obstante, pudimos ver de pasada un camión de bomberos, dos ambulancias y una casa en llamas.

—Juraría que por ahí vive Temple —espetó Randall antes de detener su coche en seco.

No me dio tiempo ni de abrir la boca. Cuando me di cuenta, mi compañero estaba mostrándole su placa al agente que redirigía el tráfico.

Salí del coche y seguí a Randall, que ya había cruzado los paneles direccionales que prohibían el paso.

—¿Qué coño crees que estás haciendo? —le pregunté cuando estuve a su altura, caminando a paso ligero.

El camión de bomberos se veía cada vez más nítido, como la decena de bomberos que correteaban de un lado para otro. Cuatro de ellos sujetaban dos mangueras que arrojaban agua sobre las ventanas llameantes de la vivienda de dos plantas.

—¿Y si la que arde es la casa de Temple? —dijo Randall.

—Y si lo es, qué, ¿qué vas a hacer tú?

—¡Pasar de largo seguro que no!

Su grito me detuvo en seco.

—No pueden estar aquí. —Uno de los bomberos nos cortó el paso cuando ya notábamos el calor de las llamas, que salían de las ventanas como serpentinas amarillas y naranjas empujadas por un ventilador.

—Creo que es la casa de un amigo.

Randall, y luego yo, le mostramos nuestras placas.

—Al padre y a la madre los están atendiendo en las ambulancias. —El bombero señaló las dos UVI móviles situadas a un extremo de la calle cortada—. No hemos conseguido salvar a su hija de seis años. Desgraciadamente, es demasiado tarde para ella. La segunda planta puede desplomarse en cualquier momento.

«Temple no tiene hijos», pensé.

—Nunca es demasiado tarde —lo contradijo Randall.

Mi compañero se quitó su abrigo y lo lanzó por los aires, y corrió hacia la puerta de la que brotaba un intenso humo.

«¿Pero este tío es gilipollas?».

—¡Deténgase! —gritó el bombero.

—¡Randall, por Dios! —vociferé yo.

Randall hizo oídos sordos a nuestros desesperados intentos de persuadirle, se cubrió la boca con el antebrazo y se adentró en el humo sin más protección que su traje.

—¿Su compañero está mal de la cabeza?

—Un poco —susurré tan bajo que apenas pude oírme a mí misma.

Me quedé absorta en las llamas.

«Sácalo», le rogué a Dios.

El mundo se volvió una mancha de colores: el anaranjado del fuego; el negro y el amarillo de los uniformes de los bomberos; el gris de los chorros de agua...

Oí sirenas distantes.

Entonces le vi salir tambaleante, tosiendo mientras se cubría la boca con el antebrazo. Sus

pantalones estaban quemados por los bajos y su rostro manchado de hollín.

Cayó de rodilla, apoyándose con las manos en el suelo templado.

Corrimos a socorrerle.

—¿Ese es tonto o qué le pasa? —espetó uno de los bomberos, manguera en mano.

—¡Se lo he dicho, joder! —lo abroncó el bombero que había tratado de impedir su corto episodio de heroísmo—. ¡El humo la ha...! En fin. Hay que saber cuándo parar, hostia.

Lo ayudó a incorporarse y le condujo hasta una de las UVI móviles. Al pasar por mi lado me destinó una sonrisa triste.

—Tenía que intentarlo —dijo con los ojos inyectados en sangre—. Vuelvo enseguida, compañera.

Me invadió un fugaz pensamiento entretanto el bombero y Randall se alejaban. «No hace falta que cambies. Así, con tus imperfecciones, eres perfecto».

Randall volvió a los pocos minutos.

Al verle acercándose con la mano vendada, con la camisa por fuera, con el pelo enmarañado y con una sonrisa en la cara, supe que era con él con quien debía compartir casos.

Y piso.

Randall

Tras mi estúpido intento de rescatar a una niña de una casa en llamas, estacioné en la puerta del bloque donde se hallaba el piso de Dakota, donde en breve llenaríamos cajas de enseres para después vaciarlas en el río.

No pude salvar a la niña, pero aun con todo me sentía orgulloso de mi falta de sensatez. El bombero tenía razón, pero no del todo: «Hay que saber cuándo parar». Lo cierto es que me consolaba saber que el fuego resultaba demasiado intenso. A veces basta con intentarlo. En ciertas ocasiones, solo hay que hacerlo cuando no parece haber esperanza; la mayoría de las cosas importantes se logran haciendo oídos sordos a consejos como «no lo hagas, es imposible» o, «hay que saber cuándo parar».

La vi meterse en el bloque y me alegró pensar que pronto entraríamos juntos en casa tras una dura jornada de investigación como la que dejábamos atrás.

A partir de «el día de la casa en llamas», como lo bautizamos al día siguiente, no hicimos otra cosa que dar puntadas sin hilo. Volvimos al lugar de los hechos con la fotografía de Reid Clements, pero ni Marité Miller, ni Susan Hauptman, ni Martín Sosa, ni Verónica Medel, ni Gina Gillard, ni Jorge Villamil ni su esposa, Teresa Aguirre, reconocieron al chico de la instantánea. Vigilamos a Reid durante diez días, pero no conseguimos pillarle en un renuncio ni una sola vez. Clements se pasaba la vida yendo de su casa al trabajo, o eso fue lo que percibimos durante aquella semana de acecho. Investigamos sus llamadas, sus redes sociales y, obviamente, su coartada, antes de descartarlo como sospechoso.

‘Mi chamaco preferido’ nos facilitó la lista de llamadas realizadas desde el teléfono móvil de Kat Guinee, pero tampoco arrojaron datos importantes. Basándose en la aproximación de su teléfono móvil a las torres de telefonía, del tiempo que tardó su señal en ir de torre a torre y por la fuerza de la señal recibida, nuestro habitual experto en telecomunicaciones marcó el último punto donde estuvo encendido: otro dato extraño que sumar a la lista de rarezas del caso. Su móvil dejó de funcionar en una gasolinera de Highland Park el día antes de su defunción, a

cuarenta y seis kilómetros de Trenton, o lo que es lo mismo, a medio camino entre Trenton y Nueva York. Extraño. Extrañísimo. Así que nos presenciamos en la gasolinera con un equipo de la policía científica. Que el móvil hubiera dejado de funcionar allí no significaba que estuviera tirado en una alcantarilla de la zona, pero dado cómo acabó su propietaria, no podíamos permitirnos el lujo de obviar ninguna información. Tras más de diez horas de indagaciones, suspendimos la búsqueda.

Araya Pal, aparte de confirmar que Melisa Pitt fue a los cines Capitolio con Kat, no halló rastro alguno de la víctima en ninguna cámara de vigilancia ni de seguridad.

Los oficiales de policía enviados a las viviendas colindantes al lugar de los hechos volvieron con las manos vacías.

El informe forense consiguió afianzar nuestras sospechas con un croquis de la posición del cadáver, su ubicación y disposición, y aportó observaciones de Temple que señalaban tímidamente hacia el homicidio o el asesinato. Por desgracia, las conclusiones del forense no aportaron en lo referente al origen de la muerte.

El informe de la policía científica condujo a menos aún que la autopsia.

Ni el piso de Kat ni su ordenador nos dieron un solo hilo del que tirar. Hablamos con quienes había interactuado en los últimos meses, pero nada. Cero. Nadie sabía de su embarazo y todos, sin excepción, insistieron en que jamás se hubiera suicidado. Investigamos los pagos con tarjeta y rastreamos su huella digital haciendo uso de su propio ordenador. Incluso entrevistamos a su marchante de arte. Según él, tras vender todos los cuadros de su exposición a un solo comprador anónimo, Kat se excusó y se fue a casa alegando sentirse agotada. «Jamás la había visto tan feliz», nos explicó Vincent Driver con gesto apesadumbrado. A la pregunta de si la vio marcharse con alguien contestó con un «no» tajante. Le exigimos que nos facilitara los datos del comprador anónimo de las obras de Kat. No se opuso: una viuda ricachona de sesenta y nueve años sin antecedentes ni aparentes rencillas con Kat: otra vía de investigación desechada al instante.

El sheriff Keegan, aun con sus esfuerzos, tampoco aportó nada destacable.

«Nada» pasó a ser nuestra palabra más escuchada.

«El bucle infinito», lo llamaba Dakota. «Un crimen, una investigación y el nombre de un criminal. Y vuelta a empezar».

En el caso de Guinee, el bucle amenazaba con no cerrarse del todo.

QUÉ OJOS TAN BONITOS

28 días más tarde

Randall entró en su piso tras ausentarse a por unas pizzas.

Le sorprendió ver a Dakota hablando por teléfono. Dos cosas llamaron su atención: la primera, que estuviera tumbada bocarriba sobre el sofá como una quinceañera; la segunda, que estuviera usando el teléfono fijo. También le chocó verla sonriente. No es que acostumbrara a andar mohína por el piso, pero parecía haberla pillado conversando con un humorista.

Antes de preguntar, Randall se fijó en los carnosos y curvados labios de su compañera y en sus ojos azules, y no pudo evitar sentirse inmerso en un ambiente hogareño.

«El piso irradia color desde que vive conmigo».

Dakota miró al recién llegado y lo saludó con la mano.

Randall dejó las pizzas sobre la mesa de la cocina y volvió al salón. Nada más entrar, escuchó «es muy cabezota, sí».

Aquella frase avivó los recelos del detective.

—¿Con quién estás hablando? —susurró mientras se sentaba al lado de Dakota.

La detective tapó el auricular con la mano, se incorporó y contestó también susurrante: «Con tu madre».

—No jodas.

A Randall se le aceleró el corazón. Que él supiera, su progenitora y su compañera no se conocían de antes.

«Dios me pille confesado», pensó mientras se frotaba exageradamente las sienes, pretendiendo con ello mostrarle su agobio a su compañera.

—Corta, corta. —Randall hizo con la mano el gesto de cortar el cuello.

—Randall quiere hablar con usted. No sé por qué, pero parece estar más agobiado que el fontanero del Titanic.

El detective no pudo sortear una risa ahogada: el símil de su compañera bien la merecía. Segundos después, Dakota soltó una estridente carcajada, se incorporó y le pasó el auricular a su compañero.

—Es tu mami —informó guasona.

—Muy graciosa.

—Hola, mamá.

—¿Cuándo pensabas decirme que vives con tu compañera de trabajo? Por cierto, me ha parecido divina de la muerte, y sé que es guapa, que la he visto por el Facebook.

—¿Divina de la muerte y Facebook en la misma frase, mamá? —Randall suspiró resignado

—. ¿Quién te ha visto y quién te ve?

—Déjate de chorradas. ¿Cuándo vas a presentármela en persona?

—Mañana por la tarde.

—No me vaciles, que cojo un tren y me planto en tu casa.

—No bromees con esas cosas, por Dios, mamá, que podrías provocarme un infarto. Oye. Mañana te llamo sobre las diez, ¿vale?

—De eso nada. Dime...

Randall colgó y de inmediato dejó el teléfono descolgado.

—¿Has dejado a tu madre con la palabra en la boca?

Dakota tenía los ojos abiertos de par en par.

—Solo un poco.

—Ya te vale, tío.

—Qué ojos tan bonitos tienes —musitó el detective.

Pillar a Dakota hablando con su madre lo había alterado en un principio, pero después, sumergido en un ambiente familiar. Llevaban tres semanas viviendo juntos y su compañera parecía estar contenta con la convivencia. Y eso le hacía feliz, aun con sus fracasos laborales.

—¿Qué has dicho?

—Nada.

—Oye. No sabía que tenías un hermano. ¿Por qué nunca me habías hablado de él?

Randall miró fijamente a los ojos de su compañera. Luego, meditabundo, inspiró largamente mientras barajaba si contarle o no su historia.

—¿Sabes? Creo que es el momento de que sepas quién soy, y por ende, quién es mi madre.

Dakota se acomodó en el sofá y Randall hizo lo mismo, muy juntos, casi rozándose.

—Ardo en deseos de saber quién eres, Randall Jacobs.

EL SEGUNDO GEMELO

Afuera de Shawnee, Oklahoma

1979

La casa de madera tenía dos cafeteros de Kentucky a pocos metros de su fachada. Sus ramas, pobladas de flores en corimbo, parecidas a las de un ciruelo o las de un cerezo, daban dos sombras que los Jacobs agradecían en días soleados como el que alboreaba. Sus fibrosas raíces amenazaron con levantar los suelos de madera de la vivienda, pero de eso hacía mucho. Tras la casa podían verse las brillantes aguas del embalse de Shawnee, principal atracción de los quince campamentos y ocho áreas de picnic de la zona. No obstante, los lugares próximos al hogar de los Jacobs mostraban poca influencia humana. Poco más que casas desperdigadas como mazorkas sobre un campo de maíz tras el paso de un huracán, en torno a caminos de tierra donde buzones con banderitas rojas y cubos de basura marcaban las entradas a las parcelas. Advertir el runrún de un coche resultaba infrecuente, pero habitual oír el canto de los pájaros. Observar a un transeúnte era casi un acontecimiento, pero usual toparse con ardillas escalando troncos o armadillos cruzando caminos. Las edificaciones altas no existían, pero sí los bosques donde las raíces de los robles, los olmos, los cedros y los pinos, crecían hacia el interior de la tierra mientras sus copas se alzaban hacia el firmamento.

El amanecer se reflejaba en las aguas del embalse cuando Randall y Lewis se desperezaban sobre sus camas con un único pensamiento: salir de pesca.

Aunque pudiera parecer lo más práctico, durante aquel día que prometía cálidas temperaturas, los hermanos no pescarían cerca de casa; la noche previa pactaron hacerlo fuera del alcance de los gritos de su madre.

—¿Vamos donde la moto abandonada? —sugirió Lewis mientras se ponía unos pantalones cortos.

—Vale —respondió Randall, legañoso—. Voy a hacer pis y a limpiarme la cara, y luego nos vamos.

—Déjame ir primero, porfa.

Lewis cruzó las piernas cómicamente y gesticuló como si estuviera a punto de orinarse encima.

Ambos esbozaron una sonrisa a la que siguió una corta risita: no querían despertar a sus padres.

Tras hacer sus necesidades y asearse, cogieron sus cañas de pescar y el tarro donde guardaban el cebo y abandonaron la casa vistiendo sendas camisetas de tirantes y pantalones tejanos, originariamente largos, que su madre había transformado en cortos a base de tijeretazos.

Exceptuando a sus padres, nadie era capaz de diferenciarlos. «Como dos gotas de agua», decían al verlos por primera vez. Morenos y de nariz chata, ojos marrones y orejas pequeñas, labios finos y mirada alegre, los hijos de los Jacobs no pasaban desapercibidos allí donde iban.

Dieron un salto en el umbral de la puerta y se deslumbraron con los primeros rayos de sol,

para después correr con las cañas en alto, como si fueran trofeos, por el césped que cubría la parcela.

Trotaron por el camino como caballos salvajes, intentando demostrar cuál de los hermanos era el más rápido —siempre quedaban en tablas—, levantando a su paso una ligera nube de polvo.

Dejaron atrás el chasis oxidado de la Indian que les condujo a bautizar a aquella extensión de terreno como «la de la moto abandonada».

Allí se sentían en paz.

Cierto es que su corta edad les privaba de conocer la angustia, pero sabían apreciar la tranquilidad de aquel rincón alejado de cualquier signo de progreso. Los Jacobs disfrutaban de una vida tranquila en el campo, de la belleza imperfecta de un árbol torcido, de un pozo sin agua, de la hierba creciendo en desarmonía bajo el esqueleto de una moto herrumbrosa.

Randall se sentó en «su piedra» y sacó un gusano del tarro de cristal. Lo mantuvo en alto para que su hermano pudiera verlo serpentear entre sus dedos. Lewis sonrió y extendió su brazo para coger uno también. Su hermano clavó el animal en el anzuelo y lanzó el sedal tan lejos como pudo. Fue entonces cuando oyeron el inconfundible sonido de un portazo. «¿Un coche?», pensaron. Nunca antes habían sufrido ninguna intromisión mientras pescaban, y allí, «donde la moto abandonada», habían capturado peces con frecuencia. De vez en cuando, oían el distante sonido de un vehículo transitando por el camino contiguo al embalse, pero nunca un ruido tan limpio, tan inaudito. Sin embargo, tras encogerse de hombros, Lewis lanzó el sedal y Randall dirigió la mirada hacia la boya que se mecía suavemente, no dándole a aquella breve anomalía la importancia que merecía.

Randall vigilaba la boya que él mismo había fabricado con la madera de una balsa abandonada, cuando oyó crujir algo a su espalda. Los hermanos se volvieron para distinguir una sombra avanzando a través de la espesura. Alguien se acercaba en silencio, pero no parecía tener intención de pasar desapercibido.

Un hombre de unos cuarenta años apareció ante los niños vistiendo una camisa de felpa y unos pantalones de caza desgastados, además de unas botas raídas y una gorra manchada de lo que parecía grasa.

—Hola, chicos —saludó sonriente—. Me he perdido, ¿sabéis? ¿Seríais tan amables de indicarme dónde queda la casa de los Toland? Vosotros sois de por aquí, ¿no? Joder, sois igualitos. Por cierto, ¿hay buena pesca por aquí o qué?

Los niños se quedaron mudos. Nunca habían oído hablar de los Toland, y se jactaban de conocer a todas las familias de la zona.

Randall observó las facciones de quien los había abordado con sus preguntas: su boca, rodeada por una barba descuidada, lucía en su labio inferior el inicio de una cicatriz que se alargaba hasta la mitad de su cuello. «La maldad no tiene rostro», aseguran. Pues Randall la vio en los ojos de aquel sujeto desaliñado.

—¿Cómo nos ha encontrado, señor? —preguntó Lewis cohibido.

—Os he visto desde el camino. —El desconocido señaló hacia la arboleda—. Podéis llamarme Bob, si queréis.

«Mentira —pensó Randall—. Desde el camino es imposible ver esta zona».

—Ya nos íbamos —dijo Randall tras mirar angustiado a su hermano, que captó el mensaje

implícito en su mirada: «Este tío no es trigo limpio, hermano».

Los dos recogieron el carrete con premura.

—¿Os vais tan pronto, chicos? —preguntó Bob en un tono desmesuradamente altanero—. ¡Si aún es pronto! ¡Si ni siquiera habéis pescado un solo pez! ¡Vuestros padres no os echarán de menos hasta la hora de comer! ¡Vamos, por Dios, no seáis tan cagaprisas! ¡La pesca requiere paciencia! ¡No os rindáis aún!

Randall tragó saliva y se apartó del extraño con su hermano a su espalda. Fijó la mirada en la arboleda tras la que les esperaba el camino de vuelta a casa como si fuera una línea de meta. «Solo es un borracho que se ha perdido. Nada más». Randall intentó quitarle hierro al asunto, pero intuía que Bob —si es que así se llamaba— era algo más que un simple borracho desorientado.

—Eh, eh, eh... No tan rápido, chavales. —Bob dio cinco pasos apresurados e interrumpió el avance de los niños—. Esperad. No seáis maleducados. Aún no me habéis dicho dónde viven los Toland.

—Siga *totodo recto poor* el camino y el siguiente cruce *tótómelo* a la izquierda —se inventó Lewis tras las espaldas de su hermano—. No tiene *péérdida*, señor.

—¿Tienes miedo, chico? ¿Por qué tartamudeas tanto?

El hombre miraba a los niños como un rottweiler a una chuleta.

—*Nono*, señor. *Noo* tengo miedo —aseguró Lewis asomándose por las espaldas de Randall.

—Pues deberías.

El hombre lanzó un puñetazo que Randall esquivó por los pelos. En cambio, Lewis no pudo evitarlo. Su caña se desprendió de sus pequeñas manos al tiempo que caía de espaldas. Randall lanzó la suya por los aires y huyó despavorido, sin pensar, sin mirar atrás. Corrió con todas sus fuerzas, pero las largas piernas de Bob supusieron una desventaja insalvable para un niño de once años. Lo atrapó cuando casi podía tocar el primer tronco de la arboleda. Apretó su cuello con ambas manos y desprendió sus pies del suelo. «¿Dónde crees que vas, granujilla». Randall pataleaba y se retorció con los gruesos dedos de su atacante estrujándole el pescuezo cuando inspiró su rancio aliento, un «perfume» que olería en infinitud de sueños de ahí en adelante. El oxígeno dejó de hinchar sus pulmones, y como su hermano segundos antes, notó que perdía la conciencia.

—Deberíais haberos quedado en casita, chicos —susurró Bob mientras acercaba sus labios a los de Randall y se los lamía con lascivia.

El mundo se volvió borroso para el pequeño, que derramó dos lágrimas mientras los ojos se le cerraban. Randall Jacobs, antes de desmayarse, observó la cicatriz que nacía del labio inferior de Bob y tuvo la sensación de que su asaltante sangraba por la boca. También tuvo un razonable pensamiento: «Vamos a morir».

Si el alma de los niños se hubiera desprendido de sus cuerpos, hubieran visto aterrados cómo su secuestrador cogía en brazos a Lewis, cruzaba la arboleda y lo introducía en la caja entoldada de una camioneta roja aparcada a un lado del camino. Hubieran observado también cómo sonreía satisfecho antes de adentrarse en la espesura en busca del segundo gemelo.

Acudían a misa todos los domingos. No les quedaba otra: sus padres los obligaban. Randall no acostumbraba a escuchar los sermones del párroco, pero el que dio el domingo anterior le caló hasta el punto de grabársele en la memoria. Tal vez por eso tuvo un extraño sueño mientras «dormía» en la caja entoldada de la furgoneta roja de Bob. Se vio en un altar hablándole a

cientos de parroquianos, entre los que destacaban su hermano y sus padres, engalanados con la ropa de los domingos. También estaba Bob, que escuchaba su « homilía» desde el fondo de la parroquia.

—El hombre tiene demonios. —Randall, con los brazos en alto, repetía en voz alta lo que había escuchado de boca de otro—. Todos atesoramos al menos uno escondido en un recoveco de nuestra alma. El infierno está dentro de nosotros, pero también el cielo. Es nuestra obligación escuchar la voz del Santísimo y hacer oídos sordos a las blasfemias que susurra el demonio.

Al abrir los ojos, Randall vio a un demonio de carne y hueso. Maniatado y amordazado, aturdido y con la garganta dolorida, entendió que quien tenía delante solo escuchaba a sus demonios. Miró de soslayo a su izquierda y vio a su hermano asimismo amordazado, con su camiseta de tirantes enrojecida por la zona del cuello y sus manos y pies atadas al respaldo y a las patas de una silla desgastada.

«¿Estamos en un cobertizo?».

Pudo ver paredes de madera donde abundaban las telarañas. Herramientas: una pala, un rastrillo, varios picos oxidados, una escoba, un recogedor... También un viejo tractor con una batería polvorienta sobre su capó. Cinco ganchos sobre los que colgaban una gorra grasienta, un par de guantes y un mandil de cuero. Aun brillando afuera un sol inclemente, dentro abundaban las sombras. Cortos hilos de luz se colaban entre las páginas de periódico que alguien —sin duda guardando malas intenciones— había pegado sobre los cristales de las dos ventanas que Randall podía ver desde su asiento.

—Por fin te has despertado. Ya era hora. Tu hermano sigue grogui, pero no tardará en unirse a la fiesta. Me llamo Bob MacLellan, por cierto. Y ahora que somos amigos... ¿Vosotros cómo os llamáis?

Randall no intentó hablar. Tampoco hubiera podido hacerlo: la mordaza apretaba las comisuras de sus labios hasta el punto de hacerle daño.

«¡Mmm..., mmm...!». Giró la cabeza para ver a Lewis con los ojos abiertos, agitándose sobre su silla.

Bob se acercó y le propinó un guantazo.

—¡Calla! Sigue lloriqueando y te rebano el cuello. Puedo valerme con tu hermano. Sois iguales, joder. Como dos putas gotas de agua. —MacLellan sacó una petaca de uno de los bolsillos de su pantalón de caza y dio un largo trago de whisky. Luego se frotó el mentón mientras observaba a los gemelos. Lewis había dejado de agitarse sobre su silla; solo gimoteaba—. Esta mañana me he despertado más salido que una mula en celo. Quién me iba a decir que encontraría a dos gemelos tan guapos corriendo por un camino. Gemelos. Nada más y nada menos. —Bob volvió a beber de su petaca—. En fin. Entremos en materia.

MacLellan se dispuso a desabrocharse el cinturón, pero un par de ladridos lo hicieron quedarse a medias.

—¿¡Quién viene, Zeus!?

«Ahora vuelvo, preciosos», dijo Bob, y luego anduvo hasta la puerta del cobertizo, la entreabrió y asomó la cabeza. Una intensa luz deslumbró a los niños. «¡¿Qué has visto, Zeus?!». Abandonó el cobertizo y Lewis volvió a agitarse desesperado sobre su asiento. Randall le chistó. «Deja de hacer ruido», le rogó con la mirada. Lewis bajó el tono de sus quejidos y su hermano despegó el culo de su asiento repetidamente, provocando que su silla saltara como una rana feliz.

Se percató poco después de volver en sí: el parachoques del tractor estaba desprendido y uno de sus extremos roto y afilado.

A punto estuvo de irse todo al traste tras varias inclinaciones peligrosas de la silla, pero Randall, saltito a saltito, logró pegar el respaldo al parachoques y frotar la cuerda contra el metal. También cortó su piel, pero la adrenalina actuó como anestésico. Notó cómo le bajaba sangre por la palma de la mano. Sin embargo, no le importó. Pillar el tétano, desangrarse... Le daba igual. Lo único que deseaba era sacar a su hermano de aquel cobertizo antes de que lo violaran.

Las ataduras se deshicieron y Randall se apresuró en quitarse la mordaza y librarse de las cuerdas que aún lo apresaban a las patas de la silla.

«Voy a sacarte de aquí, hermano», susurró.

Lewis lo observaba con los ojos muy abiertos.

Randall se disponía a liberar a su hermano cuando se sobresaltó: oyó los ladridos de Zeus y la voz de su captor: «Buen chico. Ahora vuelvo a echarte comida». Cogió apresurado la pala oxidada apoyada en una de las paredes y anduvo presto y sigiloso hasta quedarse parapetado al lado de la puerta. Miró a su hermano y se colocó el dedo índice sobre los labios. Lewis asintió con lágrimas en los ojos.

La puerta se abrió y el pulso de Randall se disparó. El cuerpo de MacLellan pasó por su derecha como una figura fantasmal, hasta detenerse delante de Lewis. «¿Dónde está tu maldito hermano?». Randall golpeó su nuca con todas sus fuerzas. El pederasta se tambaleó. «Mm..., mm...»: Lewis coreaba a su hermano. «¡Dale, dale, hermano!», escuchó Randall en su cabeza. Otro certero palazo lo dejó de rodillas y, un tercero, inconsciente bocabajo. Randall alzó la pala por cuarta vez dispuesto a rematar a aquel vil hijo de puta. Mientras se debatía entre machacarle la cabeza o no, pudo ver un tatuaje asomando por su cuello: un Cristo crucificado.

El niño no fue capaz de rematar a Bob; soltó la pala y corrió a liberar a su hermano.

Pasaron con precipitación y alocamiento por el lado del desfallecido, chocándose, trastabillándose incluso, y empujaron la puerta. Sus instintos de supervivencia pudieron más que el miedo. El contraste entre las sombras de adentro y la luz de afuera les hizo achinar los ojos. Durante unos metros avanzaron casi a tientas, entre borrones, con los ladridos de Zeus armonizando sus zancadas, hasta que sus ojos se habituaron a la claridad. Corrían por una zona boscosa, dejando atrás un cobertizo. «¡Niños del demonio!», oyeron a sus espaldas. Ninguno se giró para comprobar que Bob había vuelto en sí. «¡Vamos, Zeus, destrípalos!».

Los ladridos se acercaban por detrás, y por delante, lo que parecía un camino. Ambos vieron aquella pista de tierra como su salvación, si bien estar sobre ella no les garantizaba nada. Apretaron los dientes y aceleraron gastando hasta la última de sus fuerzas. Randall imaginó las fauces del perro clavándosele en el trasero. Casi podía sentir el aliento del chucho cuando entró en el camino. Él pudo parar; Lewis, que miraba hacia atrás en ese momento, se topó con un coche que pasaba como un rayo. Randall dejó de oír ladridos para centrarse en la cabeza de su hermano, que golpeó el capó con violencia. Lewis rodó sobre el camino como un trapo a merced del viento. Randall miró hacia el interior de la arboleda: ni rastro de Zeus ni de su dueño.

Se abalanzó sobre su hermano. A la sangre seca de su nariz se unía la que brotaba de un orificio en su frente. Con Lewis sobre su regazo, entendió que había pasado a ser hijo único.

Una pareja mayor se apeó del vehículo. Ella empezó a gritar nada más ver a Randall llorando sobre su hermano muerto. «Voy a casa de los Morrison a llamar a una ambulancia», dijo él antes de salir corriendo. A raíz de aquellas palabras, Randall entendió que estaban cerca de casa. Asimismo, dónde habían estado secuestrados: en lo que ellos bautizaron un día como «la casa del terror de la señora MacLellan». Y entonces cayó en la cuenta: Bob era el hijo de la señora MacLellan, recién salido de la cárcel.

Mezclándose con los llantos de la mujer, la voz de su madre se coló en su cabeza: «No os acerquéis al hijo de la señora MacLellan. ¿Me habéis oído?».

YA SABÍA QUIÉN ERAS

—Mis padres afrontaron la tragedia de modos diferentes —le explicó Randall a Dakota—. Mi padre tuvo un accidente con una viga y una soga, ya me entiendes, y mi madre, como tú misma has comprobado por teléfono, se negó a aceptar la muerte de Lewis, manteniéndolo vivo en su, digamos, imaginación. Mi hermano vive en Denver, tiene una mujer preciosa y dos hijos maravillosos. Con el tiempo me di cuenta de que lo mejor era «seguirle el juego». En el fondo me alegro por ella. Ojalá todos pudiéramos borrar el dolor como lo hizo mi madre.

»Como ves, tuve una infancia bastante peculiar. Imagina a un niño sentado a la mesa y a su madre sirviéndole, después de a él, un plato a su hermano muerto, hablándole como si estuviera de cuerpo presente. Llegué a pensar que realmente lo veía, que Lewis había vuelto y... ¿sabes qué?, eso me entristecía mucho. Yo no podía verlo por más que me esforzara. Creía que Lewis me culpaba de su muerte, ¿entiendes?, y que por eso se negaba a mostrarse ante mí. Joder, yo solo tenía once años. No entendía un carajo. —Randall hablaba con la mirada perdida en la pantalla negra del televisor, abismado en un pasado del que no podía escapar—. Fue una suerte que mis padres tuvieran algún dinero ahorrado, porque si no, si mi madre hubiera tenido que ir a trabajar, tarde o temprano la habrían metido en un psiquiátrico. Ahora me ocupo yo de ella. Lo cierto es que lo hago desde los dieciséis años, cuando empecé a trabajar a media jornada en un supermercado de esos que abren todo el santo día. Iba al instituto y curraba por la noche. Dormía poco por aquel entonces. En fin. Todos los meses le paso dinero para que no le falte de nada, y voy a verla siempre que puedo. Y nos llamamos bastante por teléfono. Es curioso: dejando aparte el tema de Lewis, es una mujer capaz y una chistosa incorregible, como seguro habrás comprobado. Se conoce todas las redes sociales. ¿Puedes creerlo, a su edad?

—Es una mujer entrañable. Transmite mucho amor, Randall.

—Sí, pero...

—¿Pero qué? No te dejes nada en el tintero, hombre. Puestos a sincerarnos...

Randall esbozó una sonrisa rebotante de melancolía.

—Que es muy triste, y que me afecta al ánimo. La última vez que estuve en su casa, hará unos tres meses... —A Randall se le empañaron los ojos—. Ella siempre se dirige a mí como «hijo», ¿sabes? Y así estuvo llamándome desde que llegué. «Hijo» esto, «hijo» lo otro... Pero el domingo hizo un comentario que me dejó perplejo. «Ves ese árbol, hijo. Desde esa rama te caíste cuando tenías siete años. Te rompiste una pierna, ¿recuerdas?». Entonces me di cuenta de que pensaba que yo era Lewis. Estuve todo un fin de semana con ella y lo pasé dudando continuamente si hablaba con Lewis o era consciente de que estaba conmigo. Y cada vez que intento devolverla a la realidad, se hace la loca: «Lewis murió, mamá. Solo tienes un hijo. Randall, ¿recuerdas?». Por eso me he alterado al verte hablando con ella; no puedes fiarte de lo que dice, al menos, en lo referente a mi hermano.

Tras la exposición de su compañero, Dakota se quedó pensativa.

—¿Te metiste en la casa en llamas buscando redención?

—Qué va. Al menos conscientemente.

—Randall, tú no tuviste la culpa. Ese malnacido, ese...

—Bob MacLellan.

—Ese cabrón fue quien tuvo la culpa, y espero que esté pudriéndose en la cárcel.

—Dos agentes se personaron en el lugar de los hechos poco después del fallecimiento de mi hermano. Fueron a buscarle a su casa y este los recibió a tiros. Un agente resultó herido y el otro recibió varios mordiscos. MacLellan murió de tres disparos en el pecho y el perro de uno en la cabeza.

—Me alegro de que mataran a ese pederasta de mierda. El pobre chucho pagó por la maldad de su dueño. Suele pasar.

—Pues ya sabes quién soy.

—Ya sabía quién eras, bobo. Llevo sabiéndolo desde hace más o menos un mes. Ahora, simplemente, conozco tu pasado.

—Y yo no sé nada del tuyo. Solo que pasaste tu infancia en un pueblecito de Kansas, pero... Nunca te he oído hablar de tus padres. Y no me gusta jugar con desventaja, ¿comprendes?

—Mis padres murieron.

—Lo siento, Dakota. No pretendía...

—No pasa nada. ¿Pero sabes qué? Tienes razón. Tú me has contado lo que le pasó a tu hermano y yo te contaré lo que les sucedió a mis padres.

OVER THE RAINBOW

27 años antes

Greenville, Kansas

En el sótano estaba la despensa, donde el queso y los embutidos se mantenían frescos. En la planta alta, los dormitorios. Más arriba aún, un desván, donde Dakota subía a ‘buscar tesoros perdidos’. ¿Su auténtica utilidad?, depositar víveres que necesitaban conservarse más tiempo que los guardados en el sótano, como patatas, cereales, miel, harina, y hortalizas. Afuera, bajo un cielo tiznado por nubarrones negros, se hallaba el gallinero, la pocilga, el palomar y la conejera. También una fuente provista de abrevadero, donde Dakota observaba beber a su perra Niebla y a los pajarillos. Asimismo separados de la casa, se encontraban el estercolero, el horno para pan, el granero, el cobertizo y los establos, así como el edificio donde sus padres guardaban las herramientas y los tractores. Delante del porche había un corral donde las gallinas, los pavos, las ovejas y las ocas, escarbaban la tierra de la era sin orden ni concierto. Pero Dakota no estaba en el sótano, ni en su habitación, ni en el desván, ni paseando a su perra Niebla ni mirando beber a los pájaros en la fuente, ni a las gallinas escarbando la tierra de la era. Dakota y su madre preparaban galletas en la cocina como todos los sábados, mientras el cabeza de familia limpiaba el establo.

—Voy a tomarme un rato libre, que ya está bien la broma —dijo Josh desde el umbral de la puerta de la cocina.

—*Buag*, papá —espetó la pequeña arrugando su naricita manchada de harina—. Hueles a caca de vaca.

—Anda, cielo, date una ducha rápida y luego vamos a dar un paseo en familia, ¿os parece? —propuso Madeleine.

—¡Síííí...!

Dakota levantó los brazos como si acabara de ganar una carrera olímpica.

—Uno cortito —matizó Josh—. El cielo anuncia tormenta.

Josh subió las escaleras que conducían a la segunda planta y entró en el cuarto de baño dispuesto a averse. Madeleine le limpió la cara a su hija y le sacudió la harina del vestido. Luego la aupó a uno de los taburetes que rodeaban la isla central de la cocina y la dejó pintando con sus ceras mientras ella recogía. Tras volver del paseo metería las galletas en el horno. No antes; la última vez que no estuvo pendiente se le quemaron.

El padre no tardó en aparecer, vistiendo un mono tejano sobre una camisa beige, repeinado como si en vez de ir a dar un paseo fuera a marcharse a la iglesia. Para regocijo de Dakota —odiaba ir a misa— escuchar sermones era cosa del día siguiente.

—¿Estáis listas? —preguntó Josh sin llegar a entrar en la cocina.

—¡Síííí...! —afirmó la pequeña al tiempo que soltaba la cera amarilla que había estado usando para dibujar un dorado amanecer.

Pisaron el porche y se toparon con un cielo de nubes verdosas y un viento que enrojecía la piel. Greenville podía verse a poco más de un kilómetro como una borrosa construcción de lego bajo una columna de gotas de agua.

—Me temo que no va a haber paseo —lamentó Josh—. La tormenta no tardará en llegar. —Empezó a llover—. Si ya lo decía yo...

—Cuando he mirado por la ventana hace un rato no estaba el cielo tan feo —aseguró Madeleine.

—Es lo que tienen las tormentas eléctricas: llegan sin avisar. Metámonos dentro.

—¡Niebla! ¡Niebla, vamos! —gritó el padre mientras a lo lejos aparecía el primer rayo y enseguida el primer trueno—. Dónde se habrá metido esa maldita perra. ¡Niebla! ¡Niebla, vamos!

Desistió.

—Madeleine y Josh hicieron ademán de entrar en la casa, pero un grito de Dakota —que les hizo pensar que había localizado a su mascota— los detuvo en el umbral de la puerta.

—¡Mirad! ¡El cielo se mueve!

Se dieron la vuelta para observar aterrorizados cómo los nubarrones al este del pueblo se retorcían como una enorme y oscura boa constrictor. El tornado tomó forma enseguida, al igual que un miedo atroz se apoderó de Josh y Madeleine. Dakota, en cambio, no sintió temor alguno; para ella, aquello solo era una bonita columna de aire.

—¡Resguárdemonos en el sótano! —mandó el padre a gritos.

—¡Niebla! ¡Niebla! —llamó Dakota a su *border collie*—. ¡Vamos, Niebla! ¡Vamos, bonita!

—Tranquila, hija. Vendrá. Siempre lo hace —la consoló su madre—. Vayamos adentro.

La madre agarró a su hija y la arrastró al interior de la casa cuando el viento empezaba a arrojar la tierra de la era contra la fachada.

—Espero que cambie de rumbo, o... —bisbiseó el padre de camino al sótano mientras Madeleine, con Dakota en brazos, rezaba un padrenuestro.

Dakota alargó las manos tratando de tocar las vigas del techo. Su madre la sentó a la mesa del centro del sótano y sacó un par de folios y varias ceras de colores guardadas para situaciones como aquella, para que la pequeña se mantuviera entretenida mientras pasaba la tormenta. Allí abajo estaban a salvo. Rodeada de estanterías llenas de botes de conserva, quesos y embutidos, Dakota observó cómo sus padres se sentaban al otro lado de la mesa, se cogían de la mano y se lanzaban miradas que encerraban amor y miedo por perder su granja. No hablaron en ningún momento del peligro que giraba como una peonza más allá de las paredes de la casa; no querían aterrorizar a su hija, que pintaba —cómo no— un tornado de color azul mientras tarareaba la canción *Over the rainbow*.

Al principio oyeron una especie de murmullo; luego un rugido continuo que, a diferencia de los truenos, no se desvanecía a los pocos segundos; finalmente como si un tren de carga girara alrededor de la granja.

Dakota corrió temerosa a los brazos de su madre.

Entonces, entre el ensordecedor sonido del viento arrastrando escombros, se oyó un ladrido.

—¡Niebla!

Dakota se zafó de los brazos de su progenitora y abandonó el sótano como uno de los rayos que iluminaban afuera. Padre y madre corrieron tras su hija al grito de «¡Dakota!».

—¡Madeleine, vuelve al sótano! —vociferó Josh mientras subían las escaleras que daban al pasillo principal de la primera planta.

Madeleine hizo oídos sordos al mandato de su marido.

La niña no parecía escuchar otra cosa que los ladridos de su perra; los crujidos de los tablones y los continuos golpeteos de las ventanas parecían pasarle inadvertidos.

Se fue la luz cuando, guiada por los ladridos de la *border collie*, entraba en el cuarto de baño de la segunda planta. La niña se acucilló al lado del retrete y abrazó a Niebla por el cuello al tiempo que sus padres entraban jadeantes.

—¡Dakota, por Dios, se acerca un tornado! —El padre tiró del collar de Niebla—. ¡Hay que volver al sótano!».

—¡No hay tiempo, amor! —lamentó Madeleine con todo a su alrededor vibrando violentamente.

El padre soltó a Niebla, que salió del cuarto de baño pareciendo gruñirle al tornado, y metió a Dakota en la bañera como quien carga sacos de heno en un remolque. En un santiamén la cubrieron con los albornoces y las toallas que tenían a mano.

—¡Abre las manos y los pies y apriétalos contra la bañera, hija! —gritó su padre—. ¡Os quiero tanto a las dos...!

—¡Te quiero, hija! —gritó Madeleine—. ¡Nunca lo olvides!

Se abrazaron en el centro del cuarto de baño mientras la casa se desarmaba pieza a pieza. El tornado arrancó el techo de cuajo como si fuera un niño sorbiendo las últimas gotas de un *brik* de zumo. Dakota vio cómo se llevaba a sus padres y la bañera donde se resguardaba.

Los albornoces y las toallas salieron volando.

Antes de perder el conocimiento, pudo ver un remolino negro donde acostumbraba a estar el cielo.

Cuando recobró el sentido reparó en un silencio desolador. La bañera había caído bocabajo, con uno de sus laterales sobre un tablón de madera.

Estaba atrapada.

Una intensa punzada le hizo palparse la frente.

«¡Ay!».

Le había salido un chichón.

Intentó levantar la bañera. No pudo.

Llamó a sus padres desconsolada. ¡Papá, mamá, estoy aquí, debajo de la bañera! Estuvo así más de una hora, hasta que la bañera se levantó como por arte de magia.

—Hola, pequeña.

Reconoció a aquel hombre de haberlo visto hablando con sus padres.

A Ron Nelli le pilló la tormenta labrando sus tierras. Se protegió del tornado en la robusta caseta donde guardaba sus herramientas y el tractor. Pero finalmente, pasó de largo.

Vistiendo un mono azul sobre una camisa de cuadros, miró a la niña y sonrió apesadumbrado. Luego la ayudó a levantarse. Dakota gimoteaba con los ojos enrojecidos y la nariz llena de mocos.

—Toma. —Ron se sacó un pañuelo del bolsillo—. Está limpio. Suénate esos mocos, anda. —Dakota hizo lo que le mandó—. Quédatelo. Tengo otro. ¿Dónde están tus padres?

—*Nono* lo sé.

—Ya. —Ron se frotó el mentón y mantuvo la compostura, aunque su cuerpo le pidiera echarse a llorar—. Yo también tengo que buscar a mi esposa. ¿Qué te parece si los buscamos juntos?

La niña asintió cohibida y Ron la aupó hasta sentársela sobre los hombros.

—Vamos a ver qué ha quedado del pueblo —susurró mientras tomaba uno de los caminos que conducían a Greenville.

Desde las alturas, Dakota comprobó que la bañera no había caído lejos de la granja, hecha escombros a un centenar de metros.

—Pero mis padres estarán cerca de casa.

—Tienes razón.

Ron frenó en seco con el corazón en un puño, dio media vuelta y caminó hacia lo poco que quedaba de la granja. Su mente no estaba en aquel montón de escombros que horas antes fueron un hogar; Ron solo deseaba confirmar que su esposa estuviera bien. No obstante, no pudo desamparar a aquella pobre niña descubierta por casualidad.

Sobre los hombros de un vecino de Greenville que conocía de vista, Dakota sonrió ilusionada porque pensaba que pronto abrazaría a sus padres. Cargando sobre sus hombros con la hija de un amigo de su infancia, Ron Nelli tuvo un mal presentimiento: «Tus padres han volado, pequeña».

VOLVERÁ LA FELICIDAD

—Apartamos hasta el último tablón, pero mis padres no aparecieron. Los encontraron muertos al día siguiente, a más de un kilómetro de distancia. ¿Puedes creerlo? La bañera cayó a menos de cien metros de la granja y mis padres a más de un kilómetro. Y lo más impresionante de todo es que aparecieron juntos, a poco más de tres metros el uno del otro. En fin. Algunos árboles habían desaparecido y otros yacían desraizados. Casas arrasadas desde sus cimientos, esparcidas como las pertenencias personales de los habitantes de Greenville. Vehículos apilados y reducidos a escombros, vacas y caballos sobre escombros... Trece personas murieron aquel día, incluidos mis padres, pero Ron encontró a Patricia. Incluso Niebla apareció más tarde. ‘La niña milagro’, me apodaron los medios. No sufrí ni un solo rasguño. Bueno, a decir verdad, un *chichoncito* en la frente.

»Ron y Patricia me adoptaron y fueron maravillosos conmigo. Aún viven en Greenville, por si te lo preguntas. Son dos viejecitos adorables. Hablo con ellos todas las semanas. Ya te los presentaré un día de estos. —Dakota le guiñó un ojo a Randall, que escuchaba embelesado—. Gracias a ellos, y a unas cuantas horas de terapia, conseguí superar la culpa que trajo consigo aquel maldito tornado.

—Te diré lo mismo que me has dicho tras escuchar mi historia: Dakota, tú no tuviste la culpa. Eras una niña. Y oye, ¿te has dado cuenta de un detalle? Nuestras historias se parecen bastante: en las dos aparece un perro —bromeó Randall.

Dakota ignoró la gracia de su compañero y se giró bruscamente, colocándosele a horcajadas.

—Calla, bobo. ¿Y ahora qué hacemos con nuestras vidas?

—Eres preciosa, ¿sabes?, por dentro y por fuera. Y hasta hace un momento no lo veía.

—Yo tampoco te veía del todo, pero ahora te observo perfectamente.

—¿Que qué hacemos con nuestras vidas, me preguntas? Por mí, lo que sea pero juntos.

«Quién me lo iba a decir», pensó ella mientras su lengua se daba un festín con la de su compañero.

«Al fin —pensó él entretanto sentía un inmenso alivio—. Tengo el presentimiento, hermanito, de que pronto volverá la felicidad. Como cuando estabas vivo».

SEGUNDA PARTE

Alan Guinee

DECEPCIÓN TRAS DECEPCIÓN

Alan Guinee

6 meses más tarde

Albany

Los niños hacían cola en lo alto del tobogán, deseosos por deslizarse por su brillante superficie. Sentado en un banco, Alan se imaginó siendo un niño en compañía de su hermana adolescente. Kat lo aupaba a lo alto de aquel mismo tobogán, y enseguida se apresuraba en colocarse con los brazos abiertos al final de la pista inclinada. «Vamos, Alan. No tengas miedo». Alan escuchó la voz de su hermana. Desde hacía medio año, no dejaba de resonar en su cabeza.

Un cachorro de pastor alemán, bajo la atenta mirada de su dueño y a la sombra de un castaño de indias, se revolcaba feliz en uno de los verdecidos rincones del lugar de recreo. Aquello hizo sonreír a Alan. Si bien, sus sonrisas llevaban medio año siendo distintas.

Un grupo de palomas pugnaban por hacerse con los pedazos de pan que arrojaba una pareja de ancianos.

Daba igual dónde mirara: todo le recordaba a ella.

Distrajo su atención un niño y una niña que estiraban sus piernas sobre dos columpios, compitiendo a ver quién se impulsaba más alto. «Patrick, Susan, no tan fuerte», los regañó una de las madres que, como él, reposaban sus traseros sobre un banco de madera.

—Hola.

El saludo pilló a Alan por sorpresa.

—Hola, Marvin. No te he visto llegar.

Marvin se sentó a su lado y, con disimulo, cogió su mano. Alan, con un firme gesto, se zafó del suave agarre de su exnovio.

—Ya veo —susurró Marvin con gesto afligido—. Entonces, ¿para qué leches me has llamado? Tengo cosas mejores que hacer, tío, que aguantar tus desplantes. Llevas medio año hecho una mierda. No coges mis llamadas, y cuando nos cruzamos por la *Uni*, me evitas. Ni siquiera intentas disimular. ¿Sabes? Tonto de mí, cuando me has llamado, pensaba que habías entrado en razón y que querías volver conmigo.

—No puedo, Marvin.

—Lo que no puedes es hundirte en la miseria porque tu hermana haya muerto.

—La asesinaron, Marvin, que no es lo mismo.

—No importa. Accidente, muerte, suicidio... —Alan, al escuchar la palabra «suicidio», le echó una mirada intensa y prolongada—. Llórala tanto como necesites, pero no mandes tu vida a cagar. ¿Crees que ella querría verte así, hecho una piltrafa? Eres una sombra del Alan que yo conocía. ¿No te ves, tío? ¡Te estás quedando en los huesos, tío!

—Me gusta ser una mierda de sombra. Las sombras se pierden en la oscuridad, ¿no? Pues eso. En fin. No me apetece hablar del pasado. Te he llamado porque quiero pedirte un favor.

—¿Seis meses esquivándome y me vienes con esas?
—Si no quieres ayudarme, me largo por donde he venido y tan amigos.
—No. Habla. Si está en mi mano ayudarte...
—Lo está. Quiero que le preguntes a tu tío, el que tiene la empresa de limpieza, si conoce a alguien que pueda darme un trabajo. A lo mejor él mismo puede dármelo. No sé. Me conformo con cualquier cosa.
—¿Vas a dejar la *Uni*?
—No consigo concentrarme. No iba a graduarme de todos modos...
—No te reconozco, tío.
—¿Vas a preguntárselo o no? Tío.
—Claro. —La expresión de Marvin reflejaba resignación—. Le llamaré en cuanto llegue a casa. Te envío un mensaje con su respuesta. Supongo que querrá hacerte una entrevista o algo de eso. En fin. Tranquilo, te pondré por las nubes.
—Gracias.
—Si te parece, podríamos tomar un café, como en los viejos ti...
—No. No tengo tiempo. Aún he de hablar con el sheriff.
—La gente habla a tus espaldas, ¿sabes?
—¿Ah, sí? ¿Y qué dicen, si puede saberse?
—Que estás obsesionado con la muerte de tu hermana.
—El asesinato de mi hermana, joder —matizó Alan, arisco.
—Que has perdido el norte. Que no atiendes a razones. Que los detectives que investigaron el caso no fueron capaces de encontrar una sola prueba incriminatoria. Que te has obcecado en demostrar lo que ni los expertos han sido capaces.
—Pues tienen toda la razón.
—¿Y ya está? ¿Entonces no...?
Alan se levantó, dejando la pregunta de su exnovio en el aire, y anduvo rumbo a las oficinas del sheriff.
Sin despedirse.
Sin mirar atrás.

22 minutos más tarde

Campaba a sus anchas por las oficinas. Keegan dio orden explícita de que se le tratara como a algo así como un ciudadano VIP. No obstante, no por ello dejaba de tragar saliva cada vez que lo veía a través de la cristalina pared de su despacho.

—No falta a su cita semanal. Ni aunque caigan chuscos de punta —masculló el sheriff—. Es más testarudo que una mula, igual que su padre.

Aun sintiéndose oprimido, sonrió al recordar a su antecesor en el cargo. El cariño pudo más que las molestias que le ocasionaba la presión a la que le sometía aquel «crío del demonio», como solía referirse a él en su fuero interno.

Alan golpeó la puerta con los nudillos.

—Pasa.

—Hola, sheriff.

—Hola. Me pillas bastante ocupado, pero dime, ¿en qué puedo ayudarte?

Keegan conocía la respuesta de antemano. El hijo del hombre que murió en su regazo y el hermano de la chica asesinada en Nueva York —hecho que intentaba esclarecer junto a dos detectives de la Gran Manzana—, se personaba en sus oficinas una vez por semana.

Todos los jueves.

Sin faltar jamás a su cita.

—¿Alguna novedad en el caso de mi hermana?

Keegan suspiró con resignación mientras pensaba «es hora de dejar las cosas claras». Luego habló con un tono que rozaba lo inapropiado:

—Creo que es el momento de hablar claro, Alan. En una investigación, existen dos posibilidades: la primera, que se encuentren indicios y que estos conduzcan a una sentencia; la segunda, que los investigadores se vean obligados a guardar el caso en el cajón de los «casos sin resolver», ya sea por falta de pruebas o por llegar a un callejón sin salida. Es triste y frustrante, pero te aseguro que estamos haciendo todo lo posible para encontrarle una maldita salida al callejón en el que nos hemos metido. A veces, con el paso de los años, un cruce de pruebas delata al asesino. Si no fue un crimen aislado y quien mató a tu hermana vuelve a matar... En fin. Creo que es mejor que sepas en qué punto está la investigación: en un callejón sin salida. Vamos, que no apunta a una rápida resolución. Lo único que yo puedo garantizarte, es que mi oficina nunca archivará el caso.

—Me decepciona, sheriff. No sabe de qué manera. De su boca solo salen palabras vacías. Excusas. ¿Qué estaba haciendo antes de que yo entrara? ¿Buscar al asesino de mi hermana? Lo dudo. Se han dado por vencidos y debería darles vergüenza.

»Tomaré medidas, sheriff. —La mirada de Alan se clavó amenazante en la de Keegan—. Viendo lo visto, es hora de que yo mueva ficha.

Alan abandonó el despacho como humo aspirado por una corriente helada, dejando a Keegan congelado sobre su asiento.

«¿Medidas? —pensó el sheriff con la mosca detrás de la oreja—. ¿Mover ficha?».

33 minutos después

Oficinas del Times Union

—No suelo recibir a nadie ajeno a este periódico —le explicó Ben Jager, jefe de redacción del Times Union, sentado cómodamente tras su mesa de despacho—. Pero dado que el recepcionista me ha dicho que traes una primicia debajo del brazo... ¿De qué se trata?

Ben Jager observó al joven que tenía en frente a través de sus gafas de pasta, sujetas ante sus ojos saltones por gracia de una nariz de tabique aguileño ligeramente torcido a la derecha y unas orejas de lóbulos grandes. Vestía un traje azul marino, y a Alan le pareció más feo que Picio.

—A mi hermana la asesinaron en Nueva York hace poco más de medio año, y ni la policía de allí ni el sheriff de aquí están haciendo nada para encontrar a su asesino. Supongo que eso será noticia, ¿no?

—Te apellidas Guinee, ¿no?

—Sí.

—Claro. Haber empezado por ahí. En recepción me han dicho «un tal Alan». En fin. —Jager tamborileó los dedos de su mano derecha sobre la mesa, al tiempo que estudiaba las facciones del joven—. Soy periodista, así que conozco el caso de tu hermana. Kat Guinee. Cómo no, siendo la hija del anterior sheriff de Albany. Este periódico muestra preferencia por las noticias sobre temas políticos y económicos, pero no le hacemos feos a una buena historia. No obstante, el caso de tu hermana se ha enfriado y es demasiado, digamos, opaco. Dos reporteros de este periódico investigaron el suceso en su momento. Mantuvieron conversaciones con el sheriff Keegan y los detectives de Nueva York... En fin. Supongo que recordarás que le dedicamos unas páginas.

—Lo recuerdo. Pero no es suficiente.

—Nunca lo es. El problema es que más allá de tus quejas por la supuesta ineficacia de la policía, no hay nada nuevo que publicar.

—El puto callejón sin salida —murmuró Alan.

—¿Qué?

—Nada. Entonces, ¿no considera que lo inverosímil de lo sucedido, sumado a la falta de pruebas, sea una noticia digna de su periódico?

—Lo que tú nos pides es que acusemos a la policía de mala praxis sin saber a ciencia cierta si a tu hermana la asesinaron, se suicidó o simplemente se cayó de la azotea haciendo vete tú a saber qué.

—La asesinaron.

—De acuerdo. No negaré que todo apunta a ello, pero tú has de aceptar que no hay ni una sola pruebas que lo demuestre, aparte de lo, digamos, singular de su muerte. Pero te entiendo, Alan. Por supuesto que sí. ¿Quién, en tu pellejo, no intentaría aclarar los hechos? Es duro vivir en la incertidumbre, pero a veces no nos queda otra. Tu lucha es justa, de eso no cabe la menor duda, pero ningún medio te tenderá la mano a estas alturas. Buscas la intervención del interés mediático para fomentar una investigación más exhaustiva, y es loable, pero... Mi trabajo es hacer de filtro, y... En fin. Lo siento.

Alan se quedó absorto en las manos entrelazadas del jefe de redacción del Times Union.

«Pues haré que sea noticia».

—Buscaré el modo de reavivar el interés de los medios, señor Jager —pronunció en tono desafiante—; y cuando eso ocurra, sus reporteros llamarán a mi puerta, y entonces yo se la cerraré en los morros como usted está haciéndome ahora.

—No te lo tomes a pecho, hombre.

«¿A pecho?».

A Alan le entraron ganas de cruzarle la cara, pero se contuvo; también de decirle lo que opinaba de su periodicucho. En cambio, lo que hizo fue incorporarse mientras estiraba su brazo por encima de la mesa, ofreciéndole a Jager, a modo de despedida, un fuerte apretón de manos. Tras dárselo en absoluto silencio, abandonó las oficinas del Times Union con un único propósito en mente: buscar un modo de viralizar el asesinato de su hermana o, más bien, la lamentable investigación que se estaba llevando a cabo.

Mientras caminaba de camino a casa, ideó un *hashtag* mentalmente, «*#JusticiaParaKat*», y lo imaginó corriendo por las redes como la sangre de su hermana sobre una acera nevada de la Gran Manzana.

ANTES DE RENDIRME

Entré en casa sintiéndome abatido, un demente que ve lo que nadie más puede ver. Batallaba contra un regimiento de idiotas, formando yo parte de un ejército de un solo hombre. Todos se empeñaban en desterrar la lógica para centrarse únicamente en las «evidencias».

«Evidencias —pensé taciturno en el umbral de la cocina—. Nadie la conocía en el bloque. Estaba embarazada y el padre de la criatura no ha dado señales de vida. ¿Qué más evidencias quieren?».

La estupidez humana me causaba una impotencia insoportable, carcomiéndome como un millón de hormigas carnívoras.

Abría la nevera en busca de agua fresca cuando oí la puerta de entrada. Eché un vistazo a mi reloj de pulsera.

«Mamá volviendo del trabajo».

—Hola, hijo. —Entró cargada de bolsas de plástico, que dejó sobre la mesa—. Me he pasado por el *súper* a comprar unas cosillas. Te he comprado esas galletas que tanto te gustan. Te quejarás, ¿eh?

Me sonrió.

«Unas galletas no van a alegrarme el día, mamá. Pero gracias por el intento».

—Eres la mejor.

No fui capaz de devolverle la sonrisa.

Mi madre se empeñaba en fingir que nuestras vidas no andaban sobre una cuerda floja. Por las noches, sus sollozos traspasaban las paredes de mi cuarto como cuchillas afiladas. No engañaba a nadie, por mucho que se empeñara en mostrar sonrisas y miradas alegres, por mucho que comprara galletas rellenas de chocolate. Hubiera preferido hacer causa común con ella, pero parecía evidente que había entablado una lucha en solitario.

«Ni tu propia madre tiene fuerzas para buscar justicia. *JusticiaParaKat*», cavilé antes de dirigirme a ella:

—Me gustaría hablar contigo de un asunto importante.

—Claro. ¿Vamos al salón?

—Mejor, sí.

Nos sentamos en el sofá.

La cogí suavemente de las manos.

—Voy a dejar la universidad y a ponerme a trabajar.

—¿Qué?

—No puedo concentrarme. Necesito estabilidad y creo que un trabajo podrá dármele.

—Tu padre no querría eso, Alan. Y tu hermana menos.

—Ellos querrían que fuese feliz, ¿no crees?

—Supongo que sí, pero... Antes ibas por el mundo como un niño el día de su cumpleaños, y ahora parece que sales de un velatorio para entrar en otro.

—Me siento culpable. —Me sinceré mientras miraba sus bonitos ojos azules—. Sé lo que vas

a decir. Lo he escuchado tantas veces durante el último medio año... Que no tuve la culpa, ¿verdad? Y estarías en lo cierto. ¿Qué culpa iba a tener yo? Pero ahí está esa maldita sensación, esa voz que retumba en mi cabeza: «No mereces ser feliz mientras su asesino siga libre».

—¿Y por eso vas a dejar los estudios?

—Voy a hacer algo, mamá —dije ignorando su pregunta—, y necesito que me cubras. Si mañana viene alguien de la oficina del sheriff a hacer preguntas, diles que he estado toda la noche metido en la cama. ¿De acuerdo?

—¿Y puede saberse qué pretendes?

—Conseguir presión mediática. No veo otra salida. El caso está estancado, y la Policía no parece dispuesta a mover un dedo para desatascarlo. Los dos sabemos que alguien la citó a aquel edificio para matarla. ¿Por qué? No lo sé, pero tengo el presentimiento de que todo gira en torno a su embarazo. Randall Jacobs y Dakota Siegel investigaron a varios sospechosos, pero según ellos tenían coartada. La cuestión es que no estoy dispuesto a permitir que su asesino se vaya de rositas. Nosotros no podemos ir por ahí enseñando una placa, pero podemos valernos de otros medios.

—Haz lo que debas, hijo, pero prométeme que irás con cuidado. No puedo permitirme otra pérdida.

—Lo que voy a hacer no es peligroso. Al menos, en principio. Solo es, digamos, atrevidillo.

Puse cara de guasa, pretendiendo distender la tensión que mis palabras le habían causado a mi madre, que no pudo disimular su miedo con una mueca. No obstante, tras suspirar largamente, me obsequió con una sonrisa.

«Tienes todo mi apoyo», manifestó sin abrir la boca. No obstante, era consciente de que aquella noche mi madre no pegaría ojo, que hubiera preferido tener un hijo más sumiso. Sufría tanto como yo, pero si observabas su rostro parecía una mujer con preocupaciones ordinarias. Sin embargo, un grito de desolación resonaba continuamente en sus entrañas. Era como un edificio de fachada impecable construido con vigas enclenques en una zona propensa a sufrir movimientos tectónicos: tarde o temprano, por débil que fuera el seísmo, acabaría derrumbándose.

—Prométeme que no harás ninguna tontería.

—¿Tonterías? ¿Buscar justicia te parece una tontería?

—Claro que no.

—Entonces, mamá, te prometo que esta noche no haré ninguna tontería.

Besé a mi madre en la frente y anduve parsimonioso hacia el sótano. Abrí su puerta blanca y descendí meditabundo los nueve peldaños que me separaban de su suelo de madera envejecida.

«Justicia para Kat»: no podía quitarme aquellas tres palabras de la cabeza.

No había vuelto a bajar a aquel cuarto de techo bajo que almacenaba recuerdos felices, desde que la muerte los había convertido en recuerdos tristes. Pisarlo abrió instantáneamente un álbum de momentos del ayer. Observé la vieja bicicleta donde nuestro padre nos enseñó a montar; un cuadro a medio pintar que Kat abandonó en un rincón sombrío; la jaula donde apresó a un jilguero que liberó a los pocos días. «No puedo verte encerrado», le susurró antes de soltarlo por la ventana. El baúl para armas del antiguo sheriff de Albany...

«Objetos que nunca usaremos —pensé abismado en el pasado—; trastos de los que nunca nos desharemos».

Abrí el primer cajón de la vieja cómoda donde mi padre guardó sus herramientas de bricolaje, y saqué cinco botes de espray que mi hermana dejó tras uno de sus infructuosos y habituales

arrebatos de inspiración artística.

Los coloqué sobre el suelo, formando un triángulo.

Dos eran de color rojo, uno de color negro y dos de color amarillo.

—Justicia —susurré antes de marcharme a por mi mochila.

Seis horas después

Esperé tumbado a que el reloj marcara las tres de la madrugada.

Todo lo que necesitaba cabía en una mochila.

Me levanté resuelto.

Vistiendo un pantalón tejano, unas zapatillas de deporte y una sudadera negra con capucha, me eché la mochila al hombro y anduve dispuesto a iniciar mis «tareas nocturnas».

Pero un recuerdo me sobrevino en el umbral de la puerta de mi habitación:

«La sudadera».

Deshice mis pasos y abrí el armario donde guardaba mi ropa. Mimetizada entre la oscuridad, encontré la prenda negra con la bandera arcoíris serigrafiada que Kat me regaló por mi último cumpleaños; por el último que celebraríamos juntos.

«Cómo he podido olvidarte», me dije mientras la estiraba sobre la cama.

Como el guerrero que se enfunda su mejor armadura antes de una batalla crucial, me cambié de sudadera.

Un gesto en apariencia inofensivo.

Sin embargo, aquel inocente cambio de ropa, aquel ‘sudadera por sudadera’, acabó truncando casi todas mis esperanzas de encontrar al asesino de mi hermana.

Y también les puso los huevos por corbata a más de un detective de Nueva York.

#JUSTICIAPARAKAT

Anduve como un fantasma por las catacumbas de un castillo. Cada paso me alejaba del hogar, de mi madre. Sin embargo, me invadía una agradable sensación de calma. Estaba nervioso, pero no asustado.

«La incompetencia de la Policía me ha arrastrado hasta aquí», me dije, tratando de desvanecer las escasas dudas que aún conservaba.

La noche era mi cómplice, su lobreguez mi arma y mi causa justa.

Metí la mano en el bolsillo trasero de mi pantalón, saqué mi braga y me la coloqué.

«A nadie le sorprenderá ver a un individuo abrigado hasta las cejas», pensé mientras percibía el frío viento en la zona de mis ojos, la única parte desnuda de mi cuerpo.

Las farolas parecían marcar el camino. Una a una, franja tras franja de luz, caminé acompañado por una soledad casi seductora, truncada solamente por algún viandante esporádico con quien evitaba cruzarme cambiando de acera.

Sin apenas darme cuenta, llegué a mi primer destino: Eagle Street. A pocos metros de distancia, en aquella misma calle se hallaban dos de los edificios más importantes de la ciudad: el Ayuntamiento de Albany y el Tribunal de Apelaciones.

«Dos lugares idóneos donde dejar mi marca».

Decidí empezar por el Tribunal.

Ante su fachada de piedra blanca, seis imponentes columnas miraban hacia Academy Park. Oculto tras un tronco, preparé lo poco que necesitaba para actuar. Saqué el bote de espray de color rojo y con el rostro bajo la capucha de mi sudadera serigrafiada con la bandera arcoíris y la braga cubriendo mi boca, me dispuse a *grafitear*. Presumiblemente —aunque no pudiera verlas —, habría cámaras grabando mi acto; un acto que a ojos de muchos sería de vandalismo.

El tráfico era escaso, pero no debía confiarme: de vez en cuando me sobresaltaban las luces de algún coche doblando alguna esquina.

Abandoné la protección del parque y crucé la calle como un preso fugándose bajo la intensa luz de un foco. Las farolas me iluminaron mientras escuchaba el distante runrún del tráfico, pero nadie me estaba mirando; al menos nadie a corta distancia. Tan rápido como me fue posible, pinté «#JusticiaParaKat» a la izquierda de la gran puerta dorada de los tribunales. Tras acabar, jadeante y con el ritmo cardíaco disparado, regresé al parque y me oculté tras un denso arbusto floreado.

«A por el segundo objetivo». Aquel pensamiento me hizo sentir como el protagonista de una película de espías.

Agazapado, avancé hasta la zona que daba a la fachada del ayuntamiento. Esperé a que dos tipos que conversaban acalorados desaparecieran acera abajo y a que las luces traseras de un autobús se perdieran calle arriba, y crucé de nuevo, como alma que lleva el diablo, la misma calle que atravesé para «*grafitear*» la fachada del Tribunal de Apelaciones.

Siempre me gustó el Ayuntamiento de Albany, del que conocía sus características gracias al

señor Hurt, mi exageradamente patriótico maestro de Historia de la escuela. Creí recordar — siempre me acompañó una buena memoria— que su estilo era románico y su torre de techo piramidal, de unos sesenta metros de altura, de estilo veneciano.

Se alzaba ante mí uno de los edificios más hermosos de Albany, y estaba a punto de mancillarlo.

Empecé a pintar «*#JusticiaParaKat*» en torno a su entrada. Sin miramientos. Tan rápido como permitieron mis manos y brazos, con las pulsaciones rozando lo insano. Pero sin miedo.

Las luces de un coche me sobresaltaron mientras terminaba el segundo *hashtag*, pero no por ello me detuve.

«Si frena, salgo corriendo», me dije pertinaz.

El coche pasó de largo sin ni siquiera reducir.

Tras ultimar el cuarto *hashtag*, volví a la protección que me ofrecía Academy Park.

Entonces me sobrevino un pensamiento de lo más turbador.

«“Kat”. ¿Solo “Kat”? Mierda. Debería haber puesto su primer apellido. Mi primer apellido, vamos. ¡Joder!».

Presentí que muchos internautas no identificarían el nombre de mi hermana «a secas», y necesitaba que así fuera, que desde un principio todos entendieran que la justicia que reclamaban mis pintadas era para Kat Guinee.

Subsané mi error: volví a cruzar la calle tras cerciorarme de que nadie pudiera verme y añadí Guinee debajo de cada uno de los *hashtag*/grafitis/pintadas.

Luego procedí de igual modo con el tribunal.

Recogí mi mochila y guardé dentro el espray.

«Ahora, que los teléfonos móviles y sus conexiones a Internet hagan el resto».

Resoplé temeroso de que mi reivindicación no surtiera efecto.

«Keegan intuirá quién está detrás de los grafitis, pero no podrá demostrarlo. —Tragué saliva—. Que les den a todos. Si hubieran hecho bien su trabajo no me hubiera visto entre la espada y la pared».

22 minutos más tarde

Los dos primeros puntos de mi lista estaban tachados.

Suspiré ante el tercero: la blanca puerta de garaje de la casa del sheriff de Albany.

No pude evitar recordar las veces que, cuando solo era un crío, entraba de la mano de mis padres para cenar con los Keegan. Me imaginé dentro siendo un renacuajo, jugando con Kat y con su hijo Ben.

«Mi padre murió a manos de un borracho y mi hermana a manos de un criminal que medio año después sigue disfrutando de su libertad. ¿Cómo ha podido irse todo tan al traste?».

«El lugar perfecto —cavilé sonriente—: alejado del centro y sin transeúntes a la vista».

Delante de la casa, de fachada de madera blanca, puerta blanca y ventanas blancas —idónea para marcar—, había un árbol sobre el césped plantado entre la puerta y la acera.

No se apreciaba luz dentro: lo esperado a esas intempestivas horas.

Pinté «*#JusticiaParaKat*» sobre la puerta del garaje, cubriéndola por completo de rojo, matizando —esta vez a la primera— el apellido «Guinee».

Me largué como había llegado: evitando cruzarme con nadie, oculto bajo mi indumentaria.

12 minutos después

Estaba dando un pequeño rodeo para evitar las zonas más concurridas de la ciudad, cuando entré en un puente sobre el que pasaban las vías del tren. Casi todo el mundo dormía, pero no estaba de más evitar riesgos innecesarios.

Caminé bajo un techo de vigas de hierro sobre el que los trenes iban y venían, sin presentir que aquel aparentemente inofensivo rodeo, sumado a mi aparentemente inofensivo cambio de sudadera, estaban a punto de cambiarme la vida.

Observé las paredes infestadas de grafitis.

«Por uno más...».

Saqué el spray amarillo y pinté el que sería el último *hashtag* de la noche. Y de mi vida.

Advertí que un grupo de cuatro hombres se acercaba, así que, con el trabajo hecho, metí el arma del delito en la mochila y cambié de acera. Desde la seguridad que me confería ir abrigado hasta las cejas, como si una simple capucha y una braga vieja me hicieran invisible, los observé caminando bajo las sombras que sumían en tinieblas aquella zona de la ciudad.

Uno me señaló con el dedo.

—¡Eh, maricón! —gritó mientras cambiaba de acera. Sus amigos lo siguieron—. ¿Por qué vas tan tapadito, eh, *comealmohadas*?

No advertí el peligro que corría hasta que los iluminó la única farola que brillaba debajo del puente. Entonces caí en la cuenta de que mi sudadera llevaba serigrafiada la bandera LGTB.

«Mierda. —De soslayo distinguí sus botas, sus tirantes, sus cadenas, sus cabezas rapadas».

No era la primera vez que me cruzaba con una pandilla de indeseables como aquella, pero sí la primera que lo hacía manifestando mi sexualidad.

Aceleré el paso.

—¿Estás sordo, maricón de mierda?

—Soy gay —susurré acobardado—. Si os molesta no es problema mío.

En cuestión de segundos me vi agarrado por la pechera y empujado contra la pared. Mi nuca golpeó la dura y fría piedra, provocando que —aun estando bajo un puente— viera estrellas.

Un golpe en el estómago me obligó a hincar las rodillas.

«Puto maricón...», oí de uno. «¡Mátalo!».

Sus voces se amontonaban en mi cabeza:

«Subámosle arriba y tirémosle desde el puente».

«Sí. Un *comealmohadas* menos del que preocuparse».

Y entonces, entretanto un puñado de risas se adentraban en mis oídos como las de una manada de hienas, recibí un puntapié en la cabeza que me dejó inconsciente.

Pero antes, tuve un extraño pensamiento:

«Puede que esto sea lo que necesita el caso: un poco de sangre extra».

PRESIÓN MEDIÁTICA

La inconsciencia había borrado de un plumazo un largo espacio de tiempo: pasé de estar recibiendo una paliza debajo de un puente a estar sobre la cama de un hospital; como si hubiera pasado un segundo, como si a aquella patada no le hubieran seguido otras.

Todo estaba borroso y mi cuerpo dolorido.

La emborronada silueta sentada al lado de mi cama fue convirtiéndose en mi madre.

La observé mientras leía el periódico.

«¿El Times Union?», sospeché mientras intentaba distinguir las noticias de su portada. No lo conseguí: mis ojos aún estaban demasiado cansados.

Los contornos de sus ojos estaban teñidos de morado.

Tres electrodos pegados a mi pecho medían mis signos vitales, que aparecían en un monitor colgado a mi derecha.

Chisté tan alto como pude.

Mi madre dejó de leer y lanzó, literalmente, el periódico por los aires.

—¡Hijo!

Se levantó y enseguida rompió a llorar.

Entonces, mientras me acariciaba el pelo, lo sentí. O más bien no lo sentí.

—Voy a avisar a las enfermeras —dijo entre sollozos.

—¿Por qué no siento las piernas, mamá?

Mi madre se desplomó sobre la silla en la que había estado leyendo, como un edificio de fachada imponente e interior de vigas podridas.

—¡Te tiraron desde el puente, mi niño! ¡Te han fastidiado la columna vertebral o la médula espinal o yo qué sé! ¡Te han operado, pero no tiene remedio!

Mientras mi madre se lamentaba a pleno pulmón, me apreté los muslos por debajo de las sábanas: no noté presión.

«¿Me han dejado parapléjico?».

Una enfermera entró sisándole a mi madre.

—Aquí no se puede gritar —regañó susurrante. Si bien, su gesto fue amable.

—Lo siento.

—Voy a avisar al doctor.

—Gracias.

Las observé ido, en otra parte; no podía creer lo que me estaba pasando.

Instintivamente, traté de mover las piernas. Las sentía, aunque mi cuerpo se negara a moverse de cintura para abajo. Entonces, recordé un síndrome que había leído en alguna parte: «Síndrome del miembro fantasma».

«Esto no puede estar pasando».

A punto estuve de romper a llorar cuando, al intentar incorporarme, no pude.

«¿Y mi pito, funcionará, o tampoco?».

Sentí un agobio inmenso.

No me vi con fuerzas de palpármelo como había hecho con las piernas.

«*JusticiaParaKat*», pensé repentinamente.

—¿Tienes mi móvil, mamá?

—Sí. Te encontró una chica que hacía *footing*. Los paramédicos metieron todas tus cosas dentro de tu mochila. La policía ha estado aquí hace un par de horas y...

—Entonces...

—Sí, hijo. Saben que tú pintaste el Ayuntamiento y el Tribunal de Apelaciones. Pero ahora no debes preocuparte por eso. Keegan también se ha pasado a verte y me ha dicho que se encargará de que la Administración retire todos los cargos. No recuerdo lo que ha dicho exactamente, solo que debemos estar tranquilos en ese sentido.

—¿Cuánto llevo inconsciente? ¿Qué hora es?

—Las diez de la noche.

«Dios santo».

—Dame mi móvil —insistí.

Mi madre se inclinó sobre la silla y lo sacó de mi mochila, apoyada en una de sus patas.

—Toma, toma...

Parecía ir calmándose, aunque no podía evitar sollozar.

Entré en Twitter. En menos de un día, mis seguidores habían aumentado de forma escandalosa. La última vez que había accedido a la red social, antes de emprender ‘la ruta de los grafitis’, rondaban los dos cientos; ahora, superaba los siete mil.

Mis ojos se abrieron como dos bajo platos.

Busqué el *hashtag* «*#JusticiaParaKat*».

El resultado me dejó atónito: «15,4 mil *Tweets*».

De pasada, vi fotografías de mis pintadas en el Ayuntamiento y el Tribunal de Apelaciones. En algunas, incluso a personas posando al lado mientras alzaban los puños o señalaban los *hashtags*. Leí cosas como: «¿Y la policía dice que Kat se suicidó? ¡Venga ya! *#JusticiaParaKatGuinee*», tuiteaba una tal *Jasminlalista*; «Ni un retrasado mental se creería que esa chica se quitó la vida. *#JusticiaParaKat*», rezaba la cuenta de un tal *DarkShadow*; «Y su pobre hermano, como la poli no hacía nada, se puso a buscar soluciones. Y le ha costado carísima la broma. ¡La poli trabaja para la burguesía! ¡El sistema está amañado! *#JusticiaParaKat*», denunciaba el usuario de *JohnK*.

Algunos usaban el *hashtag* «*#JusticiaParaKat*» y otros le añadían ‘Guinee’. No obstante, con o sin apellido, corría por las redes como una gacela ante un guepardo hambriento.

«El poder de Internet», pensé triste, pero asimismo ilusionado.

El comentario de un tal *Loki33*, «Ahora el pobre tendrá que ir en silla de ruedas toda su vida», me dejó bastante tocado.

—Y solo han pasado 17 horas —reflexioné en voz alta.

—¿Qué?

Mi madre me observaba con una ceja alzada.

—No, nada.

«Lo he conseguido. A un alto precio, pero lo he conseguido.

»Justicia, Kat. —El rostro de mi hermana pareció posponerse sobre el de mi madre—. Se hará justicia».

Al entrar, al médico le sorprendió hallar una sonrisa en mi rostro magullado.

Sheriff Keegan

14 horas antes

—¡Papá!

Ben entró azorado en la cocina, con su móvil en alto, cuando me servía el primer café de la jornada. Estábamos solos: aquella semana, su madre tenía turno de seis de la mañana a dos de la tarde.

—¿Qué pasa? —pregunté sorprendido—. Joder, parece que has visto a un fantasma.

Por un momento llegué a temerme lo peor: que alguien había muerto.

—Mira lo que me ha enviado un colega del curro.

Me colocó el móvil ante los ojos. Tardé varios segundos en entender lo que tenía delante: la red social Facebook.

—Como sea un vídeo de gatitos, te juro que te encierro en una prisión de máxima seguridad.

—¡Que no, papá! ¡Fíjate en la primera fotografía!

«*Mecagüen* la...».

La pintada sobre la fachada del Ayuntamiento me dejó boquiabierto.

—Ha sido Alan, seguro —aventuró Ben.

—¿Quién, si no? —susurré furioso.

Entre la rabia, también vislumbré orgullo.

Medité dándole sorbos al café mientras mi hijo me observaba.

«Ha cumplido con sus amenazas: “Tomaré medidas, sheriff”».

—Los tiene bien puestos. Y si te paras a pensar, ¿qué haríamos nosotros si tu madre hubiera muerto de la misma forma? Seríamos unos hipócritas si le tacháramos de vándalo. Es... —Me sobrevino un pensamiento—. Espera un momento.

Dejé mi taza sobre la isla de mármol y anduve hacia la calle. Entrecerré los ojos al recibir los rayos de un sol que parecía haber salido con ganas de calentar. Me separé de la fachada y estudié mi casa en busca de una pintada parecida a la que había visto en Facebook.

No tardé en encontrarla.

—La madre que lo parió.

No pude evitar que se me levantara la comisura izquierda de los labios.

Randall Jacobs

Nueva York

Al mismo tiempo

Peter González —mi chamaco preferido— me sobresaltó al apoyar su mano sobre mi hombro.

—¡Joder, Peter, ¿vas de puto ninja por la vida?!

—Lo siento. Pensaba que me habías visto llegar.

—Pues no. ¿Qué cojones quieres? Estoy ocupado.

Dakota nos observaba desde su mesa.

—Mueve el culo, Siegel —dijo González llamándola con el dedo—. Esto también te interesa.

Dakota frunció el ceño y se acercó a mi mesa.

Desde mi silla, alcé la vista y le envié una mirada cariñosa. Ella me pellizcó con disimulo: no le gustaba que aireáramos nuestra relación en la oficina.

—Accede a Twitter —rogó el experto en telecomunicaciones, con las manos apoyadas sobre mi mesa. —Obedecí—. Ahora busca el *hashtag* «*#JusticiaParaKat*». —Lo hice sin pararme a pensar. Dakota susurró «no me jodas»; ella lo vio venir antes que yo—. ¡Tachan! Estáis bien jodidos, huevones. Y esto es solo el principio. Estas cosas suelen ser como una bola de nieve. Si necesitáis algo, ya sabéis dónde encontrarme.

Peter se largó riendo por lo bajini. Dakota y yo nos quedamos leyendo los tuits que contenían el citado *hashtag*, como dos niños ante el televisor cuando echan sus dibujos preferidos.

—¿Y ahora qué? —preguntó Dakota cuando dejé de girar la rueda de mi ratón—. No tenemos nada. Dios... —Se frotó las sienes con las yemas de su mano derecha—. ¿Será verdad lo que ponen, que recibió una paliza de un grupo de *skinheads* mientras hacía las pintadas? Joder, dicen que se ha quedado parapléjico.

Noté cómo se le empañaban los ojos. Disimuladamente, cogí su mano. Ella me miró al borde del llanto. Por primera vez no me la apartó estando en el departamento. Solo sonrió, claramente afectada. Todos sabían que estábamos juntos, pero ella —con cierta razón— era de las que se niegan a mezclar el amor con el trabajo; al menos cuando podían vernos.

—Vayamos a hablar con Falco.

Golpeé la puerta con los nudillos.

—Pasad.

Las paredes de cristal de su despacho hacían difícil pillarle por sorpresa.

Entramos con gesto preocupado. Me sentía culpable de que un pobre chaval hubiera tenido que recurrir a las redes sociales, que aún no hubiéramos sido capaces de descubrir lo que pasó aquella tarde tormentosa en la azotea de un bloque de pisos del barrio Corona.

—Decidme.

—El caso Guinee ha trascendido a los medios —le explicó Dakota—. Su hermano ha pintarrajeado el Ayuntamiento y el Tribunal de Apelaciones de Albany con el *hashtag* «*#JusticiaParaKat*». Un *hashtag* es...

—Ya sé lo que es un maldito *hashtag*. ¿Crees que nací en la Edad Media?

—En plena no, pero a finales...

La broma de mi compañera no le hizo ninguna gracia a Falco. Yo, en cambio, no pude contener una risa ahogada.

—Los ciudadanos han compartido imágenes por las redes y critican la actuación policial —expliqué, tomándole el relevo a Dakota—. Los canales de noticias no tardarán en hacerse eco. En fin. Ya sabe cómo funciona esto. Además, para colmo, el muchacho se ha quedado parapléjico mientras hacía las pintadas: es gay y un grupo de *skinheads* lo lanzó desde un puente. No negará que la noticia es una perita en dulce para los periódicos...

—Y creéis que nos van a apretar las tuercas, a mí los de arriba y a vosotros yo. ¿Y estáis aquí para que os diga lo que tenéis que hacer?

La pregunta me pilló por sorpresa.

—Bueno. Llevamos un mes y pico compaginando investigaciones, la de la muerte de Richard Gibson y la de Kat Guinee. Si la prensa indaga, criticará dicha forma de actuación, sobre todo cuando el caso Guin...

—Ya, ya... No me calientes la cabeza. —Apreté los dientes; pocas veces en mi vida había tenido tantas ganas de partirle la cara a alguien—. Si la cosa aprieta, les pasaré el caso Gibson a Mace y a Rogers. Pero de momento, seguid como hasta ahora. No estoy dispuesto a teneros perdiendo el tiempo. Me temo que lo que le pasó a Kat Guinee siempre será un misterio. Ojalá no, y espero que surja algo que enderece el caso, pero la realidad es que no tenemos una sola pista decente. No obstante, podéis seguir investigando su muerte, pero también la de Gibson. De todos modos, estoy convencido de que dentro de un mes nadie hablará de ella. Tristemente, pero así es la vida. Tiempo al tiempo. Cuando los medios indaguen y vean que es un caso sin sospechosos a los que acosar, se cansarán de dar vueltas y se centrarán en otro suceso, como hacen siempre.

—No es justo —espetó Dakota.

—Pero es lo que hay.

—Ese chico se pasará la vida en una silla de ruedas por culpa de nuestra incompetencia —dije molesto—. Ha hecho lo que yo mismo hubiera hecho en su situación. Ni más ni menos. Alan Guinee tiene un par de cojones. No podemos culparle por eso. Su sacrificio no debe caer en saco roto, ¿no cree?

—¡Mándale una felicitación, hostia! Si todos los familiares de víctimas hicieran lo mismo, no habría un solo edificio gubernamental sin una pintada. ¡No ha hecho lo que tenía que hacer! ¡No todos los crímenes se resuelven!

—Deje de actuar como un capullo. Olvídese de sus rencillas con este tocapelotas —dijo Dakota señalándome con la cabeza— y haga lo correcto.

Falco sonrió y luego se mantuvo meditabundo, apoyando su mentón sobre sus manos entrelazadas.

«Si yo le hubiera llamado ‘capullo’...».

—Déjenos profundizar en el Caso Guinee —dije a modo de súplica. Solo me faltó juntar las manos ante mi boca—. Recuerde de quién fue hija. Usted mismo nos dijo que colaboró con Rick Guinee, un hombre que perdió la vida en acto de servicio. Denos tres o cuatro meses más para...

—¡Está bien! ¡Deja de darme la brasa! Casi prefería al antiguo Randall, al que solo le importaba salir bien peinado en los periódicos. —Sonreí, aguantándome las ganas de enviarle a freír espárragos—. De acuerdo. Me habéis convencido. Centraos en el caso Guinee. Hablaré con Mace y Rogers. Pasadles lo que tengáis del caso Gibson. Pero si ellos no avanzan, tendréis que echarles una mano.

—Gracias, señor.

—Gracias.

—Y ahora idos a tomar viento.

CERCA DE MÍ

Cinco meses después

Diario de Dakota Siegel

Araya Pal me ha recomendado esta mañana que escriba un diario. Y en ello estoy. “Te ayudará a hacer limpieza mental, a olvidar las mierdas del trabajo”, me ha dicho sin venir a cuento. Supongo que me ha visto más agobiada que de costumbre. Al escuchar ‘diario’ me ha venido a la mente una joven plasmando sus vivencias amorosas —casi siempre frustradas en esas etapas de nuestras vidas—, en un cuaderno que al terminar cerraba con un candado. Pero me he dicho: ¡qué diantres, me vendrá bien sentirme como una adolescente! No, en serio: cualquier cosa que ayude a mitigar la ansiedad es bienvenida en esta casa.

Escribo recostada en la cama, en pijama y con la espalda apoyada sobre tres cojines. No puedo estar más cómoda. Randall lee a mi lado, donde algo me dice que siempre estará. Él también trata de ‘hacer limpieza’ leyendo los libros de Harry Potter. Sí, de Harry Potter. Está monísimo con sus gafas de leer. Dice que la fantasía le ayuda a cambiar de chip. De vez en cuando le echa una mirada a mi diario. Sé que lo hace para incordiar. Con cariño, claro. En este piso no cabe más cariño. Yo lo entrecierro y le dedico una mueca de desagrado. «No, no, de eso nada, guapito», le digo con la mirada. Nos sonreímos. Estar a su lado es... Como si nuestro primer beso me hubiera cambiado, como si sus labios fueran una varita mágica parecida a la que usan los protagonistas de su novela. Y aun con todo, aun estando con quien me ve perfecta siendo la más imperfecta, me ataca la ansiedad por todas partes.

Joder, igual me estoy poniendo ñoña, ¿no?

En fin.

Lo «positivo» es que sé de dónde viene mi baja moral: de mis fracasos como detective.

De nuestros fracasos, en realidad.

Han pasado cinco meses desde que Alan Guinee se creyera Banksy. El pobre trató de reactivar el caso; y en parte lo consiguió. Tras recibir luz verde de Falco (menudo prepotente de mierda, por cierto), decidimos volver a empezar, pero esta vez centrándonos en los aspectos de la investigación que considerábamos determinantes, como la geolocalización del móvil de Kat. Pedimos ayuda a la Policía de Trenton; ellos se encargaron de volver a peinar las zonas cercanas a la gasolinera donde ella (o alguien) apagó su móvil. Conocíamos sus movimientos con un margen de error de siete metros, pero ni con esas conseguimos vincularla con nadie.

Los días previos a su muerte estuvo metida en casa. Solo uno, suponemos que buscando entornos que plasmar sobre lienzos, se desplazó setenta kilómetros hasta la costa, a una zona deshabitada. Bonita, sí, pero sin importancia para el caso.

A veces me carcomo dándole vueltas a las posibilidades:

¿Se desplazó sin llevar su móvil encima?

¿Vio a alguien haciendo algo ilegal y eso le costó la vida?

¿Quedó con alguien por Internet y...?

Pudieron pasar tantas cosas...

En fin.

Entrevistamos por tercera vez a los inquilinos y propietarios de los pisos pertenecientes al edificio/lugar de los hechos, pero ni Marité Miller, ni Susan Hauptman, ni Martín Sosa, ni Verónica Medel, ni Gina Gillard, ni Jorge Villamil ni su esposa, Teresa Aguirre, aportaron novedades.

Yo sigo empecinada en que Reid Clements sabe algo. De ahí mi máxima frustración: no poder demostrarlo. Obviamente, volvimos a hablar con él, pero esta vez lo hicimos en su piso. Nos recibió con una sonrisa, e incluso nos invitó a café. No obstante, como ya hizo en la cafetería, se mostró frío y soberbio.

No podemos obligarle a que nos dé una muestra de ADN, pero el simple hecho de que se negara a dárnosla por segunda vez, por mucho que se escudara en la mil veces oída excusa «hay muchos hombres inocentes pudriéndose en la cárcel», era como poco mosqueante. De todos modos, que fuera el padre del hijo que esperaba Kat no lo convertía en un asesino.

Lo dicho: un puzzle con sus piezas desperdigadas.

A veces me devano los sesos y pienso que su embarazo fue fruto de una violación, y que, por un motivo u otro, no se atrevió a denunciarla; de ahí que su familia no estuviera al corriente de su estado.

Según Will Greer Arnold —individuo que le servía de coartada a Reid—, Clements no estuvo en Nueva York el día de los hechos. Sobra decir que también lo investigamos a fondo. Menudo *friki* soplapollas. Fuimos a la calle Myrtle de Boston para escuchar lo mismo que la primera vez: que estuvieron bebiendo y jugando a la consola todo el día. ¿Veinticuatro horas sin hablar con nadie, ni siquiera por teléfono, ni chatear ni conectarse a Internet? No es imposible, pero sí misteriosamente improbable. Mi hipótesis es que pactaron la coartada. ¿El problema? Que las especulaciones no sirven de nada, solo las pruebas.

Conclusión: no podíamos presentar cargos contra Clements ni contra nadie.

Y luego está el pobre Alan, que tras pasearse (rodar, más bien) por platós de televisión, colmar páginas de periódicos y ser la comidilla de los internautas durante un tiempo, volvió, como nosotros, a encontrarse en un callejón sin salida.

El pronóstico del imbécil del teniente Falco se me quedó grabado a fuego: «Cuando los medios indaguen y vean que es un caso sin sospechosos a los que acosar, se cansarán de dar vueltas y se centrarán en otro suceso, como hacen siempre».

Supongo que mi decaimiento se debe a una acumulación de factores: esta mañana me he enterado de que estoy embarazada, y Kat lo estaba cuando murió. Me alegra estarlo, pero al mismo tiempo me aterra el mundo donde crecerá nuestro hijo, uno donde puede arrojarse a una pobre chica al vacío sin pagar las consecuencias, donde un niño es atropellado mientras huye de un pederasta; un mundo en el que un tornado se lleva a tus padres.

Sabemos que Kat no se suicidó, pero...

Araya tenía razón: escribir un diario es liberador. Supongo que mañana volveré a plasmar mis vivencias en tus páginas.

En fin.

Ahora voy a acurrucarme al lado de mi futuro marido y a susurrarle al oído algo así como «tengo una buena noticia que darte».

Ah, se me olvidaba: dentro de unos días vamos a visitar a mi suegra y me hace mucha ilusión. Futura suegra, en realidad, pero a ella le gusta que la llame «suegrita». Nos llevamos de maravilla. Dice Randall, que desde que me conoce no ha vuelto a confundirle con su hermano.

3 días antes

Albany

Alan Guinee

«Parezco un puto viejo».

El vapor que salía de mi taza de café se mezclaba con el vaho que echaba mi boca, formando una nube con aroma a moca recién hecho y a aliento matutino. Desde el porche di el primer sorbo del día y observé la calle: poco movimiento.

«Hoy hace un frío de cojones».

Agarraba las ruedas de mi silla dispuesto a entrar en casa cuando el conductor de un Toyota Sienna se puso a aparcar al otro lado de la acera. Poco después, Ben Keegan se apeó del coche.

«¿Ben?».

Llevaba meses sin verle, desde antes de la muerte de Kat.

Siempre me pareció un chico atractivo. De esos que intuyes que no te darán buena conversación *postsexo*, pero que sabes que te dejarían satisfecho. Pero Ben era heterosexual, y aunque no lo hubiera sido, yo no estaba —aunque pudiera tener erecciones— por la labor de acostarme con nadie. Era consciente de que probablemente no volvería a tener pareja.

Ben levantó una mano a modo de saludo.

—¡Hola, Alan, cuánto tiempo!

—¡Hola, Ben! —saludé mientras él subía la rampa que mandamos construir tras mi «accidente». Me sorprendió que no usara las escaleras—. ¿Qué te trae por aquí?

—Pues quería hablar contigo. —Pisó el porche y se quedó de pie a mi lado. Ambos permanecimos unos segundos oteando el horizonte como dos marineros desde la cofa—. Sé que no te acompañé en los malos momentos, y me arrepiento. Pero al mismo tiempo, creo que tú tampoco estuviste demasiado fino. Tal vez deberías recular un poco, ¿no crees?

—¿Recular?

—Mi padre detuvo a los tipejos que te dejaron en silla de ruedas en un tiempo récord. ¿Me equivoco?

Recordé la visita que Keegan me hizo al hospital, cómo extendió sobre las sábanas que cubrían mis piernas inservibles una treintena de fotografías de hombres con la cabeza rapada, cómo señalé a quien me había golpeado primero y después a sus amigos supremacistas, y cómo días más tarde confirmé sus autorías volviéndolos a señalar en una rueda de reconocimiento.

—Así fue. Y se lo agradecí en su momento.

—Ya. Pero luego no te tembló el pulso a la hora de ponerle a parir en la tele y en la radio junto al Departamento de Policía de Nueva York. ¿Me equivoco también?

El tono de Ben empezaba a no gustarme.

—No, Ben. Hice lo que consideré oportuno.

—¿Y si te pido que me acompañes a mi casa? ¿Qué dirías?

—Preguntaría para qué.

—Quiero enseñarte algo.

—¿Una sorpresa? —pregunté irónico.

—Algo así. Un par de cosas que debes ver con tus propios ojos.

—Con una condición: si vamos dando un paseo. Me empujas hasta tu casa y luego me traes de vuelta. Me he cansado de girar a estas dos. —Golpeé con suavidad los radios de mi silla—. Y no me apetece subirme a tu coche. Lo de ser parapléjico tiene sus desventajas, ¿sabes?

—Trato hecho.

—Mi silla tiene un orinal extraíble y he cagado antes de salir, así que en principio puedo ausentarme un rato.

Ben sonrió antes de agarrar los mangos de empuje de mi silla. Una sonrisa forzada. Mi escatológico comentario le había incomodado. Mi baño estaba adaptado para discapacitados, pero podía apañármelas para hacer mis necesidades en cualquier otro. No obstante, disfrutaba poniendo en aprietos a los demás, viendo sus caras de «no sé dónde meterme». ‘El día aciago de las pintadas’ —como lo bauticé en mi fuero interno— no solo fracturó mi columna vertebral, también me obsequió con una lengua viperina.

«Ahora tendría su edad —pensé mientras Ben me paseaba por Albany como un joven a su perro—. Él ha podido cumplir los veintisiete; ella se quedó en unos eternos veintiséis.

»Fueron buenos amigos; yo solo el hermano de su amiga».

Llegamos a su casa en poco más de veinte minutos.

Me gustó el paseo, aunque hubiera preferido hacerlo con gorro y bufanda.

Ben detuvo mi silla ante la puerta de garaje blanca donde meses antes pinté «#JusticiaParaKat». Se sacó el mando del bolsillo —el que había cogido de su coche antes de emprender el paseo— y la abrió. La puerta basculó mientras mi cabeza no dejaba de darle vueltas al asunto:

«¿Por qué tanto misterio? Espero que no pretenda partirme las piernas», pensé riéndome de mi propia desgracia.

—Mis padres están trabajando —explicó, haciendo alusión al hecho de que no hubiera vehículos dentro del garaje.

—Y yo que pensaba que ibas a regalarme un coche.

Ben ignoró mi broma y me empujó hasta la puerta que destacaba en la pared del fondo. Llevaba más de diez años sin pisar aquel garaje, pero nada parecía haberse movido de su sitio: las bicicletas apoyadas en la pared, la mesa de trabajo de su padre, las estanterías de metal almacenando trastos...

—Aquí está lo que quiero enseñarte.

Abrió la puerta y me adentró en lo que presentí que sería un trastero. Sin embargo, aquella habitación de unos veinte metros cuadrados no estaba destinada a guardar cacharros, sino a esconder una obsesión.

—El caso de tu hermana lo está consumiendo —expresó Ben desde el umbral de la puerta—. Podrías darle un poco de cancha, ¿no crees? Mi padre no merece lo que... En fin. Te dejo un rato a solas.

Asentí con la cabeza; me había quedado sin palabras.

—No toques nada, por favor. No sabe que estamos aquí, y si se entera...

Afirmé de nuevo y me quedé a solas entre aquellas paredes forradas con pizarras de corcho,

estupefacto, dando vueltas como un pedazo de carne sobre un plato giratorio.

«Dios santo, y yo acusándole en público de no tomárselo en serio».

Sentí pena del sheriff de Albany; nadie mejor que yo comprendía su frustración.

Contra la pared del fondo, tras una silla de piel negra, estaba una mesa de despacho rebosante de documentos y carpetas; sobre la pila de información, una pizarra coronada por una cartulina naranja en la que ponía «Nueva York». La colgada en la pared de mi izquierda estaba titulada con los nombres de las ciudades «Trenton y Albany»; la de mi derecha, con la palabra «Sospechosos». Todas las pizarras de corcho se hallaban rebosantes de fotografías y pósts conectados con hilos de lana rojos. Me sentí como una mosca presa en una telaraña manchada de sangre. Aparte de los ya conocidos Reid Clements y Will Greer, reconocí otros de aquellos rostros, que me sorprendió ver en la ‘zona de los sospechosos’: mi primo Stewart, mi exnovio Marvin, la mejor amiga de mi hermana, Melisa...

«En estos casos —pensé comprensivo—, supongo que todo el mundo es sospechoso hasta que se demuestre lo contrario».

Las pizarras que contenían datos sobre las investigaciones llevadas a cabo en Trenton, Albany y Nueva York, tenían mapas clavados con chinchetas con algunas zonas resaltadas con círculos rojos.

Me acerqué a la mesa para estudiar los documentos que tenía encima, pero solo pude leer «Vecinos de Kat en Trenton» en la etiqueta de una carpeta de cartón: una inconfundible voz me sobresaltó y detuvo a medio camino.

—Vuelvo a casa a por un cargador de móvil, ¿y me encuentro con esto?

Suspiré antes de girar mi silla.

—Hola, sheriff.

El sheriff, apoyado en el marco de la puerta, me deleitó con una sonrisa de medio lado.

—Hola, Alan. Supongo que mi querido hijo Ben es el culpable de que estés allanando mi guarida.

—Tenía buenas intenciones. No se lo tenga en cuenta.

—Estoy harto de las buenas intenciones. Tus buenas intenciones, sus buenas intenciones, las buenas intenciones del Departamento de Policía de Nueva York... Las buenas intenciones no sirven de una mierda si te rindes a las primeras de cambio. Te lo dije: mi oficina nunca archivará el caso.

Keegan manifestaba un tremendo dolor a través de sus ojos, como si la impotencia le hubiera derrotado. Estaba perdido en el mil veces citado ‘callejón sin salida’; sin alternativas, sin soluciones. Pero aun así no se daba por vencido.

—Tal vez sea hora de dejarlo —dije, sorprendiéndome a mí mismo—. He sido injusto contigo. —Le tuteé. Aun con nuestras diferencias, le consideraba más que un simple conocido—. Hay que saber cuándo echar el freno, cuando se está perdiendo el tiempo. Ni quedarme postrado en esta silla ha conseguido abrir una miserable vía de investigación. Hemos llegado todo lo lejos que hemos podido, sheriff, y al final del camino, lamentablemente, nos hemos topado con un muro. Ni yo, ni mi padre ni mi hermana, estén donde estén, queremos que te consumas por algo que no tendrá un final feliz. —Mi ojo derecho arrojó una lágrima, que rodó por mi mejilla hasta colisionar con la comisura de mis labios—. Le agradezco lo que ha hecho. De corazón. Pero tiene mi permiso para olvidar.

—Voy a ser sincero, Alan. Me importa un bledo tu permiso, el de tu hermana y el del cabezota de tu padre. —Ambos sonreímos—: mi oficina nunca archivará el caso Guinee.

Al día siguiente, Ben se pasó por casa para contarme que su padre no lo había abroncado por dejarme entrar en su «segunda oficina». Nos tomamos un café en el salón y charlamos hasta el atardecer. Estaba equivocado con él: sabía escuchar y daba buenos consejos. Empezamos a vernos una vez por semana. Los lunes, cuando libraba.

El tiempo enturbió mis recuerdos. A veces me costaba evocar su rostro, y necesitaba echarle un vistazo a las fotografías que adornaban las paredes de mi cuarto. Dejé que el tiempo pasara estérilmente, que las esperanzas se perdieran como un hombre en un laberinto.

Dejé de acudir a la Oficina del Sheriff.

Sobre la entrada al infierno de Dante se halla una inscripción: «Deja atrás toda esperanza, tú que entras aquí».

Tras la muerte de Kat me adentré en el infierno. Sin embargo, aun con dicho hándicap, mantuve intactas las esperanzas de que su asesino pasara cuentas con la justicia.

Menudo iluso fui.

Me hubiera ahorrado quebraderos de cabeza dejando mis esperanzas en la entrada del infierno de Alan.

TERCERA PARTE

Robert Rickman

TRUE CRIME

4 AÑOS MÁS TARDE

Cliqué sobre el icono «Enviar».

—Pues *Una chica sin fortuna: Vida y muerte de Amy Culkin*, ya está en manos de mis editores —le anuncié a mi esposa—. Espero que les guste. Son tan raritos, que vete tú a saber.

Haley afirmó con la cabeza y añadió: «Les va a encantar. Te lo digo yo, que entiendo del tema».

—Este año me he propuesto dos cosas —proseguí explicándole, sentado a su lado en el sofá, con mi portátil sobre los muslos—: perder diez kilos y encontrar un caso sin resolver en el que pueda abrir nuevas vías de investigación o, como poco, hipótesis que les resulten inquietantes a mis lectores. Necesito volver a la senda que tomé con *Una verdad monstruosa*, y que desde mi punto de vista, he abandonado con *Una chica sin fortuna*. A esta, que no digo que sea mala, le falta algo. Tengo que proporcionarles más material inédito a mis lectores.

—Pues a mí me ha parecido una de tus mejores novelas. Y sí que aportas, cariño, aunque no sean los nombres de los culpables. Ya sabes que eso es infinitamente difícil de conseguir.

—Cambiano de tema, lo que es innegable es que necesito salir más a correr. —Me acaricié la panza como una embarazada feliz—. Parezco Buffalo Bill...

—Buffalo Bill no estaba rechoncho, cielo. Lo tuyo es más bien ‘búfalo’ a secas.

—¡Serás...!

Reímos a carcajadas.

—No, amor, en serio, yo te veo estupendo —dijo Haley aguantándose la risa. Las mentiras piadosas se le daban de lujo—. En fin. Ya sabes que voy tomando nota de los crímenes sin resolver que me parecen interesantes. —Asentí con la cabeza—. Pues tengo unos cuantos que merecen un documental, y que por una cosa u otra han acabado en el olvido. Luego te paso mis notas por si quieres repasarlas mientras yo leo en la cama.

—Estupendo. ¿Algún caso en particular?

Mi esposa se frotó el mentón mientras echaba la mirada al cielo.

—El de Kat Guinee es de lo más misterioso y dramático.

—¿Kat Guinee?

—Sí, hombre. La pintora embarazada que lanzaron desde una azotea. Luego el hermano se quedó en silla de ruedas tratando de reavivar el caso...

—Sí, claro. La chica de Corona.

—Esa.

—Echaré un ojo a ver qué publicó la prensa.

Me levanté y caminé pensativo hasta el ventanal del salón. Segundos después, Haley hizo lo propio y apoyó su cabeza en mi hombro. Central Park parecía una inmensa alfombra verde.

—El siguiente paso es tan importante...

—Darás con el caso perfecto. Conociéndote, seguro que esta misma noche ya le estás dando

vueltas al asunto.

—Ya veremos si consigo dormir —bromeé.

Distinguí el reflejo de su sonrisa; más allá del cristal, un rojo atardecer se cernía sobre Manhattan.

«Tengo la vida perfecta».

3 horas más tarde

«Pues sí que tiene miga», pensé mientras leía en mi portátil un artículo del Times titulado «¿Quién mató a Kat Guinee?».

—Es cautivador, sí —dije susurrante.

—¿Qué?

Mi mujer apartó la vista del libro que estaba devorando para fijarla en mí.

—El caso Guinee, digo. Todo apunta a que la arrojaron al vacío, pero en cambio, la pareja de detectives Randall Jacobs y Dakota Siegel, que sé de buena mano que se toman bastante en serio su trabajo, no consiguieron dar con el culpable. Por lo visto, ni siquiera llegaron a acercarse. Por cierto: los citados detectives están casados. Curioso, ¿verdad?

—Mientras sean capaces de separar trabajo y placer. Tú y yo lo tendríamos crudo, ¿eh, semental?

Haley exhaló una especie de ronroneo lujurioso.

—¿La gatita tiene ganas de jugar?

—Hoy no, mañana, que estoy cansada.

Reí a carcajadas.

—Te tomo la palabra, ¿eh? En fin. No suelo decidirme tan pronto, pero creo que le daré una oportunidad al caso Guinee. No obstante, con el tiempo he aprendido que pasados tres años o más del crimen, o mis investigaciones aportan algo en menos de un mes o es mejor no insistir. Así que, o surge algo rapidito, o clico sobre el icono «Siguiente».

»Mañana me pasaré por el lugar de los hechos a ver qué sensaciones tengo.

Haley asintió con la cabeza y enseguida volvió a centrarse en su lectura. Yo seguí indagando, haciendo uso de una de mis mejores armas: Internet.

Era autor de seis novelas/libros/ensayos del género *true crime*. No sin esfuerzo me había labrado un nombre y ganado el distintivo de ‘escritor *best seller*’. *Una verdad monstruosa*, mi novela más vendida hasta el momento, se mantuvo diecisiete semanas consecutivas en el primer puesto de la lista de los más vendidos del New York Times. Un logro al alcance de pocos. Sin embargo, intuía que mi última novela, *Una chica sin fortuna: Vida y muerte de Amy Culkin*, no alcanzaría dichas cotas. El arrollador éxito de *Una verdad monstruosa* se debía a un factor concreto: conduje al Departamento de Policía de Nueva York hasta el paradero de un asesino. Y quien había matado a Amy Culkin seguía en paradero desconocido.

Repetir el éxito de *Una verdad monstruosa* parecía una labor imposible. Sin embargo, tras investigar el caso Guinee durante una sola noche, me dije: «Por qué no».

CON TU PERMISO

8 días después

Robert Rickman

Albany

El sol se asomaba por los tejados como un niño que espía a sus padres. El césped que rodeaba la casa se ocultaba bajo un fino manto de rosada que sus rayos derretirían en cuanto tomara forma sobre el cielo de Albany.

El frío de la noche le daba paso al frío de la mañana.

Era temprano.

Tal vez demasiado.

No obstante, mi mente se había empecinado en que no pegara ojo, en que estuviera en aquel porche cuando se distinguían más sombras que luces.

Pegué la oreja a la puerta; un comportamiento pueril que no obstante surtió el efecto deseado: percibí sonidos dentro de la casa.

«Parece que ya están despiertos».

Golpeé la madera con los nudillos y esperé.

La puerta chirrió a los pocos segundos, quedándose entreabierta.

—¿Qué desea?

Alan Guinee, en chándal y sobre su silla de ruedas, no parecía haberse lavado la cara aquella mañana.

—Buenos días. Soy...

—Oiga, si quiere venderme algo... —me interrumpió bostezante—. ¿No le parece temprano para ir dando la brasa?

—Soy Robert Rickman.

Esperé algún tipo de reacción transigente —estaba acostumbrado a que mi nombre abriera puertas—, pero lo único que recibí fue una mueca burlesca.

—¿Debería recordarle, señor Rickman?

—La verdad es que no. Soy escritor de novelas *true crime*, o, mejor dicho, ensayos sobre crímenes sin resolver.

—¿Y los resuelve?

—Solo lo he conseguido una vez, pero...

—Ya. Y déjeme adivinar: está aquí porque pretende resolver el asesinato de mi hermana.

—Algo así.

—Algo así, ¿eh? —Alan exhaló una risa ahogada—. Pues póngase a la cola.

—Me gustaría mostrarle lo que he averiguado.

—¿Ha empezado ya a investigar?

—Superficialmente.

—Pues pase, hombre. Fuera hace un frío que pela. Muero en deseos de saber lo que ha descubierto.

El tono de Alan manifestaba escepticismo. Había perdido las esperanzas de hallar al culpable, y yo estaba allí tratando de devolvérselas. Sin piedad. Sin sopesar las consecuencias.

Mientras caminaba con la mirada fija en las ruedas de su silla, tuve un demoledor pensamiento: «Y cuando avistaba la puerta de salida del infierno, llego yo y lo planto en el umbral de la puerta de entrada».

—La habitación pronto estará caldeada —dijo señalando la chimenea situada al lado de un sofá marrón de tres plazas y dos sillones a juego. El crepitar de la leña me ayudó a calmar los nervios—. Acababa de encender el fuego cuando ha llamado a la puerta. ¿No puede dormir o qué, señor Rickman? Menudas horas para presentarse en ningún lado. ¡Apenas son las siete y media, caray! En fin. A quien madruga Dios le ayuda, ¿no?

—Eso dicen.

—¿Un café?

—Sí, gracias. ¿Tu madre no está en casa?

—No. Se ha marchado a trabajar, su turno de hoy empezaba a las siete. ¿Necesita que esté presente?

—No, no. Luego le comentas lo que acordemos y arreglado.

—Bien. Pues tome asiento. Enseguida vuelvo con un par de cafés.

—Gracias.

Me senté en el sillón más próximo al fuego. «Tonto el último», pensé. Alan no tardó en volver con una bandeja encima de los muslos, sobre la que cargaba con las prometidas tazas de café; su silla parecía disfrutar de dos chimeneas humeantes.

—Veo que te las apañas bien con la silla —dije tratando de distender el ambiente, de conseguir un trato amigable—. Nunca debieron obligarte a llegar tan lejos.

—Ni que lo diga.

Dejó la bandeja sobre el sofá y aparcó su silla delante de mi sillón. Cogió una taza y me la dio; tuve que incorporarme para cogerla. «Gracias», susurré. Alan tomó la suya y le dio un sorbo. Hice lo mismo; demasiado caliente para mi gusto. Notando en las manos el calor que irradiaba la taza, el tullido me hizo la inevitable pregunta:

—¿Qué ha averiguado, señor Rickman?

—Lláname Robert. Señor Rickman me hace sentir un viejales, y ya tuve bastante con la crisis de los cuarenta.

—Como quiera.

—Antes de nada, necesito saber si estás dispuesto a colaborar. Mi idea es narrar tu historia al principio y luego seguir con mis averiguaciones. Pretendo que este libro sea más novela y menos ensayo, al menos en apariencia.

—Pues yo, antes de nada, necesito saber qué opina usted sobre el caso Guinee.

—Opino que hay vías de investigación que el Departamento de Policía pasó por alto.

—El sistema está amañado, señor Rickman. Si no, ¿cómo se explica que la muerte de Kat, tras el empujón mediático, volviera a acabar en un maldito callejón sin salida? Estoy en una silla de ruedas por buscarle justicia a mi hermana. Pero la justicia está en manos de unos pocos. Si Kat hubiera sido la hija de un congresista, ¿cree que el caso estaría en el cajón de los ‘sin resolver’? Lo único que he conseguido es que me señalen por la calle como a un apestado. La gente cree que mi lucha es, o más bien fue, fruto de una obsesión sin base ni fundamento.

—Los que piensan eso no han estudiado el caso a fondo. Ahora está de moda entrar en las redes sociales y opinar sobre todo sin tener ni puta idea de casi nada. Si tu hermana hubiera querido suicidarse, se hubiera lanzado desde el balcón de su casa, ¿no crees?, no desde la azotea de un edificio del barrio Corona. Como poco, es difícil de creer. La posición del cadáver, que no apareciera su móvil, que los inquilinos aseguraran no haberla visto nunca... No, Alan, es un disparate pensar que tu hermana se quitó la vida. Es un caso de asesinato sin resolver de los que me gustan. —Alan me miró con cara de pocos amigos—. De los que me gusta resolver, quiero decir.

—No se retracte, señor Rickman. Ojalá más periodistas se hubieran interesado en el caso del mismo modo que usted, no solo buscando lectores.

—Bueno. Yo también busco lectores, Alan; las cosas claras.

—Pues me encantará ver cómo se llena los bolsillos mientras el asesino de mi hermana se pudre en la cárcel.

Sonreí de medio lado.

—Puede que todo se deba al típico «estar en el lugar inadecuado en el momento menos indicado», pero me sorprendería mucho. Cualquier posibilidad que no sea el asesinato se me antoja improbable. Apostaría a que quien la mató planeó el asesinato con tiempo. Es lo único que me cuadra. El asesino sabía que la puerta de la azotea estaba abierta. Estoy convencido de ello. Y no la citó un día al azar: procuró que no se la distinguiera en la calle, que la mayoría de los neoyorkinos estuvieran recogidos en casa, que la nieve borrara sus huellas. —Justo antes de que le hiciera la única pregunta que importaba, sus ojos me mostraron lo que llevaban tiempo reprimiendo: un deseo apabullante—. Entonces, Alan, ¿estás dispuesto a contarme tu historia, y de ese modo a ayudarme a buscar al asesino de tu hermana?

—Por supuesto. Y que sepa que acaba de hacer algo peligroso.

—El qué.

—Darme esperanzas.

—No estaría aquí si no creyese de verdad que faltan cosas por descubrir.

—Supongo que ahora viene la parte en la que me explica lo que ha descubierto.

Di un sorbo de café —bastante bueno— y hablé con determinación echando la vista atrás:

—Hace una semana me dispuse a indagar en el lugar de los hechos. Llamé al portero automático del primer piso del bloque del barrio Corona y conseguí que me abrieran haciendo uso de mi nombre. Mi primer descubrimiento llegó enseguida: Marité Miller, la única testigo presencial de la muerte de tu hermana, ya no vivía en el bloque. Nada extraño, en principio. Las personas se mudan, ¿no? Pero aquel cambio de inquilino escondía algo más. La nueva arrendataria, una tal Laura Murray, no sabía el número de teléfono de Marité, pero me comentó que llevaba viviendo allí desde hacía más de dos años y de paso me facilitó el del propietario del piso. Lo llamé enseguida. Me explicó que Marité le comunicó en su momento que había encontrado un piso más barato y que en dos semanas dejaría el suyo. Le pregunté si había percibido algo extraño en su conducta y me respondió que para nada. Le rogué que me facilitara el teléfono de su antigua inquilina. Por suerte, tras dejarme en espera un buen rato, lo encontró en lo que él llamó «mi carpeta». Marqué el teléfono en el mismo pasillo y, ¡sorpresa!, contestó su madre. Y ahora viene lo más interesante: Marité desapareció hace dos años, poco después de irse a vivir con su progenitora. Un día se marchó sin más, sin ni siquiera llevarse su móvil, y nunca volvió. Su madre me dijo que mantiene su línea telefónica con la esperanza de que llame algún día. A la pobre, después de tanto tiempo, mi llamada le dio esperanzas. La verdad es que salí del

bloque con el alma por los suelos. Pobre mujer; se apreciaba mucho dolor a través de su voz. En fin. Al llegar a casa busqué el suceso en los medios, pero solo encontré un pequeño artículo en *El diario*, un periódico de noticias en español afincado en Nueva York. No está claro si la raptaron, se largó conscientemente o está enterrada a dos metros bajo el suelo. A saber. La cuestión es que se esfumó sin dejar rastro. Según su madre, su relación con ella se había agriado. «Creo que andaba con malas compañías», me dijo. «Llevaba un tiempo rara, malhumorada, en contra de todos». Según los...

—Todos los días desaparece gente en alguna parte. No veo relación.

—Ya. Hagamos una cosa, Alan: escucha lo que tengo que decir, y cuando termine me das tus impresiones, ¿de acuerdo?

Alan asintió con el ceño fruncido y luego se llevó la taza a los labios.

—Según los dueños del segundo piso, Susan Hauptman y Martín Sosa —proseguí, dispuesto a no detenerme hasta soltarlo todo—, estaban dándose un baño caliente cuando Kat murió, así que no se enteraron de una mierda. Verónica Medel, la propietaria del tercero, es una anciana, así que ni siquiera llamé a su puerta. No encontré a Jorge Villamil y a Teresa Aguirre en casa, así que tuve que volver al día siguiente. Ella no estaba en su piso cuando Kat se precipitó desde la azotea, pero él me contó algo curioso: asegura que vio la sombra de tu hermana cruzando fugazmente una de las paredes de su salón y que enseguida oyó un golpe seco, que se asomó por la ventana y se topó con Kat tumbada sobre la acera. Después llamó a Emergencias. Tengo un par de amigos en el Departamento de Policía. Bueno, más que amigos, fuentes fiables. Ya me entiendes. —Alan asintió embebido por mis explicaciones—. Estuve tomando un café con uno de ellos y comentando los pormenores del caso. Resumiendo: Marité Miller quedó descartada porque casi se le cae tu hermana encima; ni Susan Hauptman ni Martín Sosa tenían motivos para cometer el crimen ni nexos alguno con Kat; Verónica Medel es una señora mayor y Jorge Villamil tenía coartada: su llamada a Emergencias.

—Y nos faltaría Gillard. ¿Se guarda lo mejor para el final, señor Rickman?

—Gajes del oficio, supongo —Sonreí—. La cuestión es que Gina Gillard había corrido la misma suerte que Marité Miller.

—¿Qué?

—Lo que escuchas. Tampoco vivía en el bloque. Me costó un par de horas localizar a su familia. La actual inquilina no estaba por la labor de ayudarme; una pasota con rastas que me dio con la puerta en las narices. Pero tengo mis recursos. Y cuando logré contactar con su padre...

—Comprobó que Gillard también había desaparecido.

—Exacto. Y eso no es todo. Se mudó a las afueras una semana después de que Marité se fuera a vivir con su madre. Y un día se esfumaron sin más. La Policía recogió la denuncia por desaparición de la madre de Marité el 3 de septiembre del año pasado y la del padre de Gillard el 4 del mismo mes. Lo que me hace pensar que ambas desaparecieron el mismo día y que lo hicieron juntas. ¿Todavía no ves la relación?

Alan frunció el ceño. Hizo ademán de hablar, pero contuvo sus conclusiones hasta tener claras sus ideas. Tras meditar con los ojos entrecerrados, las expuso mientras se frotaba las sienes.

—Si vivían en el mismo bloque, es probable que se conocieran. Una anciana, dos matrimonios, dos chicas jóvenes... Tiene su lógica. Que estuvieran metidas en asuntos turbios o que decidieran perderse juntas... No sé. Tal vez fueran lesbianas. El tema es que sus desapariciones no tienen por qué estar relacionadas con la muerte de mi hermana. Estamos

hablando de algo que sucedió bastante tiempo después de su muerte.

—Tus reticencias son lógicas, Alan. Pero yo debo guiarme por mi instinto, y algo me dice que sus desapariciones están relacionadas con la muerte de Kat.

—Entonces, señor Rickman. —Alan aún no confiaba del todo en mí, de ahí que se negara a tutearme—. ¿Va a seguir rascando la superficie?

—Ahora que tengo tu permiso, rascaré hasta llegar al fondo del asunto.

—Y tanto que lo tiene. Agradezco tanto su interés... Más de lo que imagina. He recibido tantas decepciones, que le veo a usted como un regalo. Me caí y me levanté hasta que las fuerzas me fallaron del todo. Bueno, más bien me caí y luego me senté en esta silla. —Sonreí ante su humor negro—. Deme un momento, señor Rickman.

Alan hizo girar las ruedas de su silla y desapareció por el pasillo que conducía a la cocina. Volvió con un libro sobre el regazo. Observar su lomo me sobró para identificarlo: *Una verdad monstruosa*.

«Menudo granujilla estás hecho, Alan Guinee».

Detuvo su silla a un palmo de mis piernas.

—¿Me lo dedicas?

Sonreí.

«Al fin me tutea».

—Hace un rato he escuchado un portazo y me he asomado por la ventana, y te he visto subiendo las escaleras. «¿Es Robert Rickman?», me he preguntado. Te juro que me he emocionado y todo. Obviamente, he intuido a qué se debía tu inminente visita. No obstante, he preferido actuar como si no conociera tu obra; no me apetecía que creyeras que estabas delante de un fan. Yo no soy fan de nadie, ¿entiendes? A mí me gustan unas cosas más que otras, como a todo el mundo, pero ser fan me parece una bajeza.

—Cuanto más avanzaba nuestra conversación, más me extrañaba que no me hubieras pedido ningún tipo de credencial literaria.

—*Una verdad monstruosa* es un libro excelente, Robert. Es triste, pero al terminarlo tuve envidia de la familia de Patricia Moss. Ellos, gracias a ti, conocían el nombre de su asesino y los motivos de su muerte, y podían descansar en paz.

—Dame el libro, Alan.

Una vez lo tuve sobre el regazo cogí la pluma que siempre guardaba en el bolsillo interior de mi americana para ocasiones como aquella y escribí la dedicatoria más rara que había rubricado en mi vida:

«A Alan Guinee.

Nunca es tarde para volver a empezar.

Séneca dijo una vez: “Nada se parece tanto a la injusticia como la justicia tardía”.

Es hora de hacer “injusticia”».

Le devolví el libro. Sus ojos se empañaron mientras leía mi dedicatoria y a mí me sobrevenían pensamientos agri dulces; más agrios que dulces:

«¿Y si no consigo reactivar el caso? Ahora ve algo de luz en la oscuridad, pero sigue caminando entre tinieblas. Se lo he pintado demasiado bien. Siempre hago lo mismo: pecho de arrojo ante los familiares. No aprendo ni a tiros, joder. Tal vez acabo de condenarle a ver eternamente la luz al final del túnel».

Me incorporé y le ofrecí mi mano. Alan me la estrechó con firmeza.

—Te mantendré informado de mis avances. Pero tendrás que tener paciencia: mi último libro

tardé cinco años en escribirlo, y ni siquiera di con el culpable.

«Y ni siquiera di con el culpable»: mi sutil intento de disminuir sus esperanzas.

—Infinitas gracias, Robert.

—Gracias a ti por la confianza. —Le di una tarjeta de visita, donde constaba mi teléfono móvil y mi correo electrónico—. No compartas mi número, ¿eh?

—Descuide.

—Cuando tenga el material suficiente volveré para que me cuentes la historia desde tu perspectiva. No estaría de más que anotaras los sucesos más importantes en un bloc de notas. Tal cual vayan pasando los días te irán viniendo detalles a la cabeza. Es el mejor modo de que no se nos quede nada en el tintero.

—Lo haré. Tengo el tiempo de un jubilado.

—Hasta pronto, Alan. Ha sido un placer.

—A más ver, Robert. Lo mismo digo.

Cuando estaba a punto de salir del salón, la voz de Alan me detuvo en el umbral de la puerta.

—Una cosa más. Si necesita ayuda con algún dato, hable con el sheriff Keegan. Lo pondré al tanto de nuestra colaboración. Y puede estar tranquilo: jamás desvelaré ninguna de sus averiguaciones, siempre y cuando usted no me dé permiso.

—De momento, prefiero que queden entre nosotros.

—Y así será. Keegan es un buen hombre. Ha intentado descubrir al o a los culpables, pero... En fin. Creo que puede serle de gran ayuda.

—Por supuesto. Mi siguiente paso será buscar conexiones con otros crímenes. Que yo sepa, ni el Departamento de Policía de Nueva York ni el de Trenton ni el del Sheriff del Condado barajaron la posibilidad de que la matara un asesino en serie. Y si lo hicieron, no profundizaron al respecto. —Los ojos de Alan se abrieron de par en par. La denominación «asesino en serie» solía surtir dicho efecto—. Tal vez me pase a hacerle una visita al sheriff antes de lo previsto.

»Ah, una última cosa —dije levantando el dedo índice—. No me he percatado hasta hace un momento de un detalle que creo que te podrá ayudar a ver el mundo de otro color. Antes has dicho que lo único que conseguiste tratando de desatascar el caso fue que te señalaran por la calle como a un apestado. Pues has de saber, que estoy aquí gracias a todo aquello. Tu lucha logró que trascendiera a los medios, y te aseguro que sin la intervención de la prensa, los pormenores del caso nunca hubieran llegado a mis oídos.

Alan asintió con la cabeza entretanto mostraba una expresión cargada con un grito silencioso: «¡No me decepciones, Robert Rickman!».

QUE SUBA

Keegan descolgó tras escuchar Alan el segundo tono.

—Hola, Alan.

—Hola, sheriff.

—Ya era hora, ¿no? Entre lo mucho y lo poco...

—¿A qué te refieres?

—A que antes pasabas puntualmente por aquí cada semana y ahora no te vemos el pelo.

—Mañana me acerco y te llevo un café del Starbucks de esos que te gustan.

—A ver si es verdad.

—¿Sabes qué? Mejor hablamos mañana.

—No, por Dios. ¿Pretendes que me pase la noche en vela? Escúpelo. Tus peticiones nunca son triviales.

—Adivina.

—¿Nuestra querida Kat?

—Bingo. Robert Rickman se ha marchado de mi casa hace un rato.

—¿El escritor?

—El mismo. La verdad es que ha sido de lo más surrealista. En fin. La cuestión es que quiere escribir un ensayo sobre la muerte de Kat. ¿Qué te parece?

Hubo un silencio que Alan interpretó como «tiempo de asimilación».

—En principio, que un tipo como Rickman se interese en el caso, es buena noticia. Supongo que habrá detectado grietas en la investigación. A otros sheriffs eso les pondría la mosca detrás de la oreja, pero yo soy un tío raro al que solo le interesa conseguir una vía de investigación que no haya recorrido mil veces. No sé qué hicimos mal, Alan, pero la cagamos bien. Pero que quede entre nosotros, ¿eh?

Alan sonrió.

—Rickman dice que buscará donde nadie lo ha hecho. Me he atrevido a asegurarle que le echarás una mano si lo necesita. Ya sabes: direcciones, números de teléfono, algún informe en concreto...

—Estoy a su entera disposición. Ojalá me haga quedar como un incompetente. A estas alturas me importa un rábano lo que digan de mí; lo único que quiero es descubrir qué diantres le pasó a tu hermana y dormir del tirón alguna noche que otra.

—Hiciste lo que estuvo en tu mano.

—¿Hice? No te equivoques. Sigo. «Mi oficina nunca archivará el caso», ¿recuerdas?

—Gracias, sheriff. Te dejo. Seguro que tendrás cosas más importantes que hacer que escuchar a un parapléjico tocapelotas.

Keegan soltó una risotada.

—En mi trabajo todo importa, Alan. Y tú siempre estarás en los primeros puestos de mi lista de prioridades.

—Pues hasta otra, entonces.

—Hasta mañana.

—Eso, hasta mañana.

Tras colgar, Keegan recibió una llamada desde recepción.

—Dime.

—El escritor Robert Rickman quiere hablar con usted.

«Un hombre que aprovecha bien su tiempo».

—Que suba.

NI SE SIENTE

Robert Rickman

Navegando por la red me topé con un proverbio que me dio que pensar. Creo que era Malayo. «El elefante muerto deja sus colmillos; el tigre, su piel, y el hombre, su nombre». Estaba acostumbrado a caminar bajo miradas sorprendidas, a tomar café mientras alguien me señalaba con el dedo creyendo que no lo veía, a oír conversaciones en voz baja en torno a mi persona, a viajar en metro entre cuchicheos. Caminar por la oficina del sheriff no fue una excepción. La inmortalidad tenía un precio, y yo lo conocía bien.

Golpeé la puerta entreabierta con los nudillos, abriéndola un poco más.

—Adelante.

Hallé a Keegan a su mesa de despacho.

—Buenos días, sheriff. Me gustaría...

—Ni se siente —dijo cuando pretendía tomar asiento en una de las sillas colocadas antes su mesa.

«¿Y Alan dice que este va a ayudarme?».

El sheriff no parecía dispuesto a escucharme, ni siquiera a recibirme de forma cortés.

«¿Me ha hecho subir para enviarme a la mierda?».

—Tengo mucho trabajo, señor Rickman. Apúnteme su correo electrónico y le enviaré lo que tengo sobre el caso Guinee. Mañana, o pasado a más tardar —prometió, mirándome con un gesto amigable—. Es lo que venía buscando, ¿no?

Aprecié complicidad en sus ojos.

—Venía a pedirle permiso para meterme en sus asuntos —bromeé—, pero me vale con la documentación.

El sheriff sonrió mientras deslizaba una pequeña hoja de papel por encima de su mesa. La cogí y anoté mi correo electrónico personal.

—Gracias, sheriff.

—De nada. Sobre decir, que la procedencia de la información que recibirá no puede constar en ninguno de sus libros. No le conozco de nada, señor Rickman, pero he leído *Una verdad monstruosa* y sé que protege sus fuentes. ¿Protegerá a esta oficina?

—Tiene mi palabra.

—Y no olvide avisarme cuando resuelva el caso.

Percibí escepticismo en su tono.

—Descuide.

Abandoné el despacho con la sensación de que Keegan acababa de sacudirse parte de la amargura que le ocasionaba el caso Guinee. No tenía nada que perder; ni siquiera estaba al frente de la investigación. «Si Rickman lo resuelve, estupendo; si no, demostrará que es un caso endiabladamente complicado», debió pensar. Aun con todo, me sorprendió su tolerancia. Nunca había necesitado tan poco para conseguir tanta información. Lo cierto es, que de cumplir con su

promesa, me había ahorrado cientos de horas de conversaciones con mis «colegas» detectives, y más de una botella de Macallan. Entendí que el sheriff había elegido libremente arriesgar su reputación a cambio de un inesperado giro en los acontecimientos.

EL CUARTO EXPERTO

8 días más tarde

Salí de mi despacho y anduve por el pasillo sintiéndome afortunado.

«Tengo el mejor trabajo del mundo, una salud de hierro, un piso con vistas a Central Park y la mujer más bella de la Gran Manzana. ¿Qué más puedo pedir?».

Entré en el salón con ganas de bailar un twist.

—Pues podría decirse que ya sé tanto sobre el caso Guinee como Randall Jacobs, Dakota Siegel y Jordan Keegan —le informé a mi esposa, que estaba preparando la mesa—. Y en tiempo récord, además. Puedes llamarme ‘el cuarto experto’. —Haley me miró con cara de circunstancias—. ¿Y sabes qué?

—¿Ya sabes quién mató a Kat Guinee?

—Qué graciosa. —La abracé por la espalda—. Aún no —susurré en su oído—. Pero ahora sé dónde no debo investigar.

—Descartar es el primer paso, ¿no?

—Exacto. —La giré y le di un beso en los labios—. Por cierto, ¿qué hay para comer?

—Lasaña de espinacas.

—Mmmm... —Me relamí de solo imaginarme clavándole el tenedor. A Haley le quedaba una lasaña riquísima—. Mañana cocino yo, ¿vale?

—Te tomo la palabra.

—Esta tarde he quedado con Tony para tomar café y de paso pedirle un favor. Le llevaré un Macallan de 25 años por las molestias.

—Pues te va a salir cara la información.

—No puedo darle dinero, así que... Un Macallan de más de tres mil dólares me asegura sus servicios durante una temporada.

—Haz lo que debas, cielo.

Me despedí de mi mujer tras atiborrarme de lasaña, bajé en ascensor al parking subterráneo de nuestro lujoso bloque de pisos, subí a mi flamante Chrysler 300 y conduje rumbo al cruce entre la Séptima Avenida y Broadway.

Paré en una licorería de confianza a comprar la «remuneración» del detective.

Hubiera preferido un enclave menos concurrido, pero Tony trabajaba en la famosa comisaría de policía de Times Square, entre hoteles, restaurantes, teatros y cines. Necesitaba a un Tony receptivo, así que no me opuse a meterme de lleno en un ambiente frenético.

Todo turista que llegaba a la Gran Manzana acababa tarde o temprano en aquella plaza donde de noche y de día se agolpaban neoyorquinos y visitantes en torno al espacio publicitario más caro del mundo.

Dejé el coche en un parking de pago y anduve hacia el lugar de encuentro con una bolsa de tela adornada con un lazo rojo.

Me puse una gorra y unas gafas de sol para andar más tranquilo.

Tanta gente alrededor, tanto runrún de voces, consiguió agobiarme.

«Con lo bien que se está alejado del mundanal ruido».

Resultaba improbable que nadie me reconociera, ni siquiera que se fijaran en mí —los productos que proyectaban los carteles luminosos desviaban la atención de los transeúntes—, pero me costaba horrores no sentirme observado.

Entré en la cafetería. Afortunadamente, encontré una mesa libre cerca de la puerta. «Por si tengo que salir corriendo», me dije bromista. Dejé la bolsa contra la pata de la silla que daba a la cristalera. Desde allí podía ver una marea de cabezas yendo y viniendo. Colgué mi abrigo del perchero que quedaba entre mi mesa y la puerta. Me senté a esperar. No me quité la gorra ni las gafas; con ellas puestas me sentía más protegido.

No tardó en atenderme un camarero.

—Estoy esperando a alguien —lo informé sonriente mientras le echaba un vistazo a mi reloj de pulsera—. Debe estar al caer.

—¿Vuelvo cuando esté acompañado?

—Sí, gracias.

Asintió con la cabeza, casi haciendo una reverencia, y se retiró a atender a otros clientes.

Segundos después oí cómo alguien formulaba una pregunta a mi espalda; una voz que se alzó sobre el rumor de los clientes.

—¿Ese no es Robert Rickman? Sí, mujer, el escritor que resolvió un crimen él solito.

«Tanto como yo solito... —pensé irónico—. Y dilo más alto, mujer, que casi no te he oído».

Fingí no haber escuchado nada, pero parecía evidente que aquellas dos mujeres —podía verlas reflejadas en el cristal de la puerta de la cafetería— no entendían el concepto ‘intimidad’.

No me importaba atender a mis seguidores, fuera donde fuera, pero me aterraban las personas sin un dedo de frente.

«¿Cómo cojones me ha reconocido?

»Por Dios, que no venga a pedirme un autógrafo.

»Mierda».

Una de ellas se levantó de su silla y se acercó a mi mesa.

—Disculpe la intromisión. ¿Es usted el escritor Robert Rickman?

—El mismo.

La mujer rondaba los sesenta años, de pelo castaño y corto. Vestía un pantalón de pana gris y un suéter de lana beige, y llevaba unas gafas de montura fina sobre una nariz chata y unos ojos pequeños.

—¿Sería usted tan amable de firmarme este pañuelo?

Abrió sobre mi mesa un pañuelo de tela blanco con florituras en las esquinas.

—Si me lo pide usted tan amablemente... —Sonreí—. Será el primer pañuelo que firmo, que lo sepa.

—Todo un honor, entonces.

Me devolvió la sonrisa.

Cogí mi pluma y me dispuse a estampar mi rubrica mientras los clientes de las mesas cercanas nos observaban cuchicheantes.

—¿Me puede decir su nombre?

—Sí, claro, disculpe: Cristina Funke.

Escribí: «Esta es mi primera firma sobre tela. Que la vida te devuelva la amabilidad que tú le

prestas, Cristina Funke».

Estampé mi firma debajo de la «dedicatoria» y le devolví el pañuelo. Su cara de alegría, como una niña desenvolviendo regalos a la sombra de un árbol de Navidad, me dibujó una sonrisa en la cara.

—Gracias, señor Rickman.

—Un placer.

Cristina Funke volvió a su mesa.

Temí que aquello se convirtiera en una improvisada firma de servilletas, camisetas, cartas de postres, cafés, zumos e infusiones. Pero la sangre no llegó al río. Tony entró con su habitual impetuosidad.

Resoplé aliviado.

«Salvado por la campana».

Conocía bien a Tony: si alguien se acercaba a nuestra mesa en busca de un autógrafo, le enseñaría su placa y lo mandaría de vuelta a la suya. No se andaba con medias tintas.

—Hola, Robert.

—Hola, Tony.

—Resopló mientras se sentaba al otro lado de la mesa cuadrada, sin ni siquiera quitarse el abrigo.

Por muchas veces que lo tuviera delante, nunca dejaba de sorprenderme su aspecto, que podía definirse como ‘una mezcla de talante y dejadez’. Vestía un traje negro y un abrigo gris de lo más elegantes, pero su larga barba desaliñada y su cabeza rasurada tiraban por tierra el conjunto. Su estilo —de cuello para arriba— me recordaba el de los guerreros de la antigüedad que habitaban las zonas cercanas al Mediterráneo. Y sus ojos eran negros, tan penetrantes que me hacían suponer que le servían de arma en los interrogatorios.

—Tengo un poco de prisa —me advirtió.

El camarero hizo acto de presencia, como habíamos «pactado».

—¿Qué desean, caballeros?

—Un café para mí —pidió mi acompañante.

—Para mí un capuchino.

—En seguida se los traigo.

Pronunciamos un «gracias» al unísono.

Pues si tienes prisa, vayamos al grano.

Cogí la bolsa de tela y se la di.

—¿Un regalo?

—Eso es.

—Vamos a ver...

Sacó la caja de Macallan y se la quedó mirando como si esta contuviera agua y él estuviera a punto de morir de sed.

—¿Vas a pedirme un riñón? ¿Cuánto cuesta esta preciosidad?

—Búscalo por Internet. Ya sabes que no me gusta hablar de dinero.

—Tranquilo. Solo eres un hombre haciéndole un regalo a un amigo. Relájate un poco, joder.

—Ya.

A partir de ese «Ya», la conversación pasó a desarrollarse en susurros. Al menos por mi parte.

—Yo diría que más bien soy un escritor de libros *true crime* haciéndole un caro regalo a un

detective de homicidios. No sé si pillas el trasfondo. En fin. Necesito un informe sobre las muertes extrañas de mujeres embarazadas sucedidas en los estados de Nueva Jersey y de Nueva York durante los últimos diez años. Y no olvides añadir el número de contacto de al menos un familiar de las fallecidas. Suicidios, atropellos, accidentes domésticos..., incluso accidentes de tráfico si contienen algún factor mosqueante. Entiendes a lo que me refiero, ¿no?

—¿Crees que hablas con un paleta? Posibles asesinatos que hayan pasado por accidentes, ¿no?

—Eso. Y que sepas, que con un simple cambio de ropa podrías infiltrarte en una organización criminal de paletos.

—Te diré algo de...

El camarero nos interrumpió cuando la conversación se ponía interesante, dejando la frase de Tony en el aire.

—Un café por aquí... —Dejó la taza delante de Tony; un poco más y mete la barba dentro—. Y un capuchino por allá. Que aproveche, señores.

Agradecemos su amabilidad con dos «gracias».

—A lo que iba: te diré algo de corazón —reanudó Tony, transmitiéndome con su expresión que se avecinaba una coña—. Qué más quisieras tú que parecerte a este menda. No he querido decírtelo al llegar para no herir tus sentimientos, pero ya que te pones criticón..., que sepas que te veo más fondón que nunca. ¿Ya no sales a correr o qué? No sé si te has percatado, pero darle a las teclas no quema grasa. —Puse cara de «¿has terminado ya?»—. En fin. Entonces, entiendo que has finiquitado el libro sobre la muerte de Amy Culkin.

—En diez meses saldrá a la venta.

—Pues quiero veinte ejemplares firmados, o no hay trato.

—Eso está hecho.

Nos sonreímos de medio lado.

—Me pondré con el informe de inmediato, pero no es moco de pavo. ¿Puede saberse qué crimen sin resolver estás investigando?

—El de Kat Guinee Beeman.

—Kat Guine. Sí, lo recuerdo. El hermano estuvo dando la brasa en los medios. Pero ha llovido mucho desde entonces. Creo que se quedó en silla de ruedas mientras protestaba, ¿no? —Me limité a contestar asintiendo con la cabeza. No me apetecía entrar en detalles—. Pues... Trato hecho, entonces. Me largo.

Tony se acabó el café de dos sorbos, cogió la bolsa con el Macallan y se levantó dispuesto a marcharse.

—¿Cuánto tardarás?

—¿Te corre prisa?

—Hombre... Hasta que no tenga el informe no puedo continuar. No al menos como me gustaría.

—Pues..., no sé. ¿Para dentro de una semana?

—Estupendo.

—Pues hablamos el día doce.

—Hasta entonces.

EL INFORME

7 días más tarde

17:46

El piso estaba vacío cuando llegué. Según el pósit pegado en la pantalla de mi ordenador, Haley había salido a correr por Central Park con su amiga Chloe.

«Mi mujer tiene un cuerpo estupendo y yo me acerco peligrosamente a la obesidad —pensé hastiado de mi incapacidad para perder peso—. Tengo que salir a hacer *footing*, joder».

Tony había cumplido con su parte del trato: mi mano sujetaba un informe. Más extenso de lo esperado, por otra parte. No tenía demasiado claro si su grosor era buena o mala señal, pero sí que andar a la caza de similitudes me llevaría más tiempo de lo previsto.

«Es hora de rastrear».

Lo dejé caer a plomo sobre ‘mi mesa de escribir’. Al aterrizar, sonó como una palmada; un «*plas*» que en mi mente se reprodujo como un pistoletazo de salida.

«Ahora vuelvo», le susurré, como si el golpe lo hubiera dotado de vida.

Fui a la cocina a prepararme un café.

Disfrutaba de los momentos previos a una investigación, digamos, a puerta cerrada. El tiempo pasaba volando mientras indagaba en busca de un relámpago que iluminara el caso, de una senda oculta bajo pistas falsas, de un «¡eureka!».

Volví a mi lugar de trabajo dejando tras de mí un rastro de olor a moca.

—Vamos allá —me dije en un susurro.

Dejé la taza sobre la mesa, encendí el flexo, me senté en mi silla de piel negra y abrí el informe, que resplandeció bajo la intensa luz que arrojaba la lámpara.

Tras estudiarlo durante más de dos horas, seleccioné cinco muertes con las que empezar a indagar:

Natalie Graham: Ejecutada de un disparo en la cabeza y otro en el estómago (que acabó con la vida de su hijo nonato) en Brooklyn. Tenía 32 años y estaba embarazada de 7 meses. Caso sin resolver (asesinato).

Lizbeth Alexander: 20 años. Embarazada de 8 meses de gemelos. Secuestrada tras comprar ropa premamá en una tienda de Nueva York. Jamás volvió a vérsela con vida. Caso sin resolver (secuestro).

Gabriela Chakrabarti: 30 años. Se hallaba en el noveno mes de embarazo cuando se desangró tras hacerse cortes profundos en la cara interior de la muñeca. La muerte se investigó, atribuyéndose a una profunda depresión. No obstante, la familia siempre negó que Gabriela fuera una mujer desdichada. Muerte extraña (suicidio).

Linda Pike: Se la encontró colgada de un árbol a las afueras del pueblo de Glen Cove, a una hora en coche de Manhattan, donde residía. Estaba embarazada de trillizos, que no sobrevivieron. Supuestamente, estacionó al lado de un árbol, se subió al capó, ató una cuerda a una de sus ramas, se ciñó la soga al cuello y saltó. Como en el caso de Kat, nunca llegó a

entenderse por qué viajó a un lugar al que no le unía ningún lazo familiar ni de amistad. Como en el caso de Gabriela Chakrabarti, su familia negó rotundamente que Linda tuviera ningún tipo de depresión o enfermedad psiquiátrica, ni motivos para quitarse la vida. No obstante, el Departamento de Policía de Nueva York investigó la muerte y determinó que se trataba de un suicidio. Muerte extraña (suicidio).

Ivana Girosó: Atropellada en Trenton. Los hechos se registraron alrededor de las 21:50 horas, cuando la mujer intentó cruzar la carretera y fue atropellada por un vehículo que se dio a la fuga. La investigación policial apuntó desde un principio a un homicidio involuntario con posterior fuga. Nunca se halló al conductor. Muerte extraña (atropello).

—Veo que ya tienes el informe, ¿eh?

Estaba tan inmerso en mis averiguaciones que no oí entrar a Haley.

—Hola, amor. —Se acercó y me besó en los labios sin que me levantara de la silla. Llevaba puestas unas mallas que realzaban su figura—. Sí. Estaba a punto de ponerme a llamar a los primeros familiares.

—Uf... Intenta no darles falsas esperanzas, por Dios, que luego todo son «tú me dijiste que...».

—Tranquila, que a base de hostias he ido aprendiendo. «No estoy investigando la muerte de sus hijas», es lo primero que voy a decirles; luego, que estoy escribiendo un ensayo sobre la actuación policial en casos sin resolver. —Resoplé abrumado por el trabajo que tenía por delante—. Supongo que para contestar a algunas de mis preguntas necesitarán hacer averiguaciones. En fin. Haré lo que hago siempre: formularé las preguntas y les daré tiempo para que busquen las respuestas que desconocen. Si en un par de días no tengo noticias, insistiré, haciendo hincapié en que mi ensayo ayudará a que el cajón con la etiqueta ‘crímenes sin resolver’ reciba menos informes. Tengo intención de denunciar la facilidad con la que algunos asesinos logran dar gato por liebre a la Policía. A veces parece que los detectives de homicidios solo piensan en cerrar una investigación para saltar a la siguiente.

—¿De cuántas familias estamos hablando?

—En el informe constan cuarenta y dos sucesos.

—Wow. Pues que te sea leve, cielo. Yo voy a leer un rato en el sofá.

—Hablo con los primeros cinco familiares y luego preparo la cena, ¿te parece?

Mi esposa salió del despacho tras besarme nuevamente en los labios y susurrar «tranquilo. Tú a lo tuyo, mi *bestselerillo* precioso. La cena déjala en mis manos».

«Antes de llamar a nadie...», cavilé en cuanto Haley cerró la puerta. Cogí una hoja en blanco y empecé a anotar los factores que a mi entender podían aportar coincidencias:

-Ginecólogo.

-Clases preparto.

-Lugar de trabajo.

-Parejas sentimentales.

-*Modus operandi*.

-Parecido físico.

Intenté agudizar mi ingenio, pero no di con más opciones.

«Si alguna de las características coincide, como que dos de las fallecidas fueran a las mismas clases preparto, estaré más cerca de gritar “¡eureka!”».

Mi teoría era evidente: quien mató a Kat Guinee había matado a más mujeres con su mismo perfil.

Antes de marcar el número de teléfono del marido de Natalie Graham, la mujer de treinta y dos años asesinada de un disparo en la cabeza y otro en el estómago en el municipio de Edison, Nueva Jersey, se me pasaron por la cabeza unos cuantos pensamientos de lo más inoportunos:

«Puede que me esté equivocando de pleno. No es probable que quien matara a Kat Guinee supiera lo de su embarazo.

»Ni su familia estaba al tanto, joder.

»Tuvo que ser el hombre que la preñó.

»O eso o, ¿la eligieron al azar?

»Su embarazo no tiene por qué estar relacionado.

»Voy a perder el tiempo.

»No.

»Lo estoy haciendo bien, hostia. Como siempre. Debo buscar donde nadie lo hizo».

Aquella desconfianza aparecía siempre al inicio de las investigaciones.

—Donde nadie buscó —dije en alto, tratando de infundirme aliento.

Y descolgué el teléfono de mi despacho.

COINCIDENTES

17 días después

16:12

Cuando entré entusiasmado en el salón, presencié una escena de lo más atrayente: a Haley formando una V invertida con su cuerpo. La observé ante el televisor sin que ella se diera cuenta, tomando clases de yoga online sobre una esterilla.

«Está monísima retorciéndose como una anguila».

Me entraron ganas de arrancarle las mallas a mordiscos y hacerle el amor sobre la esterilla. En cambio, lo que hice fue carraspear tratando de llamar su atención. Ya habría tiempo de hincarle el diente.

—Ah, hola, cielo.

Puso el vídeo en pausa con el mando a distancia.

—Hola, amor.

—¿Alguna novedad?

Llevaba días enclaustrado en mi despacho, haciendo llamadas, confirmando datos, pasando de una familia a otra, sometiéndolos a preguntas que los devolvían a un terrible pasado que trataban de olvidar.

No podía —o más bien, no quería— fiarme de la palabra de nadie, ni siquiera de la de un afligido cónyuge. Y ese hecho me aportaba el doble de trabajo. Si un marido me daba el nombre de un ginecólogo, debía confirmarlo hablando con una de las amigas de la fallecida. Los médicos, por norma general, no dan datos de sus pacientes a no ser que vayas con una placa por delante. Averiguar y corroborar vía telefónica: diecisiete días seguidos procediendo del mismo modo. Cierto es que otros investigadores de mi gremio se presencian en las casas de los familiares de las víctimas con una sonrisa en los labios, pero yo llevaba más de una década trabajando telefónicamente y a base de videollamadas y me funcionaba a las mil maravillas. Mi técnica podía inducir a pensar que incitaba a la sospecha, pero yo tenía mis métodos ‘ganar confianza’; y un nombre famoso.

Ginecólogos. Clases parto. Lugares de trabajo. Parejas sentimentales. *Modus operandi*. Parecidos físicos... Mi mesa estaba llena de papeles y mi mente cansada de cruzar datos.

Hasta hacía diez minutos no había encontrado nada más allá del inconsistente hecho de que algunas víctimas residieran en la misma ciudad. Lógico, por otra parte, cuando en Nueva York conviven más de diecinueve millones de personas.

—No te lo vas a creer —dije emocionado mientras me sentaba en el sofá. Haley se quedó sobre la esterilla con las piernas cruzadas—. Diecisiete días acumulando información y no había conseguido nada. Pues bien, hace unos minutos he hablado con el padre de Amanda Smith. El lunes me prometió que averiguaría el nombre de la clínica donde trataban el embarazo de su hija, y que me daría un toque en cuanto lo supiera. Pensaba que el hombre ya se había olvidado de mí, pero estaba equivocado. Me ha llamado hace un rato, y tras cotejar el nombre de la clínica con

las que trataban a las demás fallecidas...

Alcé las cejas en plan misterioso.

—Has dado con una coincidencia.

—A Linda Pike la encontraron colgada de un árbol a las afueras del pueblo de Glen Cove, a una hora en coche de Manhattan, donde residía. Estaba embarazada de trillizos. Como en el caso de Kat, nunca llegó a entenderse por qué se trasladó para quitarse la vida a un lugar al que no le unían lazos de ningún tipo. El Departamento de Policía de Nueva York investigó la muerte y lo tildó de suicidio.

»Amanda Smith fue atropellada mortalmente en Queens gestando gemelos, que los paramédicos no pudieron salvar. El conductor se dio a la fuga. La investigación policial etiquetó el suceso de homicidio involuntario con posterior fuga. Nunca se halló al conductor.

»Los perfiles de las fallecidas y sus modos de morir son sospechosamente parecidos. —Haley asintió visiblemente consternada por mis explicaciones—. Las dos estaban embarazadas, las dos vivían en Nueva York, ambas familias negaron que tuvieran motivos para suicidarse..., y ahora acabo de descubrir que las trataba la misma ginecóloga. Las similitudes con la muerte de Kat son, como poco, mosqueantes; las tres murieron en circunstancias que arrojaron serias dudas.

—¿Y crees que lo hizo la misma persona?

—Presiento que los tres crímenes los cometió un misógino que acecha a mujeres embarazadas. Primero acabó con Kat, un año y ocho meses después con Linda Pike, y medio año más tarde con Amanda Smith. Salir indemne del asesinato de Kat debió darle alas, y decidió dar un salto cuantitativo, sesgar más vidas de una tacada. Kat estaba embarazada de una sola criatura, pero Linda gestaba trillizos y Amanda gemelos. Tal vez esté equivocado de cabo a rabo, pero no negarás que son circunstancias siniestramente coincidentes.

—Demasiado coincidentes como para no esconder algo turbio, diría yo.

Asentí con la cabeza lenta y repetidamente.

—¿Acabo de abrir una nueva vía de investigación en un caso que llevaba muerto más de cuatro años? El tiempo lo dirá. No obstante, el asunto apunta maneras.

—¿Cómo es posible que la Policía no advirtiera esas coincidencias?

—La falta de pruebas, de testigos, de móvil, el paso del tiempo, la ubicación geográfica, los errores humanos... Hay tantos factores que influyen, que el más mínimo desliz puede cambiar el cauce de una investigación. El caso es, que los casos, valga la redundancia, se enfrían y se dejan de lado. Si se reabrieran todos los ‘sin resolver’ de Estados Unidos, que rondan el treinta y cinco por ciento, te aseguro yo que como poco se resolverían la mitad. Si se pusieran ganas, claro. Es aterrador pensar que haya tanto asesino suelto, ¿verdad? ¿Con cuántos nos habremos cruzado paseando por Central Park? En fin. Mejor no pensar en eso.

Mi esposa empezaba a poner cara de «necesito un respiro».

—Entonces, ¿vas a volver a encerrarte en tu despacho? Cuidadito con las obsesiones, cielo, que no son buenas para ningún trabajo.

—No. Necesito tomar el aire. ¿Te apetece dar un paseo por Central Park?

—Claro. Me cambio y nos vamos. A ver con cuántos asesinos nos cruzamos hoy.

Reí mientras pasaba por delante de mí. Su contoneo de caderas espabiló del todo mi aptitud sexual, que sus ‘posturitas’ habían despertado poco antes.

«Cuando volvamos del paseo me da que en este piso va a haber temita...».

Me relamí de solo imaginarla desnuda sobre la cama.

Tras cambiarse de ropa, abandonamos nuestro lujoso piso y cogimos el ascensor dispuestos a

dar un agradable paseo por el verde pulmón de Manhattan.

«Linda Pike. Amanda Smith. Clínica Clifford... —pensé mientras superábamos uno a uno los veinte pisos que nos separaban de la planta baja—. Mañana tengo visita con el ginecólogo».

LA SECRETARIA

El móvil de Haley sonó mientras desayunábamos a la mesa de la cocina.

—Es Chloe —descubrió tras mirar su pantalla, con el ceño fruncido—. Qué raro.

Pasaban poco más de diez minutos de las ocho de la mañana. No recordaba la última vez que alguien nos había telefoneado tan temprano.

—¿Qué pasa? No. ¿Por? No fastidies. —Los aspavientos de mi esposa no presagiaban nada bueno—. Ahora mismo lo miramos. Gracias por llamar, *cuchi*. Luego te doy un toque, ¿vale? Besitos.

—¿Qué pasa?

—Coge tu *tablet* y entra en el New York Post. Alguien se ha ido de la lengua. ¿Les dijiste a los familiares de las víctimas que no airearan vuestras conversaciones?

—Sí. Pero este es un país libre.

—¿Les hablaste de Kat Guinee?

—No. Les expliqué que estaba escribiendo un ensayo sobre la actuación policial en casos sin resolver. Ya te lo dije.

—Pues algunos no te entendieron o no quisieron entenderte.

—Entonces...

—Ve a por tu *tablet*, anda.

Fui a paso ligero hasta mi despacho, cogí mi *tablet* y volví a la carrera.

De nuevo junto a mi esposa, accedí a la página web del New York Post mientras ella asomaba la cabeza por encima de la pantalla.

—Baja más. —Mi dedo arrastraba noticias como si no hubiera un mañana—. Más, más, más... ¡Ahí!

Casi me deja sordo.

El título de la noticia era una pregunta lanzada sin miramientos: «¿Anda Robert Rickman tras la pista de un asesino de mujeres embarazadas?».

Eché un vistazo al cuerpo del artículo. Un párrafo me dejó petrificado sobre mi silla: «La investigación que está llevando a cabo Robert Rickman sobre las muertes de Linda Pike y Amanda Smith hace presagiar que el escritor rastrea a un asesino que —supuestamente—, ha logrado engañar a la policía fingiendo un suicidio y un atropello. ¿Volverá Rickman a repetir el éxito de *Una verdad monstruosa*?».

El artículo lo firmaba un tal Samuel Rubini.

«Será hijo de perra».

Tras permanecer unos segundos en *shock*, cogí mi taza de café y la lancé contra el suelo. Por suerte, aquella mañana ya había ingerido mi dosis habitual de cafeína.

—Tranquilo, cielo.

—¿¡Tranquilo!? ¿¡Quién cojones le ha dicho a ese gilipollas que estoy investigando las muertes de Linda Pike y Amanda Smith!?

—Pues alguno de los familiares de las fallecidas, obviamente. Dijiste que a Linda Pike la

encontraron colgada de un árbol a las afueras de Glen Cove, ¿no?, y que la policía dictaminó que se había suicidado, pero que su marido nunca estuvo de acuerdo con dicho dictamen, ¿sí?, y que la muerte de Amanda Smith se catalogó de homicidio involuntario con posterior fuga. Es evidente que alguno de sus familiares tradujo tu interés como una última posibilidad de saber la verdad.

«Es parte de mi trabajo», me dije, intentando calmar mi furia.

—Siempre sabes cómo apaciguarme.

—Tengo años de experiencia.

Sonreí.

—En fin. Que digan lo que quieran. Yo a lo mío.

—Bien dicho. ¿Vas a ir a hablar con la ginecóloga?

—Por supuesto. En cuanto limpie este destrozo.

Observé los pedazos de cerámica esparcidos por el suelo de la cocina junto a alguna que otra gota de café.

—Las tazas pueden comprarse —dijo Haley, como siempre, comprensiva.

Una hora más tarde

El nombre de la clínica resplandecía sobre un fondo marfil en el frontal de la techumbre ondulada que recorría su fachada. El resto era de cristal; si bien, su interior quedaba fuera del alcance de los transeúntes.

Llamé al portero automático.

Di mi nombre y me abrieron.

Hallé una sala de espera de paredes de madera nogal, adornadas con tres grandes fotografías: la de una mujer amamantando a su recién nacido, la de unos niños corriendo por una pradera, y una que contenía una sucesión de imágenes mostrando la evolución de la tripa —y del feto— a lo largo del embarazo. Dos embarazadas aguardaban leyendo revistas del corazón mientras los supuestos culpables de sus embarazos mataban el tiempo con sus teléfonos móviles. Al fondo de la amplia sala, tras un elegante mostrador blanco que llevaba serigrafiado el logotipo de la clínica, una mujer joven me observaba con una expresión recelosa. Supuse que no estaba acostumbrada a ver entrar a hombres solos. Morena y de tez clara, como la bata que vestía, me habló en cuanto me tuvo enfrente.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarle, caballero?

—Soy Robert Rickman. —Por su gesto, deduje que no había oído hablar de mí—. Me gustaría hablar con la doctora Bloom de un asunto importante.

—¿Sobre qué tema?

—Soy escritor y necesito hacerle unas preguntas sobre una cuestión, digamos, de índole criminal.

La chica arrugó la frente, ostensiblemente asombrada por la naturaleza de mi visita.

—¿Conoce a la doctora?

—Personalmente, no. Pero ella tal vez sí haya oído hablar de mi trabajo.

Sonrió de medio lado. Su mueca me hizo sospechar que sabía perfectamente a quién tenía delante.

—Espere un momento.

—Claro.

La secretaria se levantó y anduvo por el pasillo que se abría a su izquierda, hasta alcanzar la última de las cuatro puertas de las que disponía. Entró sin llamar.

«Si Bloom estuviera pasando consulta, hubiera llamado antes de entrar. O podría haberla llamado por el interfono... A lo mejor hay suerte y mi buena reputación acorta la espera».

La secretaria volvió antes de que se cumpliera un minuto de su marcha.

—Me ha dicho que vuelva a las cuatro y le atenderá encantada.

«Pues esta vez no ha habido suerte».

—Perfecto. Muchas gracias.

—Un placer.

«Me paso el día llamado por teléfono, y hoy... —pensé mientras abría la puerta de salida—. Manda cojones. Podría haberme ahorrado el viajecito con una simple llamada».

A veces me sorprendía de mi eficiencia; otras, de mi falta de pragmatismo.

15:49

La secretaria me acompañó hasta la puerta de la consulta, llamó con los nudillos y ambos oímos un «adelante».

—Puede pasar, señor Rickman.

La secretaria hizo un ademán con la mano, señalándome el interior de la consulta.

—Gracias.

—Un placer.

Encontré a Cameron Bloom de pie junto a un sillón de esos en los que las mujeres se ponen abiertas de piernas, pegado a una de esas máquinas que les muestran el feto a los especialistas. He de admitir que no estaba muy puesto en temas de obstetricia.

Se acercó y me tendió la mano. Se la estreché; me sorprendió la suavidad de su piel y el largo tiempo que me la sostuvo.

—Tome asiento, señor Rickman.

Se sentó a su mesa de consultorio mientras yo lo hacía en una de las sillas habitadas para las visitas y sus acompañantes.

Cameron Bloom llevaba el pelo más corto que yo. Sus abisales ojos verdes auguraban que no se andaba con chiquitas. Sus facciones también sugerían que estaba ante una mujer sin complejos; sus labios finos, su nariz aguileña pero con encanto, y su mentón afilado, que combinaba a la perfección con su estrecho y alargado cuello, le conferían un aspecto de ave rapaz.

—Cuénteme. ¿Qué puede requerir el gran Robert Rickman de una ginecóloga? Llevo un buen rato devanándome los sesos.

Aprecié su tono socarrón, y su mirada perspicaz.

«Ya tardaba en aparecer la lista de turno».

—Dos mujeres a las que usted trataba murieron hace un par de años en circunstancias anómalas y me gustaría hacerle unas preguntas al respecto.

—¿Y sus nombres son...?

— Linda Pike y Amanda Smith. ¿Las recuerda?

—Cómo olvidarlas. Me dolieron mucho sus muertes. Pero... ¿Debo recordarle que usted no es

policía, que no puede ir por ahí pidiendo datos confidenciales?

«Confirmado: la lista de turno».

—Lo primero, soy un ciudadano; lo segundo, un escritor, y lo tercero, un investigador cojonudo, y usted, señora Bloom, es una ginecóloga de renombre, y también una ciudadana. Le pido ayuda por el bien de otros. Pretendo escribir un ensayo sobre el asesinato de una mujer embarazada. Su asesino sigue libre, y temo que las embarazadas de Nueva York estén en su punto de mira. ¿Quiere constar en mi libro como la ginecóloga que se negó a colaborar, o, dada la magnitud de la amenaza, como quien me tendió la mano? A muchas de sus pacientes les parecerían sospechosas sus reticencias, ¿no cree?

—¿Me está amenazando?

—Por Dios, no. Solo intento resolver un crimen.

—Usted lo que pretende es llenarse los bolsillos a costa de una desgracia.

—Busco justicia. No creo que a nadie le haga daño que mientras tanto venda unos cuantos millones de libros. ¿O sí? ¿O eso le molesta? —La ginecóloga me ofreció una sonrisa de medio lado—. Póngase en el lugar de los familiares. Si Kat fuera su hija, ¿le importaría que yo sacara tajada, o únicamente que su asesino se pudriera en la cárcel?

—No me gustan las personas que se aprovechan de los demás. Y delante de mí veo a un millonario buscando enriquecerse a costa del morbo de otros. Yo no tengo esas tendencias, ¿sabe? Si paso por delante de un accidente, miro hacia otro lado. Además, si tanto le preocupa el bienestar de esas familias, ¿por qué no les dona parte de las regalías de sus obras? Sus hijas, mujeres y hermanas no volverán, pero unos cuantos fardos de billetes les ayudarían a vivir desahogados. Un *milloncete* por aquí, otro por allá... —Ignoré su comentario: Robert Rickman no era una ONG—. En fin. Que le ayudaré, pero por las familias de esas pobres criaturas. No obstante, no creo que pueda aportar demasiado. Eran mujeres normales —explicó, en apariencia dispuesta a colaborar aunque fuera a regañadientes—. Agradables. Buenas personas, me atrevería a decir.

Tras quedarse a gusto, Bloom se abstraigo en la madera blanca donde apoyaba los brazos. Su expresión se relajó y se le empañaron los ojos. Parecía estar echando la vista atrás, recordando los rostros rollizos de las fallecidas, sus sonrisas ilusionadas, sus pesadas barrigas y las ecografías de los bebés que nunca llegaron a llorar.

—¿Ningún detective habló con usted? —pregunté, sacándola de su abstracción.

—No.

«Increíble».

—¿Y no le pareció extraño que dos mujeres a las que trataba murieran en extrañas circunstancias en un espacio de tiempo tan corto?

—¿Qué insinúa, señor Rickman? No fueron extrañas. Eso se empeña en decirlo usted. Según tengo entendido, a una la atropellaron y la otra se suicidó. Ni siquiera llegué a conversar con los maridos. No sé cómo tuvieron fuerzas para llamar y anular las visitas. Luego leí algo en la prensa, pero eso fue todo. La vida sigue. Son cosas que pasan.

—Le pido disculpas si mi pregunta la ha ofendido.

—No pasa nada. Pero ¿sabe usted cuántas mujeres embarazadas se suicidan cada año solo en Estados Unidos?

—No.

—Pues se sorprendería. ¿Y cuántas personas mueren atropelladas? Un montón.

—Ya. ¿Pero mujeres atropelladas estando embarazadas? Ahí no creo que sean tantas.

Cameron Bloom frunció el ceño y achinó los ojos, supuse que recapacitando.

—Tal vez hayamos empezado con mal pie, señor Rickman.

—Aún estamos a tiempo de volver a empezar.

—Eso siempre. Y de dejarnos de rodeos, si le parece.

Sonreí.

—¿Advirtió algo extraño durante las últimas visitas de las fallecidas?

—No recuerdo gran cosa. Han pasado, ¿cuánto, cuatro años?

—Más o menos.

—Lo que sí puedo asegurarle es que no mostraban signos de depresión. Más bien lo contrario: estaban ilusionadas con su futura maternidad.

Tuve un repentino y oportuno pensamiento: «Es probable que el asesino supiera que estaban embarazadas de trillizos y gemelos».

—¿Quién tiene acceso a los expedientes clínicos?

—Únicamente yo.

—¿Nadie pudo entrar en su despacho cuando usted no estaba y echarles un vistazo? ¿Tenía por aquel entonces a la misma secretaria que ahora?

Bloom mudó de semblante. Sus reticencias habían quedado atrás; ahora mostraba una expresión de sorpresa, como quien reconoce a un amigo de la infancia entre un gentío.

—Lo había olvidado.

—¿El qué?

—Sorprendí a mi anterior secretaria rebuscando en el armario donde guardo los expedientes clínicos. Justo a su espalda. —Me volví para observarlo: un armario común de madera blanca—. Digo ‘sorprendí’, porque recuerdo que dio un respingo al verme. Sus funciones eran dar la bienvenida a los pacientes, atender al teléfono, aclarar dudas a los pacientes, gestionar los turnos y citas..., pero tenía prohibido el acceso a los expedientes. Obviamente, le pregunté qué hacía en mi despacho en mi ausencia y sin mi permiso, y me contestó que su ordenador se había quedado colgado, que no podía acceder a su lista de teléfonos y que necesitaba llamar a una paciente para anular una visita. No recuerdo los detalles. Lo cierto es que no había vuelto a pensar en aquello hasta ahora.

—¿Y dice que dejó el trabajo?

—Más o menos un año después. Dijo que había encontrado uno más cerca de casa. Las secretarías van y vienen, así que le deseé suerte y busqué a otra.

—¿Puede facilitarme su nombre, dirección y número de teléfono?

—Pero haga el favor de no decirle que se lo he dado yo.

—Por descontado. Yo nunca revelo mis fuentes. Uso nombres ficticios. Si necesito poner el nombre real, antes pido permiso. A no ser que sea el de un criminal; entonces no me ando con chiquitas.

Hizo una mueca ojeriza. Debió pensar: «¿Me amenaza con descreditar me en su maldito libro y luego me suelta que nunca revela sus fuentes a no ser que tenga permiso?».

No obstante, se abstuvo de comentar nada al respecto.

—Era una trabajadora eficiente y educada. Ni siquiera la abronqué. Me dio un buen motivo y la creí. Nunca me dio razones para dudar de ella.

—Pues si me facilita sus datos...

—Un momento.

Pulsó las teclas de su ordenador portátil, abierto sobre la impoluta mesa de su consulta. En

poco más de un minuto, la impresora a su espalda escupió una hoja con los datos de la que fue su secretaria.

—Aquí tiene.

Cogí el documento.

—Es probable que vuelva a hacerle una visita.

—Aquí estaré para atenderle lo mejor que pueda.

—Gracias.

Leí para mí mismo bajo la atenta mirada de la doctora:

«Olivia Anderson.

Fecha de nacimiento: 17 de agosto de 1990.

Dirección: 42-50 de Elbertson St, piso 3B, Queens, Nueva York».

Dejé de leer y me puse en pie.

—Que tenga un buen día, doctora.

—Lo mismo le digo. Suerte con la búsqueda.

—Gracias de nuevo.

Caminé hacia la puerta dispuesto a seguir indagando.

«Próxima parada: piso 3B del 42-50 de Elbertson Street».

17 minutos después

Pulsé el botón correspondiente al 3B. En el portero automático no constaban los nombres de los inquilinos, hecho que me hizo dudar de si Olivia Anderson seguía viviendo en aquel bloque de fachada de ladrillo visto anaranjado.

«Estará trabajando —me figuré—. ¿Y si la llamo al móvil? —Me encogí de hombros—. No pierdo nada intentándolo. A ver si hay suerte y coge la llamada».

Saqué la hoja con los datos que me había facilitado la «encantadora» doctora Bloom y marqué el número de móvil que constaba.

«Dios, no me hagas dar más vueltas».

Notaba las piernas cansadas.

Un tono.

Dos tonos.

Tres tonos.

«Vamos, joder».

Cuatro...

—¿Sí?

—Hola. ¿Olivia?

—Sí. ¿Quién es?

—Robert Rickman, escritor de libros *true crime*.

—¿Quién?

—Escribo sobre crímenes y me gustaría hacerle unas preguntas sobre Linda Pike y Amanda Smith, quienes trataban su embarazo en la clínica Clifford cuando usted trabajaba allí. ¿Podemos charlar hoy, o mañana, donde a usted le parezca?

No obtuve respuesta, solo un silencio que advertí como un buen síntoma, pero también como un indicio peligroso. Olivia seguía al aparato —escuchaba su respiración acelerada al otro lado

del altavoz—, sin embargo, temí que me colgara en cualquier momento.

—¿Olivia, sigue ahí?

—No vuelva a llamarme o lo denunciaré por acoso.

—Pero yo solo...

—Calle y escuche. Si se presenta en mi piso, lo denuncio. Si vuelve a llamarme, lo denuncio.

No quiero hablar con usted. ¿Le ha quedado claro? Conozco a los tergiversadores de su calaña.

Respete mi intimidad y lárguese con sus preguntas a otra parte.

—Pero...

Colgó, dejándome con la palabra en la boca.

Suspiré mientras me guardaba el móvil en el bolsillo.

«Hoy he conseguido avanzar, y no poco —me dije mientras cruzaba la calle rumbo a mi coche—. Pero también me he topado con una piedra en el camino. ¿Lo negativo? Olivia Anderson se niega a hablar conmigo, lo que me aboca a un callejón sin salida. ¿Lo positivo? Su reacción demuestra que marchó hacia el callejón correcto.

CURADOS DE ESPANTO

Randall Jacobs

Entrar en casa junto a mi esposa y compañera de trabajo y toparme con aquella cálida estampa, borró de un plumazo los horrores que habíamos visto aquella tarde.

Mi madre y Ewan miraban dibujos animados acurrucados en el sofá.

Sentí cierta envidia.

«Nos estamos perdiendo su infancia».

Mi universo dio un vuelco el día que Dakota me dejó entrar en el suyo. Los últimos cuatro años habían pasado en un suspiro; un suspiro que encerraba más amor que toda mi vida previa. Dakota condensaba mi mundo, reduciéndolo a una burbuja donde solo cabía ella, mi hijo y mi madre. Todo lo demás se había vuelto secundario. Dejé de vivir para mi trabajo para trabajar para vivir. No obstante, cada mañana me costaba más alejarme de Ewan. Cuando mis fuerzas flaqueaban, cuando una voz interior me gritaba «¡*carpe diem!*!», otra se encargaba de recordarme quién era: «Eres un maldito perro de presa. Abandonar tu trabajo significa abandonar a las víctimas».

—¡Papá, mamá!

Ewan corrió hacia nosotros mientras mi madre sonreía como cada día al vernos llegar a casa. Primero abrazó a su madre y luego envolvió mi cintura con sus delgados brazos.

Dakota dejó su bolso sobre la mesa mientras yo colgaba mi abrigo en el perchero.

—He preparado la cena —nos informó mi madre—. Solo hay que calentarla.

—Ay, *suegrecita*...—dijo Dakota mientras la abrazaba—. Qué haríamos sin ti.

Cuando se separaron, me acerqué para darles un beso en la mejilla a las dos.

—Hola, mamá. ¿Todo bien?

—Este granujilla no se ha acabado la merienda, pero por lo demás, estupendamente.

Nuestro hijo nos miró con cara de circunstancias.

—Muy mal —lo regañó Dakota—. Tienes que comértelo todo, que pareces un fideo.

«Un fideo —pensé—. Como yo a su edad y, por ende, como Lewis».

Mi madre llevaba un año viviendo con nosotros y no había vuelto a «ver» a mi hermano. Poco después de que abandonara la casa donde había pasado toda su vida y mudarse a la nuestra —ahora también la suya—, se me acercó un día cualquiera, me agarró del brazo suavemente y me susurró al oído: «Tu hermano me ha dicho que te diga una cosa: «Siempre estaré contigo, Randall, pero debo irme». Ahora, cuando habla de Lewis, lo hace como ‘el hijo que perdí’.

—Si quieres hacer el salto de la lagartija con tu mujer —dijo mi madre cuando Ewan volvía a estar bajo el influjo de los dibujos animados—, me quedo aquí, subo un poco la tele y vosotros podéis darle a la mandanga.

Sus ‘ocurrentes’ comentarios ya no nos sonrojaban; estábamos curados de espanto.

—¿El salto de la lagartija? —preguntó Dakota.

—¡Por Dios, no preguntes, mujer! —espeté sonriente—. Si le entras al trapo, ¿cómo quieres

que deje de decir sandeces?

—Tú calla, *atontao* —Mi madre negó con la cabeza mientras miraba a Dakota con gesto resignado—. Para tu información, nuerecita, el salto de la lagartija es el mismo que el del tigre. El hombre se sube al armario, salta sobre la mujer en plan Tarzán y... Pero como el armario de vuestra habitación es empotrado..., pues sería el de la lagartija.

Dakota se echó a reír a carcajadas. Os juro que intenté no reírle la gracia, pero me resultó imposible.

Entrábamos en nuestra habitación para ponernos cómodos, cuando el móvil de Dakota nos avisó de que habíamos recibido un mensaje en nuestro correo conjunto.

Dakota manipuló su teléfono y formuló un «mira» con cara de asombro. Se me acercó con el aparato en alto.

—Araya Pal nos ha enviado un enlace al New York Post. Raro, ¿no?

Araya había escrito: «Esto huele a chamusquina».

—Ábrelo a ver.

El dedo índice de mi esposa oprimió la pantalla táctil. Un segundo después, descubrimos un artículo digital que, como presentía nuestra compañera de trabajo, parecía encerrar un misterio: «¿Anda Robert Rickman tras la pista de un asesino de mujeres embarazadas?».

A Dakota se le escapó un «¡hostia puta!».

Yo me quedé sin palabras.

Leímos el resto del artículo para nosotros mismos.

—Crees que... —susurró Dakota, reflexiva tras terminar de leer.

Resoplé y me senté al borde de la cama.

—Déjame pensar.

Me froté las sienes con saña mientras trataba de alcanzar un ‘veredicto’.

—Si está escribiendo sobre la muerte de Kat Guinee, seguro que... Busca el número de Jorge Villamil. Conecta el altavoz y llámale.

Mi esposa dedujo cuáles eran mis intenciones.

Procedió diligente y Villamil descolgó de inmediato.

—¿Sí?

—Hola, Jorge —saludé risueño—. Soy Randall Jacobs, el detective que...

—Sí, sí, sé quién es usted. Cuanto tiempo. ¿Ha pasado algo?

—No, no, no se preocupe. Pero, oiga, ¿no habrá hablado con usted el escritor Robert Rickman?

—Hará más o menos un mes, sí. ¿Por? ¿He metido la pata? No le conté gran cosa. Que oí un ruido, me asomé por la ventana y vi a la chica.

—Tranquilo. No se preocupe. Gracias por atenderme.

—De nada. Adiós.

—¿Sabes qué te digo? —dijo Dakota tras colgar, con una sonrisa en los labios que claramente trataba de calmar mis ánimos—. Que me alegro por Alan y Catherine.

—Lo único que puede pasar es que nos haga quedar como a unos ineptos.

—Ojalá.

—Eso mismo digo yo.

—¿Vamos a hacer algo al respecto?

—Por mí, dejarle trabajar en paz.

—Eso mismo pensaba yo. —Dakota asintió con la cabeza, satisfecha por nuestra complicidad —. Y cambiando de tema... ¿Vas a hacerme el salto de la lagartija o no?
Mi esposa intentaba distender la extraña atmósfera que había creado el artículo.
Lo consiguió en parte.
Y no, no hice el salto de la lagartija.

TIEMPO DE PERSUASIÓN

Robert Rickman

—¿Y ahora qué? —preguntó Haley tras escuchar mi resumen sobre lo sucedido aquel día de investigación.

—La investigaré a fondo. Es evidente que guarda relación con el crimen, pero ¿cuál?

—Solo se me ocurre que conociera al asesino y que le ayudara a buscar mujeres embarazadas.

—Por eso debo indagar en sus redes sociales. De momento lo haré por mi cuenta, pero si no avanzo tendré que pedirle ayuda al sheriff Keegan. En fin. Voy a buscarla en Facebook, a ver qué averiguo.

Cogí mi *tablet* y entré en la citada red social.

Advertí que había recibido varios mensajes de whatsapp.

Abrí la aplicación y el aliento se me congeló en la garganta.

—Dios santo. Tengo un mensaje de Olivia Anderson.

—¿Y qué dice?

—«Investigue a Will Greer Arnold. Es todo lo que puedo darle. No intente contactar conmigo, se lo suplico».

Contesté con un «gracias».

—¿Sabes quién es ese tal Will Greer Arnold?

—¿Que si lo sé? Por supuesto: la coartada de Reid Clements, el primer sospechoso del caso. Clements le dijo a Randall Jacobs y Dakota Siegel que estuvo en Boston el día de los hechos, en casa de un amigo: Will Greer Arnold.

—¿Y ahora qué? —preguntó mi esposa por segunda vez aquella tarde.

—Tendré que hacerle una visita. Tengo sus datos en alguna parte.

—Esto empieza a ponerse serio. —El miedo empezaba a hacer mella en el rostro de Haley—. ¿Y si Will Greer es el asesino de Kat Guinee, Linda Pike y Amanda Smith?

—Si me hubiera echado atrás cada vez que le he visto las orejas al lobo, no hubiera llegado a vender más de cien millones de libros, ¿no crees?

»Tranquila. Iré armado.

»Es hora de echar mano de mi famosa persuasión.

WILL GREER

Pensé que lo conveniente era llamar a su puerta cuando la noche hubiera caído sobre la capital del Estado de Massachusetts. Presentarme de improviso, sin darle tiempo de maquinarse.

Aparqué mi coche en un parking subterráneo.

Con mi maletín auestas, una Smith & Wesson en el bolsillo y el cansancio de un viaje de tres horas y media sobre los hombros, anduve por las arterias de Boston como una partícula de polución más, rumbo a Will Greer como una densa niebla cargada de interrogantes.

Andaba sin cita previa, pero con la convicción de que el viaje no sería en balde; en caso de que se negara a recibirme, guardaba un as en la manga: el sheriff Keegan.

«Buscando al asesino de Kat daré con el de Linda y Amanda», presentí antes de mirar la hora en mi reloj de pulsera: las 21:23.

Will Greer vivía en el número 116 de la calle Myrtle, en el segundo piso de un edificio de ladrillo visto anaranjado de tres plantas, ubicado en una calle de un solo sentido ligeramente inclinada.

Esta vez, en el portero sí constaba su nombre.

Pulsé el botón correspondiente al segundo piso.

—¿Sí?

—¿Will Greer?

—Sí.

—Soy el escritor Robert Rickman. ¿Podemos hablar un momento en privado?

—¿Qué quiere?

—Hacerle unas preguntas.

—¿Sobre qué?

—En la calle hace frío. ¿No podría invitarme a un café?

—No acostumbro a invitar a desconocidos. No vuelva a llamar a este timbre o...

«Se acabaron las medias tintas».

—¿O qué? ¿Llamarás a la policía? Mira que lo dudo.

—Váyase a tomar por culo.

Colgó el telefonillo.

Dejé el maletín en el suelo y me apoyé en la fachada.

Medité cómo proceder.

«No voy a largarme de aquí hasta que ese niño escuche lo que tengo que decir».

Llamé al primer piso.

Contestó una mujer.

—¿Sí?

—Traigo una pizza para Will Greer.

—Se ha equivocado. Es en el piso de arriba.

Sonó el esperado «meeeeec».

—Gracias —dije mientras empujaba la puerta.

«Pan comido».

Subí las escaleras sin encender la luz.

Llamé al timbre del único piso que tenía la segunda planta.

A los pocos segundos se entreabrió la puerta.

El rostro de Will Greer asomó bajo un pasador con cadena. Ni de lejos rebasaba el metro sesenta. Había visto su foto en uno de los expedientes que me facilitó Keegan: treinta y tres años, pelo moreno y corto, cara ancha, nariz de patata, ojos de sapo y mandíbula prominente. En persona aún era más feo que en la foto, y eso ya era decir mucho.

—Linda Pike y Amanda Smith —solté sin preámbulos—. ¿Las conocía?

Aunque intentara poner cara de póker, sus ojos se abrieron más de la cuenta.

—No.

Hizo ademán de cerrar, pero puse el pie en el quicio de la puerta.

—Escucha lo que tengo que decir. Luego, si lo crees oportuno, me cierras la puerta en los morros.

Achinó los ojos, me observó de arriba abajo y asintió con la cabeza.

—No tengas la menor duda de que llegaré al fondo de este asunto. —Era consciente de que sabía con quién estaba hablando: o conocía mi obra o me había buscado en Internet nada más colgarme el telefonillo—. Linda Pike, Amanda Smith, Kat Guinee, Gina Gillard, Marité Miller, Reid Clements... Solo tengo que encontrar la conexión. Y lo haré tarde o temprano, puedes estar seguro. Si tú no mataste a nadie, te interesa colaborar conmigo. Si mataste a esas mujeres, que Dios te pille confesado, porque voy a perseguirte como un perro rabioso hasta encerrarte en la cárcel. La Policía está al tanto de mis hallazgos. —Mentí—. No obstante, si me prestas ayuda te prometo confidencialidad; nadie sabrá lo que me digas esta noche, o al menos, no sabrán que me lo dijiste tú. Pero si te niegas a cooperar, en mi libro constará que protegiste al asesino de tres mujeres embarazadas.

No podía creer lo que estaba pasando: Will Greer no negaba con la cabeza ni había soltado el típico «no sé nada al respecto», ni vuelto a intentar cerrarme la puerta en los morros; solo escuchaba aparentemente sumido en reflexiones.

—En mi maletín tengo un contrato de confidencialidad. Nada saldrá de aquí. Tienes mi palabra.

—Pase.

Will desplazó la pieza metálica del cerrojo con cadena y abrió la puerta del todo.

—Vayamos al salón.

—De acuerdo.

Un miedo cervical hizo acto de presencia. Metí la mano en el bolsillo de mi abrigo en busca de calma, de la culata de mi Smith & Wesson. Un miedo que no era más que un síntoma de que andaba en la dirección correcta.

—Tome asiento.

El piso era amplio, pero los muebles tenían más años que Matusalén. Por lo desordenado que estaba todo —llegué a ver un calcetín asomando por debajo de un sofá y una pipa de marihuana sobre una repisa—, presentí que Will vivía ‘a su aire’.

Me senté en un sofá de tres plazas que estaba delante de un televisor de pantalla plana y una Xbox. Will arrastró una de las sillas que rodeaban la mesa del salón y se sentó al otro lado de la mesa de centro, sobre la que descansaba un mando de la videoconsola. Encima del televisor, resaltando sobre el blanco de la pared, vi un cuadro de lo más curioso: «Salva el planeta,

suicídate» y «*Unabomber* para presidente», escritas en rojo sobre un fondo oscuro.

«¿Ted Kaczynski para presidente? Qué cojones...».

—No puedo firmar ningún contrato de confidencialidad. No serviría de una mierda. Si todo sale a la luz, le aseguro que me salpicará de lleno. Usted no es policía, no puede garantizarme inmunidad a cambio de una confesión. Y que conste que yo jamás he matado a nadie.

—Pero sabe quién lo hizo.

—Sé que los porqués le conducirán al asesino.

Pensé en el comodín que guardaba en mi manga: el sheriff Keegan.

—¿Y si se presentara aquí un agente de la ley y le propusiera un trueque: información a cambio de no ser procesado?

—No me interesa. ¿Sabe usted cómo va a morir, señor Rickman?

Me sorprendió la pregunta. Su tono de voz asemejaba el de un hombre a las puertas de la muerte, y su mirada la de un catatónico.

«Este tío está mal de la cabeza».

—Espero que con ciento veinte años y al lado de mi mujer —contesté seguro.

Recibí una fría sonrisa de su parte.

—Yo no hablo de deseos, señor Rickman, hablo de conocimiento.

—¿A qué se refiere?

—A que en cuanto salga de este piso seré consecuente con mis creencias.

—¿De qué conocía a Olivia Anderson?

—La encontré por Internet y me la follé un par de veces. Esa putilla comía de mi mano, ¿sabe?

Me hubiera gustado decirle, «pues con ese careto tiene todo el mérito, chaval», pero me limité a hacer mi trabajo.

—¿Le pidió que sustrajera datos de la Clínica Clifford?

—Ahora mismo eso es irrelevante. Le conté una milonga sobre una tesis que estaba escribiendo. Yo, que trabajo en una fábrica de muebles. En fin. Ella, como usted ahora, no conocía el propósito. —«¿El propósito?»—. Cree estar cerca de la verdad, señor Rickman, pero ni siquiera ha rascado la superficie.

Se levantó de la silla.

«¿Ya está?».

—Márchese. Pero tranquilo, que no se irá de vacío. Busque a la activista Chris Korda. Ella es el motivo, y el motivo esconde la verdad.

«Chris Korda. No me suena de nada».

Will me tendió la mano.

Se la estreché.

—Adiós, señor Rickman. Ya conoce el camino hasta la puerta.

Asentí con la cabeza como si acabara de recibir un rechazazo. Le di la espalda y caminé aturdido hacia la salida. Ya en el descansillo, eché mano de mi teléfono móvil y escribí «Chris Korda» en el buscador de Google. Accedí al primer resultado: «Chris Korda - Wikipedia, la enciclopedia libre».

Leí para mí mismo.

Mis pulsaciones aumentaron al ritmo de los descubrimientos.

No podía creer lo que estaba leyendo.

«Entonces, ¿ese fue el factor detonante? ¿Por eso la mataron?».

Todo empezaba a cobrar sentido.

«Su embarazo; “Salva el planeta, suicídase”; “*Unabomber* para presidente”...».

—¡Pum!

Un estruendo me sobresaltó; casi se me cae el móvil al suelo.

«Dios santo. ¿Eso ha sido un disparo?».

Sin duda provenía del interior del piso de Will Greer.

Empecé a bajar escaleras sin pensar en las consecuencias.

«Mierda, mierda».

Recé por que la vecina del primero no se asomara por la puerta.

El miedo se apoderó de mi mente.

Ni siquiera sabía si Will se había pegado un tiro, pero mi instinto decidió que debía alejarme de aquel edificio como si a mi espalda avanzara un tornado.

«No he tocado nada. Nadie me ha visto».

Antes de pisar la calle, un pensamiento me sobrevino como poco antes el disparo que aún resonaba en mi cabeza:

«¿Sabe usted cómo va a morir, señor Rickman?».

CUARTA PARTE

Kat y Reid

ANTES DEL CRIMEN

Trenton

Kat meditaba desde el centro de la sala de paredes blancas donde colgaban sus dieciocho cuadros de paisajes urbanos pintados al óleo. Se fijó en el 'KG' que rubricaba su obra predilecta, la que plasmaba el río Delaware sobre un rojo amanecer.

Giró sobre sí misma y las revisó una a una, recordando cada pincelada.

Dio cinco pasos al frente.

Con la suavidad de un susurro, empujó hacia arriba una esquina del marco del lienzo de tonos cálidos. «Ahora sí. Como una vela». Volvió al corazón de la sala. «Va a ser un desastre». Kat no era de las que echaba fácilmente las campanas al vuelo. Acostumbraba a esperar lo mejor, pero mientras tanto, era incapaz de sortear los malos pensamientos. No obstante, estaba convencida de que sus cuadros darían la talla; solo estaba sufriendo una de sus habituales fases de desconfianza previas a un acto importante. En menos de una hora se enfrentaría al mayor reto de su carrera. Y si algo temía Kat, era quedarse a las puertas del éxito.

Estaría sola. Ni su hermano ni su madre ni su mejor amiga la acompañarían durante aquel momento decisivo. Ni siquiera los había invitado. Se guiaba por sus instintos desde pequeña y, en dicha ocasión, le aconsejaron enfrentarse al reto sin compañía. No le apetecía escuchar continuos «todo irá bien» o «los cuadros son excelentes», como tuvo que «soportar» en anteriores exposiciones. Necesitaba enfrentarse a sus miedos con el único apoyo de su marchante, Vincent Drive, quien le había brindado la oportunidad de presentar sus trabajos en solitario en la galería más céntrica de Trenton. Drive se había encargado de estimular a los compradores vendiéndola como «una promesa en auge». La promoción superó las expectativas de la artista. Kat se topó con carteles del evento mientras paseaba por la ciudad, incluso lo vio en páginas web importantes del gremio. Por eso no quería tener a su hermano revoloteando alrededor con su eterna sonrisa, ni a su madre felicitándola cada dos por tres. Requería sobriedad, aparentar una formalidad que no tenía. De ahí que llevara puesto un elegante traje azul marino y calzara unos zapatos de tacón fino que la elevaban hasta más allá del metro ochenta.

3 horas más tarde

El champán corría de copa en copa como Kat el riesgo de entrar en pánico. La exposición no había empezado con buen pie. Tres horas después de la apertura, estaba cansada de saludar al chorro de interesados que el galerista y su marchante le iban presentando, y de observar cómo los potenciales clientes estudiaban sus cuadros con interés, pero sin dar 'el paso'. Era pronto para venirse abajo, pero en todos sus sueños había vendido algún cuadro a esas alturas.

Se fijó en un chico que no tenía el perfil de sus habituales compradores. Alto, joven, y lo que más llamó su atención: desmesuradamente guapo. Contemplaba sus obras a través de la cristallera de la fachada con sus intensos ojos azules y su rubio ceño fruncido.

«Necesito tomar el aire».

De camino a la calle, cogió dos copas de champagne de la bandeja que sujetaba uno de los camareros del cáterin. Nada más pisar la acera, le echó una intensa mirada al chico y luego apoyó su terso trasero en el capó de un coche, de cara a la galería.

—¿Te gustan?

—¿Qué?

«No te hagas el tonto, *guapete*».

—Los cuadros.

—Ah, sí, son muy bonitos. ¿Los has pintado tú?

—Sí.

—Kat Guinee Beeman, entonces.

—Así es. ¿Y tu nombre es...?

—Reid Clements.

—Encantada. ¿Champagne?

—Por qué no.

Reid se apartó de la cristalera, cogió la copa que le ofrecía Kat y se apoyó en el mismo coche donde lo hacía la pintora.

—¿Quieres comprar uno de mis cuadros? —preguntó Kat en tono bromista.

—Prefiero invertir mi dinero en cosas más importantes. Comida, por ejemplo. Los cuadros no alimentan. El arte es para aquellos a quienes les sobra el dinero.

—Vaya. Qué sinceridad.

—Yo diría que más bien es una evidencia, ¿no crees?

—Supongo.

—Oye, ¿la artista no puede escaquearse para que un desconocido la invite a una copa? Aquí cerca hay un bar bastante decente.

—Sincero y directo.

—Ese soy yo.

Kat apartó la mirada de los penetrantes ojos del primer chico guapo que se le había puesto ‘a tiro’ desde que vivía en Trenton, y la fijó en la cristalera: Vincent Drive la instaba a entrar con un repetido —y cargante— gesto con la mano.

«No salgas, no, no vayan a helársete los huevos». Aunque le debiera mucho y le tuviera un extremo cariño, le enervaba su exacerbado sibaritismo y sus exagerados visajes amanerados.

—Discúlpame. El deber me llama.

—¿Te espero?

—Si quieres invitarme a esa copa...

—Quiero.

—Entonces sí.

Kat apartó el culo del capó y entró en la galería.

—No vas a creértelo. —Drive la agarró del brazo con su habitual finura. A su alrededor, todos a lo suyo, mirando sus cuadros, comiendo, bebiendo, conversando en susurros—. Un mismo comprador ha adquirido todas tus obras.

—¿¡Qué!?

El grito de Kat provocó que algunos de los congregados se fijaran en ella.

—*Shhh...* —Drive se echó el dedo índice a los labios—. Un poco de decoro, por Dios.

—¿Todos? —preguntó incrédula.

—Los dieciocho, sí. El lote completo por treinta y seis mil dólares.
—Dios santo. Esto es... Un sueño.
A Kat se le escapó una lágrima.
—¿Quién es el comprador?
—Quiere permanecer en el anonimato. «Es mi inversión del día», ha dicho.
—Pero tú lo conoces, ¿no? No irá a echarse atrás.
—La conozco. Y tranquila: antes se cortaría un pie.
—Entonces es una mujer... —Kat se frotó el mentón con más guasa que curiosidad—. *Hum...*
—Por Dios, Kat, deja de tirarme de la lengua. —La pintora recorrió la sala con la mirada en busca de la compradora—. Eres incorregible, ¿sabes?, peor que Andy Warhol. Has arrasado. ¿No puedes limitarte a disfrutarlo?
—Estaba de broma, hombre. Y sí, tienes razón. Me largo a celebrarlo con el primero que encuentre.
—Lo dicho: incorregible.
—Como Andy Warhol, ¿eh?
—Peor.
—Pues a Warhol no le fue nada mal. Al menos, profesionalmente.
—Anda, lárgate. Pero mañana aquí a la misma hora. Una exposición con todos los cuadros con el cartelito de ‘vendido’ es una estupenda promoción.
—Gracias, Vincent. Eres el mejor.
—Eso ya lo sé.
Kat le dio un efusivo abrazo a su marchante y abandonó la galería más contenta que nunca.
—¿Y esa pedazo de sonrisa? —le preguntó Clementes nada más la tuvo delante—. ¿Has vendido muchos cuadros?
—Ahora te lo cuento. ¿Dónde queda ese bar?
—Sígueme, señorita.
Kat conocía únicamente el nombre del chico que caminaba en silencio a su lado. No obstante, era de las que pensaba que conocer a alguien implicaba por fuerza un desconocimiento previo, que las reacias a abrirse, las que desconfiaban de los hombres por defecto, no se comían un rosco.

Tomaron copas.
Muchas.
Demasiadas.
Y rieron.
Y se lanzaron miradas insinuantes.
—Voy al servicio —dijo ella.
—¿Te acompaño? —preguntó él.
—Si te apetece...
Se encerraron en el baño de mujeres. Desinhibidos por el alcohol, Reid le bajó los pantalones y las bragas, la puso mirando hacia la pared e intentó penetrarla analmente.
—¿*Quéé hacees*? —balbució Kat: el alcohol hacía mella en su pronunciación. La alegría de haber vendido todos sus cuadros le jugó una mala pasada—. *Poor deelante o nadda*.
—¿Tienes un condón?
—¿Yo? No.

—¿No te gusta por detrás?

—No. *Niii* de coña.

—Pues...

Reid le dio la vuelta, le metió la lengua hasta la garganta y la penetró a la vieja usanza.

CERCA DEL PRECIPICIO

—Dios santo —susurró con los ojos legañosos.

La luz que entraba por la ventana parecía un destello infinito. Se frotó las sienes con los pulgares y recordó que había vendido todos los cuadros de su primera exposición en solitario; un recuerdo que le sentó como el mejor analgésico.

«Con lo que gané ayer tengo para vivir más de un año. Podré pintar como me gusta: sin presiones».

Se levantó de la cama vistiendo aún su traje azul marino, resacosa pero feliz; la fortuna al fin parecía sonreírle.

«¿Cómo diantres llegué a casa?».

Echó la vista atrás: Reid Clements, el bar, las risas, el alcohol, y su escarceo amoroso en el baño.

No lo consideró un buen recuerdo.

«¿Intentó metérmela por detrás?».

Las imágenes que le venían a la mente eran confusas.

«En fin. Ni siquiera me dio su número de teléfono...».

Fue al baño con la intención de darse una ducha. Mientras se quitaba la ropa, evocó el momento de la despedida, a Clements alejándose del portal de su bloque de pisos.

«Algo le fallaba. No sé el qué, pero me dejó una sensación agri dulce. Tal vez porque se creía más chulo que un ocho. Tener confianza está bien, pero cansan cuando se pasan de rosca».

Se acercó los pantalones al ‘hocico’.

—Uf. —Apartó la cara y arrugó la nariz—. Necesitáis un lavado urgente.

Caminó desnuda hasta la cocina y, como hacía siempre antes de meter la ropa en la lavadora, revisó los bolsillos de las prendas que los tuvieran.

—Fíjate tú qué sorpresita.

Encontró una servilleta de papel con el móvil de Reid Clements.

«Ni siquiera recuerdo cuándo me lo escribió. Menuda cogerza pillé».

—En fin.

Se encogió de hombros, dejó la servilleta sobre la encimera y volvió al cuarto de baño.

A Kat no le gustó que Reid intentara ‘clavársela por detrás’. Más, siendo la primera vez que tenían relaciones. Por mucho menos había mandado a tomar viento a más de un petulante.

«A lo mejor tuvo miedo de dejarme... —Un sudor frío recorrió su espalda—. Se corrió fuera, ¿no? No creo que fuera tan gilipollas de... Joder, Kat, no puedes ir por ahí tirándote al primero que pasa, y menos yendo como una cuba».

Le preocupaba lo sucedido. No obstante, su reciente éxito laboral consiguió solapar rápidamente sus inquietudes.

«Esta tarde volveré a una exposición donde todos los cuadros están vendidos. ¡Mis cuadros!».

Giró el grifo del agua caliente y dio saltitos y aplaudió sobre la resbaladiza superficie del plato de ducha.

—¡Estás que lo petas, Kat Guinee!

14 días después

Las paredes de la habitación estaban manchadas de pintura: las usaba para probar los colores antes de plasmarlos en los lienzos. Y en la tela de su mono blanco se mezclaban mil colores. Llevaba días enfrascada en su trabajo, disfrutando de un inusitado estado de inspiración.

Dio una pincelada larga y roja y cayó en la cuenta.

«¿Qué día es hoy?».

Miró el calendario en su móvil y un escalofrío recorrió su columna vertebral.

«Debería haberme bajado la regla hace... —Calculó mentalmente—. Cuatro días».

No se sentía distinta, pero aquel retraso amenazaba con poner su mundo patas arriba.

No había vuelto a tener noticias de Reid Clements. Ni falta que hacía. Tuvo esporádicos pensamientos los días posteriores a su primer y único encuentro, pero fueron diluyéndose hasta quedarse en nada. Sin embargo, esa larga pincelada roja había logrado que su memoria se lo mostrara sonriente en el bar donde se desataron sus pasiones.

Miró a través de la ventana: lloviznaba. El día estaba tan descolorido como sus pensamientos.

Se cambió de ropa: zapatillas de deporte negras, una blusa blanca, unos tejanos y un abrigo amarillo limón.

«Hará frío», intuyó.

Cogió una bufanda y unos guantes y los metió en su bolso.

Salió de su apartamento, bajó al parking subterráneo y condujo hasta una farmacia cercana. Compró un test de embarazo, entró en una cafetería y pidió un capuchino. Tras beberse el absorta en pensamientos de índole ‘dar a luz’, se encerró en el baño del establecimiento.

Tres minutos después sabía que Reid Clements la había dejado embarazada.

20 minutos más tarde

Conduje sin rumbo fijo, pero no estaba perdida.

Mis manos giraban el volante y mis pies oprimían los pedales como si actuaran por su cuenta. Sin rumbo, pero con las ideas claras. Tras el agobio inicial, el deseo de ser madre latía con fuerza en mi pecho.

Pensé en mi familia. Estaba convencida de que a Alan le entusiasmaría la idea de ser tío y a mi madre la de ser abuela. También pensé en mi padre: «Si todo va bien, serás abuelo». No obstante, no les diría nada hasta tenerlo todo ‘bien atado’. Necesitaba respuestas para las preguntas que bien seguro me harían: «¿Quién es el padre?»; «¿viviréis juntos?»; «¿se hará cargo de la criatura?»...

Me urgía hablar con Reid, y tenía intención de ponérselo fácil. «No quiero una relación contigo. Lo del otro día fue un rollo de una noche. Punto. Podrás ver a tu hijo, o a tu hija, si lo deseas. Pero si quieres desentenderte, por mí estupendo. Nadie sabrá que me has dejado embarazada. Diré que fui a un banco de esperma y arreglado», tenía pensado soltarle.

Me imaginé pintando al lado de un parque para bebés, con mi hija —me empecé en

imaginarla niña— jugando a mi lado. Y me gustó aquel posible futuro; un futuro que había decidido hacer realidad.

Podría habérmelo callado. Sin embargo, esconderle su paternidad me pareció un acto deleznable. Decidí hacer las cosas bien, y pagué las consecuencias.

Conduje alrededor de una hora.

Aparqué al lado de un camino de tierra cuando el mar se abría a un centenar de metros. Como quien viaja dormido, llegué a la costa sin darme cuenta.

Anduve sobre la tierra y las piedras de tonos beige en torno a un paisaje verdoso y azulado. Mi corazón se agitaba al ritmo en que las olas rompían contra los peñascos que emergían de la masa de agua salada.

Me asomé al acantilado como si mirara por encima del borde de mi zona de confort. «Un hijo es una gran responsabilidad», pensé. El viento arreciaba, meciendo mis cabellos. El mar golpeaba el acantilado como cuatro nudillos una puerta cerrada a cal y canto.

«No hace mucho soñé con una boda por todo lo alto, con un novio guapísimo dándome el ‘sí quiero’, con hijos correteando por una casa en el campo. Pero Dios ha querido que no seas fruto de una historia de amor. —Me froté la blusa a la altura de la barriga—. Pero no por ello estoy al borde del precipicio, sino de una nueva e ilusionante etapa de mi vida».

Divisé un barco pescador a lo lejos, sobre la línea que dividía tierra y cielo.

«Es precioso. Un día te traeré aquí».

Saqué mi móvil del bolsillo de mi abrigo amarillo limón y marqué el número de Reid Clements. Por suerte, la memoria nunca me fallaba.

—¿Sí?

—Soy Kat Guinee.

—Ah, hola, Kat. Oye, se te escucha muy mal...

—Es que estoy en la calle y hace bastante viento.

—Ah. Dime.

—Necesito hablar contigo.

—Vale. Dime.

—No. Cara a cara.

—Eh... *Okey*. Dime lugar y hora, y si no tengo curro allí estaré.

—¿Mañana a las seis de la tarde en el Parque Cadwalader, bajo el monumento a los caídos de la Guerra Civil?

—De acuerdo.

—Hasta mañana, entonces.

—Hasta mañana.

Colgué a Reid y llamé a mi hermano.

—Hola, hermanita.

—Hola, precioso.

—¿Qué tal el día?

—Bien.

—¿Y tú?

—Estudiando. Mañana tengo un examen de mates y el temario es bastante complicado.

—Eso está bien. Estudia, hermanito, que tú tienes buena cabeza.

Volví a mi coche, conecté el manos libres y hablé largo y tendido con mi hermano.

Consideré que lo más oportuno era no hablarle aún de mi embarazo.

CHAT OCULTO

Reid Clements

Entró decepcionado consigo mismo.

«Sé que es tuyo porque no me he vuelto a acostar con nadie desde el día de la exposición. Las semanas anteriores tampoco. Estaba liadísima con el trabajo»: las palabras de Kat se repetían en su cabeza como una secuencia de abucheos: «*Buh, buh...*».

«Voy a decepcionarlos a todos».

Se sentó a su escritorio sin encender el flexo ni subir las persianas. En penumbra, encendió su ordenador personal y usó el navegador Tor para acceder a la página de la *dark web* donde a menudo chateaba con otros miembros de su fundación educativa sin ánimo de lucro.

Defendían ideas controvertidas, de ahí que se limitaran a compartir sus opiniones en privado. Si su jefe se enteraba de que su meta en la vida era restaurar el equilibrio entre los humanos y el resto de especies de la Tierra, le despediría sin pestañear. Por su propio bien, la mayoría de los que frecuentaban aquel chat oculto limitaban sus actuaciones a acudir a sermones, actuaciones artísticas, manifestaciones... Sabían que airear sus creencias en Twitter o Facebook los convertiría en unos marginados. Y como todo el mundo, necesitaban pagar facturas a fin de mes.

Varios miembros de la organización estaban conectados.

Pero a Reid le interesaba chatear con uno en concreto:

Gina Gillard.

DESHACER

Reid le envió una invitación privada.
Gina la aceptó al instante.

¿Qué pasa, guapetón?

Hola, Gina. ¿Qué tal?

A Gina le sorprendió la sobriedad de Reid.
«¿Qué tal? ¿En serio?».
Por privado solía llamarla ‘chocho loco’ o ‘mi guarrilla’.

Quiero escuchar tu voz.

Sí, mejor.

Se pusieron sus cascos con micrófono y conectaron el chat por voz.
—¿Estás bien?
—No. He metido la pata hasta el fondo.
—¿Qué has hecho, Reid?
—Voy a ser padre.
—¿¡Qué!?
—Conocí a una chica. Bebimos... Se me fue la olla y ahora está embarazada.
—¿Seguro que el hijo es tuyo?
—Eso parece.
—¿Y tú crees a esa tía? No será una buscavidas...
—Se la suda que no me haga cargo de la criatura. No, no es una buscavidas. Me ha dicho que puedo desentenderme sin problema.
—Pero va a parir, ¿no?
—Sí.
—¿Y tú que le has dicho?
—Que prefiero mantenerme al margen.
—¿Y cómo le ha sentado? ¿¡Y cómo cojones se llama esa puta!?
—Kat Guinee. Para ella ha sido un alivio. Se le notaba en la cara. Para los dos significó un rollo de una noche; un rato de risas y un polvo rápido. Y no, no va a abortar, que sé que te lo estás preguntando. Cuando se lo he sugerido me ha fulminado con la mirada. No hablamos de la típica tontita que se deja mangonear por el primer guapito que le tira los trastos.

—Joder, Reid. ¿Tenemos un único mandamiento y no has sido capaz de cumplirlo? Tienes la misma fortaleza mental que mi hámster. ¿Por qué no se la metiste por el culo, como haces con nosotras?

—No quiso sexo anal. Iba contento y más cachondo que un mandril. ¿Qué cojones quieres que te diga?

—Un mandril. ¿En serio? Deja de dar excusas, que me pones de los nervios. La cuestión es si podrás mirarte al espejo después de mancillar los principios básicos de nuestra iglesia.

—La cagué, pero...

—¡Ni peros ni peras, Reid! ¡Eres un retrasado mental! ¡No podrás ser miembro de la iglesia habiendo procreado! ¡Lo sabes perfectamente! ¡Es como si un judío hubiera pretendido entrar en el puto Partido Nazi!

Tras el último grito de Gina, se hizo el silencio, como si un hilo invisible hubiera cosido los labios de ambos. Reid se reclinó sobre su silla y prosiguió fustigándose mentalmente; Gina trató de buscarle una solución al desliz de su compañero de organización y de fiestas sexuales.

—Aún estamos a tiempo de subsanar el error. ¿Quieres que deshagamos el entuerto?

Reid era consciente de que solo había un modo de evitar su humillación. Sin embargo, no titubeó:

—Quiero.

—Entonces, déjalo en mis manos.

32 horas más tarde

—He trazado el bosquejo de tu plan de actuación. Cada uno tendrá el suyo, pero como entenderás, tu responsabilidad es más grande. Hoy no he dormido dándole vueltas al asunto. En un par de días te mandaré el definitivo, con cada paso definido.

—De acuerdo.

—Te lo mando al chat. Mejor por escrito, para que vayas memorizando los pasos.

—Lo leo ahora mismo.

Sin quitarse los cascos, Reid leyó lo que le había enviado Gina:

«Según las últimas predicciones meteorológicas, dentro de cuatro días empezará a nevar con fuerza en Nueva York. Le dirás a esa zorra que has cambiado de idea, que no quieres abandonar a tu hijo y que para limar asperezas la invitas a pasar un fin de semana en Nueva York. Dile que tus padres están fuera y que tienes llaves de su casa, que podéis pasar allí un par de días. Convéncela como sea. Dile que quieres ser su amigo, no sé, invéntate algo coherente. Ponle esos ojitos de perro apaleado que nos pones cuando quieres follarnos.

Viajad un día antes de la tormenta. El 23. Si tienes ocasión, deshazte de su móvil antes de llegar a Nueva York. Y ve por la costa. Nada de peajes. Pasa la noche en casa de tus padres y al día siguiente dile que has de pasar un momento por la casa de unos amigos con los que compartes la administración de una pequeña ONG medioambiental. No se negará a acompañarte siendo una organización sin ánimo de lucro. Cuando llegues a la Gran Manzana, ponte gorro y bufanda. Cúbrete tanto como para pasar inadvertido en una grabación. Incluso dentro del coche. Dile que te duele la garganta y la cabeza y que el calor te ayuda a mitigar el malestar. Es una absurdez, pero colará.

La tormenta será nuestra aliada. Todo estará debidamente planeado: la gente irá abrigada hasta las cejas. Nadie se fijará en vosotros. De cada cien veces que subo las escaleras del bloque, una me cruzo con alguien en el descansillo. Si encima hace un frío de mil pares de cojones y nieva a tope, ¿quién va a querer salir de casa? Además, de mi piso a la azotea hay diez segundos yendo a paso ligero. Y su puerta lleva un par de semanas rota.

Le daremos burundanga. Es incolora, inodora e insípida y tiene un efecto casi inmediato. La invitaré a una cerveza y se la colaré en el botellín. O en una taza de café. Me da lo mismo. Sé dónde conseguirla. Conozco a un camello fiable. La burundanga reduce la voluntad de las personas, las hace sumisas; te aseguro que subirá a la azotea por su propio pie. Además, al tratarse de un suicidio, que es donde apuntarán las primeras hipótesis, el retraso en la toma de muestras de sangre y orina provocará que no la detecten a tiempo. La burundanga es perfecta. Si nos pillan por las escaleras, decimos que va pedo y reculamos. La devuelves a su casa y ¡tachán!, cuando se despierte no se acordará de nada. Te inventas que se pilló la borrachera del siglo de camino a Nueva York y que decidiste que lo mejor era volver. Pero no nos echaremos atrás. Te lo prometo.

Tengo a punto las coartadas. Mañana volveremos a hablar del tema. Tú ve convenciendo a esa incubadora con patas. Si no acepta viajar contigo a Nueva York, mis esfuerzos serán en vano».

«¿Esta tía está mal de la cabeza?», pensó Reid con las pulsaciones disparadas.

—¿Gina?

—¿Sí?

—¿Se te va la olla? ¿En tu propio piso?

—Ahí reside la esencia de mi plan: el despiste supremo. Lo único que importa es lo que puedan demostrar. Mejor en nuestro terreno, ¿no crees?

—La policía encontrará a una chica muerta en una ciudad donde no reside, arrojada desde la azotea de un bloque de pisos donde nadie la conoce. Es un plan de mierda.

—Es un plan maestro, gilipollas. En el caso de que un par de detectives de homicidios llamen a nuestras puertas, caso más que probable, les daremos lo que buscan, una coartada, y se irán por donde han venido. Les hundiré en posibilidades: ¿suicidio, homicidio, asesinato?; nadie parecerá culpable y nadie conocerá a la muerta; la puerta de la azotea rota desde hace un par de semanas; la escalera de incendios de la parte trasera del edificio les hará dudar; la posición del cadáver apuntará a un suicidio; su bolso aparecerá intacto bajo la nieve de la azotea, con su carné de conducir dentro pero sin un céntimo; su embarazo... Si lo hacemos bien, la falta de pruebas incriminatorias provocará que el caso, de llegar a convertirse en un 'caso', se archive como 'suicidio extraño'.

—Y si no, nos pudriremos en la cárcel. ¡Yuju...!

—Eso no va a pasar, malasombra. Tú límitate a seguir mis instrucciones y todo saldrá a pedir de boca.

—¿Y si le ha hablado de mí a alguno de sus familiares?

—Pruebas circunstanciales. Llevo años estudiando sobre el tema. Lo importante es que no aparezcan coincidencias.

—¿Y si descubren nuestra religión?

—El asesinato y la esterilización involuntaria están estrictamente prohibidas por la doctrina de nuestra iglesia. Pero nosotros vamos a desoír esas doctrinas que no nos dejan avanzar. Es el momento de pasar al siguiente nivel. Que le den a Chris Korda. Estoy harta de su inexistente

amplitud de miras. Pero tranquilo: es imposible que la Policía ate cabos. No aireamos nuestras creencias en la red, así que...

—¿Y si investigan sus llamadas y aparece mi número de teléfono?

—¿No te enteras o no quieres enterarte? Tendrás una coartada. Todo apuntará a un suicidio. Extraño de cojones, pero un suicidio al fin y al cabo. Jugamos en nuestro terreno. ¿Prefieres secuestrarla, matarla en un bosque y enterrarla al lado de un pino? Te deseo suerte, entonces, la vas a necesitar. Si lo hacemos a la vista del mundo, somos vulnerables, pero dentro del edificio controlamos la situación. Estando fuera no puedo garantizaros unas coartadas fiables.

—Estoy acojonado. Lo siento. No me hagas caso. Prometo seguir tus instrucciones al pie de la letra.

—Eso está mejor. «Salva el planeta, suicídate», ya no es suficiente. Vamos a cambiar las reglas del juego. Tenemos nuevo lema, Reid: «Salva el planeta, mata».

QUINTA PARTE

Robert Rickman,

Jordan Keegan,

Alan Guinee,

Dakota Siegel,

Randall Jacobs

ABSURDO, PERO REAL

Randall Jacobs

Había previsto pasar la noche en el Ritz, pero mis planes se fueron al traste por culpa de un estallido.

Deshice mis pasos hasta regresar al parking subterráneo donde había aparcado mi coche.

Miré alrededor antes de entrar, como quien huye de una sombra.

Partí de Boston rumbo a Albany.

No hacía más que darle vueltas a lo sucedido.

Chris Korda era una activista vegana antinatalista, música de techno, desarrolladora de software y líder de la Iglesia de la Eutanasia.

«Antinatalista»: la palabra clave.

Kat estaba embarazada cuando murió, y Korda y su iglesia abogaban por ‘limpiar el mundo’, por solucionar la superpoblación humana con métodos absurdos.

No sabía si Will Greer se había volado la tapa de los sesos, pero conocía el nombre de quien, según sus propias palabras, era el motivo de las muertes de Kat Guinee, Amanda Smith y Linda Pike. Si lo que Will insinuaba era cierto, parecía razonable pensar que uno o más miembros de la iglesia de Korda —tal vez ella misma— se dedicaban a acabar con mujeres embarazadas por el bien de la humanidad.

Sospechaba que Reid Clements dejó embarazada a Kat Guinee, un hecho que tiró por tierra su juramento ‘no procrearé’. Perdió la cabeza y la mató para que su hijo nunca naciera. Salir indemne del crimen debió darle alas, y decidió dedicarse a matar a mujeres preñadas con la ayuda de su amiguito Will, que echó mano —‘porque podía’— de su amante la secretaria para conseguir nombres de chicas con embarazos múltiples.

Todo iba tomando forma.

Pero aún no podía demostrarse nada.

«Hay que investigar a fondo a Reid Clements. Confiscar su teléfono móvil y su ordenador, registrar su casa de arriba abajo, investigar sus llamadas ampliamente, interrogarle en una sala de interrogatorios...».

Reid Clements mató a Kat Guinee. No sabía si en solitario o acompañado, pero estaba seguro de que él era el germen del crimen.

«La boca del lobo empieza a hacerse demasiado grande —pensé abortó en la línea blanca que dividía la carretera—. Al menos para mí. Ha llegado el momento de devolverle el testigo a Jordan Keegan».

Jordan Keegan

La llamada de Rickman me pilló mediando entre dos vecinos que querían partirse la cara por un metro cuadrado de jardín. Que si la valla debía estar un palmo más adentro, que si eso no era

cierto... Me hubiera gustado decirles «¿eh, queréis partiros la cara? Adelante. El que quede en pide se lleva el puto trozo extra de jardín». Empezaba a hartarme de tanto imbécil. Gente muriendo de hambre, de enfermedad, en accidentes..., y esos dos gilipollas peleándose por una insignificante porción de terreno.

—Cuánto tiempo, señor Rickman.

—Buenos días, sheriff. Necesito hablar con usted.

—Ahora mismo no estoy en la oficina, pero...

—Aún estoy a hora y media de camino. Le llamo con tiempo porque sé que es usted un hombre ocupado.

—Sin problema, entonces. Le espero en mi despacho.

—Hasta dentro de un rato.

1 hora y 37 minutos más tarde

Entró con cara de cansancio. Rickman parecía haber dormido en su coche. En su tez apagada y grisácea destacaba el amoratado alrededor de sus párpados. Parecía evidente que algo le robaba el sueño, y estaba convencido de que era el caso Guinee.

Nos saludamos y estrechamos la mano.

—Dígame, señor Rickman.

—Creo que sé quién mató a Kat Guinee.

Aquellas ocho palabras entraron en mis oídos como música celestial.

—¿Lo cree o lo sabe?

—Lo sé, pero no puedo demostrarlo. Ahí es donde entran ustedes.

—¿Ustedes?

—El sheriff de Albany, Randall Jacobs, Dakota Siegel...

—Ya. Pues antes de empezar a arrestar a diestro y siniestro —dije distendido—, tendrá que ponerme al tanto de lo que ha averiguado.

Rickman me clavó su mirada envuelta en oscuridad, tan profundamente que llegó a incomodarme.

—Esto es serio, sheriff.

—Claro. Discúlpeme. Cuénteme lo que sabe.

El escritor me contó lo que había averiguado: las extrañas desapariciones de Gina Gillard y Marité Miller; su búsqueda de conexiones con otras muertes de embarazadas fallecidas en circunstancias anómalas; su entrevista con la ginecóloga Cameron Bloom; el nombre ‘Will Greer’ facilitado por Olivia Anderson y el de ‘Chris Korda’ entregado por el mismo Will. Korda era fundadora, junto a Robert Kimberk —conocido como el Pastor Kim—, de la Iglesia de la Eutanasia, una organización religiosa creada en el área de Boston en 1992.

—¿Cree que las desapariciones de Gina Gillard y Marité Miller están relacionadas con las muertes de Linda Pike, Amanda Smith y Kat Guinee? —pregunté, desbordado ante la ingente cantidad de información recibida—. Gina y Marité, ¿no estarían embarazadas?

—No. O al menos sus padres no eran conscientes de su estado. Pero tampoco lo eran los de Kat Guinee, así que...

—Partiendo de que las dos vivían en el bloque, que Marité presenció la muerte de Kat, que desaparecieron casi al mismo tiempo... No sé usted, pero a mí me parecen sucesos difíciles de

calificar de meras coincidencias.

—Y hay más. Ayer por la noche...

Rickman se encogió de hombros y después agachó la cabeza como un niño que está recibiendo la reprimenda que merece.

—Escúpalo de una vez.

—Creo que Will Greer se pegó un tiro después de que... En fin. Salí de su piso y oí un estruendo, juraría que un disparo. Mientras lo entrevistaba decía cosas extrañas. Parecía ido. Además, esa extraña religión que profesa es partidaria del suicidio. «Salva el planeta, suicídate», ponía en un cuadro. Entenderá que presintiera que se había volado los sesos. Supongo que los vecinos oyeron el estruendo y alertaron a la policía.

—¿Y usted qué hizo?

—¿Yo? ¿Qué quería que hiciera? Correr.

—¿Huir de la escena de un suicidio? Joder, Rickman. Un poco sospechoso, ¿no cree?

—Me acojoné. Pero nadie me vio. No le mentiré, sheriff: no me fío de ciertos detectives. Yo, mejor que nadie, sé que mucha gente inocente vive en una celda.

—Está bien. ¿Tiene su teléfono móvil?

—¿El de quién?

—El de quién va a ser. El de Will Greer.

—Sí.

Démelo.

Descolgué mi teléfono fijo y marqué el número tal cual lo iba pronunciando Rickman.

Un tono.

Dos tonos.

Tres tonos.

Cuatro tonos...

—¿Quién es?

—Soy Jordan Keegan, sheriff del Condado de Albany. Necesito...

—No se moleste. Soy el detective de homicidios Logan Difacio, del Departamento de Policía de Boston. Will Greer se pegó un tiro en la sesera. Anoche. Me ha pillado en el lugar de los hechos. He visto su móvil vibrar y... En fin. ¿Para qué quería hablar con él?

—Para confirmar la coartada de un crimen. Llevaba días intentando contactarle.

—Pues no va a poder ser.

—No importa. Solo era un mero trámite.

—¿Algo más?

—¿Están seguros de que se trata de un suicidio?

—Completamente. Su piso está lleno de libros sobre el nihilismo, la escuela cínica y esas pamplinas. Además, el forense especializado en análisis de salpicaduras de sangre lo ha confirmado. La científica aún está por aquí, pero, ya sabe, un mero trámite. ¿Puedo ayudarle en algo más?

Me sorprendió su frialdad.

—No. Gracias por ponerme al tanto.

—De nada. Si necesita algo más, no dude en preguntar por Logan Difacio. Hasta otra, sheriff.

—Adiós, detective.

Colgué.

—Confirmado: Will Greer se pegó un tiro. Pero tranquilo, nadie sospecha de usted —dije

irónico, seguro de que Rickman no había apretado el gatillo.

El escritor suspiró aliviado.

—Hábleme de esa Iglesia de la...

—Eutanasia. En la Wikipedia se explica muy bien en qué consiste.

—Léamelo, entonces, si es usted tan amable.

—Claro. Córteme si necesita alguna aclaración. He estado empapándome del tema durante las dos paradas que he hecho antes de llegar.

—¿Ha dormido hoy, señor Rickman? De Boston a Albany hay más de cuatro horas de trayecto...

—He parado en un motel, pero me ha sido imposible pegar ojo. ¿No cree usted que deberíamos empezar a tutearnos?

—Lo intentaré. A veces me cuesta pasar del ‘usted’ al ‘tú’.

—Pues inténtelo.

—Claro.

Rickman cogió su móvil, pulso varias veces sobre su pantalla y habló grave en el semblante.

—*Según se declara en su web, la Iglesia de la Eutanasia es «una fundación educativa sin ánimo de lucro dedicada a restaurar el equilibrio entre humanos y el resto de especies de la Tierra». Los miembros de esta organización afirman que esto solo se podrá hacer realidad mediante una reducción masiva voluntaria de la población, que solo será posible cuando la conciencia humana dé un salto hacia una conciencia de especie. Según la «reverenda» Chris Korda, es probable que esta iglesia sea la única religión anti-humana del mundo. El más popular de sus lemas es «Salva el planeta, suicídase» y la ideología en la que se funda se resume en un único mandamiento: «No procrearás», y cuatro pilares: suicidio, aborto, canibalismo y sodomía (cualquier acto sexual que no lleve a la procreación). Destaca que la reducción de la población debe realizarse solo por medios voluntarios, de manera que el asesinato y la esterilización involuntaria están estrictamente prohibidas por su doctrina.*

»Cuando hablan de ‘canibalismo’ se dirigen a los que insisten en comer carne, para que consuman la de los ya muertos. Con la ‘sodomía’ se refieren a cualquier acto sexual no orientado a la procreación: la felación, el cunnilingus, el sexo anal...

»En fin. Parece evidente que algunos de sus miembros han decidido saltarse la norma de ‘no asesinar’. Me apuesto una cena, sheriff, a que Reid Clements forma parte de la Iglesia de la Eutanasia.

—No acostumbro a apostar cuando tengo todas las de perder.

Rickman sonrió de medio lado y prosiguió con su reveladora lectura:

—*La Iglesia de la Eutanasia promueve sus ideas principalmente mediante su página web y otros medios de difusión por internet. También utilizan sus sermones, actuaciones artísticas, manifestaciones, campañas publicitarias y la acción directa para denunciar esa supuesta superpoblación humana. Consideran que sus métodos son similares a los del movimiento dadaísta, pues consideran que el mundo moderno es tan absurdo que los medios requeridos para hacer llegar su mensaje al público deben ser igualmente absurdos. La Iglesia de la Eutanasia es notable por sus conflictos con activistas cristianos provida.*

—Ojo con esto, que es de órdago: he leído por la red que hicieron una degustación a ciegas de carne humana a la salida de un supermercado. Siendo vegetarianos, sugieren el consumo de fallecidos para los que no quieren dejar la carne. Todo esto es muy sensacionalista, como entenderé, y según Korda cualquier prensa para la iglesia es buena.

—Han de constar en alguna parte fotografías sobre esos sermones y esas manifestaciones. La prensa jamás se perdería esos ‘desfiles’ tan sensacionalistas. Es probable que Clements aparezca en alguna de esas fotos.

Rickman asintió con la cabeza y volvió a fijar la mirada en su teléfono móvil.

—*Algunos de los lemas empleados por esta organización son: «Salva el planeta, suicídase», «Seis mil millones de humanos no pueden estar equivocados» y «Cómeme un feto queer por Jesús».*

»‘Queer’ significa algo así como ‘persona rara’.

Todo aquello me parecía un despropósito sin precedentes.

El escritor tomó aire y arrancó de nuevo:

—*La Iglesia de la Eutanasia comenzó a suscitar atención en 1995 por su afiliación con paranoia.com, que albergaba muchos sitios web controvertidos o que rayaban lo ilegal. Miembros de la organización aparecieron más tarde en un episodio del programa The Jerry Springer Show que se tituló ‘Quiero unirme a una secta suicida’. Tras los atentados del 11-S, la Iglesia de la Eutanasia puso en su web un video musical de cuatro minutos titulado ‘Me gusta mirar’, que combinaba porno duro con imágenes del colapso de las torres del World Trade Center. El montaje incluía música electrónica grabada por Korda con la letra ‘La gente se tira a la calle, y yo mientras juego con mi polla’. Korda declaró que este proyecto reflejaba su «desprecio y frustración con la profunda fealdad del mundo industrializado moderno».*

»Supongo que lo último le recordará a Ted Kaczynski. —Por supuesto, contesté—. Para que se haga a una idea de lo zumbados que están los miembros de esta especie de secta contraria a la reproducción, ‘Unabomber para presidente’ fue una campaña lanzada en Boston en septiembre de 1995 por Lydia Eccles, una artista de la ciudad que durante mucho tiempo había albergado preocupaciones sobre las ‘tendencias totalitarias en la tecnología’ y la citada Chris Korda, con el propósito de que Ted Kaczynski fuera candidato por escrito en las elecciones presidenciales de 1996; un terrorista que, como bien sabe, enviaba cartas bomba debido a “su frustración con la profunda fealdad del mundo industrializado moderno”. Obviamente, no se les permitió presentarle como candidato. Pero intentarlo, lo intentaron.

»Korda y Unabomber son el mismo perro con distinto collar.

»En fin. *La página web de la Iglesia de la Eutanasia contenía en sus inicios instrucciones sobre ‘cómo suicidarse’ mediante asfixia usando helio. Este contenido fue retirado en 2003, después de que la fiscalía de San Luis (Misuri) los amenazase con acusarles de homicidio en el caso de una mujer de San Luis de 53 años que cometió suicidio siguiendo dichas instrucciones.*

Rickman resopló con la cara de cansado más acentuada que había visto en años —sin contar la mía—, guardó su móvil en un bolsillo de su americana y me miró a los ojos mientras las barbaridades que acababa de soltar aún se hundían en mi cerebro como un clavo ardiendo.

—Me está gastando una broma de esas con cámara oculta, ¿no?

—Infórmese usted mismo. En Internet encontrará datos a mansalva, como una entrevista a Chris Korda de lo más interesante.

—Necesito estar un momento a solas. Vaya a la sala de espera y tómese algo. Le aviso cuando haya procesado la información.

—Por supuesto.

Una vez estuve a solas, busqué datos sobre Chris Korda.

En un artículo titulado ‘Conoce a Chris Korda, la Thanos de la contracultura y el ángel de la eutanasia’, di con una fotografía suya tomada durante una de las manifestaciones de su iglesia:

una mujer —con una prominente nuez—, morena, con el pelo hasta la mandíbula —aunque parecía llevar peluca—, de ojos oscuros y piel blanquecina. Resumiendo: un hombre con vestido, peluca y pendientes. Con una mano sostenía una pancarta que rezaba «¿Deprimido? Ponte espermicida», y con la otra una muñeca de plástico desnuda y ensangrentada.

«¿Espermicida?».

Busqué su significado: ‘Sustancia anticonceptiva que destruye los espermatozoides, insertada por vía vaginal antes del coito para prevenir el embarazo’.

Chris soñó un día con un extraterrestre mientras dormía en la pequeña ciudad de Somerville, probablemente después de atiborrarse de pastillas. La programadora y compositora de tecno interpretó el mensaje de aquella entidad onírica como una llamada a las armas. El alienígena le aseguró que el colapso del ecosistema terrestre estaba próximo, que nuestro planeta no soportaría mucho más las negligencias e irresponsabilidades del ser humano. Sus palabras inspiraron tanto a Korda, que en 1992 decidió fundar la Iglesia de la Eutanasia, una organización religiosa con base en Boston que abogaba por acabar con el impacto de la sobrepoblación en la Tierra a través de la responsabilidad ética individual. El planeta solo tenía un problema real para Korda: nosotros. En concreto, la obscena cantidad de nosotros que lo poblamos.

«Le fallan las formas, pero no puede negarse que su intención es buena».

En una página web leí algo que me sorprendió: «El dinero nunca fue un problema en la familia: su padre, Michael, era un novelista de éxito y editor en jefe de Simon & Schuster. Chris nació varón, pero empezó a referirse a sí misma en femenino al cumplir la veintena, aunque iría basculando entre un pronombre y otro a lo largo de diferentes etapas de su vida. En sus últimas entrevistas se ha identificado como mujer».

«Un niño rico que perdió el norte».

Desistí de buscar más información; creí saber de qué pie cojeaba Korda.

«No me importa si te consideras un tío, una tía, o un perro de la pradera, lo que te hayas fumado esta mañana o lo que hayas fundado; lo único que me importa es tu relación con la muerte de Kat Guinee».

Robert Rickman volvió a sentarse al otro lado de mi mesa.

—Yo me echo a un lado, pero agradecería que mi contribución se comunicara en una rueda de prensa. Creo que es lo justo. Podría haber seguido por mi cuenta, pero no le mentiré: la Iglesia de la Eutanasia me pone la piel de gallina.

—Tranquilo. Si esos tarados están detrás de las muertes, me encargaré de que el contribuyente sepa que usted nos condujo hasta los asesinos. Como bien dice, es lo justo.

—¿Vas a llamar a Siegel y a Jacobs?

Keegan se quedó unos segundos pensativo.

—En cuanto salgas de mi despacho. Si has dado en el clavo, Robert, da por hecho que venderás millones de libros.

—No lo dudes. Y gracias por tutearme.

—Lo mismo digo. Oye, ¿has pensado ya en un título para tu novela?

—Aún no.

—¿Puedo sugerirte uno?

—Faltaría más.

—La sombra de Kat Guinee. Jorge Villamil les dijo a los detectives que vio pasar su sombra como un relámpago por una de las paredes de su piso. Es original, ¿no crees?

—Y tanto. Lo tendré en cuenta. Gracias.

—Una última cosa. ¿Se ha percatado de un detalle?

—¿Cuál?

—Se ha pasado por el forro su máxima ‘nunca revelo mis fuentes’: Cameron Bloom, Will Greer, Olivia Anderson... No se ha cortado ni un pelo.

—A veces no nos queda más remedio que traicionar nuestros principios.

ERROR GARRAFAL

Robert Rickman

Juró que no haría nada con la información que estaba a punto de darle. «Tiene mi palabra», prometió Alan junto al fuego, sobre su inseparable silla de ruedas.

Por descontado, omití la parte en la que yo salía corriendo de un edificio de Boston.

Me dio una grabadora digital.

—Ahí hay un monólogo de más de diez horas. Juraría que no falta nada. Desde antes de la muerte de Kat hasta hace un par de días. Es probable que me haya pasado de introspectivo.

—Seguro que es perfecto. Gracias, Alan.

—Gracias a usted por darle al caso el empujón que necesitaba. Tengo el presentimiento de que no tardará en hacerse justicia.

—Yo también lo presiento.

—Le va a quedar un libro cojonudo.

—Sin duda.

Nos sonreímos, nos dimos la mano y nos despedimos.

Antes de entrar en mi coche, advertí que tenía cinco llamadas perdidas de Haley. La había puesto al tanto de mis avances durante una de las paradas que hice de camino a Albany. No obstante, eludí contarle los detalles escabrosos. Ya habría tiempo de hablar de travestidos antinatalistas y de iglesias con estrambóticos mandamientos. Pero Haley me conocía mejor que nadie, y percibió que algo me inquietaba.

«El trabajo está hecho —pensé orgulloso de mí mismo—. Si todo marcha bien, daré la machada del siglo, probablemente la mayor que haya dado un escritor de *true crime*. Y de paso, meteré a un asesino, o a unos cuantos, entre rejas».

No tuve el valor de llegar hasta el final, pero sentía que estaba haciendo lo correcto. Keegan pondría al tanto a los Jacobs, que de inmediato se pondrían manos a la obra.

Una vez estuve en la autopista conecté el manos libres y marqué el número de Haley.

Necesitaba escuchar su voz.

Mientras sonaban los tonos, «*tu...*, *tu...*», tuve la sensación de que todo saldría a pedir de boca.

Sin embargo, aquella mañana había cometido un error garrafal. Y no fui consciente hasta que fue demasiado tarde.

Por mi culpa, ningún miembro de la Iglesia de la Eutanasia fue juzgado por la muerte de Kat Guinee.

SOLO ES UN ESCRITOR

Alan Guinee

Mi madre volvió del trabajo poco después de que se marchara Rickman.

—Robert ha estado aquí.

—¿Ah, sí? ¿A por las grabaciones?

—No. Ni siquiera le había dicho que las había acabado. Pero, obviamente, se las he dado.

—Entonces, ¿qué quería?

—Cree saber quién mató a Kat.

—¿Sí?

—Sí.

Mi madre rompió a llorar.

Dejó que se desahogara.

—¿Quién? —preguntó sollozante.

Parece ser que Kat se lió con quien no debía. Se quedó embarazada de Reid Clements...

—A ese lo investigaron en Nueva York, ¿no?

—Sí. Fue el primer sospechoso del caso; uno de los pocos, en realidad. El tema es que ese tío formaba parte de una especie de secta antinatalista.

—¿Antinatalista?

—La Iglesia de la Eutanasia. Creen que todos los males del mundo se deben a la superpoblación, y que deberíamos tomar conciencia y suicidarnos o, al menos, no procrear.

—Y ese chico la dejó embarazada y...

—Se la cargó para que no diera a luz, sí. Su único mandamiento es ‘No procrearás’.

—Están locos.

—Un poco.

—¿¡Un poco!?

—A ver, mamá. Las doctrinas de esta gente prohíben tanto el asesinato como la esterilización involuntaria. Pero con tal de no incumplir su único mandamiento, Reid Clements decidió saltarse a la torera sus normas.

—¿Pudieron haberla matado más de una persona?

—Es una posibilidad.

—¿Y ahora qué?

—Rickman le ha pasado al sheriff lo que tiene y este se lo transmitirá a los detectives de Nueva York. Con las nuevas pistas sobre la mesa, deberían presentar cargos contra, como poco, Reid Clements. Pero antes tendrán que atar cabos y reunir pruebas incriminatorias. Según Rickman, solo es cuestión de tiempo que los culpables acaben entre rejas.

—¿Cómo lo ha logrado? Solo es un escritor.

—Él siempre dice que ‘buscando donde nadie lo hizo’. Es un fenómeno, mamá. Nuestro ángel de la guarda.

- Mañana le llamaré por teléfono para darle las gracias.
- Es lo mínimo que podemos hacer: estarle eternamente agradecidos.

SIN TIEMPO PARA PERDER

Dakota Siegel

Su llamada nos pilló saliendo de un callejón maloliente donde un camello había recibido tres disparos.

Nunca olvidaré las palabras del sheriff:

«¿Podemos hacer una videoconferencia? Robert Rickman acaba de salir de mi despacho, y antes de marcharse me ha dado el nombre del supuesto asesino de Kat Guinea».

Me quedé con la boca abierta a un palmo de las cintas policiales.

Keegan debió imaginarse mi cara de shock, pues esperó en silencio a que me repusiera.

«Le damos un toque en cuanto lleguemos a la oficina, y preparamos la videoconferencia, ¿le parece?».

«Estupendo. Nos vemos en un rato, entonces», dijo antes de colgar.

—Si Rickman ha dado en el clavo... —meditó Randall mientras conducía rumbo al departamento.

—¿Qué?

—Pues que le voy a dar un aplauso. Uno, ¿eh? —Randall, bromista, dio una palmada en el aire—. Una y no más, santo Tomás, que con la tontería nos va a hacer quedar como unos ineptos.

Sonreí al borde de la risa.

—Mira que eres payaso.

—Bromas aparte, ojalá sea cierto y su familia pueda descansar de una maldita vez.

—Ojalá.

43 minutos más tarde

La cara del sheriff apareció desenfocada. Casi pudimos verle los pelos de la nariz. Nosotros, con la inevitable compañía del teniente Falco —no hubo manera de quitárnoslo de encima—, sentados en nuestra ovalada mesa de reuniones, los tres en el extremo más próximo al televisor, lo observamos colocando la cámara web.

Keegan nos explicó los pasos que habían conducido al escritor Robert Rickman hasta la verdad. Una verdad supuesta, pero que a todas luces era la verdad; demasiadas coincidencias, demasiado obvio.

Un nexos y un puñado de nombres le valieron a Rickman para sintetizar la búsqueda a una organización religiosa, a Chris Korda y a Reid Clements.

El motivo de la muerte de Kat resultaba absurdo y siniestro.

Amanda Smith y Linda Pike. ¿También víctimas de Reid Clements? De ser así, andábamos tras la pista de un asesino en serie.

Chris Korda. A pesar de las normas de su maldita Iglesia de la Eutanasia, ¿fue cómplice de los crímenes?

¿Y qué fue de Marité Miller y Gina Gillard?

Interrogantes que aún debían resolverse.

«Lo dejo en vuestras manos»: las últimas palabras de Keegan se encaramaron en nuestras espaldas como dos mochilas cargadas de piedras.

—La culpa es suya —increpó Dakota a nuestro teniente cuando Keegan hubo cortado la conexión—. Si no nos hubiera presionado, no la hubiéramos cagado. Si hubiéramos investigado a fondo a Reid Clements... Debimos buscar más atrás en el tiempo, no limitarnos a las semanas previas y posteriores a la muerte.

Falco mantuvo la compostura; sabía que una palabra en falso podía dejarlo con los dientes colgando. Empezaba a importarme una mierda perder mi trabajo.

—Y ni se le ocurra suspenderme por decir la verdad —sentenció mi esposa.

—Haya paz... —dije alzando las manos en son de paz—. Dejemos de perder el tiempo discutiendo. Teniente —dije enérgico, mirándole fijamente a los ojos—, necesitamos interrogar a Chris Korda.

—Dejadlo en mis manos. Hablaré con el Departamento de Boston.

—Podemos hacer como con Keegan —sugirió Dakota más calmada—. Que le o la metan en una sala de interrogatorios y nos la pasen por videoconferencia. De aquí a Boston hay más de siete horas de ida y vuelta.

—Veré qué puedo hacer.

—Gracias, teniente.

Ese «gracias, teniente» llevaba implícita una disculpa, que Falco aceptó con un sentido asentimiento de cabeza.

COMO UNA SERPIENTE

Alan

Estaba dispuesto a romper mi juramento.

Le mentí en la cara al afamado Robert Rickman.

A cambio de un poco de justicia, había decidido engañar a quien fuera necesario, manipular y persuadir, tensar la cuerda hasta hacerla añicos.

Estaba harto de seguir las reglas mientras otros las ignoraban.

No esperaba al veredicto de un juez.

No permitiría que un avisado abogado defensor se riera en la cara de la justicia, que lograra una reducción de condena a cambio de que su cliente aireara los trapos sucios de sus compañeros de organización.

Nada de eso.

Reid Clements mató a mi hermana y necesitaba escuchárselo admitir.

«Quien rechaza la venganza es porque nunca ha tenido motivos para desearla —pensé mientras rodaba hacia el cuarto de mi madre—. Hay heridas que solo puede cerrar la sangre».

Mi madre tenía turno de noche. Volvería en torno a las nueve de la mañana. Y al llegar no encontraría a su hijo en casa.

Entré en su habitación y la registré de arriba abajo, hasta encontrar en el último cajón de su cómoda la llave del armario de armas de mi padre.

Bajar al sótano —única habitación no adaptada a mi minusvalía— supondría un suplicio. Pero a esas alturas ningún hándicap podía detenerme.

Me arrastré como una serpiente sobre los peldaños de madera. El suelo estaba frío y polvoriento. Repté hasta el armario de armas. Me senté y lo abrí con la llave sustraída de la habitación de mi madre. Dentro encontré el antiguo revólver del sheriff de Albany, que su esposa había guardado más como recuerdo que como instrumento de defensa. A ella nunca le entusiasmaron las armas. A mí tampoco. Sin embargo, lo que tenía que hacer requería de altas dosis de intimidación.

Saqué cinco balas de una de las tres cajas de munición que hallé sobre un pequeño estante. De no haberlas encontrado, de no haber podido cargar el arma, mi viaje de venganza hubiera acabado antes de empezar. Incluso, tras marcharse Rickman, temí que mi madre hubiera vaciado el armario. No la creí capaz de deshacerse del revólver de mi padre, de su indumentaria de sheriff, de su estrella..., pero cabía la posibilidad. La suerte formaba parte de mi plan, así que me tomé aquel primer buen paso como un guiño del destino.

«El maldito destino —pensé mientras deshacía mis ‘pasos’ con el arma sujeta en mi mano derecha, peldaño a peldaño, esta vez, cuesta arriba—. Si no la hubieran asesinado, ahora yo tendría una carrera universitaria y podría caminar».

Me encaramé a la silla con mis fuertes brazos. No resulta fácil desde tan abajo. Pero cuando el mundo te patea continuamente, decides que hay que aprender a levantarse.

Randall

Estaba preparando las preguntas para Korda cuando Falco se acercó a mi mesa.

—Le han citado a las doce, dentro de... —Le echó un ojo a su reloj de pulsera—. Dos horas y media.

—¿Tan pronto?

—El capitán Nathaniel Cole me ha dicho que Korda se ha ofrecido a contestar a nuestras preguntas, así que en principio acudirá al departamento a la hora prevista.

Dakota nos observaba desde su cubículo.

—Estad preparados.

—Lo estaremos, señor.

—Sí, señor —dijo Dakota cuando Falco volvía a su despacho.

—Está cabreado conmigo —susurró mi esposa con cara de guasa.

—Es lo que tiene acusar a alguien de no hacer bien su trabajo.

—Tampoco fue para tanto, por Dios.

—‘La culpa es tuya’ —susurré gesticulando como si estuviera fuera de mis cabales—. Te pasaste. Falco no tuvo más culpa que nosotros.

—Bah, sigue con esas preguntas, tontorrón.

—Sí, será lo mejor, mendruga.

Nos sonreímos. Me hubiera gustado darle un beso por encima de la baja pared que separaba nuestras mesas, pero los besos estaban terminantemente prohibidos en la oficina.

Alan

Conduje usando los controles manuales que suplían a los pedales de mi furgoneta con rampa de acceso telescópica. Lo hice sumergido en un estado de absoluta calma. Cuando uno ha estado en las tinieblas, luego las abandona y años después vuelve a adentrarse en ellas, sabe dónde se mete. Robert Rickman me dio el motivo perfecto para volver a las andadas, para retomar mis actos de dudosa reputación. Tras ‘la noche de las pintadas’ no había vuelto a delinquir, pero el contador de ‘días portándome bien’ estaba a punto de ponerse a cero.

Aún era de noche cuando llegué a Trenton. Aparqué bajo un cielo estrellado enturbiado por un puñado de nubes, ante el bloque de pisos donde residía Clements.

Las luces de las farolas dibujan líneas que parecían no acabar nunca.

«Vamos allá».

Me subí a mi silla y bajé por la rampa trasera de la furgoneta.

Las nubes parecían sangrar en el horizonte.

«Ya amanece», pensé, sintiéndome como un condenado que disfruta de su último alborecer desde la diminuta ventana de una celda.

Cabían dos posibilidades: que estuviera en casa y que no. De darse la segunda, tendría que esperar a que volviera de donde fuera que se había ido tan temprano. ¿De trabajar, tal vez? Andaba demasiado a ciegas, sin un plan definido, pero con una finalidad clara.

Esperé sobre mi silla ante la puerta del bloque, que no tardó en abrirse.

—¿Puede sujetarme la puerta, por favor? No llego al portero y me he quedado sin batería en el móvil.

—Claro.

La chica, joven y morena y de más o menos mi edad, me sujetó la puerta sin hacer preguntas; ventajas de ir en silla de ruedas: todos te ven como un pobre diablo del que servirse para realizar la buena acción del día.

Entré y subí en ascensor hasta la tercera planta. De no haberlo tenido el edificio, me habría visto en serios apuros; pero la suerte volvió a hacer acto de presencia.

Enfilé el pasillo valiéndome de la poca luz que arrojaba un muro con ladrillos de vidrio decorativo.

Con un nudo en la garganta, hice girar las ruedas de mi silla sobre un gres plumizo y entre paredes de color beige oscuro.

«No saldré de aquí hasta saber la verdad».

Golpeé la puerta con los nudillos, rompiendo el silencio que lo abrazaba todo.

Esperé.

Acerqué la cabeza a la madera: no advertí nada.

«¿Se acabó la suerte? ¿Ha dormido fuera?».

Toqué el timbre. El «ding, dong...» resonó por el pasillo como una risa malévola.

Oí pasos acercándose desde el otro lado.

—¿Quién es?

La voz de Clements se percibía recelosa.

No contesté.

Entreabrió la puerta.

—Supongo que buscas respuestas —dijo menos sorprendido de lo esperado.

—Es hora de que confieses.

Le mostré la culata de mi revólver, que hasta ese momento había ocultado debajo de mi abrigo.

—No necesitas intimidarme. Sé que no tengo derecho a pedirte nada, sin embargo, te pido que me ayudes a cerrar el ciclo iniciado con la muerte de Kat. Si accedes, conocerás lo ocurrido durante aquella tormentosa tarde que cambió el rumbo de nuestras vidas. Crees saber lo ocurrido, pero ni siquiera has rascado la superficie.

Me invitó a pasar con un ademán de su mano.

«Que empiece el juego psicológico», pensé mientras hacía rodar mi silla.

KORDA

Cinco horas más tarde

La pantalla mostró a Korda sobre una silla de patas finas, en una habitación de paredes limpias donde se distinguía un escritorio al fondo. Resultaba evidente que no la habían conducido a una sala de interrogatorios. «Mejor en un ambiente distendido», pensé. No teníamos una sola prueba incriminatoria en su contra, y no queríamos que se sintiera señalada.

«No creo que se asuste fácilmente», deduje mientras el capitán Nathaniel Cole le hablaba con expresión afable.

—¿Está lista, señorita Korda?

—Cuando quieran.

A bote pronto vi a un hombre con rímel en los ojos y los labios pintados de rojo intenso. El pelo le llegaba hasta los hombros. Un flequillo recto y largo hasta las cejas pretendía disminuir la largura de su cara, sospeché, pero no conseguía suavizar sus huesudas facciones.

«¿Lleva peluca?».

Resultaba incuestionable que se exhibía sin miedo al ‘qué dirán’. Y le aplaudía por ello. Llevaba un vestido negro de tirantes. Supuse que había dejado su chaqueta colgada en algún perchero cercano.

Con un par de retoques estéticos hubiera sido tenida por una mujer. Pero Korda no pretendía eso, y lo explicó claramente en una entrevista que encontré por la red: «Abandoné la idea de la operación porque es la solución típicamente occidental, patriarcal, intervencionista e invasiva a un problema que no puede ser resuelto de esa manera. Vas al médico quejándote de que te sientes atrapado en un rol de género extremo y el doctor te dice «bien, si tienes treinta mil dólares y un altísimo nivel de tolerancia al dolor y al sufrimiento personal, y dos o tres años para emplearlos en esto, te introduciremos gradualmente en otro rol de género. Opuesto, pero igualmente extremo y ridículo». Creo que es una vergüenza que tanta gente sucumba a ello cuando lo que realmente desean es..., la ambivalencia, el equilibrio, estar en un punto entre los géneros (en el que todos deberíamos estar), renunciando a lo extremo y abrazando la sutileza y la ambigüedad. Travestirse es imitar al género opuesto, y eso es positivo, pero el paso siguiente es el *gender-bending*, ocupar el espacio entre géneros. Hay gente como Dennis Rodman, el jugador de baloncesto, que tuvo el coraje de hacerlo mientras era miembro de uno de los equipos más famosos de la historia. Y lo hizo en público. Fue bastante sorprendente».

Ante una pantalla plana que gracias a la tecnología —detestada por la a punto de ser entrevistada— nos transportaba al Departamento de Policía de Boston, nos dispusimos a buscar conexiones. No nos importaba su sexo ni sus creencias, solo su vínculo con las tres muertes.

—Les dejo con la señorita Korda —dijo Cole mirando a la pantalla, entretanto nosotros nos acomodábamos en un extremo de la ovalada mesa de reuniones.

Los tres agradecemos su diligencia con sendos ‘gracias, capitán’ que por poco pronunciamos al unísono.

—Hola, Chris —saludó Dakota.

Falco y yo también la saludamos, pero decidimos mantenernos un poco al margen: pensamos que Korda se sentiría más cómoda conversando con una mujer. Aunque se proclamara persona ‘sin género’, según sus últimas entrevistas se sentía más a gusto siendo tratada como persona del sexo femenino

—¿Sabes por qué estamos haciendo esta videoconferencia?

—Algo me han explicado. —Su voz era de lo más varonil—. Unos miembros rebeldes de mi iglesia han matado a mujeres embarazadas, ¿no?

—Sospechamos de Reid Clements. ¿Lo conoce?

—¿Clements? ¿Pueden mostrarme una fotografía que me refresque la memoria? Conozco a tantísima gente...

—Un momento.

Randall acercó el informe del susodicho a la cámara web.

—Ah, sí. ‘Ojitos Azules’, le llamo yo. No obstante, solo lo conozco de charlar con él cuando viene a mis sermones o a alguna de mis actuaciones o a las manifestaciones. No somos amigos. Ni mucho menos. No acostumbro a mezclarme con la plebe, ya me entienden.

—¿Tiene usted algo que ver con las muertes de Amanda Smith, Linda Pike y Kat Guinee?

—En absoluto. Es la primera vez que oigo esos nombres. Mi iglesia prohíbe el asesinato. *Ter-mi-nan-te-men-te*. Si alguno de sus miembros se toma la justicia por su mano, no es cosa mía. La reducción de población que propone mi iglesia ha de realizarse por medios voluntarios. El asesinato y la esterilización involuntaria están, repito, estrictamente prohibidos.

—¿Nos dejaría echar un vistazo a su piso de Boston?

—Si no me lo ponen patas arriba... No tengo nada que esconder, agentes. Créanme. Pueden someterme al polígrafo, si quieren. Nunca he matado a nadie y nunca he animado a cometer un asesinato. Si buscan una cabeza de turco, me temo que hoy no va a poder ser. No encontrarán un solo indicio que me culpe de esas muertes. Lo siento, señora y caballeros.

—¿Por qué no encontramos nada referente a su iglesia en las redes sociales de Clements? —intervino Falco, supuse que tratando de redirigir una entrevista que parecía destinada al fracaso.

«Buena pregunta».

—Evidente, ¿no creen? Para no convertirse en un paria. La gente no quiere perder su trabajo. Es comprensible. Todos los meses hay que comer y pagar la factura de la luz. Una cosa es acudir a una manifestación y otra airear en tus redes sociales que te encantaría que el ochenta por ciento de la población se suicidara de un día para otro. Defendemos una causa justa, pero somos conscientes de que no es una causa popular.

—¿Conserva alguna fotografía de Clements durante alguna manifestación o sermón que pueda confirmar que pertenecía a su iglesia?

—Pues... Si me dan unos minutos, puedo buscar en mi móvil a ver qué encuentro. Tengo como quinientas mil ahí metidas.

—Claro —aprobó Dakota—. Si da con alguna, envíenosla a nuestro correo. El capitán Cole se lo facilitará.

—Llámame de tú, guapa.

—Claro.

—Lárguense a tomar un café o algo fresquito; me ponen de los nervios ahí, clavándome sus miradas de desaprobación.

Nos levantamos y colocamos fuera del objetivo.

—Señor, deberíamos pedirles a los de Boston que le, o la... Joder, uno no sabe cómo llamar a este... En fin. Que la sometan al polígrafo —susurré entre Falco y mi esposa—. Que nos hagan un último favor. Les deberemos una, pero creo que valdrá la pena descartarla definitivamente.

—Dadlo por hecho.

—No creo que esté relacionada con las muertes de Amanda Smith, Linda Pike y Kat Guinee —conjeturó Dakota—. Su fundación busca una reducción voluntaria de la población, y como bien ha dicho, prohíbe el asesinato y la esterilización involuntaria. Es de cajón que Clemets dejó embarazada a Kat. Algo que sospechábamos desde el principio. Hasta ahora no existía ningún vínculo entre el crimen y el embarazo, pero ya lo tenemos. Clements mintió como un bellaco. Kat se negó a abortar y él decidió subsanar su error. Le cogió el gusto a liberar el planeta de personas y se puso a matar a mujeres embarazadas usando, digamos, métodos que nos hicieran barajar múltiples posibilidades.

—Pienso lo mismo —dije, convencido de que mi esposa no andaba desencaminada.

—Estamos cerca de resolver tres crímenes de una tacada, chicos —presintió Falco con brillo en los ojos.

—Eooo... —Oímos la voz de Korda—. ¿Están ahí, agentes? Les acabo de enviar cuatro fotos al correo que me ha dado el capitán.

Dakota se colocó ante el objetivo.

—Gracias, Chris. Les echamos un vistazo y hablamos.

—De acuerdo, guapa. No tengo nada mejor que hacer que atenderos.

Falco entró con su tableta al susodicho correo electrónico.

—Aquí están.

Abrió la primera. La pantalla mostró a Clements junto a otros de su iglesia sujetando una pancarta que rezaba «Salva el planeta, no procrees».

—Mirad quién está a su lado —dijo Dakota—. ¿Esa no es...?

—Dios santo —susurré volviendo mentalmente al día de los hechos—. ¿Por eso desapareció sin dejar rastro? —Falco parecía haberse quedado sin palabras—. Tenemos que interrogarle, registrar su piso, requisarle el ordenador, la tablet, el móvil... Todo.

—Podemos retenerle cuarenta y ocho horas y es lo que vamos a hacer —aseguró nuestro teniente—: tiempo de sobra para conseguir las órdenes de registro.

»Id cagando leches a por él.

MALA HIERBA

Cinco horas antes

‘Anduve’ a su estela con el revolver sobre mi regazo, por un pasillo rematado en una estancia bien iluminada. Entró y se sentó, aparentemente abatido, en un sofá viejo cubierto por una manta aún más desgastada. En la mesa de centro no había más basura: tres bolsas de patatas bío vacías, cinco latas de cerveza aplastadas —supuse que con la mano—, pañuelos de papel hechos gurrufios, vasos de plástico...

—¿Has hecho una fiesta? —pregunté irónico tras detener mi silla al otro lado de la mesa rectangular.

Clements me miró con indiferencia.

—No salgo de casa desde que me enteré de que Will se había suicidado. Aguantó hasta el final, pero... En fin. Si está muerto es porque nos han descubierto. Esperaba que en cualquier momento llamaran a mi puerta los detectives de Nueva York, pero te les has adelantado.

—¿No sales de aquí desde hace dos días? —pregunté socarrón—. Echarás de menos tu amada civilización...

—Cachondéate si quieres. Estás en tu derecho. Por cierto, ¿te apetece tomar algo? ¿Un café, tal vez?

Lo encañoné con el revólver apoyando el codo en el reposabrazos de mi silla.

—¿Por qué mataste a mi hermana?

—Vas al grano, ¿eh, Alan? Igual que Kat.

—Déjate de pamplinas. De ti solo me interesa lo que guardas en la memoria. Tienes tres opciones: que me cuentes hasta el último detalle y luego llames a Randall Jacobs y a Dakota Siegel y lo confieses todo; que te niegues a hacerlo, y que entonces te pegue un tiro en esa cara bonita; o que lo escupas todo y después te suicides como tu amiguito Will. Sé fiel a tu maldita iglesia de los cojones y salva el planeta cortándote las venas. ¿No es eso lo que vais predicando por ahí? Da ejemplo, joder. Sé valiente y haznos un favor al resto.

»Solo eres un hombre. Tu muerte no solucionará el problema del cambio climático. Eres un loco entre locos. Soy consciente. Pero también de que no todos tenemos la misma capacidad de aliviar al planeta. Si yo muriera hoy, el mundo no cambiará. Pero si lo hicieras tú, sería un poco mejor. ¿No es eso lo que buscas?

—El mundo agoniza y...

—Ahora mismo el mundo me importa un puto bledo.

—Pues tendrás que escuchar lo que tengo que decir, o silenciarme de un disparo.

Empuñé el revólver con las dos manos y lo elevé con mi dedo índice acariciando su gatillo, hasta que su punto de mira reflejó su entrecejo.

Clements no se inmutó.

—Adelante. Mátame y nunca sabrás lo que le pasó a tu hermana. Y sería una pena habiendo llegado tan lejos, ¿no crees?

—Ya. *Pum*. —Fingí el retroceso del arma, bajé los brazos y volví a sujetarla con una mano —. Habla de una maldita vez.

—Estamos presenciando una extinción masiva de especies. Cada hora desaparece una; cuatro veces más rápido si hablamos de los bosques húmedos tropicales. Pero eso te queda lejos, ¿verdad, Alan? La deforestación de los bosques tropicales es algo que ves en los documentales del Discovery Channel, algo que te hace sentir mal durante un rato, pero que en cuanto apagas el televisor deja de conmoverte. El Amazonas no tiene que ver contigo, ¿verdad, Alan? Ni con tu madre, ni con tu primo, ni lo tenía que ver con tu hermana. De los entre diez y quince millones de especies que habitan la tierra, la mitad lo hacen en las selvas húmedas tropicales. Gran parte de estas especies está sin descubrir y se extinguirán sin haber sido nunca vista. Los bosques húmedos resultan cruciales. En un solo árbol pueden encontrarse mil doscientas especies de escarabajos, de las cuales unas trescientas están especializadas en esa clase de árbol en especial. Diariamente se talan miles. Pero el Amazonas no va contigo, ¿verdad, Alan? Se ha estimado que antes de la llegada del ser humano se extinguía una especie perteneciente a un gran grupo cada millón de años. Ha habido cinco grandes extinciones en la historia geológica del planeta, incluyendo una que barrió al noventa y cinco por ciento de las especies. Las causas más probables de todas ellas son las astronómicas; un cometa que choca con la tierra, llena la atmósfera de polvo, oscurece el sol, el planeta se congela... Tarde o temprano, la causa de la extinción desaparece: el polvo se deposita en el suelo, el hielo se descongela y la vida se restaura. Pero la extinción que estamos viviendo ahora mismo funciona de otra manera. Al contrario que con el cometa, la causa no va a desaparecer, porque la causa somos nosotros. Estamos cambiando la composición química del planeta, de los océanos y de la atmósfera.

»Los humanos aún no tenemos el poder de destruir completamente la vida del planeta. Incluso detonando todas las armas nucleares a la vez, una parte de las bacterias y los virus sobrevivirían. Pero que no podamos destruir la tierra de golpe no quiere decir que no podamos hacerlo lentamente reduciendo su biodiversidad. La vida crea diversidad porque es una estrategia de supervivencia excelente. Los sistemas diversos se adaptan mucho mejor al cambio. Imagina un bosque que contiene diez mil especies. Por algún motivo, la temperatura varía unos grados y la mitad de esas especies desaparece de la noche a la mañana. Es una extinción en toda regla, pero todavía quedan cinco mil especies en ese bosque que se podrán adaptar al nuevo clima y evolucionar en otras nuevas que remplazarán a las extintas. Pero ahora talamos nuestro bosque hipotético y lo plantamos con una sola especie, algo útil para nosotros. Maíz, por ejemplo. La temperatura se altera de nuevo. ¿Cuál es la probabilidad de que nuestro maíz modificado genéticamente pueda resistir? Muy baja. El maíz muere, la capa superficial de terreno se convierte en polvo por la falta de actividad, el viento se lo lleva y ya tenemos un desierto producido por el hombre. ¿Estamos reduciendo la probabilidad de que la vida continúe en la tierra? Sí. Al reducir el número de especies estamos creando un planeta de malas hierbas, con el hombre como la mala hierba definitiva. Lo único que sobrevivirá serán las especies genéticamente modificadas que nos resulten útiles: vacas, pollos, cerdos, maíz, trigo... El resto serán ratas, cucarachas, palomas y otras especies capaces de adaptarse a un medio ambiente cada vez más hostil, fabricado por y para el hombre. La historia de la sociedad industrial es la historia de la diversidad, tanto biológica como social, abocada al monocultivo. De ahí que la Iglesia de la Eutanasia luche por la diversidad y, por lo tanto, se oponga a todas las formas de crecimiento humano, incluyendo el económico y el tecnológico, pero especialmente el demográfico. Queremos ver menos gente, usando menos cosas y generando menos basura. La persona media

considera estas metas profundamente ofensivas y antisociales; no pueden evitar sentirse ofendidos porque su escala de valores se fundamenta en el Humanismo, en la creencia de que el hombre es la medida de todas las cosas y de que sin él, el mundo no tendría valor o significado. Esta idea tan arrogante lleva directamente a un orden jerárquico de existencia, con el hombre en la cima. Dios nos dice en el Génesis: «Sed fructíferos y convertíos en muchos y llenad la Tierra y dominadla y someted a todas las criaturas vivientes...». Eso es lo que hemos hecho hasta ahora, con resultados catastróficos. El Humanismo es la mayor de las herejías para la Iglesia de la Eutanasia. —Hizo un corto paréntesis para suspirar largamente—. Lo que acabo de reproducirte es lo que contestó Chris Korda en una entrevista allá por 2015. La he leído tantas veces que me la sé de memoria. No puede sintetizarse mejor lo que le ocurre a este planeta, ¿no crees?

—Estoy de acuerdo contigo y con Chris. —Soné de lo más irónico. No me apetecía darle la razón, por mucho que la tuviera. Kat había muerto por culpa de sus ideas—. Todo lo que has dicho es cierto. ¿Cómo iba a negarlo si lo he visto en el Discovery Channel? Pero tu iglesia de mierda aboga por una reducción voluntaria de la población, y morir asesinado no creo yo que pueda considerarse ayudar por voluntad propia. Si un miembro de tu iglesia se suicida, tengo entendido que se convierte automáticamente en un santo, sin papeleos ni historias. —Reid asintió con la cabeza—. ¿No quieres convertirte en un santo, Reid? Si no te suicidas hoy, eres el mayor hipócrita que ha pisado la Tierra.

—¿Crees que no pienso todos los días en el suicidio? Sobre todo desde que traicioné a Chris. En fin. Iré al grano. Maté a tu hermana porque gestaba un hijo mío y no podía permitirlo. La convencí para que me acompañara a Nueva York. «¿Hacemos un viajecito como amigos por el bien de nuestro futuro hijo?», le propuse. Se empeñó en ir con su coche, así que viajamos por separado, pero aun así juntos. Paramos a tomar café a medio camino, en una estación de servicio de Highland Park. Se ausentó para ir al baño y entonces aproveché para quitarle el móvil del bolso. En ningún momento se percató de que no lo llevaba encima. Y si lo hizo, no dijo ni mu. Tal vez pensó que se lo había dejado en Trenton. No tengo ni la menor idea. Pero ahora mismo eso es irrelevante. De vuelta a la carretera, le quité la batería y la tarjeta y lo lancé por la ventanilla, siguiendo las instrucciones de Gina.

—¿Gina? ¿Gina Gillard? ¿La inquilina del cuarto? ¿La desaparecida?

—Sí. Ella también era miembro de la Iglesia de la Eutanasia. —«¿Era?», pensé consternado—. Por eso la lanzamos desde la azotea de ese edificio en concreto. Nada pasó por casualidad. Gina y yo congeniamos en una manifestación de la iglesia y... En fin. Hablábamos todos los días por chat. También follábamos de vez en cuando, si uno de los dos podía trasladarse. Éramos lo que suele llamarse *follamigos*. Nosotros practicamos cualquier acto sexual que no lleve a la procreación. Lo sabes, ¿no? Supongo que antes de iniciar tu viaje de venganza habrás buscado información sobre nuestras costumbres...

—¿Dónde están Gina Gillard y Marité Miller? ¿También las mataste?

—Llegamos a Nueva York un día antes —continué, ignorando deliberadamente mi pregunta—. Pasamos el día en casa de mis padres, que estaban de vacaciones en Europa. Como dos buenos amigos, miramos la tele, conversamos sobre nuestro futuro forzosamente unido, cenamos... Empezó a nevar con fuerza, así que nos acostamos pronto. Sobra decir, que cada uno en una habitación. Durante la noche, la tormenta llenó de nieve las calles y no parecía tener intención de amainar. Y sin darnos cuenta —al menos en lo que a mí respecta—, llegó la tarde que lo cambió todo.

EL RESTO

Día de los hechos

Reid Clements

Kat se empeñó en acompañarme con su propio coche. De ese modo podría volver a Trenton cuando quisiera, sin depender de nadie, y eso le confería tranquilidad.

Las indicaciones de Gina fueron claras: «Bajo ningún concepto te subas a su vehículo. O vais con tu Prius o cada uno con el suyo. Dejarías huellas dactilares o restos biológicos, como pelos, y por nuestro bien es mejor que eso no suceda».

Obviamente, no me opuse a que fuéramos en coches separados. «Con tormenta es mejor así, por si alguno se queda atascado en la nieve», consideré antes de partir hacia Corona.

Nunca sospeché de mis malas intenciones. ¿Cómo olerse que pretendía matarla junto a nuestro hijo? Como una res camino del matadero, condujo tras mi Prius creyendo que lo hacía a una distendida reunión de colegas de ONG medioambiental.

Lo cierto es que no mentí del todo.

Los copos se estrellaban contra la luna como asteroides helados. El parabrisas no daba abasto. El cielo estaba poco más o menos tan oscuro como mis intenciones. Apenas se apreciaban transeúntes, y los pocos que aparecían sobre las aceras se entreveían bajo un turbio manto de topos blancos. Todos abrigados hasta las cejas, con guantes, gorro, bufanda, incluso orejeras. Como yo, aun estando dentro del coche. Como me indicó Gina. Nadie podía reconocer a nadie aun pasando por su lado. Nadie podía distinguirme entre los demás. Como predijo Gina.

Aparqué en un hueco donde cabían dos coches. Kat lo hizo tras mi Prius poco después. Esperé a que se apeara para hacerlo yo. Miré el reloj del salpicadero antes de bajar: estaba cumpliendo con el horario.

Caminamos resguardándonos del frío, encogidos, con las manos en los bolsillos, con los gorros sobre las cejas y las bufandas cubriéndonos las bocas. Apenas nos cruzamos con un par de neoyorkinos.

—¡Es aquí!

El viento, cargado de balas heladas, no permitía comunicarse de otro modo que a gritos.

Pulsé el timbre del cuarto piso.

—¿Sí?

Reconocí la voz de Gina.

—¡Soy Reid!

Nos abrió.

—Buf... —Kat se quitó el gorro y la bufanda nada más entrar y los metió en su bolso. Ni entonces se dio cuenta de que no llevaba su móvil—. No recordaba una tormenta así.

—Sí. Está dándolo todo. Por cierto: este bloque no tiene ascensor, así que...

—¿No te quitas el gorro y la bufanda?

—Arriba. Vamos.

No encendí la luz del portal, pero Kat lo hizo antes de que empezáramos a subir.

Superamos un piso tras otro en silencio, sin advertir movimiento alguno. Y llegamos a la puerta con un cuatro encima.

Gina abrió antes de que me diera tiempo a tocar el timbre.

—Hola, Reid.

—Hola, Gina.

Nos dimos un abrazo.

—Y tú debes ser Kat.

—La misma.

Abrazó también a su «invitada».

Kat no pudo evitar hacer un ligero gesto de desconcierto. Gina solía tener ese efecto en los demás. Por decirlo de algún modo, chocaba su escasa feminidad en torno a unas facciones profundamente femeninas. Sus ojos marrones, su nariz chata y sus labios y mandíbula finos, su corte de pelo estilo marine y su inexistente maquillaje —ni siquiera llevaba pendientes—, pero sobre todo su varonil forma de vestir, llevando pantalones anchos, camisa blanca y un chaleco negro, sumado a su voz grave, le hicieron pensar a Kat que estaba delante de una transexual. Sin embargo, Gina era una persona de sexo no-binario: una persona que no se siente hombre ni mujer.

—Pasad, pasad...

Gina nos condujo hasta el salón, donde hallamos al resto de los componentes de la falsa reunión: mi amigo Will y la amante de Gina, Marité Miller: la única testigo ocular de la muerte de Kat Guinee.

PRONTO ACABARÁ TODO

—Dadme los abrigos. Los dejaré sobre mi cama. —Nos los quitamos y se los dimos entretanto Will y Marité nos observaban desde el sofá—. ¿Os apetece un café? ¿Una cerveza, tal vez?

—Café —pedí yo.

—El mío sin azúcar, por favor —matizó Kat.

—Enseguida vuelvo. Poneos cómodos.

Antes de darnos la espalda, Gina me lanzó una mirada que llevaba implícito un mensaje: «El suyo volverá cargado de burundanga».

—Hola, chicos.

Will y Marité se levantaron para darme dos fuertes abrazos. Al tiempo que se iban presentando, procedieron a abrazarla también a ella. Mi amigo Will arrastró una de las sillas que rodeaban la mesa del comedor y la colocó al lado del sofá, dejando espacio para que ‘la nueva’ se sentara entre Marité y yo.

A Kat se la percibía incómoda. A Will y a Marité, por mucho que intentaran disimular, tensos a más no poder. Y no era de extrañar. Yo mismo me sentía más nervioso que nunca. Solo deseaba que todo terminara, que Kat y mi hijo nonato dejaran de respirar, que pasaran los meses, los años..., y todo volviera a la normalidad.

Dudé. A punto estuve de levantarme y llevármela a rastras, como un padre a su hija menor de una fiesta donde corre el alcohol. En cambio, lo que hice fue dejar que el tiempo corriera en contra de Kat.

—Entonces, ¿eres de Trenton? ¿Cómo conociste a este cabronazo? —preguntó Will en tono bromista.

—En una exposición de cuadros.

—Pintados por ella —intervine.

—¿Eres pintora? —preguntó Marité, fingiendo sorpresa; todos conocíamos su profesión y de dónde venía.

Gina entró en el salón con dos tazas humeantes.

—Aquí están los cafés. Este es el que no tiene azúcar —explicó mientras los dejaba sobre la mesa de centro.

De nuevo me echó una mirada siniestra; a ella no parecía causarle ninguna inquietud lo que estábamos haciendo.

Tras agradecerle el gesto, Kat cogió la taza que contenía el café con burundanga. Me imaginé dándole un golpetazo al grito de «¡no!», antes de que tocara sus labios. Pero —de nuevo— dejé que el plan siguiera su curso.

La conversación pasó a tocar temas triviales, como a qué se dedicaba cada uno, el tiempo, series y películas. Lo cierto es que no nos dio tiempo a charlar demasiado.

Kat se echó las manos a la cabeza.

—Se me está nublando la vista. —Me miró con las pupilas dilatadas—. Uf... Sese me... Mi

booooca. —Echó la cabeza hacia atrás, apoyándola sobre el respaldo del sofá—. La *tetengoo* muy seca.

Gina se levantó de su silla y le dio varias palmaditas en la cara para despabilarla.

—Vamos a la azotea, Kat. Quiero enseñarte una cosa.

Kat no se opuso. Ayudada por Gina, se levantó tras balbucir un «vale».

—Will, a mi habitación cagando leches —ordenó Gina—. Marité, baja a tu piso y prepárate para salir. —Miró su reloj de pulsera y calculó mentalmente—. Caerá a las cuatro y cinco minutos.

Ambos asintieron con la cabeza y se marcharon a sus puestos, Marité a su piso y Will a la habitación de Gina, donde le esperaba el portátil de la creadora del plan criminal que se estaba llevando a cabo.

Ayudamos a incorporarse a la narcotizada. Gina se colgó del hombro el bolso de Kat y salimos del piso.

Kat parecía estar hipnotizada.

Anduvo sumisa hacia su muerte.

Si bien, se tambaleaba como un alcohólico el día de Nochevieja.

Como predijo Gina, nadie se cruzó en nuestro camino.

«*Meme encucuenntro mumumuyyy maaal...* —tartamudeó con nada más pisar la azotea—. *Esttttoy cansaaaddda...*».

Kat rio en el limbo; una risa que sonó perversa. Pero los únicos perversos que pisaron aquella azotea aquella tarde fuimos nosotros.

Todo ocurrió tan rápido que no tuve tiempo de sopesar las consecuencias. Ahora, cuando echo la vista atrás, lo recuerdo como una sucesión de instantáneas borrosas.

La tormenta nos recibió como previmos. El viento soplaba con fuerza, empujando la nieve contra nuestros rostros como si intentara socorrer a Kat.

—¡Tienes cuatro minutos! —indicó Gina. Se alejó para enterrar el bolso bajo la nieve—. ¡Te espero en la escalera! ¡No la cagues!

Gina volvió al resguardo de las paredes y los techos, dejándome la responsabilidad de la muerte.

—¡Vamos, Kat!

Kat no parecía saber dónde estaba. Se dejaba hacer, caminando cuando la empujaba del brazo, deteniéndose cuando dejaba de hacerlo.

Cerca de la barandilla recordé las palabras de Gina dos días antes: «Te la pondré en bandeja, pero tú metiste la pata y tú has de empujarla».

La nieve empapó su pelo, su abrigo, su rostro..., borrando toda huella.

—¡Siéntate aquí, anda!

Le ayudé a superar la barandilla, levantándole primero la pierna izquierda y luego la derecha, como si fuera una paralítica.

La mantuve sentada un momento.

Aún no era tiempo de «saltar».

Ni siquiera miró abajo.

Su mentón apuntaba al horizonte. Su cabello cubría su rostro, golpeándose como un látigo a un esclavo. Me miró un momento con sus hermosas pupilas dilatadas, entretanto yo la sujetaba al borde del abismo.

—*Aaayúúúddame, Reeaid...* —balbució.

Miré mi reloj de pulsera: «16:04:55».
—Pronto acabará todo.

AL ESTIRAR MI MANO

Alan Guinee

Reid parecía realmente arrepentido de haber matado a mi hermana. Sin embargo, a mí me importaban un bledo sus remordimientos. No estaba dispuesto a perdonarle bajo ningún concepto.

—La empujé —prosiguió explicando—. Pero inmediatamente me arrepentí. En una milésima de segundo sopesé las consecuencias; mi mente decidió considerar las secuelas cuando todo estaba perdido. «No soy un asesino», se me cruzó por la cabeza. Estiré mi mano y tiré de su abrigo. Ni de lejos pude detener la caída. Sin embargo, ese estirón provocó que cayera bocarriba y muy cerca de la fachada.

»Todos tuvimos un rol, Alan —explicó Reid con una expresión triste—, pero yo no cumplí con el mío por una décima de segundo: Gina fue la cabeza pensante; Will, mientras Kat se precipitaba, subiría fotografías de la nevada desde la cuenta de Facebook de Gina; yo, con la ayuda de Gina, debía subirla a la azotea y luego lanzarla al vacío en el momento exacto; a Marité se le encargó subsanar cualquier error relacionado con la posición del cadáver, según Gina, la parte donde podían surgir más problemas. La precisión del plan rozó lo enfermizo.

—¿Lo rozó? —Empezaba a sentirme peligrosamente iracundo—. Tú y tus amiguitos merecéis morir lentamente. No como el gilipollas de Will Greer.

—El plan era perfecto —insistió, ignorando mis insultos—, siempre y cuando nadie hiciera una estupidez. Si la policía husmeaba, Will no había estado allí y yo con él en Boston. Gina subía fotos mientras se cometía el crimen. A Marité por poco se le cae el cuerpo encima... Si tu hermana no moría en la posición correcta, Marité movería su cuerpo nada más golpear la acera. Pero Kat tardó un pelín más en caer y lo hizo más cerca de lo que Marité esperaba, lo que la sobresaltó. Y para nuestra desgracia, el inquilino del quinto se asomó por la ventana cuatro segundos después del impacto. En fin. Que Marité no pudo arreglar mi desliz. Habiendo un testigo ocular, el remedio era peor que la enfermedad. Así que tuvo que contentarse con gritar como una histérica. Tu hermana debió caer bocabajo y en perpendicular a la fachada. Pero todo ocurre por algo, ¿no crees, Alan? Supongo que es aquí y ahora donde debíamos estar.

»Yo y Will nos escondimos en la habitación de Gina. «Llamarán a la Policía —previó ella—. Un oficial hablará con los vecinos. Salir del edificio justo después es demasiado arriesgado. Las primeras hipótesis apuntarán a un suicidio, pero la metida de pata con la posición... Pero tranquilos: solo me harán preguntas. Os ocultaréis en mi habitación y os marcharéis al amanecer».

—¿Estabais en la habitación de Gina cuando Randall Jacobs y Dakota Siegel la entrevistaron?

—En efecto.

«Dios santo. Fue un auténtico despropósito. No obstante, hay que admitir que fueron más listos que el hambre. Pero Robert Rickman fue más astuto que nadie».

—A fin de cuentas —continuó Reid, absorto en los desperdicios que colmaban la mesa de centro—, mi arrepentimiento es el motivo por el que hoy estás aquí. Si la posición del cuerpo hubiera apuntado directamente a un suicidio, te aseguro que los detectives de Nueva York no le hubieran dado tantas vueltas al asunto.

—El motivo es que mataste a mi hermana. Punto. Y ahora que sé lo ocurrido, ¿qué eliges, Reid? ¿Llamas a Jacobs y a Siegel y se los confiesas todo, te niegas y recibes un disparo en la cara o te suicidas y le echas un cable al plantea? Ah, se me olvidaba: y pasas a ser santo de la puta Iglesia de la Eutanasia. Igual hasta te hacen una estatuilla...

—Aún no sabes lo sucedido. Al menos no todo. Faltan las consecuencias. Piensa, Alan.

«¿Las consecuencias?».

Recapitulé mentalmente, centrándome en las averiguaciones de Rickman.

—Marité y Gina. ¿Qué fue de ellas?

—No lloro.

—¿Qué?

—Que nunca había llorado. Ni siquiera cuando nací. Tenía esa incapacidad. Sentía pena y dolor como todo el mundo, pero nunca derramé una lágrima por nadie hasta que asesiné a tu hermana. Sé que te importa un bledo mi sufrimiento, pero debes entender que los remordimientos me condujeron a una profunda depresión.

—Me alegra saberlo.

Reid sonrió con gesto resignado.

—Entonces, también te alegrará saber que conseguí redimirme.

—Permíteme que lo dude.

—Gina conoció a Marité como se conocen muchas personas: de pura casualidad. Se cruzaron en el portal y a Marité se le cayó la cartera. Gina se la recogió y poco a poco fueron haciéndose amigas. Estaban hechas la una para la otra. Marité era lesbiana y Gina una persona de sexo no binario, que no se siente hombre ni mujer; Marité no tenía personalidad, se dejaba influenciar; Gina rebosaba personalidad y le encantaba moldear a los demás a su imagen y semejanza. La amistad pasó al sexo. Yo mismo hice un trío con ellas. Si Gina le pedía a Marité que se comiera un rabo, lo hacía sin rechistar, por muy lesbiana que fuera.

»Marité se enamoró de Gina. Marité comía de la mano de Gina... En fin, que obedecía como una perra. Como supondrás, Gina hizo miembro de la Iglesia de la Eutanasia a Marité. Por primera vez en su vida, Marité se sentía parte de un todo.

—¿Y eso a mí qué me importa?

—¿Me dejas acabar?

—Claro. Adelante. Puestos a escuchar disparates...

—Salir indemnes del asesinato de tu hermana, aun con el hándicap que supuso la posición del cuerpo, les hizo creerse invencibles, capaces de matar a quienes les diera la gana. Tras dejar pasar un margen de tiempo prudencial, empezaron a seguir a mujeres embarazadas y a asesinarlas. Will les echó una mano. Conocía a una chica de Nueva York que trabajaba para una tocóloga; le contó no sé qué milonga para que buscara mujeres preñadas de trillizos o cuatrillizos. Cuantas más muertes de una tacada, mejor.

»Debí intuir que sucedería algo así cuando Gina me dijo días antes del crimen: «‘Salva el planeta, suicídate’, ya no es suficiente. Vamos a cambiar las reglas del juego. Tenemos nuevo lema, Reid: ‘Salva el planeta, mata’».

»No supe nada de los otros crímenes hasta pasados más de tres años. Gina nos ordenó que

durante un tiempo no habláramos por chat, ni nos llamáramos por teléfono ni nos juntáramos para follar. Como ya te he dicho, caí en una profunda depresión, así que agradecí aquel largo respiro. No quería saber nada de ellas. Solo quería olvidar. Pero un día se presentaron en mi piso como si el tiempo no hubiera pasado.

»Estaban eufóricas. Habían conseguido matar a dos mujeres embarazadas y, como en el caso de tu hermana, irse de rositas. Me contaron que a una la atropellaron y a la otra la obligaron a conducir hasta un pueblo cercano a Nueva York, no recuerdo el nombre, y la colgaron de un árbol fingiendo un suicidio. Querían que las ayudase con ‘la limpieza’. Estaban decididas a seguir eliminando a mujeres embarazadas. Y después de lo de Kat, no podía permitirlo. Necesitaba redimirme. Estaba atormentado. Tenía continuas pesadillas con ‘el día de la tormenta’...

»Sabía que si persuadía a Gina, Marité caería con ella.

Reid dejó de hablar y aguardó a que le hiciera la inevitable pregunta.

—¿Persuadirlas de qué?

—¿Puedo ir hasta el televisor? Necesito enseñarte algo.

—Pero no hagas tonterías o te vuelo las piernas.

Reid pasó por mi lado, tan cerca que pude percibir su aroma; olía realmente bien para haber estado dos días sin tomar el aire.

Se detuvo ante la pantalla que había estado a mi espalda, sobre un mueble viejo, se echó la mano al bolsillo y sacó un pequeño pendrive, que introdujo en una de las ranuras laterales del televisor. Regresó al sofá y volvió a mirarme desde el otro lado de la mesa rebosante de basura. Cogió el mando a distancia y buscó por el menú el dispositivo USB, y clicó sobre una carpeta llamada «Gina y Marité». Apareció una grabación designada con el mismo nombre. Clicó de nuevo y en la pantalla aparecieron las susodichas detrás de una mesa de madera vieja. Parecían estar en un cobertizo. Gina habló en torno a paredes de tablones desvencijados:

—Esto es lo que un ente le transmitió a Chris Korda: ‘Saludos. No somos de este planeta. No comprendemos vuestras extrañas costumbres. El ecosistema de la Tierra está fallando. Vuestros líderes lo niegan. ¿Por qué vuestros líderes os mienten? ¿Por qué tantos de vosotros os creéis sus mentiras? Explicadnos vuestras extrañas costumbres. ¿Por qué os creéis sus mentiras? Salvad al planeta. Suicidaos’.

Luego habló Marité:

—No podemos impedir que matéis a la Tierra lentamente, pero podemos intentar haceros sentir culpables, y tal vez dicha culpabilidad os persuada. ¡Negaos a participar en su destrucción! ¡Entre todos estamos a tiempo de revertir el proceso! ¡No tengáis hijos, consumid lo mínimo posible y, finalmente, suicidaos!

Ambas se subieron a la mesa vestidas con sendos pantalones de chándal gris, zapatillas de deporte blancas y una camiseta negra serigrafiada con el lema «Salva el planeta, suicídate». Sonrientes, como dos niñas el día de su cumpleaños, a un metro del suelo, estiraron sus brazos hacia el techo y durante un momento sus manos salieron de plano. Cuando volvieron, sujetaban dos sogas. Supuse que las habían dispuesto sobre las vigas de madera que podían verse a sus espaldas, cruzando el techo. Se las apretaron alrededor del cuello y se dieron la mano. Sin pensárselo dos veces, como quien se lanza a una piscina durante una fiesta, saltaron de la mesa. Sus cuerpos se tensaron y sus manos se separaron. No pude apartar la vista de la pantalla; verlas morir resultó hipnótico. Observé embelesado a aquellas dos locas convulsionando a un palmo del suelo, y no sentí pena alguna. Cuando sus músculos dejaron de contraerse —una quietud que

tardó más de lo esperado—, Reid habló con gesto serio.

—Las convencí para que diéramos ejemplo en vez de matar. Yo debía subir las imágenes a la red para que el mundo se estremeciera, para concienciar como nunca se había hecho, para tocar fibras sensibles, para provocar un terremoto mediático que colocara a la Iglesia de la Eutanasia en boca de todos, para que Chris Korda se sintiera orgullosa de nosotros.

—Pero tú no saltaste.

—Obvio: el único cabo que queda suelto. Te lo he dicho en la puerta: necesito que me ayudes a cerrar el ciclo iniciado con la muerte de Kat. Necesito que alargues la grabación que acabas de ver y luego se la envíes a Chris Korda.

—No pienso hacer eso. Coge un cuchillo y córtate las venas aquí y ahora. Déjate de chorradas.

—Espero que lleves una grabadora oculta debajo del abrigo, Alan, porque si no...

—¿Si no qué?

—Hace un rato me has dado tres opciones. Ahora voy a darte un par yo a ti: me ayudas a difundir la palabra de la Iglesia de la Eutanasia o me ejecutas en este piso. Seamos sinceros, Alan: no vas a disparar. Tú no eres un asesino. Tendrás que confiar en mí. Si me ayudas, me suicidaré y todos podrán verlo; si no, será tu palabra contra la mía. Negaré que hayamos tenido esta conversación. Iré a la cárcel, eso seguro, pero ¿durante cuánto tiempo? Contrataré a un buen abogado. Mis padres tienen dinero y...

—¡Cierra el puto pico, joder! —Reid no pudo evitar dar un respingo—. Accedo a ayudarte.

ME HA DICHO QUE OS DIGA

Randall Jacobs

Los resultados del polígrafo fueron claros: Korda no mentía cuando aseguró que no tuvo nada que ver con los crímenes. Si bien el ‘detector de mentiras’ no era del todo fiable, sí podíamos usarlo como guía, partiendo de que Korda se había ofrecido voluntariamente a la prueba e incluso a que registráramos su residencia en Boston.

Descartada Korda y confirmada mediante fotografías la relación de Reid con Gina y Marité, tomamos la decisión de proceder con cautela. Lo primero que hicimos fue poner sobre aviso al Departamento de Trenton. Lo segundo, llamar al móvil y al fijo de Reid, obteniendo el mismo resultado con ambos teléfonos: nos saltó el contestador. El cuarto intento fue llamar a la cafetería donde trabajaba. Nuestra sorpresa fue mayúscula al descubrir que ya no servía cafés allí. Casualmente, desde hacía dos días. Su renuncia coincidía en el tiempo con el suicidio de su amigo —y más que probable falsa coartada— Will Greer. El quinto intento —por aquello de quemar todas las naves— fue telefonear a sus padres, que nos explicaron que llevaban semanas sin hablar con Reid. «Es habitual —explicó su padre—. Reid no es de esos que llaman a sus padres continuamente ni nosotros de esos que disfrutan controlando a sus hijos». «Así salen luego los «niños» —pensé fugazmente—: descontrolados». Visto lo visto, les pedimos a dos oficiales de Trenton que se personaran en su domicilio. Tres cuartos de hora después nos comunicaron que Clements no estaba en su piso y que ningún vecino lo había visto en días. Parecía evidente que Reid conocía los avances de Robert Rickman. ¿Will le advirtió antes de volarse los sesos? Más que probable. Fuera por lo que fuere, Clements se hallaba en paradero desconocido, y había llegado la hora de echar mano de la burocracia. Con los vínculos inculpativos sobre la mano, el teniente Falco le pidió al Jefe del Departamento de Nueva York que le pidiera al Departamento de Justicia de los Estados Unidos que le pidiera al Fiscal General que emitiera una apresurada orden de busca y captura. Tres muertes de por medio agilizarían el proceso.

En su momento no fuimos capaces de relacionarlo con el crimen. Sin embargo, años después, el escritor Robert Rickman logró desenmascarar al culpable. A Dakota y a mí nos importaba un bledo lo que dijeran de nosotros. Éramos conscientes de que no siempre podíamos dar en el clavo. No obstante, Rickman consiguió hacerme sentir como un hombre que iba siempre un paso por detrás del resto.

Pasaban siete minutos de las dos de la tarde cuando decidimos que lo mejor era trasladarnos a Trenton. Entonces, cuando enfilábamos el ascensor que nos conduciría al parking subterráneo del departamento, recibimos una inesperada llamada que nos detuvo en seco delante de su doble puerta metálica: desde recepción nos comunicaron que el hermano de la víctima rogaba hablar con nosotros.

La muerte de Kat aún encerraba misterios.

No obstante, las palabras del recepcionista invitaban al optimismo: «El chico me ha dicho que os diga, que lo sabe todo acerca de la muerte de su hermana».

Por un momento creí que íbamos a resolver hasta el último de los enigmas del caso Guinee.

REC

Alan Guinee

Horas antes

Reid Clements tenía la mente enferma, así que decidí valerme de su locura.

Lo imaginé ante Marité Miller y Gina Gillard, comiéndoles el coco con su discurso fanático.

«Sin duda, se la jugó bien a ambas —medité mientras conducía tras su Prius hacia las afueras de Piscatown, donde las convenció para que se suicidaran—. Las grabó ahorcándose. Luego debía enviarle el vídeo a Chris Korda para que concienciara a la humanidad y después colgarse al lado de sus amigas. Pero Reid no se quitó la vida como había prometido. Imagino que metió la cámara en el maletero, cavó dos tumbas detrás de la caseta y arrojó los cuerpos. Y se largó sin haber matado a nadie».

Reid provocó que el periplo criminal de Gina y Marité no fuera más allá de las infortunadas Amanda Smith y Linda Pike. Ese honor no podía negárselo. Evitando futuras muertes creyó haberse librado de la losa que supuso matar a mi hermana. No obstante, nunca podría desprenderse de las consecuencias. Era momento de que yo también soltara lastre. Will Greer había muerto. Marité Miller y Gina Gillard yacían a un metro bajo tierra. Únicamente Reid seguía respirando. El resto, poniendo de manifiesto su fanatismo, tuvieron la decencia de arrancarle a la Tierra tres malas hierbas. Un poco de maleza menos y todo habría acabado de un modo casi poético. Sin detenidos. Sin interrogatorios. Sin juicio. Sin condenas. Pero habiéndose hecho justicia.

Todo parece menos siniestro cuando brilla el sol, pero yo percibía el mundo más tenebroso que nunca.

Nos separaban poco más de cincuenta kilómetros de Piscatown.

Poco antes, esperando sobre mi furgoneta a que Reid saliera del parking subterráneo de su bloque de pisos, busqué información sobre el lugar al que nos dirigíamos. ¿Por qué Piscatown, un suburbio del área metropolitana de Nueva York? Ni idea. Lo cierto es que el entorno era lo de menos.

Conduje a la estela del Prius absorto en mis pensamientos, recapitulando, haciendo balance. «Si cumple con su promesa, hermanita, tal vez pronto podamos encontrarnos en sueños en vez de en pesadillas».

Los pinos se erguían a ambos lados de la carretera, permitiéndome rara vez contemplar lo que ocurría más allá de sus troncos. Los espacios abiertos que aparecían de vez en cuando me dejaban contemplar a lo lejos las colinas sobre la línea que separa el cielo y la tierra, así como algunas casas de madera cercadas por vallados blancos y otras presumiblemente vacías, con sus

techos derruidos y sus paredes a punto de desmoronarse.

Una señal indicaba que Piscatown se encontraba a cinco kilómetros cuando el Prius de Clements redujo y su intermitente derecho me mostró el camino a seguir: uno de tierra estrecho.

Conduje con la mirada fija en las ruedas que giraban a pocos metros de las de mi furgoneta, sintiendo una rara opresión en el pecho. Algo no cuadraba; me invadía la sensación de que no conducía hacia un final feliz.

Clements detuvo su vehículo en un tramo donde el camino se ensanchaba. No vi ninguna construcción, solo troncos y copas, arbustos y tierra alargándose bajo nuestros pies como una serpiente de piel pálida.

De nuevo me invadió una extraña sensación, esta vez de aborrecimiento. Empezaba a cansarme tanta parafernalia.

Clements abrió el maletero de su Prius, sacó una mochila beige y se la echó al hombro. Supuse que dentro guardaba la cámara de vídeo con la que grabó los suicidios de Gina y Marité.

Bajé la ventanilla y saqué la cabeza.

—No te acerques —le advertí mientras asomaba también mi revólver.

—Si hubiera querido darte esquinazo, ¿no crees que he tenido ocasiones de sobra? —Reid se encogió de hombros—. En fin, tú mandas.

Clements tenía razón. ¡Por Dios, si yo iba en silla de ruedas! ‘Surrealista’ resumía lo que estaba viviendo, llegando al punto de hacerme sentir parte de un sueño.

Cogí mi silla de la caja y la desplegué sobre el camino mientras Reid me observaba con sus bonitos ojos. Apoyándome en la carrocería y en uno de los reposabrazos de la silla, conseguí acoplar mi trasero en su asiento sin más dificultad de la acostumbrada. Una vez acomodado, dejé caer mi revólver lentamente y con retintín —para que pudiera verme hacerlo— sobre mi regazo.

—La caseta está ahí mismo —me orientó mientras señalaba hacia el fondo del camino—. Detrás de esos árboles.

—¿Por qué aquí?

—Este pinar fue de mi abuelo y ahora es de mis padres. No vale ni mil dólares, pero guardo buenos recuerdos de este lugar: cuando era un crío solíamos venir a buscar setas. No imagino un mejor sitio para morir.

Sus palabras estremecían, pero tuve el suficiente temple como para mostrarle una expresión de indiferencia.

—Al lío, ¿no?

—Claro. Sígueme.

—¿Podré llegar con mi silla?

—Sí, sí, tranquilo. Está ahí mismo, al girar la curva.

Reid señaló de nuevo hacia el horizonte. A unos cien metros pude ver cómo, efectivamente, el camino torcía a la izquierda.

—Vamos, entonces.

Giré las ruedas de mi silla que, por fortuna —si obviábamos el previsto bamboleo—, circularon firmes sobre la tierra bacheada. Llegamos a la curva en silencio, arropados por el canto de los pájaros, que contrastaba sonoramente con el oscuro propósito que nos había emplazado allí.

Como había prometido Reid, vi la caseta. Sobre su techo piramidal descansaban las ramas de dos robles, pareciendo protegerla entre sus faldas. Construida a unos diez metros del camino, era poco más que una fachada de madera rojiza con una puerta entre dos ventanas destartaladas, por

las que podía verse su interior, donde la vegetación se abría camino escalando sus tablones torcidos.

—No creo que puedas entrar solo —me avisó Reid—. Tendrás que dejar que te empuje. Apúntame con el arma si eso te hace sentir seguro.

Asentí con la cabeza. A esas alturas no iba a quedarme a las puertas. De todos modos, por mucho que fuera yo quien empuñara el arma, Reid estaba allí por voluntad propia.

Basculó mi silla hacia atrás pisando sobre una de las barras de su parte posterior y caminó de espaldas, superando la maleza y los baches que precedían a la caseta. Su forma de proceder me hizo pensar que en algún momento de su vida había tratado con paralíticos.

No hice preguntas al respecto.

Me metió con cuidado y me giró para que viera el interior. Desde dentro parecía menos ruinoso, pero no por ello dejaba de ser una construcción abandonada. La mirada se me fue a la mesa que había en su única habitación, desde la que Marité Miller y Gina Gillard saltaron con la intención de concienciar al mundo de la importancia de cuidar el medioambiente. Eché un vistazo arriba para descubrir la viga donde ataron las sogas, y se me hizo un nudo en la garganta.

—Empecemos, pues —dijo Reid en tono alegre. Y dio una palmada en el aire—. Abrió la mochila y sacó su cámara de vídeo y una soga—. Coloco la cámara aquí... —La dejó sobre un mueble viejo y la enfocó hacia la mesa—. Solo tendrás que pulsar el botón rojo y luego volver a pulsarlo cuando esté muerto. No detengas la grabación hasta que deje de convulsionar, ¿de acuerdo? Así calará más el mensaje. —Asentí con la cabeza—. Está todo preparado para que empalme con las muertes de Gina y Marité. Tú no podrás enterrarme, así que tendrás que dejarme colgado. —Sonrió. Que bromeara sobre su muerte logró que el nudo de mi garganta se apretase un poco más—. En fin. Tú hazle llegar la grabación a Chris Korda como has prometido y el ciclo se habrá cerrado. —No entendía muy bien a qué se refería con lo de ‘el ciclo’—. Tú tendrás lo que quieres y nosotros también.

Ni corto ni perezoso, se subió a la mesa y ató la cuerda a la viga que cruzaba el techo de este a oeste. Con la soga ya al cuello, me miró desde una perspectiva elevada y habló aparentemente tranquilo:

—Dale al rec, Alan.

ANTES DEL CIERRE

Dakota Siegel

Horas después

Lo condujimos hasta un despacho vacío.

Arrastramos dos sillas y las colocamos ante la suya.

Desde el centro de la sala, habló serio y circunspecto:

—Hoy le he hecho una visita a Reid Clements.

—¿Dónde está? —pregunté diligente.

Randall parecía haberse quedado mudo.

—Antes de que abandonara su piso me ha dicho que pretendía suicidarse en un pinar propiedad de sus padres. Ya saben cómo son los de la Iglesia de la Eutanasia... Te despistas un momento y ¡zas!, suicidio al canto.

Me sorprendió la socarronería que gastaba el muchacho. No lo recordaba así. «Los traumas nos cambian», pensé mientras miraba de soslayo a mi marido, que parecía en la inopia.

—¿Eres consciente de que podemos detenerte por obstruir una investigación policial? —amenazó Randall.

Randall solía hacer aquello: parecer en otra parte y aparecer a lo bestia.

—¿No puedo visitar a quien me dé la gana? Me quedé paralítico intentando mediatizar el caso porque ustedes no daban pie con bola. Gracias a mi percance, años después el escritor Robert Rickman se interesó. ¿Y ahora que les sirvo en bandeja a los culpables me vienen con esas?

—¿Quién mató a tu hermana? —Formulé la pregunta del millón. Para qué esperar cuando el muchacho tenía toda la razón del mundo—. Reid Clements, ¿no? Para evitar el nacimiento de su hijo, ¿no? Para no incumplir el único mandamiento de su iglesia, ¿no?

—A mí hermanan la mataron Reid Clements, Will Greer, Gina Gillar y Marité Miller.

Si no hubiera estado sentada me habría caído de culo. Randall no parecía menos impresionado; diría que incluso empalideció.

«Las desaparecidas —pensé consternada. Lo de Will Greer no me sorprendió tanto—. Por eso estaban juntos en la manifestación. Esa maldita zorra nos hizo creer que Kat casi se le cae encima. —Recordé las lágrimas de Marité durante la entrevista—. Nos la metieron bien doblada y hasta el fondo».

—Y eso no es todo —prosiguió Alan—: Gina y Marité mataron por su cuenta a... —Cada uno lo dedos tratando de recordar—. Linda..., Pike y Amanda..., Smith. Eso.

»Pero si les parece, empezaré por el principio: desde que mi hermana conoció a un indeseable miembro de la Iglesia de la Eutanasia.

43 minutos más tarde

—¿Will Greer y Reid Clements estaban escondidos en el dormitorio de Gillard cuando la entrevistamos el día de los hechos? —pregunté sorprendida, aunque supiera la respuesta.

—Sí.

En resumidas cuentas, cuatro fanáticos habían conspirado para matar a una chica por estar embarazada de uno de ellos. En vistas del éxito, dos de dichos asesinos se animaron a continuar «desinfectando» el mundo. Pero uno de ellos, traumatizado por su doble crimen —que incluía a su hijo nonato—, decidió redimirse frenando la ola de crímenes que sus compinches habían iniciado con dos pobres mujeres embarazadas. A falta de confirmar la suerte del ‘arrepentido’, sabíamos que los tres restantes se habían quitado la vida.

Temía que en breve se confirmara el pleno de suicidios, algo que no podía obviar ver como un desenlace justo, por en mal lugar que nos dejara a nosotros. La muerte de un asesino —asesinos, en este caso— nunca pude considerarse un mal final, ni siquiera uno agridulce.

—¿Puedo irme o van a detenerme?

Mi marido y yo nos entendíamos con la mirada. Randall parecía abatido, derrotado por nuestras incompetencias pasadas. Necesitábamos hablar con Falco para que lo de Kat no volviera a repetirse, para rogarle que de ahí en adelante las investigaciones se llevaran a cabo sin fechas límite. No obstante, dicha conversación tendría que esperar; lo apremiante en ese momento era encontrar a Clements y cerrar el caso.

La mirada de mi esposo habló: «Dejémosle en paz. Bastante ha sufrido ya por nuestra culpa».

—Puedes marcharte, Alan —dije en tono afable—. Gracias por ponernos al tanto.

—Detectives —formuló con una expresión cordial, alejada de la que había estado mostrándonos hasta ese momento—. Ustedes hicieron lo que pudieron. Lo he visto en sus ojos cuando explicaba lo sucedido. Reid acabará entre rejas, si es que no ha seguido el camino de sus amigos. Bien está lo que bien acaba, ¿no? —Sonrió ampliamente—. Todos hemos aportado nuestro granito de arena. En fin. Cuando atrapen a Clements les agradecería que me pusieran al tanto.

—Descuida.

—Conozco el camino hasta la puerta.

Alan hizo rodar su silla y salió del despacho.

Ambos inspiramos largamente por la nariz y expulsamos el aire por la boca, tratando de expulsar la tensión acumulada durante la entrevista.

—Vaya tela —susurró Randall mientras me invadían mil pensamientos.

Yo estaba en la oficina y mi compañero entrevistando a un sospechoso cuando la sombra de Kat Guinee se proyectó pasajeraamente sobre la fachada de un edificio.

Randall me llamó desde la escena del crimen.

Recordé la parte final de aquella conversación:

« — Salgo ahora mismo hacia Corona. Tardaré unos quince minutos.

Aquí te espero. Coge la 278 hasta la 495, es el modo más rápido de llegar. Y oye, tráeme un cafecito de la oficina, anda.

— Eres un imbécil, ¿lo sabes? ».

Ahora estaba enamorada de ese imbécil.

Las vueltas que da la vida.

DÉJALO CORRER

Alan entró satisfecho, si bien, cansado física y emocionalmente. Dejaba atrás un final que para muchos hubiera sido agridulce, incluso traumático, pero que a él le parecía perfecto.

Atardecía en Albany.

No encendió ninguna luz.

Circuló por el pasillo rumbo a su habitación abstraído en el parque y le sobrevino el recuerdo de unos pies balanceándose a un palmo del suelo.

Un crujido lo sobresaltó.

Alzó la vista y se topó con una silueta.

—Hola, mamá.

—¿Dónde has estado? ¿Dónde está el revólver de tu padre? ¿Crees que soy idiota? He llamado a Rickman, ¿sabes?, y me lo ha contado todo. Has ido a hablar con Reid Clements, ¿verdad?

—He ido a hacer justicia.

—Has cambiado, hijo.

—Todos cambiamos a lo largo de nuestras vidas. ¿O crees que tú eres la misma que cuando vivía papá? Toma, anda. —Alan se abrió el abrigo y le entregó el revólver—. El cargador está lleno.

—¿Dónde has estado? Y no me mientas. Sabré que lo haces.

—Todo ha acabado, mamá. Déjalo correr. Todos están muertos. Pero tranquila: no he matado a nadie. No soy un asesino.

Catherine se acercó a su hijo y lo abrazó de rodillas.

—Todos están muertos —repitió Alan cuando aparecían las primeras lágrimas—. Han pagado por lo que le hicieron a nuestra Kat.

CASO CERRADO

Dakota Siegel

Alan aseguraba no conocer el paradero de Reid Clements, pero nos dio un lugar donde empezar a buscar. Tras conseguir la ubicación exacta del pinar propiedad de sus padres, próximo a Piscatawn, localidad que quedaba a poco más de cincuenta kilómetros de la Gran Manzana, enviamos a un equipo de diez agentes que, socorridos por una unidad canina, no tardaron en descubrir el cuerpo de Clements colgando de la viga de una caseta abandonada y los de Gina y Marité enterrados en sus inmediaciones.

Las siguientes jornadas las empleamos en unir las últimas piezas del puzle. Llegados a ese punto no íbamos a dejar un solo cabo suelto. No podíamos enjuiciar a cuatro muertos, pero sí confirmar sus autorías de cara a los familiares y amigos de sus tres víctimas.

Hallamos ADN de Kat en la residencia de los padres de Clements y gracias a ‘mi chamaco preferido’ rescatamos conversaciones incriminatorias de los ordenadores de Clements y Greer. Las conexiones saltaban a la vista: Will-Reid, Gina-Marité, Gina-Reid, Reid-Will-Gina-Marité-Iglesia.

Nuestras pesquisas cuadraban con las obtenidas por Robert Rickman y con lo narrado por Alan Guinee. Llegados a un punto, pudimos cerrar los ojos y reproducir al milímetro lo sucedido ‘el día de la tormenta’.

El móvil de Kat nunca apareció.

Los familiares de Amanda Smith, Linda Pike y Kat Guinee, suspiraron aliviados tras saber quiénes las mataron y por qué. Los de Reid Clements, Will Greer, Gina Gillard y Marité Miller, hubieran preferido seguir en la ignorancia.

Con el caso cerrado, creímos necesario hablar con el teniente Falco.

Entramos en su despacho tras golpear la puerta con los nudillos.

—Decidme. ¿Qué es eso tan importante que queréis pedirme?

—Libertad —contesté—. Lo de Kat Guinee no puede repetirse. No conseguimos pistas incriminatorias, de acuerdo, pero aun así teníamos claro que la chica no se había quitado la vida. Pero usted nos metió prisa, y en cuanto se cumplió el plazo nos endosó un caso tras otro. Y el caso Guinee acabó bajo una montonera de informes. De haber procedido con calma, tal vez habríamos revisado las llamadas de Reid de los últimos meses y no de los últimos días, y encontrado las de su amiga Gillard. Rápido y bien, en este trabajo, se pelearon hace tiempo, señor. Hay que masticar los casos complicados; no engullirlos y pasar al siguiente.

—Bonito símil, Siegel —matizó Falco como siempre socarrón—. No lloréis tanto. Me pedisteis una prórroga y os la di. Si no supisteis aprovechar el tiempo no es mi problema.

—¿Está usted sordo o se lo hace?! ¡No me joda, teniente! —Randall entró en la conversación como a mí me gustaba—. ¡Eso es lo que le estamos pidiendo, hostia: no tener que pedir prórrogas de mierda!

—Cuidado con ese tono, Jacobs, o...

—¿O qué? Venga, hágalo; lo estoy deseando.

El teniente apretó los dientes y los puños, pero no entró al trapo.

—No puedo prometeros nada. —Falco parecía haberse plantado en su decisión—. Si los detectives de este departamento hicierais lo que os diera la gana, no se resolverían ni tres crímenes al año. En fin. Precisamente iba a pedirlos que os desplazarais a una escena de las que te gustan, Randall, de las que tarde o temprano saldrán en los periódicos. Me han comunicado el crimen justo antes de que entrarais. El caso es vuestro, si lo queréis.

—¿Podremos investigarlo a nuestro aire?

—Sí, pero con ‘peros’.

—De acuerdo. —Desenfundé mi reglamentaria y después me desenganché la placa del cinturón. Randall hizo lo mismo—. Conozco bien sus ‘peros’, teniente. Tome. Para su colección.

Lanzamos nuestras pistolas y placas sobre su mesa.

—Puede metérselas por... —Me contuve de acabar la frase.

—Por donde nunca pega el sol, señor.

A Randall le gustaba acabar mis frases, y a mí que lo hiciera.

—¿Os parece una decisión coherente? —preguntó cuando Randall ya agarraba el pomo de la puerta—. ¡Recapacitad, por Dios!

Randall abandonó el despacho sin mirar atrás.

—Usted ha decidido —dije en voz alta antes de cerrar de un portazo.

Anduvimos en silencio hasta nuestras mesas dispuestos a meter enseres en una caja. He de admitir que no me dio pena dejar mi trabajo. Randall, fundamentándome en las sonrisas que me lanzaba de vez en cuando, tampoco parecía arrepentido.

Previmos que aquello podía suceder.

Y como buenos detectives que éramos, teníamos un plan B.

«DULCE» NAVIDAD

Seis meses más tarde

Alan Guinee

—¿Cuándo fue la última vez que entramos juntos en esta casa?

Mi madre frunció el ceño ante la puerta de los Keegan, adornada con una corona de navidad con piñas y bolitas rojas. A nuestro alrededor todo se engalanaba de blanco: la acerca a nuestros pies, los árboles a nuestros lados, los tejados a nuestras cabezas y la calle y los capós de los coches a nuestra espalda.

—Doce años como poco.

«Más bien quince».

Mi madre llamó al timbre. Poco después, el flamante sheriff de Albany nos abrió con una sonrisa en los labios.

—¡Ya están aquí los invitados! —anunció mirando hacia el interior de la casa—. Pasad, pasad, que hace un frío que pela.

Nos abrazamos en el recibidor, donde me arropó una agradable calidez hogareña. Luego nos despojamos de los abrigos y se los entregamos a nuestro anfitrión, que los colgó de un perchero arrinconado.

—Vamos a la cocina. ¿Os hace una cerveza?

—Por supuesto —contesté diligente.

Mi madre asintió con la cabeza.

Exceptuando los adornos navideños y las fotografías que colgaban de las paredes, todo parecía igual que cuando recorría aquellos pasillos de la mano de mis padres, con Kat revoloteando alrededor. Y aunque mi padre ya no agarrara mi mano ni Kat revoloteara, me invadieron las mismas sensaciones que entonces.

En la cocina nos esperaban Melora y Ben.

—¡Hola, pareja! —saludó ella con los brazos abiertos.

—¡Hola, familia! —saludó Ben, asimismo dispuesto a darnos un fuerte abrazo.

Una vez superadas las cortesías, recorrí la cocina con la mirada. «Los años no parecen pasar entre estas paredes», pensé melancólico. Luego le eché un ojo al rostro de Melora: las arrugas que lo surcaban contradijeron a mis pensamientos.

Sobre la isla central vi cuatro platos con salsas y purés.

—Las coles de Bruselas y la carne asada están casi listas —anunció Melora tras abrir el horno y recibir la ineludible bocanada de calor—. ¡Todos al comedor!

Seguimos a Jordan y a Ben.

La mesa estaba puesta.

Conté mentalmente. Partiendo de que el espacio vacío estaba dispuesto para que yo aparcara la mía, conté dos sillas de más y sobre la mesa ‘sobraban’ dos platos, dos vasos, dos servilletas y dos pares de cubiertos.

—¿Falta alguien? —le pregunté a Jordan.

El sheriff sonrió.

—No falta nadie, Alan, porque tu padre y tu hermana siempre están con nosotros.

No pude evitar emocionarme.

—Gracias, sheriff.

Kat y Rick Guinee llenaron los espacios vacíos. Pude verles hacerlo sonrientes y enseguida llamarme con las manos.

«Vamos, hijo.

»Vamos, hermanito. Siéntate a mi lado».

—Voy ayudar a Melora —dijo el sheriff—. Id tomando asiento.

Me coloqué a la izquierda de Kat. Ben se sentó a mi izquierda. Agradecí su gesto con una mirada cómplice; nuestra relación había mejorado desde el día que me mostró el «segundo despacho» de su padre. Los Keegan habían dispuesto que yo cenara al lado de mi hermana y mi madre al lado de su marido. En todo momento sentí sus vibraciones, como si estuvieran presentes.

Jordan y Melora sirvieron la mesa. Tras bendecirla Ben de un modo poco ortodoxo, usando palabras como «buen rollo» o «jalar» —sacándonos alguna sonrisa que otra—, empezamos a llenar nuestras panzas.

Y el alcohol a correr por el salón de los Keegan.

La velada se convirtió en una sucesión de anécdotas. Debo admitir que algunas consiguieron sonrojarme, especialmente las referidas a ‘la noche de las pintadas’ y a mis críticas en canales de radio y televisión. Me sorprendió la facilidad con la que apartamos los malos momentos. Si bien, entre risa y risa, nadie pudo evitar quedarse abstraído y mostrar una expresión apesadumbrada.

«Luego, en plan ninja, volví a poner ‘Guinee’ debajo de las pintadas porque creía que nadie iba a entenderlas», expliqué desternillándome sobre mi silla.

Mi padre y Kat rieron tanto como nosotros.

Jordan, ponche de huevo en mano y en apariencia bastante perjudicado, se levantó de su silla dispuesto a hacer un brindis.

—¡Por Robert Rickman! —dedicó efusivo y con evidente emoción—. ¡Ese cabrón me hizo quedar como un imbécil! ¡Y juro por Dios que se lo agradeceré eternamente!

Mientras levantábamos nuestros vasos inmersos en un ambiente festivo, me sobrevino un recuerdo que echó por tierra aquel entrañable momento.

Seis meses antes

—Los nacionalistas creen que un grupo de humanos es superior a los demás —dijo Reid mirando al objetivo—. Los campos de concentración son el símbolo de lo que ocurre cuando esta creencia se lleva al extremo. Los humanistas creen que una especie es superior a las demás. Esta creencia ha sido llevada al extremo con resultados predecibles: la extinción de, al menos, un tercio de las especies de la tierra en un breve lapso de unos cuantos miles de años. Los judíos sufrieron terriblemente, pero cualquier persona en sus cabales admitirá que todavía hay judíos en el mundo. No se puede decir lo mismo de los millones de especies vegetales y animales que se han extinguido a causa de la explosión demográfica humana. ¿Dónde están los símbolos de este

holocausto de las especies?, ¿dónde están los monumentos que nos recuerden que algo vergonzoso ha ocurrido y que, aún peor, ocurre todos los días, cada vez más rápidamente? Los nazis estabilizaron la economía, construyeron autopistas y restauraron el orgullo nacional. Muchos alemanes lo agradecieron y evitaron hacer preguntas. Era mejor no saber a dónde iban los trenes, porque saberlo implicaba aceptar la culpa o luchar contra los nazis. Hoy en día, los habitantes de las naciones industrializadas están en una posición similar. Cada día hay más coches, ordenadores y centros comerciales llenos de cosas. Pero es preferible no saber de dónde viene el petróleo o a dónde va la basura. ¡Abrid los ojos! ¡No tengáis hijos, consumid lo mínimo posible y, finalmente, suicidaos!

Clements hizo ademán de saltar mientras Alan lo observaba impasible.

Pero Reid no dio el paso definitivo.

—No puedo —dijo con miedo en los ojos—. Confesaré, lo juro. Pensaba que podría, pero...

—¿Qué?! ¡Teníamos un trato!

Alan giró las ruedas de su silla con todas sus fuerzas y empotró sus piernas contra una de las esquinas de la mesa. Reid se tambaleó e inmediatamente intentó quitarse la soga del cuello al grito de «¿qué haces?!», pero Alan la empujó un poco más valiéndose de sus fuertes brazos. Las puntas de las zapatillas de Reid se aferraron al borde de la mesa como un náufrago a un salvavidas, pero resbalaron hasta detenerse a un palmo del suelo.

Cuatro dedos se quedaron atrapados entre cuerda y pescuezo.

Alan giró su silla y avanzó hacia la puerta. Las piernas de Reid rozaron, convulsionantes, su hombro derecho. Cogió a su paso la cámara de vídeo y se dispuso a abandonar la caseta, pero la silla se le atrancó en el último peldaño. Empujó las ruedas con empeño mientras Clements se asfixiaba a su espalda. Las ruedas superaron el escalón, pero la silla se desestabilizó y acabó volcando. Alan observó desde el suelo al asesino de su hermana, pataleando como un niño maleducado.

«Ahora sí eres un auténtico príncipe azul».

—Eh, Reid —susurró Alan mientras la maleza le impedía ver claramente al ahorcado—. Que sepas que no pensaba enviarle una puta mierda a Chris Korda. —A Alan le entró la risa floja. La tensión acumulada abandonó su cuerpo del modo más extraño: a carcajada limpia y a lágrima pura—. ¡Hay que ser pardillo para pensar que iba a ayudarte el hermano de la mujer a la que mataste! *Ja, ja, ja, ja, ja...* ¡Que os den a ti, a Korda y a tu Iglesia de la Eutanasia!

Las risas cesaron al tiempo que Reid dejaba de convulsionar, y un silencio sepulcral cayó sobre Alan. Los pájaros parecían haber dejado de cantar y su sofocada respiración dejado de oírse, como si alguien lo hubiera amordazado.

Alan levantó su silla y trepó hasta acoplar su trasero en su asiento. Avanzó sobre la maleza dejando atrás el cuerpo ahorcado de Clements.

De camino a casa se desvió de la Interestatal 87 para dejar la cámara de vídeo donde consideraba que debía estar: en el fondo del río Hudson.

SIEGEL Y JACOBS

Randall Jacobs

Tres años después

Daba gusto entrar en la agencia de detectives privados Siegel & Jacobs.

Las oficinas me enamoraron a primera vista. Dakota buscaba algo más moderno, pero conseguí persuadirla de que eran lo que necesitábamos. Tuvimos que remangarnos y pintar, cambiar el parqué..., en definitiva, darle un lavado de cara. Pero valió la pena. Me encantaba que estuvieran a pie de calle, que no tuviera que tomarse un ascensor para pasar por su puerta de madera arqueada sobre la que rezaba «Siegel & Jacobs, agencia de detectives privados». Aquella entrada de corte clásico dotaba a nuestro negocio de carácter, al más puro estilo de la pionera agencia de detectives de Allan Pinkerton.

Entré y me detuve en el centro de la sala de espera. Giré sobre mí mismo para regocijarme con la recepción y los nombres que constaban en las puertas de los tres despachos de los que constaba la agencia: «Araya Pal» nada más entrar a mano izquierda; «Peter González» —mi chamaco preferido— a mano derecha, y «Dakota Siegel y Randall Jacobs» justo detrás del mostrador.

Recordé las llamadas, primero de Araya y días más tarde de Peter, interesándose por nuestra agencia. ¿Cómo negarnos a contratar a dos investigadores de primera? Por fortuna no nos faltaban contratos, y dos detectives eran pocos para tanta investigación.

A esas horas aún no había llegado nadie. Dakota estaba comprando el desayuno en la cafetería de la esquina mientras yo me encargaba de encender las luces y la calefacción: nuestra agradable rutina matinal.

—¿Qué haces ahí como un pasmarote? —oí a mi espalda. Me pilló por sorpresa. Me volví y la encontré cargando con dos cafés y más bollería de la que necesitaban mis lорzas.

Me había hecho a la idea de que nunca conseguiría quitarme los kilos que me sobraban.

—Oh, nada. Contemplaba nuestra maravillosa agencia.

—Mola mazo, ¿eh...? —bromeó—. En fin. ¿Has encendido la calefacción o solo te has dedicado a contemplar?

—A contemplar.

—Ay, Dios santo. Este hombre mío...

Sonreí sintiéndome el hombre más dichoso del mundo.

—Ya voy —dije fingiendo estar abrumado—. Dios, qué agobio de buena mañana.

—El Agobiado, te voy a llamar.

—Y yo a ti la Cagaprisas. —Dakota soltó una risa ahogada—. La Cagaprisas y el Agobiado. Menuda parejita...

Me acerqué y la besé en los labios.

—La mejor. No hay caso que se nos resista.

—¿Ah, no? Pues el de la desaparición de Rebeca Pitt no es que vaya viento en popa...

—Algunos necesitan su tiempo. Nuestro cometido es encontrar pistas que ayuden a la policía. No lo olvides. Es el mejor modo de trabajar: a buenas con la poli. Somos detectives privados, para lo bueno y para lo malo. Lo nuestro es investigar infidelidades, bajas laborales, invalideces fingidas..., en el mejor de los casos, localizar a personas desaparecidas e investigar testimonios de testigos. No podemos meter las narices en ciertos casos. A menos que tengamos permiso, claro.

Hice el signo de las comillas cuando pronunciaba «permiso».

—Pero ya hemos resuelto un asesinato.

—Ya. Pero no hay que obsesionarse con los crímenes.

—Y lo dice el Agobiado.

—El mismísimo.

Dakota sonrió como si estuviera delante de un hombre sin remedio.

Entramos en nuestro despacho. Justo tras cerrar su puerta, oí abrirse la de la agencia.

—Será Araya —presumió Dakota—. Peter va siempre con la hora pegada al culo.

Abrí y vi a Robert Rickman esperando en la sala de espera, vistiendo de impoluto negro: traje, zapatos relucientes, guantes de piel, abrigo de vestir...

«Menuda elegancia gasta el ‘escritorzuelo’».

—Buenos días —saludé sin salir a recibirle.

—Hola, detective.

—Enseguida estamos con usted.

—De acuerdo.

Me volví hacia Dakota, di un par de pasos hacia el interior del despacho y susurré como un niño que cree haber visto a Santa Claus dejando regalos debajo del árbol de Navidad.

—Es Robert Rickman.

—¿El escritor?

Asentí con la cabeza.

—¿Y a qué esperas para atenderle?

Deshice mis pasos y hablé desde el umbral del despacho.

—Pase, señor Rickman.

Dakota carraspeó y se sentó a su mesa; yo hice exactamente lo mismo. Rickman entró y nos saludó a ambos con un «buenos días, detectives», y se sentó al otro lado de nuestras mesas, colocadas en L; ante mí y con Dakota a su izquierda.

—¿Y qué le trae por nuestra humilde agencia, señor Rickman? —preguntó Dakota.

Rickman giró su silla hacia mi esposa para tenernos a ambos ‘a tiro’.

—Tengo entendido que su agencia colabora con el Departamento de Policía de Nueva York, y que ajustan sus precios cuando familias sin recursos requieren de sus servicios. Incluso me ha dicho un pajarito que en más de una ocasión han trabajado, digamos, pro bono. ¿Es eso cierto?

—Ajustamos los precios si creemos que el caso lo merece —contesté—. Sobre lo de colaborar con el Departamento de Policía... Más bien diría que nos dejan husmear siempre y cuando los mantengamos al tanto de nuestros avances.

—Desde mi punto de vista a eso se llama colaborar. En fin. Mi caso es justamente lo contrario. Desde que publiqué *La sombra de Kat Guinee*, me lo están poniendo difícil. Ahora los detectives de Nueva York acostumbran a pronunciar la frase «no hable con escritores», y cuando intento contactar con los familiares de alguna víctima, se cierran en banda. No siempre, pero empieza a ser molesto. Así que he pensado que podríamos colaborar. Ustedes me dan alguno de

sus casos y yo intentaré resolverlo. Si lo piensan bien, sería nuestra segunda colaboración. En el caso Guinee ustedes escribieron el inicio y el desenlace de la historia y yo me ocupé del nudo. Y todo acabó a pedir de boca, ¿no?

»Trabajaré gratis a cambio de investigar con tranquilidad y, de paso, ayudar a familias sin recursos a descubrir la verdad. Según uno de mis informantes, es el motivo por el que ustedes dejaron el cuerpo, ¿no? Avisarán a sus clientes de que Robert Rickman es parte de la plantilla de la agencia Siegel & Jacobs y de ese modo podré indagar con una credencial debajo del brazo. Además, y siendo honestos, creo que mi nombre le dará caché a la agencia.

—Está aquí para darnos caché, entonces. Y encima gratis. *Wow...* Qué considerado —pronuncié con evidente sarcasmo—. A ver si lo he entendido bien. Después de publicar *La sombra de Kat Guinee*, un libro que ha vendido a espuestas y que nos deja a los dos en bastante mal lugar, se presenta aquí tan campante para proponernos una colaboración. Sobreentendiendo que de resolver alguno de nuestros casos, los usaría usted como base para uno de sus ensayos. ¿Estoy en lo cierto o aquí ha habido un malentendido?

—Es justo lo que he venido a proponerles. —Rickman sonrió de medio lado—. Entonces, ¿hay trato?

Le eché una fugaz mirada a mi esposa. Dakota arqueó la comisura izquierda de sus labios y asintió de un modo apenas perceptible; luego me guiñó uno de sus hermosos ojos azules.

—¿Cuándo quiere empezar, señor Rickman?

La Iglesia de la Eutanasia existe (**churchofeuthanasia.org**) y Chris Korda es un personaje de carne y hueso.